

MANUEL RIVAS VICUÑA

Historia Política y Parlamentaria de Chile

- I.—Las administraciones de 1891 a 1910.
II.—La administración de Ramón Barros
Luco (1910 - 1915).
III.—La administración de Juan Luis San-
fuentes (1915-1920).

ORDENADA SEGUN DIVERSOS MANUSCRITOS DEL AUTOR, CON VARIOS APENDICES
RELATIVOS A DICHA "HISTORIA", A LOS SUCESOS DE 1920 A 1934 Y DOCUMENTOS
CONCERNIENTES A RIVAS VICUÑA.

PUBLICALA CON UN ESBOZO BIOGRAFICO

GUILLERMO FELIU CRUZ

TOMO II



EDICIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
Santiago de Chile

MANUEL RIVAS VICUNA

Historia Política y Parlamentaria de Chile

I.—Las administraciones de 1833 a 1891

HISTORIA POLITICA Y PARLAMENTARIA

Luzo (1830-1835)

II.—Las administraciones de Juan Luis San-
tuertez (1835-1851)

TERCERA PARTE. ADMINISTRACIONES DE DON PEDRO DE VALDIVIA, DON ANTONIO
MARRASAGA Y DON JUAN ANTONIO RIVERA (1851-1859) Y DON JUAN ANTONIO
RIVERA (1859-1861)

PUBLICADA CON UN LIBRO BICENTENARIO

PRELIXIMO FOLIO CRUZ

TOMO II



EDICIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Santiago de Chile

1944

MANUEL RIVAS VICUÑA

Historia Política y Parlamentaria de Chile

- I.—Las administraciones de 1891 a 1910.
II.—La administración de Ramón Barros
Luco (1910-1915).
III.—La administración de Juan Luis San-
fuentes (1915-1920).

ORDENADA SEGUN DIVERSOS MANUSCRITOS DEL AUTOR, CON VARIOS APENDICES
RELATIVOS A DICHA "HISTORIA", A LOS SUCESOS DE 1920 A 1934 Y DOCUMENTOS
CONCERNIENTES A RIVAS VICUÑA.

PUBLICALA CON UN ESBOZO BIOGRAFICO

GUILLERMO FELIU CRUZ

TOMO II



EDICIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
Santiago de Chile

1964



Manuel Rivas Vicuña
Embajador de Chile en el Perú.

III PARTE

HISTORIA DE LA ADMINISTRACION DE
DON JUAN LUIS SANFUENTES

1915-1920



Historia Política y Parlamentaria de Chile.

Tomo II.

Lámina 2.



Retrato de Juan Luis Sanfuentes
(1858-1930).

Presidente de la República
(1915-1920).

CAPITULO I

Beyoglu-Istanbul.

23-XII-1930.

GABINETE BALMACEDA

(Diciembre de 1915-enero de 1916)

SUMARIO.—Labor legislativa durante la administración Sanfuentes: leyes generales.—El nuevo Presidente.—El gabinete Balmaceda.—Actitud del Parlamento.

Labor legislativa: Las leyes de presupuestos durante la administración Sanfuentes arrojan las siguientes cifras:

	M. C.	Oro
5 de abril de 1916	208.021.829,31	74.720.167,37
22 de enero de 1917	193.435.274,56	69.635.281,22
10 de mayo de 1918	206.994.237,87	64.889.665,63
5 de febrero de 1919	234.935.607,60	66.858,245,84
14 de febrero de 1920	260.850.397,46	67.802.522,34

En los años 1917 y 1919 llega el retardo en la aprobación de los presupuestos a extremos incomprensibles, con grave perjuicio para los empleados y proveedores del Estado. La aplicación de la ley de 16 de agosto de 1912, que exige el previo establecimiento de los recursos necesarios para atender los gastos públicos, influye en parte en este fenómeno, determinado además

por los defectuosos reglamentos parlamentarios y por las inquietudes de los partidos políticos.

Las leyes que fijan las fuerzas de mar y tierra dan estas cifras:

1915: 26.308 hombres; 1917: 27.047; 1918: 27.885; 1919: 33.279; 1920: 30.063.

Sube, sin razón alguna que lo justifique, la cifra de hombres sobre las armas. En el último año, en que esta cantidad disminuye, se ordenó, sin razón, una concentración, con la cual se superó la cifra tan elevada del año anterior.

El nuevo presidente. Hace justamente quince años contemplábamos en el Salón de Honor del Congreso Nacional, la ceremonia de la transmisión del mando supremo de la República. Un anciano de baja estatura, se despojaba de la banda tricolor y la ponía en manos del presidente del Senado, también de corta talla. El secretario cambiaba rápidamente la insignia. Aquella habría sido un escapulario sobre la gran figura del nuevo Presidente. El Excmo. señor Sanfuentes tuvo que inclinarse mucho para que el señor Charme alcanzara a colocarla sobre sus hombros.

Un instante estuvieron de pie, frente al público, los personajes de aquella escena inolvidable. Formaban el centro del cuadro, don Ramón Barros Luco y don Juan Luis Sanfuentes. La modesta figura del uno contrastaba con la enorme personalidad del otro.

¿Encerraba aquel momento el símbolo de un cambio trascendental en los destinos de la patria?

Sentíamos que con don Ramón se iba una época, se cerraba un período de la historia nacional, y nos embargaba el ánimo una inquietud, una invencible zozobra; veíamos negro el porvenir.

El anciano octogenario, que dejaba el poder, había llegado a él después de más de medio siglo de servicios públicos. La vida política activa de su sucesor no contaba un cuarto de siglo y no se marcaba por una grande obra, ni siquiera por un proyecto interesante sobre un asunto de actualidad. En cambio, había colaborado en casi todos los gobiernos y provisto, general-

mente, de una influencia sin contrapeso. ¡Cuántas cosas habría podido hacer!

¿Se reservaba, acaso, para realizarlas él mismo y no legarlas a la posteridad bajo otro nombre?

Representaba el nuevo Presidente unos cincuenta y cinco años, y se conservaba vigoroso en plena edad madura. No se le conocían otros vicios que el juego de la política y de la bolsa. Su aspecto era sano y fuerte. Su frente amplia y despejada era signo de su capacidad intelectual; tenía un centelleo vivo y atraente en su mirada y siempre sobre sus labios una sonrisa simpática y bondadosa. Su andar era pesado y casi solemne, pero parecía que le acompañaba siguiendo un ritmo lejano, única y levisima demostración de la sangre de poeta que corría por sus venas.

Si las democracias eligieran a sus servidores, el señor Sanfuentes no habría sido elegido. Mas, es forzoso reconocer que su acción perturbadora durante el gobierno de Riesco se había transformado en ayuda al gobierno de don Pedro Montt y en colaboración constante a la administración Barros Luco. Sin duda, conocía los problemas nacionales y era apreciada su competencia en las materias financieras y económicas. El país podía esperar algo de su acción.

El Presidente que se iba, había subido en virtud de un acuerdo unánime de los partidos; durante los cinco años de su gobierno, el país no había sentido la mano que suavemente le dirigía; bajaba del poder, como subió, rodeado del respeto de sus conciudadanos y no dejaba tras de sí odios ni rencores. En cambio, el nuevo Presidente ceñía la banda sobre su pecho, después de una lucha agitada y violenta, en virtud de una resolución del Congreso, adoptada con arreglo a la Constitución; pero que reemplazaba a la voluntad popular, débilmente expresada, por algunos votos, en favor de su contendor.

Mas, este hombre que había sabido reunir de tal manera el concurso decidido de voluntades, que otras veces le fueron adversas, era capaz de cambiar en adhesiones aquellas actitudes retraídas o airadas que veía reflejarse en los semblantes de los parlamentarios que abandonaban la sala con el ex Presidente.

Otro anciano acompañaba de cerca a éste, siguiendo el

nuevo protocolo, y otro curioso contraste se presentaba a nuestros ojos. El viejo, pálido y calvo, que marchaba difícilmente, apoyado en su bastón, era el hermano del ex Presidente Balmaceda. En ese momento convertido en ministro del Interior, conducía a su hogar al jefe de la revolución de 1891, después de terminado su gobierno.

¿Se iba, acaso, también con don Ramón, el régimen parlamentario que, en obediencia a la voluntad popular, nuestras armas, al servicio del Congreso, implantaron en el país?

Barros Luco y Balmaceda en ese instante, ¿simbolizaban el olvido del pasado o la caída de un régimen y su reemplazo?

Probablemente, entre estos dos hombres no existía en ese acto otro sentimiento que el de la amistad, que habían reanudado, sin resabios, en los tiempos que ambos ocuparon un asiento en el Senado. Pero, allá, en la testera del salón, quedaba el nuevo Presidente firmando los decretos de nombramiento de su primer gabinete y recibiendo los saludos del cuerpo diplomático, de los funcionarios públicos y de sus amigos, mientras su pensamiento seguía la antítesis de los regímenes y su ánimo se disponía a afrontar las circunstancias adversas.

Algún diplomático se prepararía para enviar un extenso y bien trabajado informe a su gobierno, sobre la evolución chilena al régimen presidencial, en medio de la normal aplicación del estatuto de la república. Y el gran público creería que con don Juan Luis Sanfuentes, el caudillo del liberalismo democrático y con su primer ministro, hermano del Presidente mártir, se derrumbaba el régimen parlamentario.

Pocos hombres estaban en el secreto de que el nuevo Presidente comprendía la vida efímera de su primer gabinete y sondeaba de antemano las opiniones en el bando liberal sobre la forma en que podría reemplazarle.

A una de estas consultas contestamos que el partido liberal sólo iría al gobierno en compañía de radicales y demócratas y que prefería, en obsequio a la unidad, que fueran sus representantes los hombres que no habían actuado desde el gobierno en la administración Barros Luco.

¿Qué significado político tenía este gabinete con que iniciaba su gobierno el señor Sanfuentes?

El gabinete Balmaceda. Aquella tarde los comentarios sobre el primer ministerio del nuevo gobierno desbordaban los salones rojo y verde al patio del Club de la Unión.

¡Qué bien empezaba, para unos, su administración el señor Sanfuentes!

Don José Elías Balmaceda, ministro del Interior, era todo un carácter. Don Ramón Subercaseaux, antiguo diplomático, en Relaciones Exteriores; don Ramón E. Santelices, que había publicado un libro sobre los bancos, dirigido algunas instituciones de crédito y desempeñado otras veces la misma cartera de Hacienda, eran dos competencias sólidas que el partido conservador ofrecía como colaboración eficiente al nuevo gobierno. Don Roberto Guzmán Montt, el diputado nacional, era la nota joven del gabinete de viejos, bien buscada por su reposo y su preparación agrícola.

Y ¿qué decir de ese par de ministros liberales que había sabido encontrar el Presidente? Don Augusto Orrego Luco, diputado de los tiempos de don Federico Errázuriz Zañartu, ministro tantas veces, doctor distinguido, fino hombre de letras, que sabía dar cierto encanto a su voz cavernosa y cautivar a sus oyentes. Y el general don Salvador Vergara, de noble y patriota estirpe, valiente en la guerra y amigo de aventuras y hazañas, había demostrado en un paso anterior por la cartera de Guerra la eficiencia de sus dotes de organizador. Era un factor de progreso y de disciplina. Aún se creía distinguir sobre la manga izquierda de su casaca de general en retiro, la faja roja que llevaban las fuerzas constitucionales como distintivo en la revolución de 1891, en la que había hecho gala de su valor y de su pericia. Era también una garantía del mantenimiento del régimen parlamentario.

En cambio, en el salón del lado, bullía la indignación. El gabinete era un cartel de desafío a la alianza liberal, era un atentado contra el régimen parlamentario, era casi una injuria al partido liberal. Los señores Orrego Luco y Vergara, sin duda excelentes y muy simpáticas personas, no representaban a nadie, fuera de sí mismos. Alejados de las filas de la política activa, no tenían vínculo alguno con el partido, ni habían tomado contacto con sus jefes para ingresar a la combinación ministerial.

El señor Sanfuentes había buscado en el personal de su gabinete, en especial en los señores Balmaceda, Orrego y Vergara, el medio de hacer vacilar a don Fernando Lazcano entre la amistad personal y la lealtad política. Quería dislocar la alianza liberal, quebrantar la mayoría del Senado y sembrar la discordia en el partido. Pero no. Los liberales sabrían corresponder a la situación y todos, empezando por don Fernando, formarían cerrada línea de ataque contra el ministerio.

Allá, en el patio, los jóvenes se reían de las momias que había exhumado don Juan Luis. Alguno afirmaba que el gabinete sumaba cuatrocientos años de edad. Y otro agregaba que don Roberto Guzmán, el ministro joven, había nacido viejo.

Mas, en los pasillos, no faltaba quien dijera al oído:

—No se alarmen. Es un ministerio de compromiso. El Presidente no podía hacer otra cosa que empezar con la coalición. En seguida, vendrá el gabinete universal. ¿Qué les parecería Fulano? ¿Y Zutano?

Los días del ministerio estaban contados.

Actitud del Parlamento. No era un misterio para nadie la acogida que el Congreso prestaría al gabinete Balmaceda-Subercaseaux. La mayoría aliancista del Senado le censuraría desde el momento de su presentación. La mayoría coalicionista de la Cámara de Diputados le prestaría todo su apoyo.

Fue inútil la defensa del gabinete en el Senado. Las tesis políticas sostenidas por el ministro del Interior, el discurso del señor Orrego Luco, ministro de Justicia e Instrucción Pública, con todos sus consejos de previsión política, no podían lograr la más ligera modificación del acuerdo de la mayoría, ni cambiar un solo voto. La resolución del Senado fue clara y precisa.

El Presidente debía decidir si respetaba el régimen parlamentario o mantenía su gabinete contra la voluntad de la alta Cámara. Su pensamiento era, sin duda, inclinarse ante el Senado y buscar su colaboración para gobernar. El interés de la coalición era prolongar la vida del gabinete a fin de que alcanzara a modificar el cuadro de la administración en sentido favorable a sus intereses, removiendo los funcionarios que no eran de su agrado

y cumpliendo los compromisos contraídos para la provisión de algunos cargos.

En la Cámara de Diputados, a raíz de las manifestaciones de adhesión de la mayoría y de la actitud de oposición de la minoría, se abrió un debate sobre la función política que correspondía a ambas ramas del Congreso. El Presidente de la República debía gobernar con la rama política del Parlamento, y este carácter correspondía sólo a la Cámara de Diputados. El Senado era un cuerpo consultivo.

Nuestro criterio no estaba lejos de esta tesis. Preferíamos para la alianza liberal la acción fiscalizadora, sin ninguna participación en el gobierno. Sólo en circunstancias extraordinarias, inspirada por una alta concepción patriótica, la alianza, genuinamente representada, podía colaborar directamente a la acción gubernativa para solucionar graves problemas pendientes, para garantizar la libertad electoral y el mantenimiento del régimen parlamentario.

La elección presidencial se había decidido constitucionalmente en favor del señor Sanfuentes, representante de la coalición, y correspondía al Presidente gobernar con la combinación que le había llevado al poder.

En el momento a que nos referimos, los problemas acumulados exigían la colaboración de todos; la alianza estaba dispuesta a prestar toda la ayuda que su patriotismo le indicaba; pero, no podía otorgarla a un gabinete que se presentaba en línea de batalla y tendía a dividirla. Un gabinete de coalición neta, sin participación de liberales, sin la intención manifiesta de sembrar la discordia, habría sido menos atacado que el gabinete Balmaceda.

La alianza liberal, por medio de sus órganos directivos, resolvió combatir al ministerio con todas sus fuerzas. Don Maximiliano Ibáñez propuso que se adoptara la resolución de exigir como condición *sine qua non* de toda colaboración futura, el que se retrotrajeran las cosas al estado en que se encontraban el 23 de diciembre, o sea, que fueran revocados los actos del gabinete Balmaceda.

El gabinete continuaba en funciones y, ante la expectativa de que pretendiera mantenerse contra el voto del Senado, la alian-

za acordó detener en la Cámara de Diputados el proyecto de ley que, en conformidad a la Constitución, autorizaba cada 18 meses el cobro de las contribuciones.

Los plazos se acercaban para el término de la autorización en vigor y era urgente el despacho de esta ley que los aliancistas obstruíamos tenazmente, valiéndonos de todos los recursos reglamentarios.

El estudio del presupuesto estaba atrasado y era previo despachar los recursos necesarios para saldarlo. El momento era inoportuno para abrir una lucha con el Parlamento que tenía en sus manos los medios de obligar a ceder al Presidente en su actitud.

En el fondo, ni el propio señor Sanfuentes, ni la coalición pretendían cambiar el régimen político. Esta había deseado aprovechar en su favor los primeros días de la administración y le había impuesto al Presidente una organización ministerial. El Presidente quería ensayar la posibilidad de quebrantar la mayoría del Senado.

Llegaba el momento de ceder y de buscar la cooperación de la alianza.

El Presidente se dispuso a aceptar la dimisión del gabinete Balmaceda y llamó a uno de los líderes de la alianza liberal, a don Maximiliano Ibáñez, para confiarle la organización del nuevo ministerio.

Terminó así la primera etapa del gobierno del señor Sanfuentes.

CAPITULO II

Beyoglu-Istanbul.

Enero, 1931.

GABINETE DE GOBIERNO UNIVERSAL

GABINETE IBAÑEZ

(Enero-mayo de 1916)

SUMARIO.—Solución patriótica.—Don Armando Quezada.—Don Armando Guarello.—El Parlamento.—Elección de Concepción.—Descontentos.—Reunión de parlamentarios.—La crisis.—Situación.

Solución patriótica. El llamado de don Maximiliano Ibañez a la Moneda, para confiarle la organización de un gabinete universal, sorprendió al público, extraño a la tramoya política. El señor Ibañez, hasta el año 1910, había combatido la política del señor Sanfuentes, pero en la convención de ese año figuró entre los liberales que llevaron al partido a favorecer con sus sufragios al candidato liberal democrático; partidario de la concentración liberal en 1912, la combatió en seguida tachando de sanfuentistas a todos y a cada uno de sus correligionarios que llegaban al poder. La acción del Presidente aparecía como un acto generoso y como un propósito sincero de buscar la cooperación de todos para su gobierno, sin excluir a sus peores adversarios.

El Presidente otorgó al señor Ibañez las mayores facilita-

des para el desempeño de su misión. El organizador, por su parte, abandonó la tesis que había sostenido con tanta energía, de que la alianza liberal, para entrar al gobierno, debía exigir que la situación se retrotrajera al 23 de diciembre y se dejaran sin efecto de los actos del gabinete Balmaceda.

La distribución de las carteras no produjo la menor dificultad. La alianza ocuparía las de Interior, Hacienda e Industria y la coalición conservaría las de Relaciones Exteriores, Justicia e Instrucción Pública y Guerra y Marina.

El partido conservador mantuvo como su representante en el gobierno al señor don Ramón Subercaseaux, a cargo de la cancillería. En las filas liberales democráticas, el señor Ibáñez eligió a don Roberto Sánchez como ministro de Justicia e Instrucción Pública, y llevó a don Cornelio Saavedra a la cartera de Guerra, como representante del partido nacional.

Aun con mayor acierto eligió el señor Ibáñez sus colaboradores en la alianza liberal, ofreciendo al señor Armando Quezada la cartera de Hacienda, y a don Angel Guarello la de Industria y Obras Públicas.

Don Armando Quezada. El nuevo ministro de Hacienda había permanecido en su juventud ajeno a la acción de los partidos. Abogado de escasa clientela, compartía sus actividades entre el servicio de la secretaría de la Sociedad de Fomento Fabril, el desempeño de su cátedra de economía política en la Universidad del Estado y su puesto de redactor de sesiones en la Cámara de Diputados. A ello agregaba su acción social como director de la Liga Protectora de Estudiantes Pobres, y alta dignidad en las logias masónicas. Se le creía más inclinado al balmacedismo, cuando un buen día se inscribió en los registros de la asamblea radical de Santiago y se dispuso a tomar parte activa en la política nacional. Los radicales le recibieron con los brazos abiertos, presintieron en él a su futuro jefe, y le llevaron a la Cámara de Diputados en 1909, como representante del departamento de Santiago.

Desde el primer momento se destacó en la Cámara como el líder de su partido. A su preparación, agregaba sus condiciones de carácter. Patriota, culto, justo y ecuánime, bien ponderado,

atraía con la expresión serena de su pensamiento, con su elocuencia tranquila, mezcla del ejercicio de la cátedra y del trabajo del taller, ordenada en la exposición, vigorosa en el razonamiento, entusiasta en la peroración. Su dicción correcta y académica imponía silencio, y aun sus adversarios le escuchaban con agrado.

Formaba en el núcleo de diputados jóvenes que, sobre la acción partidista, servía los altos intereses públicos, sin que por ello perdiera su carácter de líder y primera figura de su partido. Ya en 1913 le habíamos buscado para ofrecerle la cartera de Hacienda, y desde antes de esa fecha se destacaba como el hombre llamado a dirigir las finanzas nacionales.

Su entrada al gabinete podía considerarse como la satisfacción de un deseo de la opinión pública.

Don Angel Guarello. Primer diputado, primer senador y, ahora, primer ministro demócrata, don Angel Guarello, abogado popular y de extensa clientela en Valparaíso, había sabido conquistarse con sus méritos y servicios la buena reputación de que gozaba.

Era no sólo un genuino representante de su partido, sino también de mentalidad porteña, muy diferente, por cierto, de la santiaguina.

En el puerto era necesario descargar rápidamente el barco en el muelle fiscal, para que pudiera atracar el que venía; había que aprovechar el día, desde las primeras horas de la mañana, y se llegaba fatigado al fin de la jornada; los elementos extranjeros daban actividad a los negocios y, los nacionales, siguiendo su ejemplo y adoptando sus métodos, trataban de superarles. La población criolla no descendía de españoles, predominaba la de origen inglés; el señor Guarello descendía de italianos. Tener todo al día, liquidar rápidamente, evitar la acumulación de problemas y de asuntos, despejar el horizonte y avanzar, tal era la norma porteña. Tal era también el espíritu que animaba al nuevo Ministro de Industria y Obras Públicas.

Santiago vivía en la dulzura de su clima suave. Valparaíso frente al mar y sus tormentas. Santiago amaba los problemas que le servían de tema de charla o discusión, se entretenía en

un detalle, deteniendo el conjunto. Para Valparaíso el mayor interés del problema era la solución. Santiago comentaba inactivo. Valparaíso obraba con rapidez.

Don Angel Guarello miraba los asuntos bajo el prisma porteño; sus concepciones podrían parecer hasta paradójales a la mentalidad santiaguina, pero correspondían a una realidad práctica, destruían los prejuicios, rompían la telaraña de los intereses inconfesables y proponía las soluciones razonables y lógicas.

Estudioso e ilustrado, el señor Guarello conocía los problemas nacionales y estaba preparado para la función gubernativa.

El primer representante directo de las clases populares en el gobierno hacía honor a su partido. La alianza liberal se honraba también exigiendo la entrada de un demócrata al gabinete.

El Parlamento. El gabinete simbolizaba la armonía universal. Todos los partidos estaban genuinamente representados en él y se abría una época interesante. El buen sentido nacional se había impuesto sobre toda consideración política. Eran numerosos y graves los problemas en el orden económico y financiero que esperaban la solución del Parlamento, y el ministerio tenía la competencia suficiente para dirigir su acción.

Recibimos a nombre de los liberales al gabinete en la Cámara de Diputados y expresamos en nuestro discurso la adhesión franca y sincera del partido. Esta actitud destruía la expectativa de que la presencia del señor Ibáñez a la cabeza del ministerio pudiera producir un escisión en las filas liberales. Se escapaba así una de las consideraciones que habrían obrado en su llamado. El diario conservador publicó una torcida interpretación de mis palabras, que me obligó a dirigirme al señor arzobispo en demanda de explicaciones, que dieron origen a un incidente personal.

En la entrevista del 24 de julio de 1915, entre los candidatos señores Figueroa y Sanfuentes, que hemos narrado en el primer volumen de esta Historia, ya se había referido el Presidente al eventual llamado del señor Ibáñez, sin ocultar su finalidad. Y entonces, y con mayor fuerza ahora, colocábamos sobre todo resentimiento personal el interés del país y el de la alianza liberal para prestar al gabinete toda nuestra cooperación, mientras

fuera patrióticamente necesario nuestro concurso en la solución de los problemas pendientes.

Las asechanzas de la coalición no prevalecerían contra la unión de la alianza y del partido liberal.

Elección de Concepción. Correspondía a la provincia de Concepción designar el sucesor del señor Sanfuentes en el Senado. La coalición presentó como candidato al acaudalado político conservador, señor Javier Eyzaguirre. El partido radical no pudo encontrar un candidato de sus filas con los recursos necesarios para afrontar la lucha. De acuerdo con los liberales, se consiguió interesar al señor don Alfredo Escobar, quien, finalmente, aceptó la candidatura, sin afiliarse a uno ni a otro partido, pero en nombre de la alianza liberal.

Fue dura la lucha en la metrópoli del sur y hubo necesidad de exigir del gobierno la remoción de algunos funcionarios para garantizar la neutralidad de las autoridades durante el acto electoral.

El triunfo del señor Escobar sobre su contendor vino a robustecer aún más la mayoría aliancista del Senado.

La alianza ganó en el señor Escobar un valioso elemento de trabajo parlamentario y político. A su labor personal como senador, sumó el señor Escobar la constitución de un grupo de sus colegas, compuesto por los señores Bruna, Gatica, Yáñez y él mismo, que tomaron a su cargo el diario liberal "La Mañana" y lo transformaron en una gran empresa periodística con el nombre "La Nación", que debía servir las ideas liberales.

Los temores sobre la actitud del gobierno del señor Sanfuentes se iban disipando. La alianza controlaba directamente la mitad del gobierno, disponía en condiciones sólidas de la mayoría del Senado y poseía un poderoso órgano de publicidad y propaganda.

Descontentos. Sin embargo, los elementos parlamentarios aliancistas no se sentían satisfechos del gobierno. En el campo liberal, eran frecuentes las críticas contra el ministro del Interior, a quien estimaban débil y complaciente. Varias veces, estas quejas llegaron hasta la junta ejecutiva del partido en demanda de

una resolución en el sentido de cambiar el gabinete. Nos correspondió defender al ministerio de estos ataques y sostener que la alianza liberal debía continuar prestando su concurso al gobierno hasta que se solucionaran las dificultades pendientes.

Se había otorgado ya la autorización para el cobro de las contribuciones; pero para promulgar la ley de presupuestos era necesario dictar previamente nuevas leyes de recursos y adoptar otras medidas que requerían la intervención legislativa. Sólo una vez que se realizara esta labor patriótica, la alianza recobraría su posición de combate, se alejaría del gobierno, permitiría que éste cayera en manos de la coalición y se reservaría su papel contralor con la mayoría del Senado, y su función de fiscalización con la minoría de la Cámara de Diputados.

La alianza liberal debía, a nuestro juicio, desempeñar un alto papel idealista, sin preocuparse de las influencias gubernativas. Su acción se extendía a la conquista de la opinión pública, a la preparación de la jornada electoral de 1918, a la propaganda de sus programas y, una vez que obtuviera la mayoría en ambas cámaras, tomaría el gobierno para la aplicación integral de su plan, sin contaminarse, entretanto, en el juego gubernativo, ni tomar responsabilidad en la política del señor Sanfuentes.

En este descontento con la actitud del ministerio coincidían tonalidades extremas del partido liberal, representadas por don Luis Claro Solar y don Arturo Alessandri.

El trabajo parlamentario marchaba lentamente. El presupuesto se despachó con un retardo considerable, sin que ello se debiera a una actitud de sistemática obstrucción. Las cámaras continuaron abiertas hasta abril, si mal no recuerdo, y las necesidades de la estación dificultaban el funcionamiento del Congreso.

En el mes indicado, dos miembros del comité parlamentario del partido radical, los señores Fidel Muñoz Rodríguez y Ezequiel Fernández, se acercaron a la mesa liberal a solicitar una reunión del comité directivo de la alianza, a fin de considerar la conveniencia de obtener la dimisión del ministerio. El partido radical no deseaba continuar colaborando en el gobierno. Los propios parlamentarios radicales se encargaron de comunicar éste su deseo al ministro del Interior.

Reunión de parlamentarios. Notificado el ministro del Interior por los señores Muñoz Rodríguez y Fernández, declaró que la situación debía ser considerada no sólo por el comité directivo, sino por el conjunto de parlamentarios de la alianza, y pidió a los antiguos jefes que le ayudaran con su prestigio. El Presidente de la República llamó a los miembros del comité radical para pedirles que apoyaran al gabinete.

En la reunión de parlamentarios, sobre los cargos formulados por algunos, se planteó la cuestión en estos términos: la alianza liberal, realizados ya los fines patrióticos que la movieron a colaborar al gobierno del señor Sanfuentes, ¿debía continuar sirviéndole o había llegado el momento de recobrar su acción fiscalizadora?

A nuestro juicio, la permanencia de la alianza en el gobierno, afectaba su unidad y comprometía su prestigio y eficiencia. No se trataba de una cuestión de personas. Cualquier ministro que subiera a la Moneda, tendría que vivir en un sistema de transacciones con sus colegas coalicionistas y con el propio Presidente.

La situación se presentaba fundamentalmente distinta a la del gobierno anterior, en que eran posibles y deseables los gabinetes de todos los partidos. El Presidente Barros Luco había sido elegido en un acuerdo general; el gobierno se hacía por los grupos de centro, uno de los cuales mantenía unido al partido conservador y el otro procuraba sostener ciertas concomitancias con el partido radical. La línea de la alianza y de la coalición sólo se había marcado, a fines de la administración, en las elecciones de 1915, y la campaña presidencial la había tendido como una barrera. Las dos fuerzas de opinión que representaban no habían dado por terminada su lucha con la resolución del Congreso; al contrario, se preparaban para librar una nueva y decisiva batalla. Creíamos representar el sentir del liberalismo al sostener nuestra tesis.

No era éste el modo de pensar de los señores Reyes y MacIver; ambos sostenían con el peso de su prestigio y de su experiencia que la alianza debía continuar apoyando al gobierno, mientras no se planteara una cuestión de principio que deslindara

los campos e impidiera la colaboración con los elementos coalicionistas.

No obstante este enorme apoyo moral y el súbito cambio de opinión del comité radical, después de su conversación con el señor Sanfuentes, el gabinete sólo logró dos votos de mayoría en la reunión de parlamentarios y resolvió continuar en el gobierno.

Había despreciado la puerta ancha y honrosa que le permitía retirarse rodeado de sus correligionarios. El señor Ibáñez prefirió la estabilidad del gabinete a la armonía de la alianza. Caería en algún incidente administrativo.

La crisis. Por renuncia del señor don Ramón Subercaseaux, había entrado al ministerio, como ministro de Relaciones Exteriores, otro político conservador, el señor don Silvestre Ochagavía.

Poco tiempo después de su nombramiento se produjo un incidente ministerial con motivo de la designación de la señora Isaura Dinator de Guzmán para la dirección del Liceo N.º 1 de Niñas de Santiago. El ministro conservador protestó de este acto de su colega liberal democrático, señor Sánchez, y se produjo la crisis ministerial.

¿Era una razón o un pretexto? Nada inhabilitaba a la persona nombrada para el desempeño del cargo que se le había confiado y, al contrario, tenía todos los méritos necesarios para esta designación. En cambio, para la coalición no era agradable continuar en el gobierno en compañía de los representantes de la alianza liberal.

¿Qué objeto tenía el esfuerzo y qué resultado producía la victoria, si la coalición tenía que compartir con la alianza el fruto del triunfo!

¿Acaso el Presidente no había obtenido ya todas las leyes necesarias para la marcha normal de la administración? ¿No le había dado además el Congreso diez millones de pesos para edificar escuelas-palacios, que transmitieran su nombre a la posteridad? La coalición volvía por sus fueros y representaba al Presidente de la República la existencia de una mayoría en la Cámara política, dispuesta a secundar su gobierno, sin necesidad de la colaboración aliancista.

Antes de completar los seis meses de su gobierno, el Presidente llegaba a la segunda crisis ministerial.

Situación. No podía el Presidente tratar de robustecer la alianza liberal con el ingreso a ella de su propio partido. Habría significado traicionar a la coalición que le había llevado al poder.

No lograba quebrantar la unidad de la alianza, ni llevando a los amigos del señor Lazcano al primer gabinete, ni al señor Ibáñez, al segundo, para provocar una escisión en el liberalismo.

Un gabinete de la coalición podría provocar una nueva censura del Senado. Uno de alianza no representaría a la mayoría de la Cámara de Diputados.

¿Cómo saldría el Presidente de la dificultad en que le colocaban las circunstancias?



Historia Política y Parlamentaria de Chile.

Tomo II.

Lámina 3.

ADMINISTRACION JUAN LUIS SANFUENTES
(1915-1920).

El Presidente Juan Luis Sanfuentes después de inaugurar el 1.º de junio de 1916 la legislatura ordinaria del Congreso Nacional. De izquierda a derecha: Gonzalo Bulnes, senador; Rafael Urrejola, diputado; Oscar Urzúa, diputado (entre Bulnes y Urrejola); Presidente Juan Luis Sanfuentes; Manuel Cruzat Vicuña, diputado; Ladislao Errázuriz, diputado (a continuación de Cruzat Vicuña); Manuel Rivas Vicuña.

CAPITULO III

Beyoglu-Istanbul.

Febrero, 1931.

PRIMER GABINETE DE CENTRO

GABINETE IZQUIERDO-TOCORNAL

(Mayo-octubre de 1916)

SUMARIO.—En busca de liberales.—Don Luis Izquierdo.—Don Juan Enrique Tocornal.—Los demás ministros.—Impresión en la Alianza Liberal.—Gestiones amistosas.—Interpelación al ministro de Guerra.—Dificultades y proyectos.—El Senado pronuncia la censura.

En busca de liberales. “Busco a los liberales —me había dicho insistentemente el señor Sanfuentes, al formar la coalición de 1914— porque son elementos indispensables para todo gobierno”. Este mismo concepto me lo repitió en nuestra conversación del 10 de mayo, en vísperas de la convención y en la entrevista con el señor Figueroa, el 24 de julio de 1915. Siguiendo este propósito había encontrado dos liberales en los círculos excéntricos del partido, para su primer gabinete, y recurrió a un hombre de su núcleo para organizar el segundo. En esta nueva crisis, inútilmente golpeó diversas puertas y desplegando a sus amigos para sondear opiniones y captarse voluntades. La línea del partido liberal continuaba cerrada a toda tentación y la crisis seguía sin solución.

De pronto se anunció en los diarios no el llamado de un organizador, ni el comienzo de una gestión ministerial, sino el juramento de un nuevo gabinete, así compuesto:

Interior: señor D. Luis Izquierdo, liberal.

Relaciones Exteriores: señor D. Juan Enrique Tocornal, liberal.

Justicia e Instrucción Pública: señor D. Alberto Romero H., nacional.

Hacienda: señor D. Luis Devoto, liberal democrático.

Guerra y Marina: General señor D. Jorge Boonen Rivera, nacional.

Industria y Obras Públicas: señor D. Justiniano Sotomayor.

Bajo el manto de gabinete de administración, el nuevo ministerio se componía de elementos de centro y de un personal competente para el ejercicio de la función gubernativa.

Don Luis Izquierdo. Treinta y cinco años antes del momento histórico a que nos referimos, se batía en la rada del Callao el guardiamarina don Luis Hipólito Izquierdo Fredes, distinguiéndose por su arrojo y valor. Después de la victoria, colgaba su espada y se convertía en funcionario de Hacienda. Volvió a empuñarla en 1891, para ir a ofrecerla a la Junta revolucionaria; allí le reconoció don Isidoro Errázuriz y, bajo su recomendación fue admitido al servicio de la causa constitucional. Sus dotes de talento le señalaron a la atención de sus jefes y luego se distinguió por su capacidad como organizador y por su valor en cargos de confianza durante las batallas de Concón y de La Placilla, que afianzaron el triunfo de las armas constitucionales e implantaron en el país el régimen de gobierno parlamentario.

El gobierno del almirante Montt le confió cargos diplomáticos y consulares; residió largo tiempo en Londres, llegó en sus viajes hasta el Japón y, a su regreso, fue nombrado subsecretario del Ministerio de Industria, cargo del cual le separó el Presidente Errázuriz.

El señor Izquierdo, sin ser abogado, poseía una sólida preparación jurídica y una vasta versación en cuestiones administrativas, financieras y económicas. Había tomado la representa-

ción de poderosas firmas nacionales y extranjeras, hasta lograr una considerable fortuna.

En 1906, bajo el patrocinio de las compañías carboníferas, fue elegido diputado por la agrupación de los departamentos de Arauco, Lebu y Cañete, que de nuevo le enviaron a la Cámara en 1909. En las elecciones generales de 1912, sirviendo la candidatura senatorial de don Antonio Valdés Cuevas, se presentó como candidato a diputado por el departamento de Santiago, apoyado por los elementos que controlaba la policía.

Inscrito en el partido liberal, había sido miembro de su comité parlamentario y líder en diversas ocasiones. Era uno de los primeros oradores del Parlamento y uno de los diputados más competentes para la labor legislativa y fiscalizadora. La Cámara le nombró en la comisión que debía representarla en las fiestas del centenario de la Independencia argentina, y pronunció a su nombre el discurso oficial en el Congreso de la nación hermana.

A su regreso de Buenos Aires, en junio de 1910, fue llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores en el gabinete presidido por don Agustín Edwards y desempeñó, además, la cartera del Interior durante las vicepresidencias de los señores Fernández Albano y Figueroa Larraín. Durante la administración de don Ramón Barros Luco, figuró varias veces como candidato a ministro, pero no llegó a serlo. No tomó parte activa en la campaña presidencial de 1915. Recién llegaba de un viaje por Europa, cuando súbitamente aparece de nuevo en el escenario político, como ministro del Interior, sin consultar, ni siquiera privadamente, a la dirección de su partido.

Don Juan Enrique Tocornal. Cuando yo era niño, allá antes de la revolución de 1891, me llevaron un día al Círculo Católico. Un joven largo, muy largo y flexible, hablaba, y con frecuencia pronunciaba el nombre de Tocqueville. Mucho más tarde, en los tiempos que la Cámara funcionaba en la Universidad, le vi de nuevo, pronunciando desde las filas conservadoras un discurso sobre economía, en el cual citaba el nombre de Leroy Beaulieu. Mi vecino de la galería, un jubilado gruñón, dijo al oírle:

—Ese discurso es de su suegro, don Agustín Ross.

Tenía la manía de los suegros mi vecino. Había atribuido también a don Luis Aldunate un discurso pronunciado por su yerno, don Julio Subercaseaux. Esta vez yo podía rectificarle con mi recuerdo.

—Don Juan Enrique Tocornal hacía discursos antes de casarse. Yo le había oído. Es un hombre estudioso e ilustrado, conservador.

Más tarde aún, esta vez en el nuevo edificio del Congreso, asistía, siempre desde la galería, a la recepción del gabinete presidido por don Augusto Orrego Luco y de nuevo vi al señor Tocornal, sentado en el cuarto sillón, como ministro de Hacienda. El señor Orrego declaró que todos los ministros eran liberales. Alguien preguntó si también lo era el ex diputado conservador señor Tocornal. Le declaró liberal el señor Orrego y el señor Tocornal asintió, recibiendo así, de sus manos, el bautismo de su nueva filiación política.

Pasan los años. En 1907, en los preparativos de la convención del partido, el señor Izquierdo me expresó el deseo del señor Tocornal de concurrir a esta reunión de liberales, y yo me dirigí a una de las asambleas que no podía enviar delegados regionales, pidiéndole que le otorgara su representación. El señor Tocornal concurrió a la convención y quedó plenamente incorporado al partido liberal.

Ahora reaparecía en la política, como ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete tan rápidamente organizado y entraba al ministerio, sin consultar, ni siquiera privadamente, al presidente del partido, su pariente y amigo, don Ismael Tocornal.

Los demás ministros. Nadie podía poner en duda la competencia de los ministros liberales, ni tampoco la de sus colegas. Don Alberto Romero era un abogado distinguido que por primera vez figuraba en el gobierno. Don Luis Devoto, ministro de Hacienda y de Guerra, en otras ocasiones se había revelado como un hombre tranquilo, de buen sentido, justo y práctico. El general Boonen Rivera, inspector general del ejército, se distinguía por su preparación técnica. Don Justiniano Sotomayor era un ingeniero que ya había prestado importantes servicios,

Correspondían todos estos ministros a una tonalidad tranquila y eficiente. Le daban al gabinete un aspecto técnico, por así decirlo, y extraño a la lucha partidista. El señor Izquierdo, en este acto de indisciplina, había demostrado su talento en la elección de sus colaboradores.

Impresión en la alianza liberal. El gabinete era bueno. Pero, ¿qué significaba la presencia de dos liberales en el gobierno?

¿El Presidente continuaba desarrollando el lado pequeño de su política y quería con este gabinete sembrar la desconfianza en la combinación aliancista, indicando a radicales y demócratas que los liberales les abandonaban para ir al gobierno? ¿Quería, el Presidente, molestar personalmente al señor Tocornal, don Ismael, jefe de la alianza liberal, llevando al gabinete a uno de sus parientes?

El juego era conocido. La alianza liberal no se dejaría tomar en estas redes. Radicales y demócratas sabían la sinceridad del concurso que les prestaban los liberales y tenían plena y merecida confianza en su jefe, don Ismael Tocornal, para imaginarse que pudiera existir alguna concomitancia entre ellos y los ministros liberales.

La alianza no deseaba emprender una campaña de ataque y de obstrucción parlamentaria, quería facilitar la acción del ministerio y para ello sólo exigía una declaración respecto de las garantías que estaba dispuesto a otorgar. El propio señor don Ismael Tocornal fue encargado por el comité directivo de realizar esta gestión.

Gestiones amistosas. Como resultado de las conversaciones entre el ministro del Interior, señor Izquierdo, y el presidente del partido liberal, señor Ismael Tocornal, ambos políticos hicieron ciertas declaraciones a la prensa. Ellas no coincidían en su texto. El señor Izquierdo rectificó públicamente la versión dada por el señor Tocornal.

¿Se trataba de un mal entendido? ¿O bien, el señor Izquierdo, al regresar a la Moneda, había encontrado inconvenientes para sostener la declaración que, en el Senado, había hecho al señor Tocornal?

Nadie dudaba en la alianza de la sinceridad con que había procedido don Ismael y la rectificación del ministro del Interior producía una impresión de desconfianza.

Sin embargo, la alianza esperaba los actos del gabinete para desarrollar su actitud de oposición. Mientras tanto, cooperaría al despacho de las leyes indispensables para la marcha del gobierno y ejercería una fiscalización discreta.

Interpelación al Ministro de Guerra. En resguardo de la disciplina del ejército y de la armada, el ministro de Guerra, general Boonen Rivera, dictó una orden del día prohibiendo a los individuos de las fuerzas armadas formar parte de las logias masónicas y de las cofradías religiosas.

Consideramos este acto como contrario a la libertad de conciencia y a las garantías individuales consagradas en la Constitución. El diputado radical, don Carlos Alberto Ruiz, formuló una interpelación contra el ministro y ella dio lugar a un largo debate académico, a un verdadero torneo oratorio, en el cual los representantes de la alianza liberal sostuvieron sus principios y doctrinas contra la tesis sostenida por el ministro y los diputados coalicionistas.

Los parlamentarios aliancistas no quisieron entregar a la suerte de una mayoría, ligada al propósito de mantener un gabinete, la resolución de un problema tan fundamental, y así llegó el término del período ordinario de sesiones, sin que se cerrara el debate sobre la interpelación.

Los efectos de la medida adoptada por el ministro fueron contraproducentes; una gran parte de los oficiales del ejército pidieron secretamente su admisión en las logias. Los elementos liberales organizaron manifestaciones de adhesión a los diputados que defendían las libertades públicas. Una de ellas se efectuó en Viña del Mar y la otra en el teatro de Concepción. En ambas se agitó la opinión pública contra el gobierno y aparecía como un conculcador de los derechos del hombre.

La alianza liberal se erguía contra el gabinete.

Dificultades y proyectos. Ya era difícil para el gabinete obtener el despacho de las leyes que le interesaban. Los parlamentarios aliancistas no obstruían, pero aprovechaban toda ocasión para

atacar la acción de los ministros y presentarles en condiciones desfavorables ante la opinión pública.

En algunos círculos liberales democráticos de la Cámara de Diputados se despertó el sentimiento liberal y surgió la idea de ingresar a la alianza liberal, dándole a esta combinación política mayoría en ambas Cámaras. Creían con esta actitud prestar un señalado servicio al señor Sanfuentes. Era inútil pretender quebrantar la alianza, su fuerza formidable avanzaba en la conquista de la opinión, las situaciones electorales vacilaban, el gobierno marchaba difícilmente; era necesario rendirse a la fuerza de la evidencia y servir los ideales que habían postergado en obsequio de la candidatura del señor Sanfuentes.

Se recordaba la evolución hacia el liberalismo del Presidente Errázuriz Zañartu, allá en 1875; el señor Sanfuentes debía adoptar la misma actitud. Los elementos coalicionistas que le acompañaban debían resignarse a figurar en la minoría. Era preferible el advenimiento de la alianza al gobierno con el apoyo liberal democrático que el triunfo de la alianza en las elecciones contra el señor Sanfuentes y la coalición. El señor Sanfuentes sacrificaba a su partido manteniéndole al lado de los conservadores y al mismo tiempo frustraba su propio gobierno.

Estas ideas encontraban acogida simpática en las filas aliancistas, pero no tenían otro carácter que la manifestación de deseos y aspiraciones individuales que no lograrían determinar al Presidente de la República ni a los dirigentes liberales democráticos a un cambio de rumbos y de situación.

Mientras tanto, en el Senado, la opinión de la mayoría se agitaba contra el gabinete. Diversos actos del ministro del Interior eran objeto de vivos ataques, en especial del senador por Tarapacá, señor Arturo Alessandri. Se preparaba la censura al ministerio.

El gabinete, al término del período ordinario de sesiones, se despedía del Congreso con la impresión de que sólo el tiempo le había librado de la caída. Si durante el receso no se modificaba la situación, la lucha se reanudaría en las sesiones extraordinarias y para entonces, quizás, fuera posible contar con el apoyo de algunos senadores liberales.

El Senado pronuncia la censura. En efecto, en el período de sesiones extraordinarias, el señor Alessandri interpeló al ministro del Interior y propuso la censura del gabinete. La intervención en el debate del señor don Ismael Tocornal, en contra del gabinete, decidió la situación. Don Luis Izquierdo, defendiéndose, pronunció un discurso notable, que más tarde se publicó en un folleto como elemento de propaganda. Alguna de las expresiones de este discurso suscitó un incidente personal entre el ministro del Interior y el presidente de la alianza liberal, felizmente solucionado gracias a la intervención de amigos comunes.

El debate tomó caracteres violentos en el Senado, y ello sirvió para estrechar las filas de la alianza. La mayoría arrojaba los vaticinios nefastos del ministro del Interior, asumía la responsabilidad de sus actos y censuraba al gabinete.

Al Presidente le correspondería decidir de nuevo si acataba la voluntad de una rama del Congreso o se levantaba contra ella. Los liberales democráticos recordaban ahora el testamento del Presidente Balmaceda e invocaban el régimen presidencial. El señor Izquierdo renegaba de las ideas que había sostenido con las armas en la mano en los campos de Concón y La Placilla.

Los proyectos de ingreso de algunos liberales democráticos a las filas de la alianza, se esfumaban ante la fuerza de la disciplina.

La alianza continuaba en su negativa de colaborar al gobierno formando parte del gabinete.

Se repetía, para el señor Sanfuentes, la misma situación que se produjo a la caída del gabinete Ibáñez, con la diferencia de que la solución que entonces encontró parecía ineficaz ahora con la nueva decisión del Senado.

Las consultas y sondeos no producían resultado. Ninguna otra fórmula parecía posible. La idea de organizar un ministerio de franca coalición la estimaba el Presidente como un lazo que le tendían sus adversarios para perturbar aún más su gobierno.

El Presidente confió a don Enrique Zañartu la inmediata organización de un nuevo gabinete.

CAPITULO IV

Beyoglu-Istanbul.

Febrero, 1931.

SEGUNDO GABINETE DE CENTRO

GABINETE ZAÑARTU-HUIDOBRO

(Noviembre de 1916-julio de 1917)

SUMARIO.—Visita inesperada.—Don Enrique Zañartu.—En el Congreso.—La neutralidad chilena.—Educación primaria obligatoria.—Trabajos electorales.—La crisis.

Visita inesperada. Una dolencia me retenía en cama desde algún tiempo. Los amigos me mantenían al corriente de los sucesos políticos; pero ninguno sabía que se hubiera confiado la organización ministerial a don Enrique Zañartu. Una tarde me sorprendió la visita de Enrique, en compañía de mis colegas de la Cámara, don Arturo Prat y don Oscar Urzúa Jaramillo.

Acababan de prestar juramento como ministros de Estado e iban a pedirme que les ayudara. Eran mis amigos, formaban en el núcleo de diputados jóvenes a que tantas veces me he referido, juntos habíamos realizado más de una obra útil al país. Sólo les animaba el deseo de trabajar. Enrique me aseguraba que su gabinete no tenía el menor propósito partidista y no quería molestar a la alianza liberal sino obtener su cooperación.

Zañartu había sido mi colega en el gabinete de 1913 y me ins-

piraba absoluta confianza. Urzúa me había prestado constante y eficaz ayuda a mi paso por el gobierno. Prat era especialmente capaz en materias económicas y financieras. Completaban el ministerio el doctor don Ramón León Luco, en la cartera de Industria, y dos liberales, los señores Alamiro Huidobro y el diputado don Pedro F. Iñíguez, en las carteras de Relaciones Exteriores y de Justicia e Instrucción Pública, respectivamente.

¿Por qué habían cometido el error de llevar liberales y de buscar, precisamente, el concurso de un estimado colega de nuestras filas en la Cámara de Diputados? Este hecho producía desconfianza y debilitaba, lejos de afirmarla, la situación del gabinete. Nos colocaba en la obligación de atacarle en la persona de nuestros correligionarios rebeldes. Habría sido preferible que el gabinete se compusiera enteramente de elementos parlamentarios, jóvenes como ellos, y afectos al régimen de coalición.

El Presidente quería tener siempre liberales a su lado. El ministro del Interior no deseaba dividir al partido ni a la alianza; buscaba el apoyo de todos los elementos que la constituían para la realización de su programa de bien público. La presencia de liberales en el gobierno debía mirarla sólo como una especie de control del honrado propósito que les animaba. El señor Iñíguez estaba enfermo, se había levantado para prestar juramento y había vuelto a su lecho; pero en cuanto pudiera, vendría a verme y a explicarme su actitud y sus propósitos.

Yo no podía comprometerme a apoyar al gabinete. No conocía la opinión de la alianza liberal sobre el hecho que acababa de producirse. Personalmente me inspiraban toda confianza los nuevos ministros y prestaba absoluta fe a sus declaraciones. Todo dependía de la conducta de ellos. Yo les ayudaría en el despacho de las leyes que interesaban al gobierno y que correspondían a una necesidad pública, pero esta ayuda cesaría si algún acto del gabinete demostraba una intención hostil a los intereses aliancistas.

Estaba pendiente la interpelación al ministro de Guerra sobre la orden del día que prohibía a los individuos de las fuerzas armadas formar parte de las logias masónicas o de las cofradías religiosas. Era ésta una cuestión en la cual la alianza no

podría ceder; debía buscarse una solución. El nuevo ministro de la Guerra se encargó de procurarla con la mejor voluntad.

El momento era propicio para trabajar. Tenían todo el período de sesiones extraordinarias para obtener el despacho de leyes. En junio, la alianza debía tomar posiciones. Era de esperar que, para entonces, la guerra europea hubiera terminado y pudiéramos ver claro en la situación económica y financiera. Conocían ellos mi anhelo por obtener el despacho de la ley de educación primaria obligatoria. Yo tenía la intención de plantear este problema en las sesiones de junio y esperaba que el gabinete me ayudara. Los ministros declararon que ellos también eran partidarios de la idea y que podría buscarse alguna fórmula que evitara la obstrucción conservadora; para ello podía entenderme con el ministro de Instrucción, que era mi amigo.

Fue muy agradable e interesante aquella rápida charla. Al despedirse les agradecí de nuevo su atención, y les dije:

—Pórtense bien.

Me quedó la impresión de que se iban contentos, y yo dispuesto a ayudarles, sin comprometer la unidad de la alianza.

Don Enrique Zañartu. Hijo del malogrado ministro de Hacienda de los últimos tiempos de la administración Balmaceda, señor don Manuel Arístides Zañartu, Enrique y su hermano Héctor formaban una pareja unida por una estrecha fraternidad, que se destacaba en la nueva generación por su carácter fuerte y decidido, por su simpatía y su honradez. El abandono de los estudios serios y el torbellino del placer que tomó en sus círculos a estos jóvenes ricos, hizo temer que se frustraran las esperanzas que en ellos cifraban sus amigos, sus correligionarios y el país. La madurez fue precoz para ambos, y luego se les vio emprender serios trabajos agrícolas en la extensa propiedad que habían heredado, y el nombre de Enrique apareció en la prensa de oposición. Colaborador del diario *La Tarde*, sostenido por su primo don Alfredo Irrarrázaval Zañartu, ensayaban su pluma, incorrecta, pero sincera y valiente. Muy jóvenes llegaron ambos a la Cámara; Héctor tenía horror a la tribuna y al discurso; no menos inteligente que su hermano menor, le dejaba a éste la palabra. Libre de preocupaciones religiosas, Enrique se inclinaba

siempre del lado conservador y era fundamentalmente coalicionista. ¿Sentía, acaso, la fuerza de la aristocracia de su sangre la que lo hacía preferir la compañía de las gentes de su clase y alejarse de los elementos que, poco a poco, iban ingresando en la dirección de los negocios públicos? ¿Era, quizás, su actitud el producto de una adhesión inquebrantable a la política que seguía su partido en el momento de su ingreso a la vida pública? ¿En todo caso, ella era la consecuencia de su propia posición electoral, en lucha con los radicales allá en los departamentos de Rere y Puchacay, que le enviaban a la Cámara, y donde tenía radicados sus intereses agrícolas? Sin duda, razones de un orden superior determinaban su actitud. Veían en los conservadores elementos de orden. Entre ellos se encontraban agricultores y gentes que compartían sus doctrinas económicas, que les estimularon y apoyaron en sus campañas de oposición contra el gobierno de don Pedro Montt.

Las cuestiones doctrinarias no les interesaban, no habían estudiado el derecho público y no sentían la pasión por las doctrinas políticas. Colocaban sobre ellas las cuestiones económicas que consideraban de una importancia más elevada y, sobre todo, más práctica. En este terreno podían unirse con miembros de todos los partidos y figuraban así como líderes de la corriente papelera, decididos enemigos de la política económica seguida por los banqueros y de la conversión metálica desarrollada durante el gobierno del almirante Montt.

Enrique era un ariete formidable en el ataque y una palanca poderosa para obtener el despacho de los proyectos que sometía a la consideración del Congreso. A su paso por el ministerio de Industria, en 1911, por disciplina, tuvo que refrenar sus actividades y obstruir el despacho de las leyes que perseguía con incomparable tenacidad; pero, en 1913, le tuve como ministro de Industria y Obras Públicas en mi gabinete, y continuó en el siguiente.

Fue un excelente ministro y un compañero de primer orden. Guardo el mejor recuerdo de su colaboración, que no lograron borrarlo los agrios incidentes de la campaña presidencial de 1915, que nos separó.

Enrique Zañartu era capaz de servir denodadamente a la

coalición y aun derribar el régimen parlamentario, pero al mismo tiempo era una garantía para la alianza y para toda obra útil al bien del país. En este terreno esperábamos verle.

En el Congreso. Los parlamentarios aliancistas cumplieron con su deber de protestar contra el ministerio y los liberales, en especial, declararon que la presencia de dos correligionarios no les ligaba de modo alguno. Los discursos fueron un chubasco de verano para el gabinete que le soportó seguro del buen tiempo.

En efecto, no tardó en liquidarse la interpelación contra la orden del día del general Boonen Rivera. Entre el diputado liberal don Jorge Matte, autorizado por la alianza, y el ministro de la Guerra, señor Urzúa Jaramillo, se convino en un cambio de frases. El señor Matte preguntó si la orden se había aplicado y el ministro contestó en sentido negativo y declaró que no era su intención aplicarla. Así terminó la ruidosa interpelación.

Despejado este punto, el gabinete encontró toda suerte de facilidades para su labor. La situación económica había cambiado. La guerra había producido un aumento de nuestra exportación de salitre y una disminución de las importaciones; el desequilibrio de la balanza de cuentas era favorable y el cambio subió hasta cerca de la par. Si mis recuerdos no me engañan, a esta época corresponden los arreglos favorables para el retiro de los fondos de conversión de los mercados extranjeros y otras medidas que lograron sanear nuestras finanzas. Al mismo tiempo, la Caja de Crédito Hipotecario podía realizar espléndidas utilidades rescatando sus emisiones de letras en oro.

El presupuesto para 1917 fue despachado con la oportunidad debida para que los funcionarios recibieran sus remuneraciones sin mayor retardo.

Las quejas contra algunos actos del gabinete se referían a cuestiones de empleos, de detalle, sin mayor importancia, que no lograban perturbar la colaboración que todos le prestaban.

Una vez más se probaba que el carácter de los ministros y su preparación jugaban un gran papel en el funcionamiento del régimen parlamentario. El primer paso de este gabinete que para el gran público aparecía como una organización de combate, había sido ir a solicitar la ayuda de la oposición. La confian-

za que inspiraban los ministros y su espíritu de trabajo habían hecho el resto de la obra y pudo así terminar el período extraordinario de sesiones en una atmósfera tranquila y agradable.

La neutralidad chilena. La guerra europea iba en su tercer año y se transformaba en un conflicto mundial. Las flotas inglesa y alemana se batían en nuestras costas. El continente americano se interesaba en el conflicto. La guerra submarina levantaba toda clase de protestas. Estados Unidos se disponía a tomar parte en las operaciones. La opinión chilena se dividía entre la causa de los aliados y la de los imperios centrales. ¿Podría Chile continuar en la política de neutralidad que le había trazado el gobierno de Barros Luco, o debía adoptar otra actitud?

Por esos tiempos un gran número de parlamentarios veraneábamos en Viña del Mar. Las sesiones de las Cámaras nos obligaban a pasar la semana en Santiago, pero los sábados se agregaba un *pullmann* al expreso para facilitar nuestro *week-end*. En uno de esos viajes, el ministro de Relaciones Exteriores, don Alamiro Huidobro, mi profesor de Derecho Internacional, me dijo que tenía un encargo para mí de parte del Presidente, y me anunció una visita para el día siguiente a fin de comunicármelo.

Después de la entrevista de los candidatos del 24 de julio de 1915, no había vuelto a conversar con el señor Sanfuentes, y desde que asumió el poder, mi actitud en el Congreso había sido de franca y personal oposición a su gobierno. Los sondeos de parte de amigos comunes para que volviera al gobierno o para aceptar algún llamado o invitación del Presidente, habían encontrado de mi parte el más perentorio rechazo y siempre declaraba que no pondría un pie en la Moneda, mientras no entrara a ella en nombre de la alianza liberal triunfante. Estaban así enteramente cortadas nuestras relaciones personales, de modo que me extrañó el objeto de la visita que me anunciaba el canciller. ¿Qué querría de mí el Presidente?

Al día siguiente, el señor Huidobro me explicó el problema de política internacional que creaba para nosotros el desarrollo de la guerra y la necesidad de definir una actitud. En el círculo más íntimo que rodeaba al Presidente predominaban los parti-

darios de los imperios centrales, quienes sostenían que Chile debía inclinarse en favor de los alemanes; en cambio, una gran parte de la opinión era favorable a la causa de los aliados. El Presidente le había encargado que me pidiera un consejo sobre el particular.

La misma división de opiniones existía en la alianza liberal y algunos de sus miembros se disponían a atacar al gobierno cualquiera que fuera la actitud que adoptara. A mi juicio, el rumbo de la política internacional no debía mezclarse con la política interior y debíamos considerar el interés de Chile sin ninguna mira partidista, colocándole sobre todos los grupos y tendencias para servirle patrióticamente. Nada nos aconsejaba tomar parte en la guerra ni cambiar nuestra actitud de neutrales. Por el propio interés de la humanidad era conveniente que el conflicto no comprometiera a todos los países y se mantuviera una fuerza de reserva llamada a desempeñar un papel importante en el presente y en el porvenir. Chile debía tomar una posición análoga a la de los países escandinavos, Holanda, Suiza y España, y procurar la formación de un grupo de estados neutrales en la América que, eventualmente, actuara en compañía de los estados neutrales europeos para poner término al conflicto o mantener después de la victoria el equilibrio político del mundo. Argentina había adoptado la política de la neutralidad y Chile debería sostenerla en esta línea de conducta colocando así fuera del conflicto todo el extremo austral del continente. Si se pudiera obtener del Brasil la misma actitud marchando sobre las líneas del A. B. C., quedaría asegurada la neutralidad de toda la América Latina.

El señor Huidobro me informó de que era inminente la entrada de los Estados Unidos a la guerra en favor de los aliados y que, naturalmente, la Casa Blanca ejercía toda su influencia sobre las repúblicas latinoamericanas para que siguieran su ejemplo. El gobierno del Brasil se inclinaba a esta política y seguramente ella sería seguida por otros estados. Personalmente, el canciller era partidario de la neutralidad, y en este sentido transmitiría mi consejo al Presidente.

Una vez más me visitó el señor Huidobro para tratar de la cuestión. El Presidente me agradecía el consejo, pero me pedía

que considerara un nuevo aspecto del problema. Según las informaciones de la cancillería, el Perú y Bolivia se pronunciarían en favor de los aliados, siguiendo la política de los Estados Unidos. Esta actitud elevaría la situación de nuestros vecinos en Washington y en Europa en los momentos de consagrarse la victoria posible de los aliados, y nosotros quedaríamos en una situación de aislamiento. Ya no era cuestión de decidirse entre los aliados y los imperios centrales, sino entre aquéllos y la neutralidad.

La observación era de peso, pero ella no alteraba mi convicción de que debíamos permanecer neutrales aunque quedáramos solos. Nada teníamos que temer de la posición que alcanzarán nuestros vecinos del norte, el Perú y Bolivia, en Washington o en Europa. Ninguna acción podía intentar en contra de nosotros el gobierno de La Paz; el tratado libremente celebrado, más de 20 años después de la guerra, estaba cumplido en todas sus partes. La cuestión de Tacna y Arica tenía en el propio tratado de Ancón su método de resolución: el plebiscito. De esta base no podría apartarse ninguna influencia extraña y si el problema hubiera de someterse a arbitraje en su fondo o en sus modalidades, siempre recogeríamos la ventaja de la solución aún cuando nos fuera desfavorable. Sería muy sensible no contar con la cooperación del Brasil en una política de neutralidad latinoamericana, pero debíamos mantenernos con la Argentina en nuestra tesis y sostenerla, aun solos, si así se presentaban las circunstancias.

Volviendo a nuestra política interior, entre los partidarios de los aliados y de los imperios existía una tercera corriente de opinión, más fuerte que cualquiera de las otras, en favor de la neutralidad. Toda política germanófila quedaba excluida y la fuerza que representaba vendría a unirse a la corriente neutral formando una inmensa mayoría. La alianza liberal atacaría una política en favor de los aliados; en cambio, yo me comprometía a apoyar al gabinete en una declaración de neutralidad y a evitar todo ataque serio por este motivo.

El canciller se retiró muy satisfecho y decidido a sostener la neutralidad de Chile.

Nunca me habría imaginado la influencia que este simple

consejo iba a tener en mi vida. En efecto, esta opinión determinó mi nombramiento como delegado de Chile a la Sociedad de las Naciones, en 1920, como más adelante veremos. La neutralidad de Chile y las relaciones que había adquirido en Ginebra, permitieron mi nombramiento para el cargo que desempeño.

Educación primaria obligatoria. Conforme lo habíamos anunciado, la alianza liberal planteó en el período ordinario de sesiones, junio de 1917, en la Cámara de Diputados, el problema de la educación primaria obligatoria. Repetíamos el ensayo de 1910. En aquella ocasión nuestro propósito había sido frustrado, no sólo por la obstrucción conservadora, sino también por el gobierno. El ministro de Industria y Obras Públicas, don Fidel Muñoz Rodríguez, a fin de obtener el despacho de un proyecto, había aceptado la exigencia conservadora de postergar la discusión de la reforma.

Esta vez, la actitud de los conservadores fue diferente. Dos diputados de estas filas, los señores Rafael Luis Gumucio y Tomás Menchaca, se declararon partidarios de la obligación escolar, pero sostenían que para ello era necesario una reforma constitucional que también estaban dispuestos a aceptar.

Por esos días, don Darío E. Salas publicaba su libro "El Problema Nacional", que servía de interesante instrumento de propaganda y de convicción.

El momento era propicio y con el mayor entusiasmo me dediqué a procurar un acuerdo entre todos los partidos en el seno de la comisión respectiva y en reuniones entre radicales y conservadores.

Trabajos electorales. De vuelta de las vacaciones de aquel año, 1917, el comité directivo de la alianza liberal había celebrado una interesante reunión. Analizada la situación política y electoral, convinimos en celebrar un nuevo pacto para las elecciones, estudiando la situación de cada provincia y el medio de asegurar el triunfo de la alianza en la renovación del Congreso, con el mejor aprovechamiento de las fuerzas, sin consideración a los partidos. Se me confió un estudio sobre el particular y la preparación de un plan de combate. Pocos días después, pude

presentar mi trabajo. Las candidaturas se distribuirían en proporción a las fuerzas de cada partido, la ubicación quedaría reservada en conformidad a las posibilidades de éxito. La aplicación del plan se confiaría enteramente a un comité formado por los presidentes de los tres partidos, señores Tocornal, Quezada y Guarello, del cual yo formaría parte como jefe del estado mayor, por decirlo así. El comité tendría plenos poderes.

Entre tanto, dejaríamos trabajar al gabinete Zañartu y en las sesiones ordinarias plantearíamos, como hemos dicho, el problema de la educación primaria obligatoria, no como un arma de propaganda electoral, ni para buscar una combinación política llamando a nuestro lado a los elementos liberales coalicionistas, sino con el sincero propósito de rendir un servicio al país.

La preparación de la campaña electoral ocupó toda mi atención y de ella sólo me distrajo el problema de la educación primaria obligatoria, cuya solución me apasionaba. Había sido el tema de mis primeros trabajos literarios; siguiendo su realización había fundado las escuelas nocturnas para obreros, en 1901; había tratado la materia en mi tesis para obtener el grado de licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas; le había promovido en la legislatura de 1910, no había podido impulsarla a mi paso por el gobierno y ahora veía clarear una aurora que me hacía pensar en la posibilidad de realizar mi anhelo.

La crisis. Mientras me absorbía por completo este problema, se manifestaba un descontento en las filas de la alianza contra el gabinete. El movimiento de oposición radicaba especialmente en el Senado. La alianza quería de nuevo participar en el gobierno para garantizar la libertad electoral. El Senado, no recuerdo por qué causa, pronunció la censura al ministerio.

De nuevo se planteó la cuestión del régimen político. La Cámara de Diputados reiteró su confianza al gabinete. El ministro del Interior parecía decidido a zanzar de una vez por todas la dificultad que creaba la coexistencia de mayorías divergentes en ambas Cámaras, continuando en el gobierno apoyado por la Cámara política. Esta modalidad se atribuía sólo a la Cámara de Diputados.

La tesis que pretendía implantar de nuevo el régimen presidencial, colocó en fila cerrada a la alianza liberal contra el gabinete. Se cumplían ya los 18 meses de la autorización constitucional para el cobro de las contribuciones y los parlamentarios aliancistas detuvieron el despacho del proyecto destinado a renovarla por igual plazo.

La agitación política cundía; el Presidente vacilaba respecto de la actitud que le correspondía adoptar. Una gran parte de los elementos coalicionistas que le habían acompañado estaba compuesta por revolucionarios del 91, quienes rechazaban el sistema de gobierno presidencial. Las gestiones de don Juan Luis, sus conversaciones con los presidentes de las Cámaras, los sondeos hechos por sus amigos en diversos círculos políticos, le llevaron a la conclusión de que era necesario buscar sinceramente la cooperación de la alianza liberal. Con tal objeto llamó a su despacho al presidente del partido liberal para pedirle la organización de un gabinete compuesto de todos los jefes de partidos.

Como una satisfacción al gabinete Zañartu se dictaría la ley de contribuciones en tiempo oportuno para que fuera suscrita por el señor Prat, e inmediatamente después juraría el nuevo ministerio. Las dificultades sobre distribución de carteras fueron zanjadas en forma favorable a los deseos de la alianza.

Así terminó el gabinete Zañartu y con él la serie de gabinetes de centro o de administración, y se abrió, como en la administración anterior, un período de gobierno universal.

Los gabinetes de centro no habían logrado quebrantar la unidad de la alianza, que se mantenía intacta y vigorosa, dispuesta a ganar en las elecciones de 1918, la mayoría de ambas Cámaras.

CAPITULO V

Beyoglu-Istanbul.
Febrero, 1931.

MINISTERIO DE PRESIDENTES

SEGUNDO GABINETE UNIVERSAL

(Julio-octubre de 1917)

SUMARIO.—El gabinete Tocornal-Besa.—Un ofrecimiento.—Educación Primaria obligatoria.—Labor parlamentaria.—La crisis.

El gabinete Tocornal-Besa. El 14 de julio de 1917, tan pronto como se promulgó la ley que autorizaba al Presidente de la República para cobrar las contribuciones, prestó el juramento de estilo el nuevo gabinete compuesto por todos los jefes de partidos.

El segundo gabinete universal de la administración Sanfuentes era todo una novedad en la historia nacional y quizá un caso único en la historia del mundo. En momentos graves, en los casos de un peligro exterior, todos los partidos se agrupan alrededor del gobierno para prestarle su concurso, pero no sabemos de otro caso en que esta colaboración se haya prestado precisamente con los jefes de todas las agrupaciones políticas.

Parece propio de la esencia del régimen parlamentario que el jefe de la mayoría tome la dirección del gobierno, pero esta regla no se aplicaba en Chile. En la larga serie de ministerios que

habían desfilado por la Moneda, rara vez hemos visto a un jefe de partido asumir la presidencia del gabinete. Quizás el último de estos casos fue el del ministerio presidido por don Carlos Walker Martínez, en 1898. El presidente de un partido, conforme a la práctica criolla, no comprometía su situación tomando la responsabilidad del gobierno; se reservaba la facultad de designar a sus representantes y con ella el derecho de fiscalizar su acción y de reemplazarles cuando lo estimare oportuno. Así, el propio señor Sanfuentes, fue ministro de Hacienda durante la Vicepresidencia de don Aníbal Zañartu, a fines de la administración Errázuriz Echaurren, y siguió en el cargo durante los primeros días de la administración Riesco; pero, a partir de esa fecha, aun cuando muchas veces era el jefe de la mayoría parlamentaria, jamás aceptó formar parte siquiera de un gabinete.

Un ministerio de todos los jefes era un acontecimiento extraordinario y sólo posible en Chile. Se podría pensar que los jefes de los partidos eran adversarios terribles y que la distancia entre ellos era tan considerable que no era dable imaginar una colaboración en conjunto; las variadas evoluciones de los grupos permitían que todos se conocieran y no era difícil que pudieran conciliarse.

Para el Presidente era una justa y honrosa satisfacción obtener una colaboración directa de los jefes y no vaciló en dar al señor Tocornal todas las facilidades necesarias y confiarle, en absoluto, la distribución de las carteras. Así, el señor Tocornal tomó a su cargo la cartera de Interior y ofreció a sus colegas aliancistas dos de los ministerios considerados como los más importantes: el de Justicia e Instrucción Pública, al presidente del partido demócrata, señor don Angel Guairello, y el de Hacienda, al presidente del partido radical, don Armando Quezada. La cartera de Relaciones Exteriores al presidente del partido nacional, don Arturo Besa; la de Guerra, al presidente del partido liberal democrático, don Pedro N. Montenegro, y la de Industria, al presidente del partido conservador, don Alberto González Errázuriz.

Naturalmente el gabinete mereció la unánime acogida del Parlamento y encontró toda clase de facilidades para el desempeño de su labor. Sin embargo, mi impresión era pesimista y

temía que se produjeran dificultades entre los ministros o con el presidente, que ocasionaran de un momento a otro la crisis ministerial.

Un ofrecimiento. El señor Tocornal se mostraba muy satisfecho de la situación del gobierno y de la actitud del Presidente. Había llamado a los funcionarios cuya actitud despertaba recelos en las filas de la alianza y estudiaba los cargos que pesaban entre ellos; se trataban las cuestiones de Estado en un ambiente agradable. El señor Tocornal conocía mi resolución de no ir a la Moneda, y casi todos los días se daba la molestia de visitarme, como a su amigo y colega en la dirección del partido, para informarme de lo que ocurría.

Un día llegó especialmente contento. Se trataba de proveer la Legación en Francia, considerada como uno de los más altos puestos del Estado. El gabinete anterior había pedido el *agrement* para designar a don Luis Izquierdo, y el gobierno francés lo había rehusado. En el consejo de ministros, el Presidente había declarado su deseo de designar a un liberal para el cargo, y le había pedido al señor Tocornal que me lo ofreciera a su nombre. Mi respuesta negativa fue inmediata y decidida. Por lo demás, era sabido que el Presidente había prometido este puesto a don Maximiliano Ibáñez. El señor Tocornal volvió a reiterarme el ofrecimiento del Presidente, haciendo valer su deseo de que me encontrara en París en los momentos en que se abrieran las conferencias de la paz.

Nadie dudaba en esos momentos, a pesar del avance de los alemanes sobre París, que la guerra se acercaba a su fin y que la victoria, gracias a la intervención de los Estados Unidos, correspondería a los aliados. Era necesario velar por la situación de Chile neutral ante las posibles actitudes en contra nuestra de Bolivia y del Perú.

No me halagaba absolutamente la idea de servir al país en el extranjero y me sentía ligado a las dos aspiraciones que más vivamente me preocupaban: el despacho de la ley de educación primaria obligatoria y el triunfo de la alianza liberal en las elecciones de 1918. De nuevo rechacé el ofrecimiento.

La cuestión quedaba reducida a pensar en un liberal para la

Legación en París. El señor Tocornal propuso a don Rafael Orrego, quien en su juventud había sido secretario en Buenos Aires y en Londres. El Presidente, naturalmente, hizo proponer a su candidato, señor Ibáñez, por el ministro de Relaciones Exteriores y fue acordado su nombramiento.

Educación primaria obligatoria. El aspecto para mí más interesante del gabinete de presidentes era la posibilidad de aprovechar su influencia para obtener el despacho de la ley de instrucción primaria obligatoria. Los trabajos efectuados en la comisión habían circunscrito el problema a determinados puntos. El principio de la obligación escolar estaba aceptado por los conservadores, pero éstos exigían algunas condiciones.

Sólo recordamos algunas de ellas, tales como la enseñanza de la doctrina cristiana, la presencia del párroco en las juntas comunales, la posibilidad de cumplir la obligación en las escuelas particulares, etc. Poco a poco, estas exigencias fueron reduciéndose a un *mínimum*.

La historia ignora todo el esfuerzo y sacrificio que costó el acuerdo sobre el proyecto de educación primaria obligatoria. Rafael Gumucio y Tomás Menchaca luchaban en su partido y en la iglesia por llegar a una solución —luchaban con su propia creencia religiosa—, y querían rendir al país este gran servicio. Yo comprendía toda la sinceridad con que procedían y, a mi vez, trabajaba doblemente por que la alianza aceptara algunas condiciones y los conservadores redujeran sus exigencias. Por otra parte, mi conciencia liberal también me detenía.

La lucha en el interior de mi espíritu era formidable. Sentía como un deber imperioso facilitar el despacho de la ley; pero, al mismo tiempo, mi credo político, mi convicción profunda, me cerraban el camino. Poner término a toda negociación, era postergar indefinidamente el problema. Los conservadores tenían en sus manos el recurso de la obstrucción; cualquier asunto de relativo interés vendría un día a quitar de la tabla el proyecto; una, varias generaciones más pasarían sin los beneficios de la ley. El patriotismo exigía una transacción. ¿Hasta qué punto las exigencias conservadoras eran compatibles con mi credo liberal?

Los presidentes de partidos estaban en el gobierno. ¡Qué hermosa ocasión de entregarles a ellos la solución de este problema nacional! El señor Tocornal estaba dispuesto a desempeñar esta función de árbitro, no así todos sus demás colegas. Propuse la idea en una reunión de todos los comités parlamentarios. Dominó una opinión adversa. La Cámara no podía delegar sus funciones en el gabinete. Colocar en manos del ministerio este problema era comprometer la situación de armonía que representaba. La mejor solución era votar. La mayoría correspondería al predominio de las ideas liberales.

¿Votar? ¡Sí!... ¿Pero, cuándo llegaríamos a votar? Bastaban 15 sufragios para rechazar la declaración de urgencia.

¿Deberíamos ir más allá? ¿Podríamos hacer el sacrificio de nuestra propia conciencia? ¿Sería mejor esperar el triunfo de la alianza liberal en las elecciones próximas? Si no triunfábamos en ellas, habríamos perdido la ocasión de hacer algo siquiera en favor de la cultura popular. Si triunfábamos, la situación sería la misma y tendríamos que empezar la reforma del reglamento para establecer la clausura por simple mayoría. Esta misma reforma sería objeto de una obstrucción formidable. Día y noche me torturaba el problema.

¿Estarían los conservadores dispuestos a acordar, desde luego, una gran parte de los recursos del Estado a favor del desarrollo de la cultura nacional? En aplicación de la ley de 16 de agosto de 1912, sobre formación del presupuesto podríamos establecer como cuota para la enseñanza el 20 por ciento de las rentas nacionales. ¿Aceptarían los conservadores que en la declaración de urgencia se comprendieran todos los proyectos presentados, especialmente uno sobre edificación escolar? Con todos los elementos acumulados formulé un proyecto que sirviera de base de discusión. Los conservadores aceptaron todas mis proposiciones. En cambio, exigieron que por lo menos diez diputados liberales se comprometieran a votar los puntos que señalaron, algunos de los cuales repugnaban a nuestra conciencia. ¿Qué hacer? De nuevo el mismo problema. Ahora, más tarde o nunca.

El pliego de condiciones para aceptar la declaración de urgencia fue puesto en manos del presidente del partido liberal y ministro del Interior, señor Tocornal, quien lo comunicó a sus

colegas, los presidentes de los partidos radical y demócrata. Estos no tuvieron inconveniente para que el señor Tocornal hiciera las consultas del caso a los diputados liberales, sin comprometer a los partidos ni a la alianza liberal. El señor Tocornal consultó a todos y a cada uno de los diputados liberales y pudo responder a los conservadores que 14 votarían los puntos señalados en el memorándum. Los amigos radicales y demócratas de la Cámara de Diputados fueron advertidos del compromiso que contraíamos. Ellos consideraban que hacíamos bien, pero se reservaban el derecho de protestar para mantener la opinión alrededor de las doctrinas.

Era cómoda esta actitud, como era abnegada la nuestra. Subiríamos al calvario sostenidos por la satisfacción interior de prestar un servicio al país.

Puesta en votación la declaración de urgencia, los conservadores guardaron silencio y fue aprobada. Mientras los radicales protestaban, preparamos en compañía del ministro de Instrucción Pública y del inspector general de Instrucción Pública, don Rafael Luis Díaz Lira, y de un grupo de diputados de todos los partidos, el texto que debía votarse.

A este trabajo asiduo se agregó la molestia de un incidente personal con el presidente de la asamblea radical de Santiago, Ramón Briones Luco, quien tuvo que darme satisfacciones.

Las votaciones fueron un verdadero vía crucis. Recibí como premio de este esfuerzo y sacrificio una rechifla de las galerías que felizmente no logró afectar la tranquilidad a que había llegado mi conciencia convencida de que rendía un servicio a la república.

Nuestro compromiso se refería sólo a la votación en la Cámara. El Senado podría revisar el proyecto y, más tarde, cuando las circunstancias lo permitieran, podríamos intentar su reforma. Mientras tanto, habíamos dado un gran paso en favor del desarrollo de la cultura nacional.

Labor parlamentaria. Jamás se había presentado al Congreso un gabinete más fuerte. Su sola composición excluía toda crisis de origen parlamentario. Los ministros firmaron más de sesenta leyes; pero r.3 de mucha importancia. Citaremos entre ellas la

que creó una compañía de aviación en el ejército, la de transformación del cerro San Cristóbal y una nueva ley sobre anticipos a los salitreros.

Durante este tiempo se efectuó la transmisión del mando en Bolivia y con este motivo pasaron por Chile las embajadas de los países atlánticos de la América del Sur. El gobierno se preparó a recibirles y obtuvo del Congreso los fondos necesarios para festejarles. Se aprovechó esta ocasión de manifestar la confraternidad americana y la simpatía a Bolivia.

En cuanto a nuestro problema con el Perú, permaneció intacto, sin ninguna iniciativa para solucionarlo.

Clausurado el período de sesiones ordinarias, el gabinete pudo dedicarse a la labor administrativa. En el período extraordinario de sesiones agitaría el despacho de la ley de educación obligatoria en el Senado y este acuerdo constituiría la mejor obra del gobierno.

Mientras tanto, correspondiendo al propósito de dar garantías de la neutralidad del gobierno en la campaña electoral, el ministro del Interior había llamado a numerosos funcionarios y se dedicaba a estudiar, como hemos dicho, los cargos formulados contra ellos.

La crisis. Para la alianza liberal la presencia de sus jefes en el gobierno era suficiente garantía de libertad electoral y sobre esta base continuábamos preparando la campaña.

La mayor preocupación era robustecer la mayoría del Senado, rama del Congreso que debía renovarse en sus dos tercios. La situación electoral nos era favorable; sólo faltaba encontrar los candidatos con los recursos necesarios para soportar los gastos electorales. Si lográbamos cubrir las candidaturas senatoriales, lógicamente con el triunfo de los senadores aseguraríamos el de los diputados y tendríamos también la mayoría de la Cámara política. La cohesión en las filas de la alianza era estrecha. Para asegurar el concurso demócrata los radicales debían sacrificar la senaturía de Concepción y los liberales la de Santiago; la buena disposición de los jefes permitiría vencer la resistencia de las asambleas respectivas. El apoyo demócrata aseguraría el triunfo de todos los demás candidatos aliancistas.

En cambio, la coalición veía disminuidas sus fuerzas y pretendía conservar la mayoría de la Cámara de Diputados y ganar la del Senado. Para ello le era indispensable contar con la influencia gubernativa y, en consecuencia, no podía aceptar de buen grado las medidas que deseaba tomar el ministro del Interior. Se repetía el mismo fenómeno que vimos producirse en vísperas de las elecciones generales de 1912 y 1915.

Las dificultades en el seno del gabinete sobre la remoción de funcionarios, culminaron hasta producir la renuncia de los ministros aliancistas. En el curso de las gestiones sobre la situación, los señores Tocornal, Quezada y Guarello, resolvieron abandonar la Moneda.

El Presidente de la República pretendió continuar gobernando con los tres presidentes coalicionistas. Así, el señor Besa reemplazó al señor Tocornal, en el ministerio del Interior, y el señor Montenegro al señor Quezada, en el ministerio de Hacienda. En cuanto a la cartera de Justicia e Instrucción Pública, servida por el señor Guarello, la tomó a su cargo el presidente del partido conservador, señor Alberto González Errázuriz. Después de más de 40 años los conservadores ocupaban esta cartera, a la que nunca habían podido llegar desde aquel ministerio de don Abdón Cifuentes, durante la administración de don Federico Errázuriz Zañartu (1871-75).

El Presidente parecía decidido a todo. Los aliancistas miramos con serenidad su actitud, seguros de que no podría durar mucho tiempo.

Para atender al restablecimiento de mi salud fui a pasar unos días al fundo San Juan, cerca del puerto de San Antonio y en este viaje se me ocurrió escribir artículos de oposición, en vez de reportajes o declaraciones. Así empecé una serie con un artículo titulado "Los gobernadores en viaje", suscrito con el pseudónimo Segundo Jara, y publicado en *La Nación*, diario dirigido por don Eliodoro Yáñez. Allá en nuestro retiro de San Juan fueron a hacernos compañía don Ismael Tocornal y don Rafael Orrego. Don Ismael celebraba mucho estos artículos, sin saber de quién eran, hasta que se impuso del secreto con motivo de un llamado por teléfono.

CAPITULO VI

Beyoglu-Istanbul.

Febrero, 1931.

TERCER GABINETE UNIVERSAL

GABINETE YAÑEZ-SUAREZ MUJICA

(Octubre de 1917-enero de 1918)

SUMARIO.—Don Eliodoro Yáñez.—Los ministros coalicionistas.—Don Eduardo Suárez Mujica.—Don Malaquías Concha.—Se organiza el gabinete.—Trabajos electorales.— En el Congreso.—Gestiones de arreglo.—**Proposición del Presidente.**—La crisis.

Don Eliodoro Yáñez. En la historia de la administración Barros Luco hemos visto al señor Yáñez figurando como candidato a la Presidencia de la República en la convención de 1915, y en seguida como vicepresidente del partido liberal. El señor Yáñez pretendía representar la tendencia más avanzada del liberalismo; su talento le había impuesto como director del diario *La Nación*, sostenido por él y los senadores señores Bruna, Escobar y Gatica. Excluido del gobierno durante la administración Riesco, después de su paso por la cancillería y durante toda la administración de don Pedro Montt, el Presidente Barros Luco le llamó como organizador del primer gabinete de su administración; fracasado en esta gestión, no volvió a figurar como candidato a ministro. El llamado del señor Sanfuentes a uno de sus

adversarios más decididos, denotaba, para el gran público, el sincero deseo del Presidente de buscar con lealtad, la cooperación de la alianza liberal; pero para los que conocían la tramoya era este acto una nueva expresión de esa política de círculo que constantemente aplicó el señor Sanfuentes y que tendía a fomentar la división en el partido liberal y perturbar de este modo la unidad de la alianza. Los amigos íntimos del Presidente no ocultaban estos sus propósitos y alababan las *diabluras* del señor Sanfuentes, como ellos mismos las denominaban.

Estas pequeñeces en que se entretenía el Presidente estaban muy por debajo de los propósitos de la alianza, y en lugar de perturbar a la combinación, se volvían en contra de su propio autor y dificultaban su gobierno.

A nuestro regreso de San Juan, encontramos al señor Yáñez preocupado de planear la organización de su gabinete. Comprendía la dificultad de reemplazar al ministerio de presidentes y estimaba que para satisfacer a la opinión pública era necesario que los ministros aliancistas representaran genuinamente a esta combinación y que los coalicionistas fueran una garantía para la alianza y correspondieran a ciertas tonalidades favorables. Aprobamos este plan del señor Yáñez y pasamos a estudiar su realización.

Los ministros coalicionistas. El señor Yáñez reparó en mi cuñado, el diputado conservador don Ricardo Salas Edwards, para ofrecerle la cartera de Hacienda, que ya había desempeñado durante la administración Barros Luco, en el gabinete Orrego de 1913-14, que yo mismo organizara. Su competencia técnica y la seriedad de su carácter constituían una garantía para la alianza. De las filas nacionales, pensaba llamar al señor Arturo Alemparte, su amigo personal y ofrecerle la cartera de Justicia e Instrucción Pública. El señor Alemparte no era afecto a la política del señor Sanfuentes; había sido uno de los elementos que en 1911 trabajó por la vuelta de los nacionales a la alianza. Siempre había manifestado esta tendencia. Se le atribuía el propósito de buscar un candidato de transacción en el conflicto presidencial de 1915 y votó con independencia de su partido en la calificación

de la elección por el Congreso Pleno. Este ministro no sería manejado por el señor Sanfuentes. Del propio partido del Presidente, llevaría a don Oscar Viel. Un año antes, el señor Viel había figurado entre los diputados liberales democráticos que estudiaban el plan para ensanchar los cuadros de la alianza liberal y darle la mayoría en la Cámara de Diputados con la adhesión de un grupo de ellos por lo menos. Este antecedente y sus condiciones de carácter le señalaban también como una garantía para las próximas elecciones.

Don Eduardo Suárez Mujica. En cuanto a los ministros aliancistas, el señor Yáñez había pensado en don Eduardo Suárez Mujica, como ministro de Relaciones Exteriores. El señor Suárez, radical de fila, era un antiguo servidor público. Muy joven había sido subsecretario de Relaciones Exteriores y había demostrado sus condiciones de capacidad y de talento. Diputado, no se había distinguido como orador, pero sí como un gran director político. Fue el primero en su partido que concibió la idea de llevar a la Presidencia, en 1906, a don Pedro Montt, y durante esta administración desempeñó la cartera de Justicia e Instrucción Pública. Uno de sus actos relativo a las subvenciones a los establecimientos particulares de educación, produjo el voto de la Cámara que ocasionó la caída del gabinete. El gobierno de don Pedro le envió como ministro a México, y en este país le correspondió una destacada actuación. De allí pasó a la Legación de Chile en Washington, donde sirvió inteligentemente la política del A. B. C., logró organizar la mediación en el conflicto de los Estados Unidos con México y la conferencia de Niágara Falls. Fue el primer embajador de Chile en Washington, y desempeñaba este cargo cuando subió a la Presidencia el señor Sanfuentes. El nuevo Presidente no le estimaba y aceptó su dimisión. El señor Suárez a su regreso al país, se reincorporó a su partido y era mirado como un poderoso elemento de oposición a la política del Presidente. Su entrada al ministerio era una reparación impuesta al señor Sanfuentes, una satisfacción a la opinión aliancista y una acertada elección para dirigir nuestra política exterior.

Don Malaquías Concha. Fundador del partido demócrata y uno de sus más poderosos cerebros, el diputado don Malaquías Concha, por la propia posición de su partido, era uno de los hombres que había abusado más de los defectos del reglamento de la Cámara de Diputados. Diversos actos de su carrera pública le habían formado una atmósfera adversa, que constituía una barrera para sus aspiraciones políticas. El señor Yáñez se decidía a romper estas resistencias y a llevarle al ministerio de Industria y Obras Públicas, completando con él la representación aliancista en el gabinete. La democracia se sentiría satisfecha y el gobierno contaría con una gran capacidad.

Se organiza el gabinete. Los que representábamos a los partidos aliancistas en esta gestión, aprobamos el plan del señor Yáñez en todas sus partes. Sólo temíamos que el señor Sanfuentes opusiera dificultades a algunos candidatos. El señor Yáñez supo vencer la resistencia del Presidente y nos llamó para anunciarnos que el gabinete estaba organizado. Inmediatamente citamos a las juntas respectivas y los tres partidos otorgaron por unanimidad su adhesión a sus representantes en el gobierno.

Con el personal que hemos indicado quedó constituido el tercer gabinete universal de la administración Sanfuentes. La impresión era de satisfacción en las filas aliancistas y de descontento en las filas coalicionistas.

Trabajos electorales. Asegurada con este gabinete la neutralidad del gobierno en las elecciones, toda nuestra actividad se concretó a la preparación de la campaña para ganar la mayoría del Senado y de la Cámara de Diputados. Debíamos afirmar nuestras posiciones y conquistar otras nuevas. Nuestro plan era cubrir con candidatos todos los puestos senatoriales, con excepción solamente de las segundas candidaturas en las provincias que elegían más de un senador.

Los partidos liberal y radical debían renunciar a dos posiciones muy sólidas, las de Santiago y Concepción, en favor del partido demócrata. Terminaba su período en Santiago, nuestro amigo y jefe, don Ismael Valdés Valdés, que no deseaba la reelección; en cambio, pretendía este puesto don Javier A. Fi-

gueroa. No vacilamos, sin embargo, en trabajar en la asamblea para obtener su apoyo a un candidato demócrata renunciando a la legítima aspiración de los liberales.

De este modo dábamos ejemplo a los radicales de Concepción para que procedieran de igual modo. Allá la situación era más dura. Radicales y demócratas habían pasado en constante lucha. El candidato a senador demócrata, don Malaquías Concha, había sido precisamente el jefe popular combatido por los radicales. Sin embargo, la disciplina se impuso, el interés de la alianza predominó y las asambleas radicales de Concepción, abnegadamente, siguieron el ejemplo de los liberales de Santiago y acordaron apoyar al candidato demócrata.

Esta resolución despejaba por completo el cuadro electoral y nos aseguraba el apoyo de los elementos populares a todos nuestros candidatos.

La coalición desplegaba sus mejores esfuerzos y buscaba candidatos adinerados para oponer a los nuestros. El propio Presidente la ayudaba en estos trabajos y así numerosos candidatos llevaban, como se decía por aquel entonces, la *marca de la hacienda*. Los trabajos de la alianza se extendían por todo el país y se presentaban en condiciones favorables que alarmaban a los coalicionistas.

Con los señores Tocornal, Guarello y Quezada organizamos una nueva jira por el país; ya en el otoño se había realizado una, para levantar el ánimo de las provincias. Encontramos a todos los correligionarios dispuestos a librar la batalla.

El señor Bello Codesido y su cuñado, don Enrique Balmaceda, ofrecían a la alianza el concurso de algunos elementos liberales democráticos. El comité ofreció al señor Bello la candidatura senatorial por Chiloé y al señor Balmaceda la diputación por Castro.

En la provincia de Biobío, hasta entonces reducto formidable del liberalismo democrático, la alianza opuso la candidatura de don Fernando Freire contra la del íntimo amigo del Presidente y jefe del partido liberal democrático, don Pedro N. Montenegro. A Coquimbo se trasladó el señor don Alfredo Escobar para combatir la candidatura senatorial de don Miguel Morel, deudo del Presidente. En una palabra, todos los puestos

de combate estaban cubiertos en favorables condiciones para la alianza.

En el Congreso. Naturalmente, las dos grandes combinaciones políticas ofrecieron su concurso al gabinete en ambas Cámaras; pero los parlamentarios estaban más preocupados de los trabajos de su reelección que del despacho de las leyes. Los aliancistas trabajaban en provincias; los coalicionistas esperaban siempre arreglar sus situaciones desde Santiago.

El carácter frío del ministro del Interior y de sus colegas no producía esa adhesión entusiasta o afectuosa que en otros gabinetes formaba alrededor del ministerio un grupo dedicado a ayudarlo y a gestionar el despacho de las leyes. Así, las iniciativas de los ministros no eran contrariadas, pero los debates eran lentos, reposados, sin tomar el carácter de la obstrucción.

De nuevo el presupuesto encontraba dificultades financieras para su despacho. La comisión mixta les estudiaba detalladamente y, poco a poco, sin apuro, iba enviando los cuadernos al Senado. En aquellos tiempos, obtener el despacho de los presupuestos era la más urgente aspiración de los gabinetes. Despachada esta ley podía clausurarse el período de sesiones extraordinarias y los ministros se dedicaban a la labor administrativa, libres del control inmediato del Congreso y de la amenaza de una censura capaz de producir la crisis ministerial.

La coalición no quería otorgar los presupuestos al gabinete del señor Yáñez. Jamás había estado en su pensamiento permitirle que llegara a presidir las elecciones generales. La alianza, por su parte, deseaba que el Congreso permaneciera abierto hasta las elecciones y el medio de obtener este propósito era precisamente detener el despacho del presupuesto.

¿Quién podría responderle a la alianza que, una vez despachado el presupuesto, la coalición no provocara la caída del gabinete, el Presidente organizara un gabinete de coalición e interviniera en las elecciones?

El país, entretanto, sufría las consecuencias de esta atmósfera de desconfianza. A raíz de la renuncia del señor Tocornal, el Presidente había continuado por algunos días con los ministros coalicionistas distribuyendo entre ellos las carteras ocupa-

das por los aliancistas, y este hecho podía repetirse. La alianza creía servir un alto interés público con su actitud de resistencia pasiva, sin ninguna ostentación, al avance de la ley de presupuestos. Era análoga la actitud de la coalición y ambas encontraban una ayuda decisiva y encubridora en la situación financiera y en los reglamentos, sin necesidad de recurrir a la obstrucción.

Gestiones de arreglo. El fondo del problema era la elección. Los coalicionistas comenzaron a buscar fórmulas para llegar a un acuerdo electoral.

De los 12 senadores que continuaban en funciones hasta 1921, siete pertenecían al partido liberal, los dos hermanos Alessandri y los señores Bruna, Gatica, Reyes, Charme y Tocornal, y uno al radical, el señor Feliú. Le bastaba a la alianza obtener 11 de los 25 puestos que debían proveerse para mantener la mayoría del Senado.

Eran para la alianza situaciones absolutamente inexpugnables las de Atacama, Curicó, Arauco, Malleco, Cautín y Valdivia, y la mitad de la representación que correspondía a las provincias de Valparaíso, Santiago, Talca y Concepción, o sea, cinco puestos más. En las elecciones de 1915 había triunfado en Coquimbo, Aconcagua, Colchagua y Ñuble y podía repetir el mismo resultado asegurándose así cuatro puestos, o sea, 14, que unidos a los ocho que tenía, le daban una mayoría de siete votos en el Senado; 22 contra 15.

Pero además la alianza podía luchar en Maule, Linares, Biobío, Llanquihue y Chiloé y llegar a obtener 26 asientos, dejando reducida a 11 la representación coalicionista.

La coalición se apresuró a ofrecernos el reconocimiento de la mayoría del Senado, dejando sin lucha once senadurías para la alianza y 14 para la coalición. Esta proposición fue rechazada de plano, pues equivalía a dejar en manos del Presidente la mayoría del Senado.

En efecto, entre las senadurías aliancistas se contaba la de Malleco, ocupada por el señor Bulnes, consuegro del señor Sanfuentes. En aquella provincia las asambleas liberales habían dividido sus sufragios entre los señores Bulnes y Javier A. Figueroa, como candidatos a senadores. Las reclamaciones sobre la va-

lidez de la elección interna fueron sometidas al directorio general del partido. Se nombró una comisión, presidida por mí e integrada, además, por el señor Ladislao Errázuriz, como amigo del señor Figueroa, y por el señor Jorge Valdivieso Blanco, amigo del señor Bulnes, para estudiar la situación en la región. Esta comisión informó en el sentido de que era nula la elección verificada y que debía repetirse el acto. El señor Figueroa desistió de su candidatura y fue proclamado el señor Bulnes como candidato oficial en una nueva convención provincial. Los radicales de Malleco no aceptaron esta solución.

La coalición llegó a proponernos el reconocimiento de 12 senadurías para cada bando y la elección de común acuerdo de una persona para la vigésimoquinta agrupación. De este modo la alianza tendría 20 senadores y la coalición 16. Quedaba un neutral. También desechamos esta proposición.

Proposición del Presidente. Una mañana me visitó don Fernando Lazcano. En su calidad de consejero de Estado veía con frecuencia al Presidente, y éste le había encargado que me transmitiera una proposición escrita de puño y letra del señor Sanfuentes.

En virtud de esta proposición, los señores Mac-Iver, Claro Solar, Valderrama, Lazcano, Bulnes y Yáñez serían reelegidos. La alianza tendría además una senaduría en Valparaíso, dos en Santiago, una en Talca y otra en Concepción. Se le reconocía además la senaduría de Cautín, con la cual completaríamos 12 y elegiríamos la décimotercera entre Coquimbo, Arauco y Ñuble, cualquiera de las tres. La alianza tendría así 21 senadores y la coalición 16. La mayoría sería de 5.

El señor Lazcano estimaba muy razonable esta proposición. Entre estos 21 senadores aliancistas figuraban los señores Charme y Bulnes, de tendencia coalicionista, que podrían reducir la mayoría de 21 a 19 contra 18, y dejaba en manos del señor Lazcano como árbitro de la situación la mayoría del Senado.

Contesté al señor Lazcano que nuestro deseo era no llegar a ningún arreglo electoral y dejar que el país expresara libremente su opinión. Renunciar a dos de las tres senadurías que me indicaba era abandonar los elementos liberales de esas provincias

y de otras, tales como Biobío, donde ya estábamos empeñados en la campaña, Linares y Maule, para las cuales buscábamos candidato, etc. El señor Lazcano observaba que, en cambio, asegurábamos situaciones en que la lucha era peligrosa, tales como Aconcagua y Colchagua, y de otro modo nos exponíamos a que quedaran fuera del Senado los señores Claro Solar y Valderrama. Ningún razonamiento era capaz de alterar mi resolución de luchar y obtener la mayoría en ambas Cámaras. Cualquier arreglo sobre senadurías afectaba mi plan para ganar la mayoría de la Cámara de Diputados.

Para el señor Lazcano era una ilusión pretender la mayoría de ambas Cámaras. Debíamos conformarnos con la mayoría del Senado. La coalición era poderosa, tenía a su disposición todas las influencias del gobierno, derrumbaría el gabinete e interpondría en las elecciones. Había que aprovechar el momento en que cedía y no provocar una situación de lucha que costaría a los candidatos un inmenso sacrificio de dinero, que les expondría a atropellos, sin la seguridad de la victoria. Me pidió don Fernando que reflexionara, que no tomara sobre mí la responsabilidad de una respuesta y que consultara la situación con mis colegas radical y demócrata. Le dije al señor Lazcano que podía tomar desde luego como definitivo el rechazo de la proposición, pero que la transmitiría a los señores Quezada y Guarello, quienes, sin duda, ratificarían mi respuesta.

En efecto, al día siguiente, pude decirle al señor Lazcano que la proposición no era aceptada por la alianza. Don Fernando me informó que el Presidente estaba vivamente empeñado en llegar a un arreglo electoral; había llegado a formular esa proposición venciendo enormes obstáculos en la coalición, la que se había extrañado mucho de nuestro rechazo. Haciendo un último esfuerzo, nos proponía que tomáramos 14 de las 25 senadurías, dejando sólo 11 a la coalición y elevando a 22 contra 15 nuestra mayoría. Para llegar a este resultado, además de las senadurías indicadas, podríamos elegir dos del grupo de Coquimbo, Ñuble y Arauco.

La alianza ya tenía ubicados sus candidatos en estas tres provincias y era tan sólida la situación de ellos que no podía retirarlos. También estaba comprometida a luchar en Biobío y en

Chiloé. Buscaba candidatos para Linares, Maule y Llanquihue. No deseaba la paz, sino la lucha. No podría aceptar otro arreglo electoral que el siguiente: la alianza tomaría las senadurías de Atacama, Coquimbo, Aconcagua, Valparaíso, dos en Santiago, Colchagua, Talca, Ñuble, Concepción, Arauco, Biobío, Malleco, Cautín, Valdivia, Curicó. Es decir, 16, más 8 que seguían hasta 1921; en total 24.

La coalición tendría: Valparaíso, dos en Santiago, Linares, Talca, Concepción, Maule, Llanquihue y Chiloé. Es decir, 9, y 4 que seguían hasta 1921; en total 13. Renunciábamos así a los dos tercios del Senado, abandonando la provincia de Chiloé y nuestras expectativas en Linares, Maule y Llanquihue.

A mi vez, yo haría los esfuerzos para que esta proposición fuera aceptada. Para ello era indispensable que la coalición nos reconociera 2 diputados en Chiloé, tres en Llanquihue, dos en Linares y tres en Maule; en total 10, sobre los 17 que elegían estas cuatro provincias.

El señor Lazcano estimó intransmisible esta proposición y me pidió que llamara al señor Tocornal para conversar sobre la situación. Don Ismael vino desde su hacienda, recibió de manos del señor Lazcano la proposición del Presidente y después de someterla al estudio del comité confirmó en todas sus partes mi respuesta.

Nuestra negativa determinó a la coalición a redoblar sus esfuerzos. El señor Lazcano nos pidió que le autorizáramos para pactar la paz en Linares y Curicó. Ante nuestra negativa nos envió la renuncia de su candidatura por Curicó. Nosotros no podíamos encontrar un candidato para Linares; el señor Barros Jara, a quien ofrecimos la candidatura, la renunció; pero, no deseábamos celebrar ningún compromiso ni perder esta expectativa de luchar.

La crisis. La coalición decidió derribar al gabinete. Se le presentó la ocasión en el curso del debate sobre el proyecto económico sostenido en la Cámara por el ministro de Hacienda. En una votación algunos elementos coalicionistas se plegaron a los elementos aliancistas que combatían las ideas del ministro y dejaron a éste en minoría.

La alianza no había perseguido un fin político en esta votación. Muchos de sus miembros votaron con el gobierno. Producida la renuncia del ministro de Hacienda, se trató de salvar la crisis por medio de nuevas votaciones, pero ya esta vez se manifestó claramente la hostilidad de la coalición al ministerio y los diputados aliancistas, que no aceptaban el proyecto, mantuvieron su actitud.

El gabinete presentó su renuncia colectiva. En dos años de gobierno, el señor Sanfuentes cumplía seis crisis ministeriales.

CAPÍTULO VII

República de Chile.

Febrero 1913.

LAS ELECCIONES DE 1912

GABINETE AMINATEGUIERRE

(Enero-abril de 1913)

El 1913.—El señor Pedro Pablo Kuczynski.—El primer gobierno de este tipo.—Una crisis en casa del señor Palma.—Don Esteban Zaldívar.—Demanda por la independencia.—Crisis del señor Calderón.—Organización del ministerio Aminteguierre.—La campaña electoral.—Resultados de la elección.—Crisis del Presidente.—Fin de la alianza.—La crisis.

El 1913.—El señor Pedro Pablo Kuczynski.—El primer gobierno de este tipo.—Una crisis en casa del señor Palma.—Don Esteban Zaldívar.—Demanda por la independencia.—Crisis del señor Calderón.—Organización del ministerio Aminteguierre.—La campaña electoral.—Resultados de la elección.—Crisis del Presidente.—Fin de la alianza.—La crisis.

Seguía de la opinión aliancista del país, en este momento más preocupada más crecer la fuerza de ataque y fortalecer nuestras posiciones que obtener garantías del gobierno y otros puntos de la agenda ministerial.

Esperábamos de un momento a otro el resultado de ciertas gestiones en la provincia del Biobío que nos aseguraban en este el fin de la campaña electoral.

CAPITULO VII

Beyoglu-Istanbul.
Febrero, 1931.

LAS ELECCIONES DE 1918

GABINETE AMUNATEGUI-PEREIRA

(Enero-abril de 1918)

SUMARIO.—Don Federico Puga Borne.—Nuevas gestiones de arreglo electoral.—Una reunión en casa del señor Yáñez.—Con Enrique Zañartu.—Segunda gestión ministerial.—Gestión del señor Charme.—Organización del ministerio Amunátegui.—La campaña electoral.—Resultado de la elección.—Situación del Presidente.—Plan de la alianza.—
La crisis.

Don Federico Puga Borne. La renuncia del gabinete abría de nuevo el mismo problema entre el régimen parlamentario y el presidencial, entre la alianza y la coalición. La cuestión tenía aún mayor importancia si se consideraba la proximidad de la gran batalla electoral.

Seguros de la opinión aliancista del país, en esos momentos nos preocupaba más extender la línea de ataque y fortificar nuestras posiciones que obtener garantías del gobierno y ocuparnos de la crisis ministerial.

Esperábamos de un momento a otro el resultado de ciertas gestiones en la provincia del Maule que nos asegurarían en ella el éxito de la campaña senatorial.

Una noche, don Fernando Lazcano me llamó por teléfono y me pidió que le recibiera al día siguiente, en compañía de don Federico Puga Borne. Comprendí inmediatamente que el señor Puga había sido llamado a organizar gabinete.

El doctor Puga Borne era estimado como una eminencia científica y un hombre de estado. Su afición a la política perturbaba el ejercicio de su profesión. Después de don Ramón Barros Luco, era el hombre que registraba un mayor número de nombramientos para cargos ministeriales. Había sido ministro de Justicia e Instrucción Pública en la administración Balmaceda. Después de la revolución siguió la política del señor Lazcano y figuró en los gabinetes coalicionistas como ministro de Relaciones Exteriores y de Interior. Sus amigos de la provincia de Ñuble, de donde era originaria su familia, le habían llevado al Congreso y fue durante mucho tiempo vicepresidente del Senado. En el gobierno de don Pedro Montt, entró al ministerio de Relaciones Exteriores en el gabinete coalicionista de 1907, y el Presidente le conservó en la cartera en los ministerios siguientes. Nombrado para la representación de Chile en Francia, desempeñó brillantemente esta misión y fue el único diplomático chileno que recibió las insignias de Gran Oficial de la Legión de Honor. El señor Sanfuentes no le confirmó en este cargo y regresó al país, desvinculado de la política y en una difícil situación económica.

Nunca había tenido ocasión de conocer personalmente al señor Puga; nuestro primer contacto sería la visita que me haría en compañía del señor Lazcano para consultarme sobre la organización ministerial confiada a él por el Presidente.

Los años habían marcado su acción. Aquella elevada figura que habíamos visto en el Congreso, estaba más encorvada y en su larga barba rubia de otros tiempos, dominaban ahora las canas. Decían las gentes que existían ciertos lazos de sangre entre el señor Puga y el director supremo don Bernardo O'Higgins, y mientras hablaba con una voz suave y agradable, no exenta de energía, yo me entretenía buscando en su rostro alguna semejanza con el padre de la patria.

El señor Puga Borne se quejó de sus años y de sus achaques; habló de su patriotismo y de su deseo de servir al país, dedicándole todos sus esfuerzos. Estimaba muy grave y delicada

la situación y por ello había acudido al llamado del Presidente para buscar una solución a las dificultades políticas. Toda su vida había sido liberal, jamás había renegado de sus doctrinas, que siempre sirviera desde el gobierno. Diversas circunstancias le colocaron al lado de los conservadores que le presentaban como un elemento coalicionista; pero siempre había sostenido su adhesión a las ideas liberales y podía dar análogas garantías de neutralidad en las elecciones, a la alianza y a la coalición. Quería prestar a su país este servicio, quizás el último de su vida.

En realidad, el señor Puga Borne era un hombre de convicciones liberales. Su carácter fuerte, apasionado, díscolo, tal vez, le habían llevado a separarse del partido. Su patriotismo y preparación para el gobierno eran generalmente reconocidos.

Me limité a contestar al señor Puga que para mí era un honor recibirle en mi casa y que estaba a sus órdenes para convocar a la junta ejecutiva del partido a fin de que se pronunciara sobre la misión que le había confiado el Presidente.

—Lo que me interesa saber, desde luego, es la opinión de Ud. —me dijo el señor Puga.

—De nada le servirá a Ud. mi opinión personal. Oficialmente yo no puedo darle otra que la de la junta ejecutiva, y para ello necesito convocarla. Puedo exponer el contenido de su misión ante los miembros de ella.

—En tal caso, ¿sería dable conocer de antemano la opinión de Ud., dentro de la junta?

—Ud. conoce, señor, nuestras prácticas políticas, y principalmente las del partido liberal, el más difícil de dirigir. Sabe Ud. que quien preside una reunión es el último que se reserva el derecho de opinar y de buscar la fórmula conveniente para conciliar las ideas.

—Yo sé que la opinión de la junta será la de Ud., y que radicales y demócratas la seguirán, de modo que no querría exponerme a un fracaso, haciendo gestiones, sin contar previamente con su concurso.

—Me atribuye Ud. una influencia de que no gozo. Yo sólo puedo ofrecerle convocar a la junta y darle ocasión para que conozca su opinión. Yo no podría tomar la responsabilidad de

aconsejarle la aceptación ni el rechazo del encargo que le había confiado el Presidente.

El señor Lazcano intervino en nuestro diálogo para hacerme los mayores elogios de la personalidad del señor Puga Borne y decidirme a ayudarle más eficazmente en su misión. Al mismo tiempo, insistía sobre la gravedad de la situación y las garantías que nos daría la presencia del señor Puga Borne al frente del gobierno.

Me apresuré a reconocer todos los méritos del doctor, pero urgido por una respuesta, les dije que la presencia del señor Puga Borne al frente del ministerio, en virtud de su pasado, daría al país la impresión de un triunfo coalicionista.

El señor Puga Borne, me dijo:

—Al regresar al país, lo encontré todo lo mismo que lo había dejado. La única novedad ha sido ver su nombre mezclado a la política. Tenía vivos deseos de conocerlo. Esta declaración, que le agradezco, me confirma en mi opinión. En más de 30 años de vida política nadie me ha hablado como Ud. He llegado a muchas situaciones creyendo contar con un apoyo que me ofrecían por mera forma. Y después me ha fallado... Desisto, desde ahora, de la organización ministerial.

Don Fernando no podía conformarse con esta actitud y me insistía en la conveniencia de aceptar al señor Puga Borne como organizador. Por mi parte, mantenía mi decisión de consultar a la junta y entregarle a ella la resolución final. Yo reconocía todos los méritos del señor Puga. Cediendo sólo a sus instancias le había expresado la impresión que produciría en el país su presencia al frente del gabinete; por ningún motivo deseaba que desistiera en virtud de mis palabras y prefería convocar a la junta. Pudiera ocurrir que la junta, en virtud de las declaraciones que formulara ante ella y en vista del personal que eligiera, llegara a darle el pase reglamentario. Yo lo dudaba y era casi seguro que, rindiendo todo homenaje a la persona del organizador, la junta adoptara una actitud contraria a esta organización. Después de una charla interesante, el señor Puga Borne se retiró para ir a la Moneda a desistir del encargo que le había confiado el Presidente.

Sin embargo, en la tarde, tuvo una entrevista con el señor Tocornal, quien le confirmó mi impresión.

Esa misma mañana, el señor Yáñez, ministro del Interior, dimisionario, me llamó por teléfono para denunciarme como un grave suceso el propósito del Presidente de llamar al señor Puga Borne. Como vicepresidente del partido no podía aceptar esta gestión y se apresuraba a prevenírmelo. Deseaba conversar conmigo porque tenía la expectativa de modificar la situación del gabinete en la Cámara y salvar la crisis. Se manifestó muy satisfecho del resultado de mi conversación con el señor Puga.

Aprovechando el regreso a Santiago del señor Tocornal, hice un rápido viaje a provincias para arreglar algunas situaciones electorales.

Nuevas gestiones de arreglo electoral. A mi regreso, pasé a hacer una visita al ciller señor Suárez Mujica y le encontré en una reunión con el señor Yáñez y algunos parlamentarios liberales democráticos y nacionales, estudiando las bases de un arreglo electoral. Me retiré para no perturbarles y fui a casa de don Manuel J. Madrid para ofrecerle la senaduría de Maule. Los elementos nacionales que dirigía don Vidal Antonio Arellano, en esta provincia, acababan de plegarse a la alianza y aseguraban el triunfo.

El señor Madrid, siguiendo los consejos del señor Yáñez, estudiaba la situación para presentarse como candidato a senador por Santiago, contra el candidato demócrata; esta maniobra tenía por objeto provocar una dificultad con los demócratas que podría arreglarse dándoles la senaduría de Valdivia y ubicando en Santiago al propio señor Yáñez.

Al día siguiente, las gestiones de arreglo fueron conocidas. En virtud de ellas los conservadores tendrían sin lucha una candidatura en Santiago, otra en Talca y las de Linares, Llanquihue y Chiloé. Pretendían, además, una, a elegir, entre Aconcagua, Ñuble y Colchagua. Los liberales democráticos asegurarían Santiago, Maule, Concepción y Biobío, y se daría a los nacionales Coquimbo y Valparaíso. La alianza quedaría con trece senadurías: los liberales tendrían dos del grupo de Aconcagua, Colchagua y Ñuble, y las de Curicó, Malleco y Valdivia, en

total cinco; los radicales, Santiago, Talca, Concepción, Arauco, Cautín y Atacama, total seis, y los demócratas, Valparaíso y Santiago, total dos. Se procuraría que los conservadores renunciaran a su sexta senaduría para que los liberales enteraran también seis, pero se argumentaba que los liberales solos tendríamos así más del tercio del Senado, o sea, 13 senadurías.

Esta gestión era hábil; se trataba de colocar sobre el interés de la alianza, el de su grupo más fuerte, el radical. Nuestro pacto obligaba a los radicales a luchar en Talca y Arauco y les aseguraba sólo las candidaturas que tenían por sus propias fuerzas, Atacama, Santiago y Cautín; en cambio, tenían que abandonar Concepción. Llegarían a tener cinco senadores. Mientras tanto los liberales nos habíamos adjudicado Coquimbo, Valparaíso, Aconcagua, Colchagua, Curicó, Maule, Ñuble, Linares, Biobío, Malleco y aun, eliminando a Linares y Maule, teníamos 8 buenas senadurías, las que unidas a las 7 que continuaban hasta 1921, nos darían por lo menos 15 y, con ello, la hegemonía de cualquiera situación política.

Esta gestión eliminaba todo interés por la lucha, porque aseguraba, desde luego, la mayoría aliancista con el ingreso de nacionales y liberales democráticos, de modo que las debilidades coalicionistas de algunos liberales no la afectarían, pues serían reemplazados por nacionales y liberales democráticos.

Como complemento de este pacto, la crisis ministerial se reduciría al ministro de Hacienda, conservador, quien sería reemplazado por un liberal democrático o por un nacional.

Al día siguiente estas bases fueron conocidas y comentadas en los círculos parlamentarios. El regocijo era grande en las filas coalicionistas; renacía la confianza en el gabinete. Los señores Yáñez y Suárez aparecían mucho más conciliadores que los presidentes de la alianza. El tercer ministro aliancista, don Malaquías Concha, no miraba con mucho agrado que se devolviera a los radicales la senaduría por Concepción. Pero, podría arreglarse este detalle.

La dirección de la alianza iba a caer en este arreglo; se perturbarían los planes y se mantendría la mayoría coalicionista de la Cámara de Diputados.

Los gestores del arreglo deseaban marchar rápidamente; las bases halagaban y herían intereses.

Una reunión en casa del señor Yáñez. Recuerdo que era domingo el día en que casualmente sorprendí en casa del señor Suárez el complot para el arreglo electoral y que al día siguiente, lunes, en vista de los comentarios, el señor Yáñez nos invitó a una reunión que debía verificarse esa misma noche en su casa. Asistimos sólo los tres ministros aliancistas, Quezada, Guarello y yo, en representación de los tres partidos, y además el señor Castellón.

El señor Yáñez expuso que al fin se llegaba, gracias a sus esfuerzos, a la realización de los ideales de la alianza liberal, sin lucha ni sacrificios. Los partidos nacional y liberal democrático estaban dispuestos a separarse de los conservadores y llegar a un arreglo electoral con la alianza sobre la base de la distribución de las senadurías. Este arreglo tendría sus consecuencias políticas, desde luego con el reemplazo del ministro conservador por un liberal democrático o nacional, y se llegaría a la celebración de un pacto político.

Las bases del arreglo electoral eran las siguientes:

Se reconocía a los radicales seis senadurías: Atacama, Santiago, Talca, Arauco y Cautín y, además, la opción entre Valparaíso y Concepción.

Los liberales democráticos tendrían también seis senadurías: Santiago, Talca, Maule, Concepción, Biobío, y completarían su cuota con la candidatura liberal democrática aliancista de don Emilio Bello en Chiloé.

A los liberales se les adjudicaría: Aconcagua, Colchagua, Curicó, Ñuble, Malleco y Valdivia; también seis senadurías.

Los demócratas tendrían dos: Santiago, y a elegir entre Valparaíso y Concepción.

Los nacionales tendrían también dos: Coquimbo y Valparaíso.

De este modo la actual alianza liberal tendría 14 senadurías de las 27 por elegir, o mejor dicho, 15, contando con el señor Bello, y con los 8 senadores que continuaban hasta 1921. Así completaba una mayoría de 23 contra 14. Además, la alianza

contaría con cuatro senadores liberales democráticos y cuatro nacionales, con los cuales llegaría a constituir una mayoría de 31 contra 5 conservadores y un independiente. Este gran bloque estaría al abrigo de cualquiera escisión.

Prácticamente la alianza hasta ese momento sólo había proclamado 17 candidatos, y gracias a esta gestión aseguraba la elección de 15, renunciando a las candidaturas de Coquimbo y Biobío, donde la lucha era difícil. En cambio, podía luchar en Linares y en Llanquihue y pretender la cuarta senaduría de Santiago, cubriendo la nueva combinación todo el mapa electoral, sin dejar una sola senaduría libre a los conservadores.

El señor Castellón celebró con entusiasmo este plan, felicitó al señor Yáñez, y una vez más le veíamos soñando con el triunfo de la alianza grande y con el porvenir del país bajo su régimen. La expectativa de la senaduría de Concepción era para él un factor secundario.

Yo pregunté si los elementos liberales democráticos y nacionales apoyarían a los candidatos aliancistas en todo el país. Observé que sólo en esta forma podrían considerarse seguras las candidaturas liberales. De las seis que se nos asignaban en el plan, quedarían sin lucha las de los señores Lazcano, Bulnes y Yáñez; las otras tres quedaban en lucha con los conservadores y expuestas a perderse sin un pacto general; la coalición podría concentrar en ellas sus recursos. En la misma situación se encontraban las senadurías radicales de Talca y de Arauco y la liberal democrática aliancista de Chiloé. Era una ilusión pensar en las senadurías de Linares, de Llanquihue, y en la cuarta de Santiago.

En consecuencia, todo el pacto se reducía a asegurar cinco senadurías a los liberales democráticos, dos a los nacionales y tres a los conservadores, en total 10. Mientras tanto la alianza, de las 15 que le atribuyó el plan, sólo tendría disponibles nueve.

Proposiciones mucho más favorables hechas por el propio señor Sanfuentes habían sido rechazadas por el comité aliancista. La única novedad que tenía la gestión del señor Yáñez, era ofrecernos la compañía de liberales democráticos y nacionales, exponiendo, en cambio, la mayoría del Senado. Cambiábamos por completo nuestra orientación. El propósito de la alianza era

ganar por sí la mayoría en ambas Cámaras. Después de ello le sería fácil obtener el concurso de liberales democráticos y nacionales si lo necesitábamos. En ese momento no se iba a salvar al liberalismo sino a condenarle, de nuevo, a una situación incierta y a malograr el esfuerzo hecho para preparar la campaña. Por mi parte sometería a la junta ejecutiva el plan y me proponía atacarlo.

Los ministros y el señor Castellón censuraban mi actitud que era débilmente sostenida por Quezada y Guarello. Los liberales lo pretendíamos todo, no pensábamos sino en nuestros intereses, íbamos tras de obtener para nosotros la mayoría del Senado, sacrificando a radicales y demócratas y exponiendo a la alianza a un fracaso. La campaña era una locura. Asistiríamos a un nuevo desastre. Se perdería como la candidatura de Figueroa. Era necesario ser razonables y no dejar pasar la oportunidad de la victoria sin luchar. El señor Suárez me increpaba nerviosamente.

Con la misma nerviosidad yo les rechazaba. No era posible comprometer todo el porvenir del liberalismo por unos días de ministerio, ni por una cómoda elección senatorial. Ninguno de ellos conocía el espíritu de provincias y sus ánimos de luchar. La atmósfera de la Moneda les había perturbado. Yo no temía a la intervención electoral. Sanfuentes se guardaría bien de intervenir. Ello produciría su caída del poder. La alianza tenía ampliamente ganada la elección con la mayoría en las dos Cámaras. Debían tener confianza en el triunfo.

Discutimos hasta avanzadas horas de la noche y todos nos retiramos cavilando sobre la situación, su gravedad y las consecuencias de la actitud que adoptáramos.

Al retirarnos, los señores Quezada y Guarello me declararon que estaban en perfecto acuerdo conmigo y que creían que debía darse la batalla en toda la línea, sin ninguna vacilación. Estaban dispuestos a hacer nuevas jiras a provincias. La mayoría del Senado exigiría la constitución de un ministerio de garantías. Nada teníamos que temer por este lado. Por otra parte las ideas que cada cual había recogido durante el día en las filas denotaban que, tanto los radicales como los demócratas, eran en su mayoría contrarios al arreglo. La prudencia que habían ma-

nifestado en la discusión no era falta de decisión ni de energía.

Al día siguiente debía verificarse por la mañana una reunión de los liberales democráticos para autorizar el proyecto de pacto. Numerosos miembros de la junta eran decididos partidarios del arreglo, de acuerdo con el Presidente y en inteligencia con los conservadores. Se atribuía grande importancia a la llegada de Enrique Zañartu.

Con Enrique Zañartu. Aquella noche me fue difícil conciliar el sueño. ¿Tenía yo razón al resistir a todo arreglo electoral o, patrióticamente, debía ceder?

Enrique Zañartu venía en el nocturno y yo que conocía su patriotismo me imaginaba que le preocupaba el mismo pensamiento. Si hubiera un grande interés público de por medio vinculado a la paz electoral, debería ceder y aceptar alguna fórmula de arreglo.

Temprano le llamé por teléfono y le pedí que pasara por casa antes de ir a la reunión de su partido.

Nuestra conversación fue muy cordial. Yo creía que íbamos a ganar las elecciones en ambas Cámaras. Una corriente de opinión en la alianza era partidaria de aceptar las proposiciones de arreglo de nacionales y liberales democráticos. Yo las combatía. Pero le había llamado para preguntarle si, a su juicio, existía algún interés público superior que aconsejara la paz.

Enrique me contestó que estimaba que el país debía decidir entre la alianza y la coalición; que ningún interés público estaba comprometido y aconsejaba la paz. Nosotros, según sus cálculos, tendríamos la mayoría del Senado, pero ella dependería del voto de los señores Charme, Bulnes y Lazcano, que eran garantía para la coalición y para el señor Sanfuentes. Era indudable que la coalición mantendría la mayoría de la Cámara de Diputados.

Le contesté que sus cálculos estaban equivocados. Triunfaríamos en ambas Cámaras; la mayoría del Senado no dependería de los votos que me indicaba; sería mucho más amplia. La alianza llegaría al gobierno en junio. El problema se reducía a determinar qué fórmula de alianza tomaba el gobierno. Si la alianza grande, con balmacedistas y nacionales, desde luego, o la alianza chica, sin ninguno de estos elementos.

Enrique me contestó que de ningún modo era posible pactar la alianza desde luego, porque sería una deslealtad contra los conservadores. En junio, si triunfábamos, la mayoría sería débil y necesitaría el apoyo de los otros elementos de centro para gobernar. Para entonces conversaríamos.

En un pacto general podrían reservarse algunas senadurías a los conservadores. Podríamos llegar a un arreglo dándole cinco senadurías a los conservadores, cuatro a los liberales democráticos y una a los nacionales. La alianza se reservaría 15. Las senadurías conservadoras serían: Santiago, Talca, Linares, Llanquihue y Chiloé; la nacional, Valparaíso, y las liberales democráticas, Santiago, Maule, Concepción y Biobío. Para esta última provincia no podría ser candidato el señor Montenegro; aceptaríamos, en cambio, a Carlos Balmaceda o a Héctor Zañartu, ubicando al señor Montenegro en Maule o en Santiago. Los liberales tendríamos: Coquimbo, Aconcagua, Valparaíso, Colchagua, Curicó, Ñuble, Malleco y Valdivia, o sea, 8; los radicales: Atacama, Santiago, Talca, Arauco y Cautín, cinco, y los demócratas, Santiago y Concepción, dos. La mayoría aliancista del Senado sería de 23 contra 14. Si se aceptaba esta fórmula podría hacerse el arreglo inmediatamente. Si no, lucharíamos en toda la línea. Le anuncié que ya tenía candidato contra su hermano Héctor, en Maule.

Enrique insistió en que no era posible ningún arreglo. Mis cálculos eran ilusorios. La coalición no podía darse por vencida sin luchar. Después de las elecciones conversaríamos.

En lugar de la paz pactamos la lucha. Zañartu podía invocar como argumento contra los pactistas de su partido, mis declaraciones en orden a exigir el reconocimiento de la mayoría aliancista de ambas Cámaras; nuestro compromiso para no ceder jamás la senaduría de Biobío al señor Montenegro, etc.

Segunda gestión ministerial. Zañartu tuvo que batirse en su junta contra los pactistas y logró dominarlos. El partido liberal democrático se mantenía fiel a sus aliados conservadores, y con ellos y los nacionales libraría la batalla. Zañartu tomaba una gran responsabilidad sobre sus hombres. Tenía suficiente carácter para asumirla.

Mientras tanto, a nosotros, que no habíamos firmado el pacto de distribución de candidaturas, nos quedaba una dificultad con los demócratas sobre las diputaciones por Valdivia; llamé por telégrafo al señor Guarello, pidiéndole que se trasladara a Santiago por el expreso de la noche.

La agitación política fue considerable. Todos los interesados en el arreglo protestaban por su fracaso. Zañartu era víctima de las críticas de los coalicionistas, y yo de los aliancistas. Éramos un par de locos que lanzábamos al país a una lucha y le exponíamos a sus resultados.

Mientras los parlamentarios aliancistas comentaban los sucesos en mi casa, yo, encerrado en mi escritorio, copiaba personalmente el pacto de distribución, satisfaciendo las exigencias de los demócratas para firmarlo esa misma noche. En esta tarea me interrumpió una visita del señor Suárez Mujica.

El señor Suárez, en su propio nombre y en el del señor Yáñez, venía a imponerse de lo que ocurría. En la Moneda soplaba un viento de fronda. Se preparaban para la lucha. El señor Zañartu tomaría a su cargo la organización de un gabinete de combate. Nosotros debíamos ceder y no lanzar el país a la revuelta. La intervención electoral sería sangrienta. Tocornal, Quezada y yo escuchábamos serenos todas estas alarmas. Aguardábamos sólo la llegada de Guarello para firmar el pacto.

Durante estas discusiones, Enrique Zañartu me llamó por teléfono para pedirme una entrevista. A las 12 de la noche pasaría por casa y tendría ocasión de conversar con los jefes de la alianza.

Entretanto, llegó el señor Guarello, firmamos el pacto y lo entregamos a la prensa para su publicación. Al mismo tiempo convocamos a los directorios generales para que lo ratificaran.

Cuando llegó Zañartu, terminábamos estas operaciones.

Enrique nos expuso la situación. El Presidente le había llamado para confiarle la organización de un gabinete y venía a pedirnos ministros y a ofrecernos garantías de libertad electoral. Me correspondió contestarle que, con toda la estimación que él nos merecía, no podíamos darle ministros. Enrique se fastidió, naturalmente, y nos amenazó con organizar un gabinete de coalición. A nosotros no nos alarmaba la idea. El Senado lo censura-

ría y tendría que decidirse a pasar sobre su decisión o a renunciar. Estábamos seguros de la opinión liberal del país y lucharíamos contra el gobierno en favorables condiciones.

El organizador entregaba absolutamente a nuestra elección los nombres de los representantes aliancistas en el gabinete para asegurarnos las mayores garantías. Invocaba nuestro patriotismo para no extremar las cosas. Nuestra serenidad era pasmosa.

En el momento se me ocurrió una idea. Se podía contestar al Presidente de la República que él eligiera libremente un organizador coalicionista del gabinete. Nosotros indicaríamos los nombres de los demás miembros del gabinete. O bien, pedirle que presentara una lista de organizadores de la cual elegiríamos nosotros una persona a quien indicar los nombres de tres ministros aliancistas.

Zañartu se retiró descontento, pero dispuesto a seguir en sus gestiones. Al día siguiente conversó separadamente con los presidentes aliancistas, sin obtener mejor resultado. De nuevo era el momento de decidir si el Presidente prescindía de la mayoría del Senado o mantenía el régimen parlamentario.

El señor Sanfuentes no deseó lanzarse en la aventura. El señor Zañartu continuó de gestor de un ministerio del cual no formaría parte él mismo y que sería presidido por el señor Charme. Los jefes aliancistas le contestamos que deseábamos entendernos directamente con el organizador, sin perjuicio de la colaboración que pudiera prestarle el señor Zañartu.

Gestión del señor Charme. El presidente del Senado, don Eduardo Charme, nos pidió una entrevista a nombre del Presidente, que inmediatamente le acordamos y que tuvo lugar en casa del señor Tocornal. Don Eduardo nos refirió las preocupaciones de don Juan Luis. Algunos elementos coalicionistas lo incitaban a prescindir de la mayoría del Senado e ir a la intervención electoral. Pero S. E. quería respetar el régimen parlamentario y dar garantías de libertad, y para confirmar su buena voluntad, estaba dispuesto a dar la cartera de Justicia e Instrucción Pública a los radicales y a aceptar para el cargo a su enemigo don Daniel Feliú. El Presidente le había ofrecido al

señor Charme la organización de un gabinete, pero él no estaba dispuesto a aceptar y deseaba sólo servir de intermediario.

Le contestamos que nuestro propósito no era molestar al Presidente, sino obtener la formación de un gabinete que diera garantías de neutralidad electoral. Por mucha confianza que personalmente nos mereciera el señor Zañartu, su designación como ministro del Interior produciría en el país la impresión de que el jefe de la campaña coalicionista presidía el gobierno. No se trataba de compensar su influencia con la de otra persona que representara genuinamente la alianza. La solución sería buscar un ministerio de gentes tranquilas que dieran garantías a ambos bandos y que fueran capaces de entenderse. El Presidente podría proponernos una lista de organizadores y nosotros elegiríamos uno.

Horas más tarde, el señor Charme volvió con la respuesta del Presidente y con una lista de tres personas, que integraban el propio señor Charme, y de los señores Antonio Huneeus y Domingo Amunátegui Solar. Don Eduardo nos pidió que nos concretáramos a estos dos últimos nombres, porque él no aceptaría en ningún caso.

Nosotros elegimos al señor Amunátegui y esa misma tarde el Presidente le llamó por telégrafo a Viña del Mar, donde veraneaba enteramente ajeno a las actividades políticas y electorales. Esa misma tarde el señor Amunátegui nos telegrafió pidiéndonos una entrevista para las once de la mañana del día siguiente, hora en que llegaría a Santiago.

Organización del ministerio Amunátegui.

Los jefes de la alianza le ofrecimos toda nuestra adhesión al señor Amunátegui y le recomendamos que obtuviera para los radicales la cartera de Justicia e Instrucción Pública, llevando a ella a Pedro Aguirre Cerda; que tomara a Guillermo Pereira como candidato conservador a la cartera de Relaciones y a Manuel Hederra, diputado nacional, para la cartera de Hacienda. Como demócrata podía llevar al doctor Landa. La cartera de Guerra la dejaría a la libre elección del Presidente.

A la hora de almuerzo volvió el señor Amunátegui a casa

de don Ismael, y reunidos allí los jefes de la alianza, nos contó el resultado de sus gestiones.

El Presidente le había expresado su deseo de llegar a un arreglo electoral y le había relatado los esfuerzos que había hecho y la obstinada resistencia de la alianza. Era una desgracia que nosotros continuáramos mirándole como el jefe de la coalición. Como Presidente de la República su único propósito era velar por la tranquilidad y dar garantías a todos los partidos. No se encontraría en él la menor resistencia para adoptar todas las medidas necesarias a fin de asegurar la neutralidad en el acto electoral.

En cuanto a la distribución de carteras, el Presidente había aceptado como ministro de Instrucción Pública a don Pedro Aguirre Cerda y como ministro de Industria al doctor don Francisco Landa. Le había propuesto como ministro de Guerra a don Luis Vicuña Cifuentes. Y sin rechazar a los señores Pereira y Hederra, le indicó los nombres de don Alejandro Lira para Relaciones y de don Arturo Prat para Hacienda.

Le indicamos al señor Amunátegui que insistiera una vez más en favor de los señores Pereira y Hederra, pero que también podía aceptar a los señores Lira y Prat.

Horas más tarde el señor Amunátegui nos pidió que citáramos a los juntas respectivas. El Presidente había aceptado a los ministros coalicionistas propuestos por los jefes de la alianza y el gabinete quedaba así organizado y listo para jurar.

Era el cuarto gabinete universal de la administración Sanfuentes y el séptimo de su gobierno.

Los parlamentarios, ya tranquilos de preocupaciones sobre intervención electoral, se lanzaron a la campaña y no despacharon el presupuesto para el año 1918.

La campaña electoral. Toda nuestra actividad se concentró en la campaña electoral. Propiamente vivíamos en el tren. Hicimos un viaje a Cauquenes a proclamar la candidatura de don Manuel J. Madrid, contra Héctor Zañartu, yerno del Presidente. Tres veces fui hasta Valdivia antes de las elecciones, revisando "la línea de combate".

En todas partes encontrábamos el mayor entusiasmo. El úni-

co punto negro era Malleco. Los radicales no aceptaban la candidatura del señor Bulnes, liberal coalicionista, consuegro del señor Sanfuentes, aunque le habían proclamado los elementos liberales aliancistas de la provincia.

Todo estaba bien en el resto del país, pero el propio vigor de la alianza y el trabajo ahora activo de la coalición creaban, a cada paso, nuevas dificultades.

En medio de gran entusiasmo habíamos proclamado a los candidatos aliancistas en Los Angeles, cuando nos llamaron precipitadamente a Temuco a fin de intervenir en las dificultades producidas entre los radicales para elegir su candidato a senador. Aprovechando esta división los coalicionistas habían lanzado también un candidato.

Arreglada la dificultad en Cautín, surgió otra en Valdivia. Fuimos allá, y cuando lo creemos todo solucionado, nos encontramos con que el candidato radical de Arauco, asustado ante la caja que aportaba don Francisco Huneus, conservador, pensaba retirar su candidatura. En un rápido viaje a Santiago, le arreglamos un crédito y lo pusimos de nuevo en campaña.

De Aconcagua, don Luis Claro nos anunció que sin un auxilio extraordinario de fondos no podría afrontar la lucha contra el presidente del partido conservador, don Alberto González Errázuriz, que le disputa la senaduría.

Los candidatos liberales a diputados por Santiago, declaraban que encontraban dificultades para que los correligionarios votaran por el candidato demócrata a senador. El señor Yáñez estaba en esta maniobra para cambiar su ubicación de Valdivia a la capital con los demócratas, y ello acarrearía serias perturbaciones.

Despejado el campo en general, fui a visitar a mis electores de Curicó. Allá en los contrafuertes de la cordillera me sorprendió un llamado urgente de San Fernando. El señor Valderrama no podía resistir la campaña del señor Lyon en Colchagua, y pedía otra ubicación. Luego logramos que el señor Valderrama entregara medio millón de pesos a don Ernesto Barros Jarpa, suma que éste llevaría en una maleta para dar un golpe de sorpresa contra el señor Ariztía en Llanquihue. Las dificultades aumentaban en Cautín; el candidato radical señor Suárez se

retiraba. La situación no era buena para el señor Valderrama en Llanquihue, y el señor Barros Jarpa volvió con la maleta a Cautín, donde se proclamó al señor Valderrama en vísperas de la elección.

En una manifestación en la comuna de Santa Bárbara en la provincia de Biobío cayó herido un joven radical. Se exigieron garantías, con indignación, y el gobierno las otorgó.

Llegó, por fin, el día de la elección. Cumpliendo un antiguo compromiso me instalé en el departamento de Nacimiento, punto el más difícil de la campaña de Biobío, donde sólo esperábamos obtener un tercio de la fuerza. Ganaron, sin embargo, allí, los candidatos aliancistas después de una porfiada lucha.

Todo el país se agitó el día de la elección. En la víspera, una mala noticia: los señores Bello y Balmaceda habían abandonado la elección de Chiloé.

Resultado de la elección. La jornada fue horriblemente pesada en Nacimiento. Aún no terminaba la votación en una mesa que se había constituido tarde, cuando me anunciaron por teléfono el triunfo en Los Angeles y en Mulchén. En Valdivia, Malleco y Cautín no hubo lucha contra los candidatos aliancistas. Más tarde llegó la noticia del triunfo en Arauco y en Ñuble. Se confirmó la elección de Malaquías Concha en Concepción, de don Fernando Lazcano en Curicó, de Quezada y Torrealba en Santiago. No había lucha en Atacama. Triunfábamos en Talca.

A las 10 de la noche ya sabíamos que la alianza contaba con 12 senadores nuevos, y 8 que seguían hasta 1921, nos daban 20 contra 17. Nos faltaban noticias de Coquimbo, Aconcagua, Valparaíso y Maule. Las pedíamos nerviosamente por teléfono y por telégrafo. Antes de recogerlos, recibimos la confirmación del triunfo en las tres primeras provincias. La alianza tenía el mínimo de senadores que yo pretendía, 15 contra 10. La mayoría del nuevo Senado era de 23 contra 14.

Había hecho bien al rechazar todas las proposiciones de arreglo y pactos electorales. Aún faltaba Maule. No se tenían noticias precisas del resultado. El señor Madrid ganaba por un voto o perdía por poca diferencia. En Chiloé se había retirado Bello Codesido.

El país correspondía a las esfuerzos de los dirigentes aliancistas. Al lado del triunfo en el Senado, nos daba una inmensa mayoría en la Cámara de Diputados.

Sentíamos toda la satisfacción de la victoria. La gran cuestión era saber aprovecharla en servicio del país.

Al día siguiente emprendimos el viaje de regreso a la capital. Los trenes iban repletos. En cada estación el júbilo era inmenso. La gente se agrupaba a saludar a los vencedores. Al llegar a Santiago, el pueblo recibió en triunfo al señor Tocornal y arrastró el carruaje que le conducía. La masa gritaba con emoción:

—¡Gracias, señor! ¡Viva la alianza liberal!

El entusiasmo era verdaderamente indescriptible. El señor Tocornal merecía este homenaje, por su entusiasmo, su abnegación y su constancia.

Desde los balcones de su casa hablamos diversos oradores, y yo invité a nacionales y a liberales democráticos a ingresar a la alianza, reconociendo las banderas de los partidos que la formaban. Mis palabras fueron mal interpretadas. Nacionales y liberales democráticos rechazaron airados y los aliancistas estimaron que no se podía llamar a los vencidos execrados.

Para mí, en cambio, era el momento de buscar la unificación liberal bajo la bandera aliancista. El grupo liberal democrático había ya realizado su programa de llevar a la presidencia al señor Sanfuentes; el grupo nacional no tenía ambiciones presidenciales. Todos los que eran sinceramente liberales podían ingresar a nuestro partido y servir de control a los elementos extremos dentro de la propia alianza.

Más adelante, veremos el desarrollo de este plan.

Situación del Presidente. El gobierno dio garantías efectivas de neutralidad electoral y la alianza, gracias a ellas, había triunfado en las elecciones. El desconcierto coalicionista era enorme. Desde las columnas de "La Nación", bajo el pseudónimo de Primitivo Rojas, había publicado algunos artículos antes de la batalla, y después de la victoria seguimos con otros de carácter satírico.

Sobre estos pasatiempos dominaba, no obstante, la idea de organizar la reciente victoria de la alianza. Mientras tanto, el

Presidente meditaba si debía renunciar. Sus consejeros coalicionistas le obligaron a desistir de este propósito.

El dilema entre el sistema presidencial y parlamentario quedaba resuelto en razón de los hechos. El país había elegido mayorías homogéneas en ambas Cámaras en un acto libre y correcto. No quedaba más solución que la de gobernar con la alianza o renunciar.

El ministro del Interior nos consultó sobre la actitud que debía tomar el gabinete y puso a la disposición de la alianza su renuncia. La dirección de la alianza le respondió que debía continuar en el gobierno y que le apoyaría para el despacho de los presupuestos y de todas las leyes cuyo despacho quedara interrumpido. No teníamos prisa para llegar al gobierno. El gabinete que formáramos podría ser derribado por la mayoría coalicionista de la Cámara de Diputados. Esperaríamos la apertura del nuevo Congreso para llegar a la Moneda; mientras tanto, deseábamos que el gabinete universal liquidara los problemas económicos y financieros pendientes.

El Presidente, siguiendo la tendencia manifestada desde el principio de su gobierno, comenzó a estudiar el medio de dividir a la alianza liberal. Confió a los señores Cornelio Saavedra y Belfor Fernández el cuidado de sondear opiniones en el campo aliancista. Estos dos amigos le habían servido en 1914, para preparar la coalición, como hemos visto en la *Historia de la administración Barros Luco*.

Su finalidad inmediata era destruir la influencia del señor Tocornal en la nueva combinación. No podía perdonarle la victoria de la alianza y en este aspecto le sostenía el señor Montenegro, herido por la derrota en Biobío, en una campaña que estimaba segura para él. El señor Tocornal, en persona, le había combatido en Los Angeles y yo en Nacimiento.

Plan de la alianza. Nos fue fácil entendernos sobre la distribución de honores en la alianza liberal. La presidencia del Senado correspondería a un liberal, y a un radical la de la Cámara de Diputados; sería radical el vicepresidente del Senado y liberales y demócratas tomarían las vicepresidencias de la Cámara. Los liberales tendríamos tres consejeros de Estado, dos elegidos

por el Senado y uno por la Cámara; los radicales, dos, elegidos por la Cámara; los demócratas, uno, elegido por el Senado. Los señores Tocornal y Quezada formarían la mesa del Senado, y el señor Guarello sería el primer consejero de Estado demócrata, así como había sido su primer diputado, su primer senador y el primer ministro de su partido. En cuanto a la fórmula ministerial, trabajaríamos para que se aceptara la idea de dar tres carteras a los liberales, tres a los radicales y una a los demócratas, asignando para ello el valor de dos a la cartera de Interior. De este modo, radicales o liberales tomarían dos o tres, según fuera el organizador, y, en todo caso, una los demócratas.

La alianza en la Cámara de Diputados plantearía la reforma del reglamento para establecer la clausura de los debates por simple mayoría, y en el Senado agitaría el proyecto de ley de educación primaria obligatoria.

La crisis. Era lenta la marcha de los trabajos en el Congreso, si bien no había propósito de retardarlos. El gobierno y la Cámara carecían de vigor. A fines de marzo, ciertos incidentes de la armada inquietaron al gobierno. El ministro de Guerra, al parecer, quiso adoptar medidas enérgicas de disciplina que no encontraban apoyo ni en el Presidente ni en sus colegas de gabinete.

Los ministros aliancistas nos consultaron sobre la situación y les reiteramos el deseo de no tomar el gobierno hasta junio. El gabinete podía resolver como mejor le pareciera la cuestión de la disciplina de la armada.

El ministro de Guerra consintió en aplazar su renuncia hasta después de las fiestas del centenario de la batalla de Maipú.

Mientras tanto, el señor Saavedra trabajaba en las filas radicales contra la dirección del partido, propiciando la organización de un gabinete presidido por el señor Alessandri, como medio de producir la división. Por su parte el señor Yáñez creía que a él le correspondía recoger el triunfo de la alianza, a pesar de sus esfuerzos por frustrarlo en un pacto electoral. El triunfo de la alianza era para él el fruto de la propaganda del diario "La Nación", que él mismo dirigía. El señor Sanfuentes, por medio de amigos comunes, constantemente procuraba obtener mi aceptación a un llamado que quería hacerme y siempre encon-

traba como respuesta mi propósito de no entrar a la Moneda, sino en representación de la alianza triunfante y esperaba para ello la elección de consejero de Estado que me ofrecían mis amigos.

Asistíamos a la agonía del último gabinete universal y a los preliminares del gobierno de la alianza. En la nueva combinación empezaba el juego de las ambiciones y los adversarios las fomentaban para destruir el valor de la victoria.

CAPÍTULO VIII

República Dominicana

Historia, 1911.

Tercera.

GABINETE DE ALIANZA LIBERAL

GABINETE ALEXANDRINER

[Agosto de 1910]

El día 1.º de Mayo, día de Nuestra Señora, se celebró en la ciudad de Santo Domingo un acto solemne en el que se celebró el centenario de la independencia de la República Dominicana. En este acto se leyó un discurso de don Antonio Vialta Cuevas, en el que se recordó la historia de la independencia de la República Dominicana y se hizo un llamado a la unidad y a la cooperación entre todos los dominicanos para el progreso de la patria.

Una comisión presidida por don Juan Pablo Duarte se encargó de organizar el acto solemne para celebrar el centenario de la independencia de la República Dominicana. El acto oficial que debía realizarse el día 1.º de Mayo, día de Nuestra Señora, se celebró en la ciudad de Santo Domingo. En este acto se leyó un discurso de don Antonio Vialta Cuevas, en el que se recordó la historia de la independencia de la República Dominicana y se hizo un llamado a la unidad y a la cooperación entre todos los dominicanos para el progreso de la patria.

CAPITULO VIII

Beyoglu-Istanbul.

Febrero, 1931.

Bairam.

PRIMER GABINETE DE ALIANZA LIBERAL

GABINETE ALESSANDRI-FELIU

(Abril-septiembre de 1918)

SUMARIO.—En viaje a Maipú.—En la Moneda.—Conferencia entre el Presidente y los jefes de la alianza.—El señor Alessandri organizador del primer gabinete de Alianza Liberal.—Actitud de los demócratas.—Se organiza el gabinete.—Presagio.—Alessandri como candidato.—Labor legislativa.—Elección de Consejeros de Estado.—Notas de nuestros cuadernos.—Calificación de las elecciones.—La elección de Chiloé.—La clausura de los debates.—Quejas de los liberales.—La elección de arzobispo.—La crisis.

En viaje a Maipú. Una comisión, presidida por don Luis Barros Borgoño, organizaba los festejos para celebrar el centenario de la batalla de Maipú. Al acto oficial que debía verificarse al pie del monumento levantado en el sitio mismo del combate, se seguiría un almuerzo campestre en el fundo San Juan de Chena, propiedad de don Antonio Valdés Cuevas. Todos los parlamentarios fueron invitados. Yo me excusé de asistir. Mis amigos, Carlos Balmaceda y Romualdo Silva Cortés, me visitaron a nombre del Presidente para pedir que fuera a la fiesta de Maipú, a fin de tener ocasión de conversar conmigo, ya que yo

no quería ir a la Moneda. Accedí a los deseos de mis amigos y momentos más tarde recibí una esquila del Presidente invitándome a acompañarle en el carro presidencial. En efecto, al día siguiente, al llegar a la estación, Héctor Zañartu me condujo al vagón que ocupaba el Presidente, su familia, el embajador argentino y otros personajes.

Desde el 24 de julio de 1915, fecha de la reunión de los candidatos en mi casa, no había conversado con don Juan Luis. Me saludó muy afablemente y luego entró en materia.

Recordando nuestra última conversación, me dijo:

—Ya está cumplida la condición que Ud. fijó para colaborar a mi gobierno. La alianza liberal tiene mayoría en ambas Cámaras; yo debo gobernar con ella y le pido que organice desde luego el ministerio. Las Cámaras aún no despachan el presupuesto, están pendientes las leyes financieras, la situación de la armada es delicada, es urgente que la alianza venga a acompañarme. Ayúdeme usted. Yo le aseguro que gobernaré lealmente con la alianza y que no tendrá ninguna dificultad de mi parte.

Le contesté al Presidente que estaba dispuesto a ayudarle con toda lealtad, pero que no quería volver al gobierno. Mis amigos me habían ofrecido el cargo de consejero de Estado, incompatible con el ministerio y que yo prefería con mucho. Por otra parte, en la alianza dominaba la idea de no llegar al gobierno hasta el mes de junio, una vez que se constituyeran las nuevas mayorías.

El Presidente insistió y, tentando un último recurso, me dijo que si yo no aceptaba se vería obligado a llamar a Yáñez o a Alessandri. Le repliqué que dentro de la lealtad que le había ofrecido, debía aconsejarle que no tomara ninguna de esas medidas. Las dificultades que hasta entonces había encontrado provenían, precisamente, de ese aspecto de sus actos que denotaban el propósito de dividir la alianza o al partido liberal. El llamado de los señores Yáñez o Alessandri tenía ese carácter. Se equivocaba el Presidente si creía que le pondríamos dificultades a uno u otro. La alianza le daría gabinete al político aliancista que el Presidente llamara, y no por ello se quebrantaría. El propio Presidente sufriría las consecuencias de este acto.

Don Juan Luis me pidió que le indicara un organizador.

A mi juicio, el Presidente debía fijarse en una persona que diera garantías y que fuera capaz de armonizar las diversas tendencias de la alianza. Estas cualidades las podía encontrar en los señores Barros Borgoño y Valdés Cuevas, que viajaban con nosotros.

El Presidente me respondió que las informaciones que le suministraban los señores Saavedra y Fernández, le hacían ver que el señor Alessandri sería muy bien recibido por los radicales.

—Va a cometer de nuevo un grande error, Presidente —le dije, poniendo término a esta conversación en los momentos que el tren se detenía en la estación de Maipú.

Durante el almuerzo quedamos colocados a larga distancia, pero S. E. me mandó prevenir que deseaba beber conmigo. Antes de retirarnos, uno de los edecanes me buscó para invitarme al carro presidencial.

—Reflexione y decídase a aceptar —me dijo don Juan Luis—; de otro modo me veré obligado a llamar a Alessandri. Vaya a verme.

Le prometí hacerle una visita y nos separamos sin tener ocasión de conversar de nuevo.

En la Moneda. Pasadas las fiestas de Maipú, se hizo pública la renuncia del ministro de Guerra y de sus colegas de gabinete. Don Enrique Salvador Sanfuentes le pidió a Samuel Claro Lastarria, a nombre del Presidente, que consultara a la alianza si estaría dispuesta a entrar desde luego al gobierno. La coalición apoyaría al gabinete aliancista en la Cámara de Diputados hasta junio. Los jefes de la alianza autorizamos al señor Claro para dar una respuesta afirmativa, sin perjuicio de una consulta que haríamos a nuestras juntas ejecutivas.

Se pensó que el señor Claro podría ser el organizador del ministerio y los candidatos a ministros se prepararon a combatirlo.

El señor Yáñez propagaba una doctrina nueva. Tocornal, Quezada, Guarello y Rivas, decía, son, sin duda, los generales victoriosos; nosotros les debemos gratitud y estamos dispuestos a rendirle todo homenaje; pero deben dejar la dirección de la alianza y entregar a ésta su obra para que ella se organice. En

la reunión de nuestra junta, encontró prosélitos para que se aceptara su idea de no entrar inmediatamente al gobierno; pero al mismo tiempo la junta dio plenos poderes a la mesa directiva.

En la junta radical, las cosas pasaron en forma análoga, gracias a la acción de los partidarios del señor Alessandri, quienes deseaban evitar una organización a cargo de Samuel Claro.

El Presidente me llamó a la Moneda. Su situación era difícil. Los ministros deseaban retirarse. La coalición no podía darle gobierno porque no contaba con la mayoría del Senado. La alianza se negaba a colaborar desde luego, a pesar de que la mayoría coalicionista de la Cámara se comprometía a no derribar al ministerio aliancista que se formara. Aún no tenía presupuestos. Era indispensable encontrar una solución inmediata. De nuevo me pedía que tomara a mi cargo la organización ministerial.

Le recomendé al Presidente que hiciera una nueva gestión para conservar el gabinete universal, pidiendo al señor Luis Vicuña Cifuentes y a sus colegas que retiraran sus renunciaciones. Si esta gestión no resultaba, podría provocar una declaración oficial de la coalición en orden al apoyo que prestaría hasta junio, en la Cámara de Diputados, al gabinete aliancista. En seguida, la alianza le daría ministerio. En ningún caso aceptaría yo la organización ministerial.

El Presidente me agradeció el consejo y lo puso inmediatamente en práctica. Esa misma tarde, Pedro Aguirre nos comunicó el resultado de la reunión de los ministros y nos transmitió la siguiente proposición:

"El Presidente desea que las cuestiones relativas a la armada sean resueltas de acuerdo con la mayoría aliancista del Congreso y, sobre la base de que esta mayoría acepte lo que el gabinete resuelva, propone:

"1.º Que el señor Landa tome a su cargo la cartera de Guerra hasta el 1.º de junio, o

"2.º Que reemplace al señor Vicuña Cifuentes, en dicha cartera, alguno de los señores Augusto Vicuña S., Enrique Barbosa, Oscar Urzúa, Julio Prado Amor o Jorge Prieto E."

Después de cambiar ideas sobre la situación entre los jefes aliancistas, fue aceptada mi proposición de contestar al Presidente en los siguientes términos:

"1.º Al gobierno corresponde resolver los asuntos de la armada y al parlamento fiscalizar los actos del gobierno. No podríamos acordar un voto previo de indemnidad.

"2.º La cuestión de la armada es un asunto nacional y, dentro del régimen de gabinete universal, no puede excusarse el partido liberal democrático, que es el del Presidente, de tomar intervención. En consecuencia, no se acepta la idea de que el ministro de Industria, señor Landa, demócrata, tome para este efecto la cartera de Guerra.

"3.º No hay ningún inconveniente para que el ministro señor Vicuña sea reemplazado por el liberal democrático que designe S. E."

Al término de esta reunión, don Ismael Tocornal nos entregó a Yáñez y a mí, sendas cartas por las cuales nos confiaba la dirección del partido. Don Ismael había resuelto pasar una temporada en los baños de Panimávida para restablecer su salud. En el fondo, le hería la nueva doctrina de Yáñez, que hemos enunciado, y el hecho de que el Presidente no le llamara a la Moneda y se entendiera con él por medio de recados o consultas.

Las proposiciones del Presidente y la respuesta dada por el comité aliancista no produjeron ningún resultado. El Presidente, siguiendo la inclinación que yo le había hecho, obtuvo una declaración oficial de la coalición en relación con el apoyo que prestaría en la Cámara de Diputados a un gabinete aliancista. Ausente ya de Santiago el señor Tocornal, el Presidente envió esquelas a Quezada, Guarello, Yáñez y a mí para que pasáramos a la Moneda el domingo 14 de abril, a las dos de la tarde.

Inmediatamente llamé por teléfono a los citados por el Presidente para que celebráramos una reunión previa. El señor Yáñez se había dirigido a su hacienda. Los señores Quezada y Guarello quedaron de reunirse en casa a la una y media, para ir de allí juntos a la Moneda. Casualmente tengo a la mano un cuaderno en que anoté mis impresiones de esos días, que prefiero reproducir:

14-IV-1918: Se celebró a la una y media la reunión convenida para ponernos de acuerdo sobre la respuesta que debíamos

dar al Presidente. Asistieron sólo Guarello, Quezada y yo. Yáñez se fue a Lo Herrera. Ha comentado mi ofrecimiento de que él solo tomó la dirección del partido en estos momentos, en el sentido de que yo quiero evitar así que se le confíe la organización del gabinete.

Quezada me cuenta que Yáñez le ha llamado por teléfono pidiéndole que asuma en esta reunión la representación de los liberales porque él no podrá asistir. Llega a la reunión Pedro Aguirre, ministro de Justicia, y nos informa que el deseo del Presidente es confiarme la organización ministerial, y que si yo insisto en mi negativa llamará a Alessandri. Quezada ha recibido una visita de Alessandri y de Saavedra, ambos le han manifestado el deseo del Presidente de confiar a Arturo la organización ministerial y han pedido el apoyo de Quezada. Los circunstantes piensan que el único modo de evitar la organización Alessandri es que yo me decida a aceptar la misión que me confiará el Presidente.

Por mi parte, propongo como ministros del Interior a Quezada y a Guarello, y me resisto a toda idea de entrar al gobierno.

Esta discusión no tenía objeto, e invité a Quezada y a Guarello a que nos pusiéramos de acuerdo sobre los siguientes puntos:

1.º Le pediríamos al señor Sanfuentes que aplazara la reunión para el día siguiente, a fin de que pueda asistir el señor Yáñez;

2.º Le diríamos al Presidente que podía elegir libremente un organizador en las filas de la alianza, de cualquiera de los partidos que la forman;

3.º La fórmula ministerial sería la que habíamos conversado: $3 \times 3 \times 1$, considerando como dos la cartera de Interior.

Ya en la Moneda, el Presidente nos comunicó el acuerdo de la coalición y su deseo de gobernar desde luego con la alianza liberal. El Presidente se inclinaba ante el régimen parlamentario y solicitaba la cooperación leal de la alianza a su gobierno que, por su parte, otorgaba ampliamente. Nos pidió que alguno de nosotros tomara a su cargo la organización ministerial y que los tres formáramos parte del gabinete. Los tres nos excusamos, pero mis colegas insistieron para que yo aceptara las reiteradas instancias del Presidente. Le pedí al Presidente y a mis amigos

que tomaran como irrevocable mi decisión de no entrar al gobierno. Observé que la representación del partido correspondía al señor Yáñez, y le pedí al Presidente que aplazara esta reunión hasta su regreso.

El Presidente nos pidió que volviéramos al día siguiente y anunció que de nuevo llamaría al señor Yáñez. En seguida, nos retuvo para conversar sobre diversos tópicos de interés general, el curso de la guerra, sus planes financieros, etc. La charla se prolongó por más de una hora.

Quezada y yo no habíamos ido todavía a sufragar por municipales y nos despedimos. Sanfuentes me insistió especialmente en que volviera mañana; pero le contesté que esperaría su llamado por teléfono si me necesitaban. Era suficiente que conversara con el señor Yáñez.

En compañía de Guarello fuimos a votar, comentando la conversación con el Presidente. Las elecciones municipales se verificaban dentro del mayor orden y corrección. El país daba un ejemplo de cultura cívica.

Regresamos a tomar té, y encontramos a numerosos parlamentarios que venían a informarse de la situación. Todos se empeñaban en convencerme de que debía organizar ministerio y cada cual contaba las gestiones que hacían Alessandri y Yáñez, disputándose el honor que yo rechazaba.

15-IV-1918: A mediodía supe que Yáñez había regresado de su fundo y que tenía invitados a almorzar a Quezada y a Guarello para ir juntos a la Moneda a las dos de la tarde.

A las tres, Yáñez me llama por teléfono para que vaya a "La Nación" y le contesté secamente que no iría.

Quezada y Guarello vienen a casa a contarme la reunión. La conferencia fue brevísima. El Presidente repitió sus declaraciones de ayer y ellos quedaron de consultar a las juntas respectivas. No se había hablado de posible organizador y la entrevista fue más bien fría.

Yáñez citó a la junta liberal para mañana martes, y Quezada a la radical, para el miércoles 17. Los correligionarios se muestran descontentos por la actitud de Yáñez. Les explico que yo mismo le había dicho que tomara solo la dirección del partido.

16-IV-1918: Los diputados liberales no asistieron a la sesión de la junta, como protesta por la actitud de Yáñez. Apenas si hubo quórum. Se acordó autorizar a la mesa para proceder como mejor le pareciera. Acaba de visitarme don Raimundo del Río, amigo de Yáñez. A su juicio, es muy sensible lo que ocurre. En un momento tan interesante todos debemos presentarnos unidos. Le refiero los sucesos y considera perfecta mi conducta.

17-IV-1918: Los radicales tomaron hoy un acuerdo análogo al de la junta liberal.

19-IV-1918: Yáñez vino con Quezada a explicarme su conducta. La culpa la tiene mi teléfono. Pruebo que no es exacto. Creía que me había ido a Curicó. También es falso. Me pide que le disculpe y que le acompañe a la Moneda. No iré sin mí. Me propone, finalmente, que vaya yo solo.

Contesto que no iré solo, ni en su compañía. A él le corresponde la dirección del partido y debe asumirla. Si, en virtud del acuerdo de la junta que confía a la mesa la resolución sobre la formación del ministerio, desea saber mi opinión, yo no tengo inconveniente en dársela.

En primer lugar, creo que debe aguardarse el regreso del señor Guarello de Valparaíso. En seguida, me parece previo e indispensable que la alianza celebre un acuerdo sobre la fórmula ministerial.

Yáñez contesta que están autorizados por Guarello para tomar su representación y que el propio organizador buscará la fórmula del gabinete.

Observo que no acordar de antemano la fórmula, es preparar una guillotina para el organizador y su caída sea en la junta liberal, o en la radical o en la demócrata. La situación es especialmente delicada.

Quezada opinó como yo. Yáñez insistió en su modo de apreciar las cosas, y como ya era la hora de la citación, se prepararon para ir a la Moneda. De nuevo Yáñez me pidió que lo acompañara o fuera en su lugar. Me rogó que acudiera si me llamaba y que no abandonara mi casa hasta recibir sus noticias.

Pocos momentos más tarde, Yáñez y Quezada regresaron. La conferencia había sido aún más breve. El Presidente no les

había consultado ningún nombre. Se había limitado a darles las gracias y a decirles que llamaría un organizador.

El señor Yáñez me pidió que nos mantuviéramos en estrecho contacto durante esta delicada gestión y trató de inquirir si yo sabía quién sería el llamado por el Presidente. El señor Quezada era el mejor informado y creía que ya se habría llamado a Arturo Alessandri.

El señor Alessandri, organizador del primer gabinete de alianza liberal.

En efecto, en la tarde, Alessandri me buscó en la Cámara. Venía de la Moneda y quería consultarme antes que a nadie. Era para él una gran responsabilidad organizar el primer gabinete de la alianza liberal. Su deseo era rehusar y deseaba mi consejo.

Contesté francamente a Arturo que no era, a mi juicio, la persona mejor indicada para el puesto; pero que, como vicepresidente del partido, le ayudaría lealmente en su organización hasta que coronara sus gestiones. El primer llamado debía demostrar la potencia de la alianza y su fuerza para sobreponerse a toda insidia o propósito de división de parte del Presidente.

Alessandri me pidió que le acompañara a "La Nación", donde le esperaba el señor Yáñez, y me rogó que le ayudara en la entrevista con el *maestro*, temeroso de un fracaso. En el camino me declaró su propósito de servir la política de don Ismael Tocornal y de combatir a Yáñez. Le contesté que sirviera la política de la alianza y nos ayudara en nuestro deseo de mantener, a toda costa, la unión del partido.

En "La Nación", Yáñez le ofreció su concurso. Palabras de entusiasmo salían de sus labios. Alessandri declaró que no se sentía capaz del cargo, ni digno del honor, y nos pedía que le autorizáramos para llevar el nombre de alguno de nosotros, o de los dos, al Presidente, a fin de organizar el gabinete. Ambos nos negamos.

Alessandri recordó que él me había acompañado en el gabinete de 1913, como ministro de Hacienda, y ahora me pedía análogo servicio. Mientras más seguro estaba de nuestra negativa, con mayor entusiasmo nos ofrecía la organización o carteras en el futuro gabinete. Por fin, declaró que le exigíamos un

sacrificio supremo y que aceptaba esta inmolación, etc. Nos pidió que le diéramos un ministro de Hacienda.

El señor Yáñez le propuso el nombre de don J. Raimundo del Río, y yo, aceptando al señor del Río, le propuse, además, a los señores Luis Claro Solar, Eduardo Opazo y Julio Philippi.

Advertí que aún no se había producido un acuerdo sobre la distribución de las carteras y que sería conveniente provocarlo inmediatamente, ratificando la fórmula a que ya nos hemos referido.

En ese momento llegó el señor Quezada y convinimos en que los liberales tomaríamos Interior y Hacienda; los radicales, Relaciones, Justicia y Guerra, para dejar a los demócratas en Industria.

Todos estuvimos de acuerdo en que quedara Pedro Aguirre en Justicia. Yáñez propuso a Eduardo Suárez como canciller, y se dieron otros nombres de ministros.

Quedamos convenidos en citar a la junta para mañana y dejar al organizador que buscara su gente.

Nos retiramos juntos Alessandri, Quezada y yo. Arturo pidió nombres de ministros. Quezada indicó a Suárez, a Mathieu y a Robles para Relaciones Exteriores, y a Rosselot para Guerra. Yo agregué a Feliú para la cancillería. Arturo declaró que tenía un compromiso de honor de llevar a Briones Luco al gabinete.

Arturo nos convidó a comer, yo me excusé y me fui a casa, pensando en el desengaño que sufrirían los diputados radicales, quienes habían formado atmósfera a Alessandri, cuando se impusieran que el más discutido de entre ellos llegaba al gabinete.

Acaba de irse Arturo después de consultarme la lista de la combinación que tenía formada: Suárez, Aguirre y Briones como radicales; él y del Río, como liberales, y, Landa, como demócrata.

Francamente le he dado una opinión adversa. Desde el 3 de marzo la política se orienta hacia la sucesión del señor Sanfuentes. En el gabinete hay dos representantes de la candidatura Alessandri, él mismo y Briones; tres de la candidatura de Yáñez, los señores Suárez, del Río y Landa, y, apenas un neutral, el señor Aguirre. Además, el señor Suárez ha tomado una acti-

tud de agresión contra los liberales, sobre todo después del fracaso de su candidatura por Cautín, que lo hace persona *non grata*. Por último, era una lástima que en el gabinete con que iniciaba su gobierno la alianza figurara el señor Briones, discutido entre sus propios correligionarios.

Arturo ha hablado mucho y por fin declaró que mañana buscará a Feliú y a Claro Solar.

19-IV-1918: El día ha sido sumamente agitado.

Antes de almuerzo me visitó Alessandri en compañía de Yáñez. El Presidente le ha pedido que no lleve como ministro a del Río. Había visto a Claro y no aceptaba la cartera. Traía una fórmula salvadora de toda dificultad; ella consistiría en distribuir entre nosotros tres las carteras de Interior, de Relaciones y de Hacienda. No aceptamos y le aconsejamos que buscara a Feliú como canciller y a Pedro García de la Huerta o a Jorge Matte, como ministro de Hacienda. A las tres de la tarde nos reuniríamos de nuevo en el escritorio de Quezada.

A esta reunión Arturo nos llevó la noticia de la aceptación de Feliú y nos pidió el nombre del segundo ministro liberal; deseaba un parlamentario en ejercicio. Le dije que los diputados más antiguos eran Enrique Bermúdez y Jorge Valdivieso Blanco.

Los diputados liberales se reunieron y comisionaron a Jaramillo para que transmitiera al organizador su deseo de verse representados por Bermúdez en el gabinete. A Arturo le pareció muy mal la idea y dijo que el Presidente no lo aceptaría.

Más tarde se reunió nuestra junta y por unanimidad otorgó el pase al organizador. Expuse la cuestión sobre distribución de carteras y se aprobó la fórmula que yo preconizaba. Los liberales podríamos contentarnos con dos carteras efectivas, en último caso; pero nunca cederíamos una de las tres consejerías de Estado. Se recomendó tomar la cartera de Instrucción. Informé a la junta que acababa de oír entre los demócratas la idea de exigir dos carteras para ellos. Si nosotros teníamos Interior y otra cartera, el problema demócrata sólo afectaba a los radicales. La mesa quedó ampliamente autorizada para distribuir las carteras ministeriales. En cuanto al consejo de Estado, la junta tomó la re-

solución de exigir 3 puestos. Y por lo que respecta a las mesas de las Cámaras, la presidencia del Senado y una vicepresidencia en la Cámara de Diputados.

Yáñez, impuesto de los deseos de los diputados liberales, habló a Alessandri en favor de Bermúdez. El organizador dijo que no será aceptado por el Presidente, ni por Feliú. Alessandri nos pidió que lo acompañáramos al Senado; allí nos reunimos con Quezada, Feliú y José Pedro Alessandri.

El señor Feliú con indignación dijo que no iría al ministerio ni a parte alguna con el señor Bermúdez. Yo tomé la defensa de éste. Negué a los radicales el derecho de discutir la persona de los candidatos liberales. Por nuestra parte, no nos era dable disentir las candidaturas radicales, aunque tendríamos más de alguna observación que formular. Yáñez no dijo una palabra. José Pedro solucionó la dificultad diciendo que los senadores liberales por su parte, exigían la entrada del señor Claro Solar al ministerio y el organizador estuvo de acuerdo con esta proposición. El señor Feliú aceptó la cartera de Relaciones Exteriores definitivamente. El señor Quezada convocaría a la junta central para que diera el paso a los ministros radicales señores Feliú, Aguirre y Briones Luco.

Al salir de esta reunión, el señor Yáñez me dijo que consideraba fracasada la organización Alessandri y que convendría conversar acerca de la situación que podría presentarse mañana. Entre ambos podríamos organizar un gabinete. No tendría inconveniente para acompañarme como ministro de Relaciones Exteriores cediéndome Interior, o bien, él tomaría Interior dejándome la cartera que yo quisiera, de preferencia Instrucción, para que me diera el gusto de firmar la ley de educación obligatoria, que era mi obra.

Le contesté que cualquiera que fuera mi opinión personal sobre el organizador, cumpliría lealmente mi deber de vicepresidente del partido, facilitándole la organización ministerial y le invitaba para adoptar la misma actitud, allanando las dificultades que encontrara el señor Alessandri.

El señor Yáñez me respondió que pensaba ir a su hacienda, y se separó muy rápidamente porque ya era muy tarde y se sentía fatigado.

Después de comida, Bermúdez y algunos amigos llegaron a casa indignados. Les habían dicho que en la reunión del Senado yo me había opuesto a la entrada de Bermúdez al ministerio apoyando a Feliú. En ese momento llegaban a casa los señores Alessandri y Quezada y se apresuraron a restablecer la verdad. El informante había sido el señor Yáñez.

Actitud de los demócratas. La visita de los señores Alessandri y Quezada, tenía por objeto informarme acerca de la actitud de los demócratas. Estos le habían notificado que exigían dos carteras para ayudar al ministerio. Era una nueva manobra dirigida por el señor Yáñez, para hacerlo fracasar. Alessandri tenía ya organizado su gabinete, le faltaba únicamente la aceptación de Claro Solar. Si se mantenía en su negativa, llevaría el ministro de Hacienda que yo le indicara. También me correspondería a mí designar el tercer ministro liberal en caso de que los demócratas no entraran al ministerio.

Le pregunté a Quezada si los radicales estarían dispuestos a aceptar la exigencia demócrata, porque en tal caso, los liberales nos conformaríamos con llevar a un diputado a Guerra; los radicales tomarían Relaciones e Instrucción con Feliú y Aguirre, y podríamos dar a los demócratas Hacienda e Industria, para Guarello, Landa o Torrealba.

Quezada contestó que los radicales no podían ceder ni una sola cartera; que había sido ya difícil reducirlos a dos si alguna vez tomaban Interior. Alessandri, por su parte, declaró que en tal caso tendría que desistir.

Mañana, en la noche, se reunirá el directorio demócrata. Guarello llegará en la mañana. De la estación iré a casa de Yáñez, donde nos juntaremos después de almuerzo.

20-IV-1918: Muy temprano vino Arturo a darme detalles sobre las gestiones hechas por el señor Yáñez en el campo demócrata. Su base era la entrada de Malaquías Concha, que obtendría el cambio de actitud de los demócratas. En el campo radical se hablaba de que Yáñez organizaría llevando a Oyarzún a

Hacienda y a Robles, a Guerra. Dejaría a Aguirre en Instrucción. Para evitar a Bermúdez, le ofrecería Relaciones Exteriores a Guillermo Rivera, senador por Valparaíso, de donde era diputado Bermúdez. Arturo hablaba indignado de toda esta felonía.

Nos fuimos juntos a casa de Yáñez a esperar a Guarello. Allí encontramos a Quezada y al doctor Maira, vicepresidente del partido radical. Luego llegó Guarello. Tuvimos ocasión de conversar antes que saliera a recibirnos el dueño de casa.

Tan pronto como apareció, le increpé duramente por la versión inexacta que había dado a Bermúdez y sus amigos de lo ocurrido la tarde anterior. Pálido y confundido, dio su palabra de honor que nada había dicho; que, al contrario, se había admirado de la energía con que yo había defendido la candidatura de Bermúdez. Estaba dispuesto a darme una carta en este sentido. Era necesario que yo no oyera chismes. Le contesté que no necesitaba su carta. Ya todos los demás circunstantes habían desautorizado su versión. Yo no oía chismes, pero exigía que se procediera lealmente y se pusiera término a la política de intrigas. Yáñez se deshizo en explicaciones.

Luego inició un discurso sobre la situación, sus proyecciones y dificultades; era necesario allanar todos los obstáculos y no malograr la victoria. Todo aconsejaba proceder con calma, no precipitarse y esperar al desarrollo de los acontecimientos dentro de su curso normal para llegar a una solución sólida. Los elementos de la alianza parecían seguir líneas paralelas; era necesario que fueran convergentes a un fin único que permitiera mantener con eficacia la armonía del conjunto y asegurar la eficiencia de la labor pública.

Por mi parte, declaré que todo aconsejaba actuar rápidamente. Había ya pasado más de mes y medio después de la victoria. Durante varias semanas la alianza vacilaba si tomaba o no, desde luego, el gobierno. Se había ella decidido, por fin, en presencia de los graves problemas pendientes y no podía ahora presentarse sin bases de organización en medio de cierta anarquía buscando, después de dos días, una fórmula ministerial que los hechos y las fuerzas políticas demostraban clara y lógica.

El señor Guarello dijo que estaba sorprendido con los rumores de una exigencia demócrata por dos carteras, recientemente comentados. El estimaba lógica la distribución anteriormente acordada. En la reunión que celebraría el directorio esa noche, procuraría arreglar la dificultad. Preguntó cuál sería la consecuencia si el partido insistía en su exigencia.

Los radicales declararon que no podían ceder una cartera en favor de los demócratas. La representación demócrata era de dos senadores y 6 diputados y no podía pretender el tercio del gobierno en una combinación que, aún sin ellos, constituía la mayoría de ambas Cámaras.

Alessandri, mientras tanto, observaba que en espera de esta resolución se retardaba su organización ministerial. Guarello le tranquilizó. Podía continuar adelante reservando una cartera para los demócratas; dos eventualidades podían presentarse: o los demócratas se conformaban con una o se negaban a entrar al gabinete, declarando que lo apoyarían. El señor Guarello se puso a disposición del señor Alessandri para ayudarle en sus gestiones.

Se convino entonces que todos nos trasladáramos a casa del señor Claro a pedirle que aceptara la cartera de Hacienda. Así lo hicimos. El señor Claro quedó de darnos una respuesta definitiva momentos más tarde; pero, privadamente, advirtió que sería favorable.

A la salida de casa de Claro, el señor Yáñez nos dijo que en pocas horas más se ausentaba de la capital para ir a su fundo y que dejaba en mis manos la dirección del partido. Fueron inútiles todas nuestras observaciones para retenerle. A su juicio, todo estaba satisfactoriamente arreglado. Nosotros pensábamos que se iba dejando armada una máquina en el partido demócrata. La bomba debía estallar durante su ausencia y en mis manos.

Guarello quedó de ir a casa en la noche tan pronto como terminara la sesión de su directorio.

Durante el día se produjo la aceptación de Claro Solar. En la Cámara reinaba el descontento en las filas radicales por la entrada de Briones en representación del partido. No faltaban quienes desearan el fracaso de Alessandri, entre los mismos que

habían contribuido a formarle ambiente. Estos elementos ejercían su acción sobre los demócratas.

Guarello trabajó todo el día por convencer a sus correligionarios; sólo Alessandri y yo le ayudamos en esta tarea.

Alessandri, Quezada, Maira y numerosos parlamentarios, se reunieron por la noche en casa para comentar los sucesos y esperar el acuerdo demócrata. A las once, Guarello me anunció el voto de su directorio y me preguntó si podía recibir inmediatamente al comité que se había designado para entenderse con nosotros.

Momentos más tarde llegó el señor Guarello acompañado de los señores Malaquías Concha y Zenón Torrealba. El partido había acordado exigir dos carteras. Guarello, derrotado, y cediendo sólo a la disciplina, cumple la misión que le ha confiado su directorio.

Me propongo sobreponerme a las dificultades y afrontar la situación como único jefe del partido. Solo, con la mayor energía y diplomacia, trato de solucionarla antes de que regrese Yáñez.

Los demócratas invocan el pacto celebrado con los radicales, antes de la formación de la alianza, en virtud del cual se establecen condiciones de igual repartición entre radicales y demócratas. Sería contrario a ese compromiso, arguyen, que los radicales lleven hoy tres carteras y los demócratas sólo una.

Quezada contesta que dicho pacto fue modificado por el de alianza con los liberales, que el partido radical no se siente ligado por un compromiso de conceder igual número de carteras a los demócratas y que su junta ha acordado exigir tres puestos en el gabinete.

Malaquías Concha dice que el pacto radical demócrata está vigente. Atribuye la situación a la forma como se ha procedido a la organización política de la alianza después de la victoria, a espaldas del partido demócrata, hiriendo su dignidad. Esta actitud ha provocado un acuerdo tan grave como el de su partido.

Procurando el mayor dominio de mis nervios interrumpo al señor Concha, para decirle:

—En primer lugar, me bastará referirme al propio señor Concha para rechazar el cargo sobre los procedimientos del co-

mité. Yo mismo he conversado con el señor Concha sobre las bases de organización de la alianza y personalmente le he invitado a las reuniones con motivo de las consultas del Presidente. Ninguno de mis planes y actitudes han sido ignoradas por el señor Concha y no he dejado de consultarle en cada caso.

—Cierto —dice Malaquías—, el señor Rivas ha sido el único cortés con nosotros.

—Sólo ahora —continúo yo— han designado ustedes un comité y llega el momento de hablar y resolver con urgencia nuestras dificultades. Les invito a que entremos en materia y consideremos el problema de un modo objetivo. Yo tengo instrucciones de mi junta para pedir también tres carteras y voy a dar para ello razones numéricas. El partido liberal cuenta por sí solo con 15 senadores y 28 diputados; un liberal democrático aliancista y un nacional aliancista elevan este número a 30, igual al de los diputados radicales con poderes. El liberalismo cuenta así con 45 parlamentarios, o sea, 10 más que los radicales, que tienen cinco senadores y 30 diputados y 37 más que los demócratas, que tienen 2 senadores y 6 diputados. Si sumamos las pretensiones de los tres partidos, necesitaríamos 8 carteras. Cada cual debe hacer algún sacrificio. Yo he trabajado mucho por el triunfo de esta combinación, le he dado todo mi tiempo y todos mis esfuerzos. Creo que tiene los elementos necesarios para hacer grandes bienes; considero vinculado a su mantenimiento el progreso y bienestar de la república. No tenemos el derecho de defraudar las expectativas de la mayoría del país que nos ha dado el triunfo, peleándonos por el botín. Debemos buscar un acuerdo. Desde luego, nosotros estamos dispuestos a conformarnos con sólo dos carteras, tomando la de Interior, que no es ninguna ventaja. En seguida, propongo que actívemos la creación del ministerio del Trabajo y demos esta cartera a los demócratas, que por ahora sólo tomarían una. Al adoptar esta actitud, debo observar además que el partido liberal —continúo— no tiene compromiso alguno con los demócratas para llevarlo al ministerio; que sólo le inspira el interés de la alianza. Sin tener compromiso, exigió la entrada de un demócrata al gobierno a fines de la administración Barros Luco, la ha exigido en cada uno de los gabinetes en que oficialmente ha participado

el partido durante la administración Sanfuentes, y está siempre dispuesto a mantener esta actitud. Como en el curso de la conversación se dijo que la representación parlamentaria liberal correspondía al apoyo demócrata, me apresuré a declarar que la representación senatorial demócrata se debía al apoyo liberal. Habíamos cedido en su favor la mejor de nuestras senadurías, la de Santiago, para el señor Torrealba, allí presente, y habíamos ayudado eficazmente al señor Concha.

—En efecto —contestaron los demócratas—, sólo debemos reconocimiento a los liberales y en especial al señor Rivas. La cuestión no es con los liberales y estaríamos dispuestos a aceptar un ministerio totalmente compuesto de liberales. La dificultad demócrata existe solamente con los radicales.

La discusión fue seria entre radicales y demócratas. Arturo, que se sentía fracasado, entró en el más inconveniente terreno de violentos cargos y denuestos.

Los demócratas declararon que no entrarían al ministerio presidido por el señor Alessandri, pero que apoyarían un gabinete compuesto de 6 liberales, o de 3 liberales y 3 radicales, que gobernara hasta junio.

Tan pronto como se fueron los demócratas, Arturo y muchos de los presentes opinaron que prescindieramos de los demócratas y que inmediatamente se organizara un gabinete de 3 radicales y 3 liberales. Nacionales y balmacedistas le apoyarían y llegaríamos a la alianza grande.

Armando y yo nos opusimos a este procedimiento, sosteniendo que le debíamos dejar la noche a los demócratas para reflexionar. Quezada vendrá mañana, es decir ya hoy, antes de almuerzo, para que gestionemos un arreglo con los demócratas. Hasta después de las tres ha gritado Arturo contra el partido demócrata.

21-IV-1918: Armando ha amanecido con la idea de un ministerio de seis liberales hasta junio. La alianza no tendría así necesidad del apoyo coalicionista. Habría tiempo para arreglar la cuestión radical demócrata. El ministerio de alianza sin demócratas produciría, a su juicio, mal efecto en el país. Yo podría hacer el sacrificio de presidir este gabinete de seis liberales;

ello no se oponía a la consejería de Estado. Yo le he encontrado hasta cierto punto razón; pero pienso que el partido no puede tomar solo esta responsabilidad; será necesario que sus aliados se la pidan; de otro modo el gabinete no contará con el apoyo ni de la coalición ni de la alianza. Yo no podría presidirlo en ningún caso.

Lo mejor es hablar con los demócratas. Buscamos a Guarello y no lo encontramos. Hablamos con Malaquías. Con mucha franqueza nos expuso la situación. No se trataba de quebrantar la alianza, sino de evitar la permanencia del señor Landa en el gobierno y la organización de Alessandri. No habían encontrado otro argumento que exigir dos carteras. Ahora no podían prescindir de esta exigencia. Debíamos proceder a la organización de un gabinete de seis liberales, como la mejor solución, o uno de tres radicales y tres liberales. Los demócratas lo apoyarían; pero se reservarían el derecho de exigir su cartera en el momento que les pareciera oportuno.

—Mi partido —decía Malaquías— se despedaza por la cartera: es mejor que no la tenga por ahora.

Quedamos de juntarnos con los demócratas a las seis de la tarde. Mientras tanto los nervios de Arturo estallaban a cada instante.

Abandonamos por completo la idea de un gabinete de seis liberales, aunque la fórmula halagaba mucho a nuestros diputados. Nos concretamos al de tres y tres.

En la tarde los demócratas nos anunciaron que apoyarían a un gabinete de seis liberales, o de tres radicales y tres liberales, sin tomar parte por ahora en el gobierno, reservándose el derecho de reclamar su participación cuando se estimara conveniente.

Antes de autorizar esta fórmula, llamé por teléfono al señor Yáñez. Contestó que mañana vendría a Santiago. Mientras tanto la junta radical ha dado el pase a sus ministros Feliú, Aguirre y Briones. Falta un liberal para Guerra, a fin de completar el gabinete.

En la noche Alessandri y yo conversamos con Yáñez. El coloquio entre ellos ha sido duro. Yáñez desea intervenir en la designación del ministro de Guerra y vendrá a Santiago. Ales-

sandri le ofrece esta cartera. Yáñez oye el ofrecimiento y le responde que contestará mañana.

Hemos quedado convenidos con Arturo en que los ministros se reúnan mañana a las 10, en casa, para ir a jurar. Si el señor Yáñez acepta Guerra, quedará completo el gabinete con él. Si no la acepta o pide otra cartera, llamaremos inmediatamente al diputado liberal más antiguo, Jorge Valdivieso Blanco, para que integre el ministerio.

Se organiza el gabinete. 22-IV-1918: A las 10 de la mañana se reúnen en casa los señores Alessandri, Feliú, Aguirre, Claro Solar y Briones Luco, futuros ministros. Asiste también el señor Quezada. El señor Valdivieso está prevenido para acudir al primer llamado. Esperamos al señor Yáñez.

Don Eliodoro pide que le informen sobre lo sucedido; estima muy grave la actitud de los demócratas, llama a la reflexión. El señor Feliú comienza a vacilar ante estas observaciones. Yo contesto que la situación está formada y que sólo falta que el señor Yáñez acepte la cartera de Guerra. El señor Yáñez la rechaza y el señor Alessandri procede, entonces, a llamar a Valdivieso.

El señor Yáñez pide que se aguarde para estudiar una distribución de carteras. Tal vez podría cambiar Guerra con el señor Feliú. Desea conversar conmigo separadamente.

En privado, me dice que el gabinete es un fracaso, que le ayude a evitarlo, que no es posible tomar la responsabilidad de dejar fuera a los demócratas. Le increpo su ausencia y le declaro que, con él o sin él, el gabinete debe jurar antes de mediodía.

Sus observaciones contra la combinación le llevan a excluirse de ella. En esos momentos llega Valdivieso. Arturo le ofrece la cartera de Guerra y la acepta. Yáñez habla con Arturo y pide la misma cartera. Ya es tarde. El gabinete está organizado y parten los nuevos ministros a la Moneda a prestar juramento.

Presagio. El señor Sanfuentes recibió como de costumbre, de pie, el juramento de los ministros, y cedió su sillón al señor Alessandri para que firmara los decretos, haciéndole bromas sobre su posible sucesión. Alessandri y sus amigos divulgaban el hecho;

de este modo se creaba ambiente, se hacía posible la candidatura y la gente se iba acostumbrando a la idea.

Alessandri como candidato. ¿El ministerio serviría de ayuda a las aspiraciones del señor Alessandri o le crearía antipatías y resistencias?

Alessandri era un candidato activo, enteramente diferente al tipo presidenciable posterior a la revolución del 91. El presidenciable hablaba poco, proyectaba menos, tomaba aires de reposo y de equilibrio, trabajaba con discreción en el grupo más íntimo de sus amigos, no atacaba y procuraba presentar el blanco más reducido posible. El ministro del Interior tomaba posiciones electorales, adoptaba actitudes de ataque o de conciliación, según mejor le conviniera, halagaba o hería y se sentía como impulsado por la fuerza de una predestinación que le llevaría a la Presidencia de la República.

Labor legislativa. La coalición cumplió su compromiso y facilitó la marcha del gabinete. El 10 de mayo se promulgó la ley de presupuestos cuyo monto ascendía a 207 millones de pesos papel y a 65 millones oro. El ministro de Hacienda obtuvo el despacho de la ley sobre la Caja de Emisión al tipo de 18 peniques por peso, sobre supresión de la Tesorería de Londres, organización de la Dirección General de Especies Valoradas, aumento del monto de los anticipos a los salitreros, contrato con el Banco de Chile, etc.

Se despachó, por fin, el código sanitario. Se crearon las escuelas industriales de Antofagasta e Iquique. Se dictó una ley de aumento de sueldo a los intendentes y gobernadores, y otra sobre la Caja de Retiro y Previsión Social de los Ferrocarriles del Estado. Se hizo una nueva reforma de la Ley Orgánica de Tribunales y del Código de Procedimiento Civil.

El gabinete Alessandri alcanzó a suscribir unas cincuenta leyes y pudo presentar un feliz resultado de su labor legislativa.

Elección de Consejeros de Estado. Correspondía a la alianza constituir la mayoría del Consejo de Estado. La componían tres consejeros elegidos por la mayoría de cada una de las Cámaras.

Los cinco consejeros, de nombramiento del Presidente de la República, pertenecían a la coalición. Ellos eran los señores Carlos Balmaceda, Enrique Foster Recabarren, Salvador Zegers, general don José María Bari y prebendado don Cristóbal Villalobos. Estábamos de acuerdo en que los liberales llevaríamos tres consejeros, los radicales, dos, y los demócratas, uno. Terminaban su período los consejeros liberales don Fernando Lazcano y don Guillermo Rivera, elegidos por el Senado.

Notas de nuestros cuadernos. Reproducimos a continuación las notas de nuestro cuaderno de aquella época, que se refieren a la elección de consejeros de Estado.

Yáñez ha lanzado la candidatura de don Fernando Lazcano a la presidencia del Senado, en lugar de don Ismael Tocornal. Pretende dejar así vacante una candidatura a consejero de Estado.

"La Nación" hace propaganda para que los consejeros de Estado no sean abogados en ejercicio activo de la profesión. La campaña es simpática a la opinión pública. Ella excluye la candidatura de Rivera y del propio Yáñez.

Rivera escribe una carta renunciando a su candidatura y proponiendo que, en su reemplazo, se elija a alguno de los ex senadores, señores Ismael Valdés Valdés, Joaquín Figueroa o Pedro García de la Huerta.

Yáñez lanza las candidaturas de don Javier A. Figueroa y de don Jorge Montt para el consejo de Estado. Y declara que el tercer puesto debe corresponder a "La Nación", en la persona de alguno de los senadores independientes, Bruna o Escobar.

Don Fernando Lazcano no ha aceptado la presidencia del Senado y desea continuar en el Consejo de Estado. Tocornal, Rivera, Freire, Edwards y otros senadores levantan la candidatura de don Ismael Valdés Valdés.

Edwards, Bermúdez, Yávar, Jaramillo, Rengifo y otros diputados han lanzado mi candidatura en la Cámara de Diputados.

El círculo de Yáñez teme no verse representado en el consejo y lanza en la Cámara la candidatura de don Javier Figueroa. Alessandri, por su parte, desea tener un consejero y su hermano José Pedro inicia personalmente trabajos en su favor.

Los senadores aliancistas se reúnen y acuerdan votar por dos liberales y un demócrata, el señor Guarello. Los dos consejeros radicales serán elegidos en la Cámara.

En una reunión de diputados liberales, los partidarios del señor Figueroa piden que se refiera a la junta la cuestión de la designación de nuestro candidato. Aunque tengo mayoría sobrada para producir un acuerdo en mi favor, acepto que consultemos a la junta.

En la sesión de la junta, el señor Yáñez propuso que la alianza rindiese homenaje a don Emilio Bello Codesido, eligiéndolo consejero de Estado en la Cámara de Diputados. Esta proposición es contraria a la tesis sostenida por el mismo señor Yáñez en sesiones anteriores, en orden a no darle personalidad dentro de la alianza en forma separada al grupo liberal democrático aliancista. La junta rechazó su proposición con sus propios argumentos.

Yáñez ataca, en seguida, la candidatura de Guarello. Es un abogado en activo ejercicio profesional. La representación parlamentaria demócrata es mínima y la alianza no necesita su concurso para constituir el Consejo de Estado. Sostengo la candidatura de un demócrata y observo que ella fue acordada en una reunión de senadores aliancistas, a la cual asistió el señor Yáñez, precisamente en favor del señor Guarello. Allí habría podido formular las observaciones que trae a la junta y que, si fueran aceptadas, crearían una situación inamistosa entre liberales y demócratas.

A la reunión de los diputados liberales asistieron 22. Fui elegido candidato a consejero de Estado por 17 votos contra 4, que obtuvo Figueroa, y el mío que le dí a Yáñez. Los cuatro inasistentes, los dos diputados liberales independientes y el nacional y liberal democrático aliancista, me habían enviado cartas de adhesión. Representaba así 26 votos sobre 30 diputados liberales

aliancistas. Votaron por el señor Figueroa, los señores Jorge y Ladislao Errázuriz, Tomás Ramírez y Francisco Garcés Gana.

En esta reunión se acordó que la vicepresidencia de la Cámara de Diputados, que nos correspondía, fuera rotativa por cada período de sesiones, a fin de tener el mayor número de nombres para la lista de miembros de la mesa que debía servir de base al sorteo de la comisión revisora de poderes. Se designó a Enrique Bermúdez para la vicepresidencia.

La votación para constituir el comité parlamentario fue muy reñida; después de cuatro votaciones quedó compuesta de los señores Jaramillo, Opazo y Ladislao Errázuriz.

Mi elección como candidato a consejero produce una nueva gestión del señor Yáñez. En una reunión del comité me felicita muy efusivamente. Era natural que los diputados me rindieran este homenaje; era necesario que elementos jóvenes fueran al consejo; pero también era justo considerar que las dos tendencias que existían en el partido estuvieran representadas. Hasta ahora, contando como segura la elección del señor Lazcano en el Senado, sólo estaría representada la tendencia moderada. Era necesario darle opción a la tendencia avanzada, que él representaba, al elegir al segundo consejero liberal en el Senado.

Tocornal y yo sostuvimos que no existían tales tendencias diversas, que todos los correligionarios servíamos el mismo programa y que la dirección no podía, por propio acto, reconocer personalidad a los grupos sin dar asidero a divisiones que tenía el deber de evitar. Por mi parte le pregunté en qué sentido se consideraba él más avanzado que nosotros. No teníamos ninguna diferencia doctrinaria, y en cuanto a acción política, él había procurado un arreglo electoral que habría frustrado el triunfo que celebrábamos.

He recibido hoy una original visita. José Pedro Alessandri me ha dicho textualmente lo siguiente:

—Eliodoro ha venido a verme para que nos unamos y hagamos juntos una campaña para ir al Consejo de Estado. Pedirá los votos a los senadores para mí y yo para él. Yo empecé

el trabajo conforme a lo convenido, pero me he encontrado con que Eliodoro pide sólo votos para sí. Si el senador es partidario de Lazcano, se cuadra con Lazcano y le pide el otro voto para su propia candidatura. Igual cosa hace si el senador es partidario de Valdés, y siempre se olvida de mí. Ahora bien, mi amigo, yo también se la voy a jugar a Eliodoro; me he lanzado a trabajar en mi favor y yo vengo a pedirle su ayuda.

Le contesté que yo había censurado la intervención de Yáñez en la elección hecha por los diputados y no podía mezclarme en el Senado. Naturalmente, sobre todos los candidatos prefería a Ismael Valdés Valdés, y él haría bien en acompañarle con su voto.

José Pedro insistió, diciéndome que el único medio de evitar a Yáñez era apoyarle a él. Me contó algo de sus relaciones con el *maestro*, que revelaba el poco afecto que le profesaba. Le expresé que era evidente la derrota de Yáñez si no contaba con el apoyo de Alessandri, de modo que si se "cuadraban" con Valdés, el problema quedaba resuelto. Pero José Pedro me amenazó con darle el triunfo a Yáñez si no nos decidíamos por él. Esto era absurdo.

Valderrama y Madrid se han "cuadrado" con Yáñez. Cuenta además con los votos de Bruna, Escobar y Gatica. Con el suyo propio, llega a 6. Contamos para Valdés con los votos de Claro, Rivera, Reyes, Charme, Lazcano, Edwards, Freire, Tocornal y Bulnes, total 9. No tomamos en cuenta los dos Alessandri. Unidos a los elementos de Yáñez no harían mayoría. Hay que excluir también de este lado al candidato, sea Yáñez o Alessandri. La votación daría 9 contra 7 y uno por otra persona, el de Alessandri o Yáñez. Si tomaran como candidato a Javier Figueroa, y la apoyaran los dos Alessandri, el resultado sería 9 por 8.

Arturo Alessandri viene a verme, y me pide que apoye a José Pedro. Se retira comprometido a trabajar por Valdés Valdés.

Claro y Alessandri han convenido en no tomar parte en la votación en virtud de su situación de ministros. Valdés Valdés

perdería así dos sufragios; pero es también probable que Arturo hubiera votado por Yáñez, y hasta fuera preferible colocarlo en esta situación. Ha sido una debilidad de Claro aceptar este compromiso.

Se le ha hecho presente a don Vicente Reyes que sería mejor que se abstuviera de tomar parte en esta elección entre correlegionarios. Yáñez mantiene sus seis votos (contando con el suyo). Valdés Valdés ha bajado a 7 con la ausencia de Claro y de Reyes. Si Yáñez cuenta con José Pedro tendría seis votos, dando el suyo a otro candidato.

Don Fernando Lazcano se ha ido a su fundo. Ante la adhesión unánime de los senadores en su favor, no desea tomar parte en la votación para la elección de su colega. Ya Valdés Valdés sólo tiene seis votos y Yáñez puede alcanzar a la misma cifra si cuenta con José Pedro, que ha llegado a ser el árbitro de la situación.

A la reunión sólo asisten 12 senadores liberales. Falta el señor Charme. Los señores Yáñez y Alessandri han logrado su abstención. La votación da seis votos para Yáñez, cinco para Valdés y uno, el de Yáñez, para José Pedro. Este ha votado por Yáñez. No hay mayoría absoluta y se repite la votación con el mismo resultado. Se celebrará una nueva reunión.

José Pedro me explica lo ocurrido. Si votaba por Valdés renunciaba a toda expectativa de transacción a su favor. Ahora la transacción es segura, si los partidarios de éste votan por él, tendrá 5 votos. Yáñez quedará reducido a 5 también; pero, conforme a su compromiso, Yáñez le daría la mayoría con su propio voto; en cambio, José Pedro votaría por otra persona. Además, puede lograr que el señor Charme incline la balanza en su favor. Esta explicación la repite a los propios senadores y les propone su candidatura.

Los partidarios de Valdés no han aceptado la sugestión de José Pedro. Esperan la llegada de Charme y la actitud que adoptará don Fernando, ya elegido por unanimidad. En último caso

dejarán la decisión definitiva a don Vicente. Yáñez se da por proclamado con la mayoría relativa. Se presenta como víctima perseguida por el avance de sus ideas.

Los senadores liberales no celebran una nueva reunión. Yáñez le ha prometido dejarle el puesto a José Pedro después de cierto tiempo; piensa emprender un viaje a Europa.

El Senado elige como consejeros de Estado a Lazcano, Guallo y Yáñez. A éste le faltan algunos votos liberales, signo de muda protesta por su actitud.

Los radicales se han disputado los dos puestos. Al fin triunfan en su reunión los nombres del patriarca don Juan Castellón y de su yerno don Octavio Maira, vicepresidente del partido.

Obtengo la primera mayoría en la Cámara de Diputados. Votan por mí todos los diputados aliancistas, y Carlos Balma-ceda, Roberto Sánchez y otro diputado coalicionista, cuyo nombre ignoro. Don Juan Castellón y don Octavio Maira son también elegidos.

Calificación de las elecciones. La distribución de los diputados en la sala de la Cámara era un problema. Tradicionalmente ocupaba la izquierda de la mesa el partido conservador hasta el pasillo que daba a la puerta lateral. Seguía el grupo liberal democrático hasta el otro pasillo. Ahora, reducido el número de diputados de este partido, podrían caber también en este bloque los diputados nacionales que cubrían hasta entonces el primer bloque a la derecha de la mesa, bajo los bancos ministeriales. En este mismo bloque al lado del ministerio, se sentaban los diputados demócratas. Los radicales tomaban el centro de la sala; seguían los liberales y el bloque nacional demócrata. Un estudio de la sala nos llevó a distribuirla en forma diferente, dejando en su sitio a los conservadores, dando el bloque siguiente a liberales democráticos y nacionales, para ocupar el centro los liberales y reservar el resto a radicales y demócratas. Esta distribución correspondía mejor a la tonalidad de los partidos, pero no dejó de despertar protestas de los nacionales, obligados a abandonar sus asientos tradicionales.

Ante la comisión revisora de poderes defendí la elección de

Maule a favor de don Manuel J. Madrid y obtuve que se le reconociera la mayoría sólo por un voto. Naturalmente, rechazé un grosero fraude hecho en su favor. La defensa de esta elección en el Senado la tomó a su cargo el señor Yáñez. El problema adquirió en sus manos el carácter de un grave asunto de Estado, pues se trataba de la candidatura del yerno del Presidente. Por fin, se llegó a la declaración de ciertas nulidades y a la repetición de la elección en algunas mesas. Todavía hubo necesidad de una tercera etapa electoral, hasta que el señor Madrid quedó fuera del Senado, y pudo entrar en su reemplazo Héctor Zañartu. Cada uno de los candidatos había gastado una fortuna en esta campaña electoral. La opinión aliancista manifestaba su descontento por estas actitudes del señor Yáñez.

Luego se le presentaría la oportunidad de llamar la atención del público nuevamente.

La elección de Chiloé. En el mes de mayo recibí la visita de los señores Emilio Bello Codesido y Enrique Balmaceda, candidatos a senador por Chiloé y a diputado por Castro, respectivamente. Me pedirían que tomara a mi cargo la defensa en la Cámara de Diputados de la elección de Balmaceda como diputado por Castro.

El señor Bello me refirió las necesidades de la campaña. Sus demandas de fondos no habían sido atendidas por el comité central. Nosotros no disponíamos de una caja general; cada candidato debía costearse su campaña. Antes de la elección había enviado a Santiago a Balmaceda a ver si podía reunir erogaciones. Yo le había encontrado en Antilhue, e hicimos gran parte del viaje juntos. Debido a la falta de fondos, ambos habían determinado abandonar la lucha retirando sus candidaturas. Sin embargo, los elementos aliancistas, a falta de otro candidato, imposible de encontrar a última hora, votaron por el señor Balmaceda en algunas mesas del departamento de Castro. Anulando las restantes, podría triunfar como diputado. Había razones para declarar esta nulidad por defectos en la constitución de las mesas. Era esto lo único que podía salvarle de la campaña de Chiloé, según el señor Bello.

A mi juicio, el ambiente era favorable para declarar la nu-

lidad de la elección senatorial y le pregunté al señor Bello por el estado de sus reclamaciones. El señor Bello me explicó que en realidad la mayoría de los elementos electorales de la provincia eran coalicionistas, pero, al mismo tiempo, gobiernistas. Seguramente el cambio de gobierno alteraría allí la situación en favor de la alianza. Era necesario anular totalmente la elección, lo que parecía imposible. Aun en este caso no estaba dispuesto a presentarse de nuevo. No había nada que hacer, sino aprovechar la situación y llevar a Enrique a la Cámara.

Quedé de estudiar el expediente y darles una respuesta en dos días más. A la segunda visita, insistí en que se considerara, en el caso del señor Bello, la posibilidad de una anulación general. Los reclamos de Balmaceda, como los de Trauttmann en Ancud y Quinchao eran incompatibles con la reclamación general que favorecía sus aspiraciones senatoriales. En efecto, la aceptación de la validez de algunas mesas para que entrara desde luego a la Cámara Enrique, impediría que el Senado adoptara una actitud distinta declarando la nulidad total. El señor Bello insistió en que se defendiera la elección de los diputados, abandonando él toda expectativa senatorial.

Defendí con éxito la reclamación de Balmaceda. La Cámara declaró válidas aquellas mesas en que había sufragios en su favor que le daban una escasa mayoría. No podría repetirse la elección en las mesas anuladas. Se dijo por entonces que Balmaceda no era diputado por Castro (porque ni siquiera había sido candidato) sino *diputado por Rivas*. Los radicales sostuvieron también la validez de algunas mesas de los departamentos de Ancud y Quinchao para hacer entrar a Trauttmann, pero sus reclamaciones fueron rechazadas por la mayoría de la Cámara.

Bello y Balmaceda me dieron las más efusivas gracias, y éste me envió un precioso tintero de ónix como recuerdo. Se insistió en que la reclamación senatorial debía considerarse como desistida.

Con gran sorpresa, a los pocos días, se inició el debate en el Senado sobre las reclamaciones de Chiloé, y el señor Bello se presentó a pedir la nulidad total, en flagrante contradicción con lo que los diputados liberales y radicales habían sostenido y votado en la Cámara. Yáñez y "La Nación" movieron la opinión en

favor de la nulidad. Al votarse la reclamación se produjo empate en el Senado. El presidente, señor Tocornal, que se había abstenido, decidía con su voto. El empate se reprodujo en la segunda votación y, conforme al reglamento, fue rechazada la proposición de nulidad. La resolución del Senado era justa y honrada. Los senadores liberales Charme, Lazcano y Bulnes, habían votado contra la nulidad; otros senadores aliancistas se habían abstenido. Los ataques recayeron contra el señor Tocornal, jefe de la alianza que habría podido decidir con su voto.

Los ataques al señor Tocornal terminaron con una carta mía, que se publicó en la prensa, en la cual narraba las declaraciones del propio señor Bello. El señor Bello y el señor Balmaceda no pudieron replicar.

El partido liberal rechazó la renuncia de la presidencia presentada por el señor Tocornal.

La situación política se dibujaba claramente. Alessandri, desde la Moneda y Yáñez, desde los pasillos y "La Nación", atacaban a Tocornal, para destruir su prestigio de vencedor y sus expectativas presidenciales.

La clausura de los debates. Siguiendo nuestro programa, se planteó en la Cámara el problema de la reforma del reglamento para llegar a la clausura de los debates por simple mayoría. El partido conservador se dispuso a obstruir y desarrolló todos sus elementos para agotar los recursos del reglamento. La alianza correspondió acordando gran número de sesiones para vencer la resistencia.

La coalición interpeló al gobierno por ciertos actos administrativos; algunos de los cargos eran razonables y justos. La mayoría sostuvo, naturalmente, al ministerio.

La alianza acordó la celebración de una sesión de 24 horas para vencer la resistencia conservadora. Ladislao Errázuriz era el monitor encargado de mantener el quórum en la sala, durante aquella sesión memorable que llenaba doce horas de un día y doce del día siguiente, y que obligaba a los diputados a permanecer en la sala toda la noche.

El debate continuó hasta las primeras horas de la madrugada. Se iniciaron gestiones de arreglo. Sostuvimos con energía

el principio de la clausura del debate por simple mayoría en todas las fórmulas de arreglo.

Los conservadores recurrieron al ministro del Interior para llegar a una solución. Alessandri aprovechó el momento para presentarse como persona grata a los conservadores y llegó a un arreglo que yo estimé censurable.

Los demócratas no eran partidarios de la clausura de los debates y apoyaron la gestión de Alessandri. También le prestaron su concurso los radicales y liberales que sentían la fatiga de la campaña. En el momento de la votación del compromiso celebrado, me encontré solo y protesté con todas mis energías sobre un acuerdo que frustraba nuestras mejores expectativas de progreso nacional y de salvación del régimen parlamentario.

Terminada esta campaña, inmediatamente acordamos en los comités plantear un problema doctrinario para poner a prueba el nuevo sistema de los debates. Los radicales presentaron un proyecto sobre precedencia del matrimonio civil al religioso; los liberales confiaron a Tomás Ramírez la preparación de otro que aceptamos con reservas. Pero la cuestión no tomó mayor amplitud, murió sofocada por las exigencias del gobierno para obtener el despacho de leyes que le interesaban.

Quejas de los liberales. Un marcado descontento comenzó a pronunciarse en el campo liberal contra los actos del ministro del Interior. Al cambiar intendentes y gobernadores, prescindió de los intereses del partido para darle puestos a radicales y demócratas. Nombraba liberales que fueran partidarios de su propia candidatura. La jefatura de los servicios públicos seguía el mismo rumbo. Había separado de su puesto, al frente de la educación primaria, a Rafael Luis Díaz Lira, para dárselo a Darío E. Salas; se quería nombrar director de higiene al doctor Corbalán Melgarejo. Estos dos nombramientos eran acertados. Ladislao Errázuriz tomó a su cargo las reivindicaciones liberales y organizó una protesta de los diputados ante la junta ejecutiva. Hicimos las observaciones del caso al ministro del Interior, quien nos llenó de promesas que no cumplió.

El ministro de Hacienda fue encargado de llevar al gabi-

nete las exigencias de los diputados liberales y provocar la crisis ministerial si era necesario. El señor Alessandri tranquilizó al señor Claro Solar ofreciéndole su apoyo a la candidatura del obispo de Legiones, Illmo. señor Miguel Claro, su primo, para el arzobispado de Santiago.

El descontento continuaba, pero el ministro del Interior trataba de obtener en los campos liberal democrático y nacional, el apoyo que sentía perder de sus correligionarios.

La elección de arzobispo. Recién constituida la mayoría aliancista del Consejo de Estado, en los primeros días de junio de 1918, murió el arzobispo de Santiago, Illmo. y Revdmo. señor D. Juan Ignacio González Eyzaguirre (1).

Varón santo, bondadoso y devoto, el señor González había tenido que sufrir durante su gobierno de la Iglesia chilena, todas las intrigas nacidas a causa de sus malas relaciones con el nuncio. Su gobierno no había tenido el brillo de los anteriores. Su figura en la historia se destacaría a un nivel inferior al alcanzado por los arzobispos Vicuña, Valdivieso y Casanova, sus predecesores.

Al asumir el arzobispado había puesto de lado al vicario general, Illmo. obispo señor Miguel Claro, y le había reemplazado por el señor Rusker, para quien no pudo obtener la mitra. El señor Claro, en la campaña presidencial de 1910, había combatido la candidatura de don Pedro Montt, para servir abiertamente los intereses de don Fernando Lazcano y censurado la actitud de los conservadores montanas. Los parientes y amigos más íntimos del señor González constituían precisamente el núcleo de los montanas, de modo que el alejamiento del señor Claro de la dirección estaba impuesto. El obispo Claro, médico cirujano, había abandonado su profesión, a raíz de una decepción amorosa, para abrazar el sacerdocio. Hombre de poderosa inteligencia y de fuerte carácter, no había permanecido tranquilo en su retiro. Desde su quinta en el barrio de Providencia movía a las comunidades religiosas, combatía a los vicarios civiles del arzobispo González y preparaba su candidatura.

(1) Ver apéndice pág. 402.

Tan pronto como se conoció la muerte del arzobispo, el señor Lazcano, en homenaje de agradecimiento, levantó la candidatura del obispo de Legiones para su sucesión. El señor Claro tenía relaciones de parentesco lejano conmigo y, en representación de mi padre, yo había sido uno de sus padrinos en su consagración episcopal. Don Fernando vino a pedirme mi voto en su favor.

Una de las hijas del señor Castellón era casada con don Lorenzo Claro, sobrino y muy amigo del obispo y, por este lado, el señor Lazcano quería obtener en el consejo la adhesión de los señores Maira y Castellón.

Le faltaban los otros dos consejeros. Para el señor Guarello el mejor candidato era el padre Antonio Castro, de la congregación de los Sagrados Corazones. El señor Yáñez levantaba la candidatura de don Crescente Errázuriz.

Los consejeros del Presidente esperaban sus órdenes para mostrar su desfavor al señor Claro. Los Echeñique, los González Errázuriz, los vicarios civiles, hacían también una viva campaña en su contra.

Consultado el nuevo nuncio apostólico, privadamente, sobre cuál sería el deseo de la Santa Sede, había declarado que la tendencia del Vaticano era ahora elegir obispos jóvenes y que todos los sacerdotes chilenos eran dignos de este cargo. Podían sólo encontrar resistencia los mayores de 70 años y los frailes enclaustrados. Don Crescente Errázuriz reunía ambas condiciones.

Desde la administración Riesco, el gobierno venía gestionando una mitra para don Crescente. Sin lograr obtenerla, Sanfuentes había actualizado el problema y la Santa Sede le había enviado las insignias de Proto-Notario Apostólico, mitra, pectoral y báculo, agregando que no podía conferirle el episcopado.

El ministro del Interior era partidario del padre Castro, a pesar de su compromiso con el ministro de Hacienda para apoyar a Claro. El ministro de Relaciones Exteriores y Culto, señor Feliú, sostenía la candidatura del obispo señor Guimpert, gobernador eclesiástico de Valparaíso. A mí me era especialmente simpática esta candidatura.

El nuncio dio una lista de diez sacerdotes que no encontrarían resistencia en Roma; en ella figuraban todos los obispos

chilenos y los sacerdotes señores Carlos Casanueva y Horacio Campillo, si mal no recuerdo. El nuncio se había cuidado de advertir que esta lista no excluía a ningún sacerdote chileno, salvo a los que tuvieran más de 70 años o fueran frailes enclaustrados. Se supo así, por clara deducción, que el nombre de don Crescente Errázuriz encontraría resistencia en Roma.

Un buen día recibí la visita de un sacerdote que me conocía, el Pbro. Horacio Morales. Con el aire de un iluminado venía a decirme que la voluntad de Dios era que don Crescente fuera el arzobispo de Santiago, que no encontraría resistencia en Roma, que gobernaría por lo menos ocho años y durante este período arreglaría las cuestiones relativas al matrimonio, la separación de la Iglesia y del Estado, la administración de los bienes eclesiásticos y produciría grandes bienes espirituales. Agregaba este sacerdote que el señor Errázuriz tenía, hasta ese momento, 10 de los once votos del consejo, que sólo le faltaba el mío para la unanimidad.

Me extrañó profundamente esta gestión de parte de un sacerdote y, aún más, su predicción que en esa misma visita me hizo —única ocasión en que le he visto en mi vida— de que Alessandri sería el futuro Presidente de la República. Ninguna importancia atribuí a estos anuncios, que parecían venir de un iluminado.

Esa misma tarde, los consejeros aliancistas celebramos una reunión en "La Nación". El señor Lazcano hizo un nuevo esfuerzo para que todos votáramos por el señor Claro, sin lograr convencer ni a Yáñez, que continuaba sosteniendo la candidatura de don Crescente, ni a Guarello, que apoyaba la candidatura del padre Castro o del obispo Guimpert. Por fin, don Fernando dijo que, como el señor Errázuriz se encontraba con la imposibilidad de aceptar el cargo, no tenía inconveniente en que le diéramos el primer lugar en la terna, colocando en el segundo al señor Claro y, en el tercero, al señor Guimpert. Así quedó acordado. El consejo de Estado celebraba sesión al día siguiente.

Estábamos en la secretaría los 11 consejeros celebrando el acuerdo que nos permitía formar la terna por unanimidad, cuando el Presidente nos hizo llamar para celebrar la sesión. Con gran sorpresa nuestra, tan pronto llegamos a la antesala del

despacho presidencial, el edecán cerró la puerta de esta sala y de la secretaría y nos pidió a nombre del Presidente que aguardáramos un momento. Seguramente el Presidente iría a recibir una visita secreta. ¿Quién sería? Se guardó la más absoluta reserva.

Más tarde he oído la versión de que el visitante era don Enrique S. Sanfuentes, quien, en cumplimiento de una misión del Presidente, le traía la respuesta del señor Errázuriz, en el sentido de que podría aceptar el arzobispado.

El consejo formó la terna y el Presidente inmediatamente envió un mensaje al Senado pidiendo el pase constitucional para presentar a la Santa Sede al señor Errázuriz como candidato al arzobispado. La respuesta de la Santa Sede tardó algunos meses y, al fin, resultó favorable. El señor Errázuriz gobernó durante 12 años la Iglesia chilena y realizó toda la obra que de él se esperaba. La predicción del iluminado se cumplió.

La crisis. Terminó el período de sesiones ordinarias en medio de un general descontento contra el gabinete en las filas liberales. El señor Alessandri trabajaba su candidatura abiertamente, sacrificando en favor de radicales y demócratas los intereses liberales. Buscaba adhesiones liberales democráticas y nacionales para reemplazar las de sus propios correligionarios. El señor Claro Solar, preocupado de las cuestiones financieras y halagado con las expectativas del arzobispado para su pariente, le dejaba marchar sin ningún obstáculo. El Presidente de la República cedía mansamente a todas las exigencias del señor Alessandri, sin oponer la menor resistencia. Nosotros, desde la dirección del partido, procurábamos calmar las vehemencias de los diputados que deseaban la crisis a fin de postergarla hasta las sesiones extraordinarias.

Todas las semanas, con motivo de las sesiones del consejo, veía al Presidente. Como era el consejero más joven, ocupaba el primer asiento de su derecha, porque debía opinar antes que los demás cuando el consejo se convertía en tribunal. En el curso de la sesión, el Presidente me hablaba de algún asunto pendiente en

el gobierno y, algunas veces, me retenía al salir para pedirme mi opinión sobre determinados casos.

Cerrado el Congreso, el Presidente me retuvo para conversar sobre el ministerio. Tan pronto como inició el tema, le pedí que llamara a Yáñez, que conversaba con el general Bari. Si quería tratar una cuestión política, era mejor que lo hiciera con los dos vicepresidentes del partido. El Presidente accedió.

Don Juan Luis nos dijo que había dado pruebas de su deferencia a la nueva combinación de mayoría aceptando todas las actas del gabinete, y estaba dispuesto a continuar en la misma línea de conducta; pero, que no estaba satisfecho de la dirección de Relaciones Exteriores. El señor Feliú era una excelente persona, pero muy porfiado. Por esos días se preparaba una visita a la cancillería de Buenos Aires y temía que sus condiciones de carácter, poco diplomático, produjeran algún quebranto en nuestras relaciones con Argentina.

El señor Yáñez agradeció vivamente esta prueba de confianza del Presidente y le aseguró que la alianza liberal le prestaría todo su concurso para sus planes internacionales, apartando desde luego cualquier inconveniente. El descontento contra el gabinete era general y había llegado el momento que el partido demócrata exigiera su cartera. Por mi parte, expresé que, a mi juicio, era necesario cambiar el gabinete antes que el mal ambiente tomara mayores proporciones.

Quedamos convenidos con el Presidente en que el partido demócrata provocaría la crisis, y en que el organizador del nuevo ministerio sería el señor Yáñez. Al salir del despacho presidencial, el señor Yáñez había perdido la frialdad de su carácter; alegre y juvenil, me invitaba a que le acompañara en el gabinete en cualquiera cartera. A su juicio, era una salvación de la alianza la caída de Alessandri.

Inmediatamente el señor Yáñez convocó a una reunión de los comités aliancistas para el día siguiente y pidió a los demócratas que exigieran su cartera.

El comité radical se manifestó entusiasta partidario de la crisis, no así el comité demócrata. Al fin, los demócratas, presionados por radicales y liberales exigieron su representación directa en el gobierno. El ministro de Guerra, señor Valdivieso, ofreció

inmediatamente ceder su puesto a los demócratas. Alessandri prefirió la crisis total. Esta salida, basada en una exigencia de un partido de la alianza, era mejor que la caída en virtud de una censura.

El señor Sanfuentes llamó al señor Yáñez para confiarle la organización del nuevo gabinete.

CAPITULO IX

Beyoglu-Istanbul.

Febrero, 1931.

SEGUNDO GABINETE DE ALIANZA

GARCIA DE LA HUERTA-BAHAMONDE

(Septiembre-noviembre 1918)

SUMARIO.—La gestión del señor Yáñez.—La gestión del señor García de la Huerta.—Crisis de la dirección aliancista.—La vida del gabinete.—La crisis.—La gestión del señor Baños Borgoño.—Llamado a la Moneda.—Organización ministerial.

La gestión del señor Yáñez. El primer paso del nuevo organizador fue consultar al comité aliancista. Los representantes radicales y demócratas le ofrecieron su apoyo y del mismo modo el señor Tocornal y yo. El señor Yáñez dijo que preferiría organizar desde Relaciones Exteriores, cediendo la cartera del Interior a un radical. Observemos nosotros que en tal caso, los liberales, conforme a lo convenido, tendríamos tres carteras. Los radicales, por su parte, dijeron que no deseaban tomar la cartera del Interior si ello significaba la pérdida de una de sus tres carteras, pero que cederían, en cambio, la de Justicia a los liberales, si nos conformábamos con ésta y con Relaciones, dejándoles a ellos Interior, Hacienda y Guerra. Por fin, convinimos en dejar al señor Yáñez la distribución de las carteras.

Don Eliodoro nos pidió con insistencia el nombre de un liberal como colega de gabinete, y nosotros nos limitamos a indicarle a todos los diputados liberales. Si en su distribución correspondían tres carteras a los liberales, podría elegir el tercer ministro fuera del Parlamento y le indicamos a Pedro García de la Huerta. Los radicales, por su parte, le manifestaron que verían con agrado que uno de sus ministros fuera senador, otro diputado y, el tercero, extraño al Congreso, algún profesor universitario. Los demócratas le autorizaron ampliamente para elegir un colaborador de sus filas.

Terminada esta conversación, el señor Yáñez, muy satisfecho, se dirigió a la Moneda a aceptar la misión que le confiara el Presidente. Informó a S. E. que le llevaría como ministros liberales a los señores García de la Huerta y Bermúdez. El Presidente aceptó con gusto al primero; pero le pidió que le llevara cualquier otro liberal en reemplazo del segundo.

De allí el señor Yáñez pasó a la cancillería a saludar al señor Feliú, quien le recibió con los más violentos denuestos por su actitud contra el gabinete. Luego llegó allí el señor Alessandri, y ambos le llenaron de injurias y le declararon que le pedirían al Presidente, como una cuestión personal, que no llevara al gobierno al señor Yáñez.

Ante tan inesperado ataque, el señor Yáñez vaciló. Si llegaba a organizar tendría que sufrir en el Senado la violencia de los ministros caídos y prefirió desistir de su misión. Así se le informó inmediatamente al Presidente y al comité de la alianza, y nos ofreció toda su cooperación para la inmediata organización de un gabinete. No era posible que los señores Alessandri y Feliú continuaran ni siquiera un día más en la Moneda.

Gestión del señor García de la Huerta. El Presidente llamó a Pedro García de la Huerta para confiarle la organización del nuevo gabinete. El comité de la alianza se reunió inmediatamente para facilitarle su labor.

La crisis agitaba especialmente a los diputados. Algunos se acercaron a la mesa directiva para declararnos que deseaban ser consultados sobre la organización ministerial. Les respondimos que, como de costumbre, la junta ejecutiva sería convocada para

pronunciarse sobre el gabinete. Luego volvieron a pedirnos que exigiéramos tres carteras para el partido, o dos, incluyendo en éstas la de Instrucción Pública, que ocupaban los radicales. El rechazo del nombre del señor Bermúdez por el Presidente multiplicaba el número de candidatos a ministros entre los diputados.

Obtuvimos de los radicales que aceptaran la fórmula propuesta por los liberales tomando nosotros Interior e Instrucción, ellos Relaciones, Guerra y Hacienda, y los demócratas, Industria. A fin de armonizar a los diputados y sus encontradas ambiciones, pedimos al señor Yáñez que propusiera un ministro de Justicia e Instrucción Pública y luego llegamos al acuerdo de ofrecer este cargo a don Alcibiades Roldán, profesor de Derecho Constitucional de la Universidad del Estado.

El señor Maira, secretario general de la Universidad, que asumía en esos momentos la representación del partido radical, propuso como canciller al decano de la Facultad de Leyes, señor don Ruperto Bahamonde; como ministro de Hacienda, al nuevo senador señor Luis Aníbal Barrios y, como ministro de Guerra, al diputado don Víctor V. Robles. Se volvió a buscar al doctor Landa, como representante del partido demócrata.

Los órganos directivos de la alianza se reunieron y otorgaron a los nuevos ministros el pase reglamentario. El gabinete juró el 6 de septiembre.

**Crisis de la dirección
aliancista.**

El nuevo gabinete no logró satisfacer a los elementos parlamentarios, a pesar de la competencia de su personal. Las ambiciones presidenciales de los señores Alessandri y Yáñez continuaban perturbando la marcha del país y agitando a los partidos. Sin atreverse a decirlo, estimaban tocornalista el gabinete y no se sentían debidamente representados.

Los cuatro hombres que habíamos dirigido la campaña, Ticornal, Quezada, Guarello y yo, sentíamos la fatiga de la lucha de intrigas que en contra nuestra se desarrollaba en cada uno de los grupos. Todos renunciábamos a nuestros puestos directivos. El primer rechazo de nuestras renunciaciones lo estimamos como un homenaje a los vencedores, y luego pudimos apreciar que se deseaba que insistiéramos.

Los liberales eligieron como presidente al señor don José María Valderrama, senador de Colchagua, mantuvieron en la mesa al señor Yáñez y eligieron como segundo vicepresidente al nuevo diputado liberal don Luis Aldunate, como representante de la tendencia alessandrista. Los radicales, eligieron en reemplazo de Quezada a don Alejandro Rosselot. La división en el partido demócrata parecía más profunda, los presidentes caían rápidamente. Veremos más tarde la efímera presidencia de don Vicente Adrián, diputado por Santiago.

Recordábamos en esta ocasión las expresiones de don Ramón Barros Luco, cuando le comunicamos el triunfo de la alianza y la formación de mayorías homogéneas en ambas Cámaras:

—¿Son igualmente homogéneos los elementos que forman la alianza? —se preguntó el ex Presidente.

En la vieja coalición había sólo una ambición presidencial, la del señor Sanfuentes, que mantenía la unión. La nueva alianza se destrozaba víctima de las ambiciones presidenciales.

La vida del gabinete. El ministerio pudo desarrollar una interesante labor administrativa durante la clausura del Congreso y arreglar las cuestiones internacionales relacionadas con los barcos alemanes, conservando la línea de neutralidad que Chile se había trazado desde los comienzos de la guerra europea. Al mismo tiempo preparó el presupuesto para 1919.

Al abrir el período de sesiones extraordinarias, fue fríamente recibido por la mayoría y por la minoría. A cada paso pudo sentir el descontento de las ambiciones ministeriales no satisfechas en las filas aliancistas.

En el campo liberal dominaba la idea de que debíamos exigir tres carteras y renunciar a la de Interior. Se miraba con recelo el avance radical.

Por otra parte, los señores Alessandri y Yáñez buscaban el medio de reemplazar con la adhesión de otros elementos extraños a la alianza, la influencia que les faltaba en sus propias filas. El señor Alessandri, por medio del señor Saavedra, buscaba adherentes nacionales, y por medio del señor Belfor Fernández, adhesiones liberales democráticas. Reincorporado a las logias

masónicas, trabajaba con entusiasmo dentro de ellas y mantenía, desde allí, sus influencias en el campo radical y demócrata.

El señor Yáñez trabajaba en el mismo ambiente que el señor Alessandri, pero con menor éxito. Entre ambos se restableció la armonía sobre la base de librar juntos la campaña presidencial, pensando cada cual que la amenaza que el otro representaba podía traer elementos a su favor. Todas las ventajas de este acuerdo estaban en favor del señor Alessandri.

El señor Yáñez concibió la idea de ensanchar el círculo de la alianza por medio de la adhesión de los nacionales. Sus amigos, don Arturo Alemparte y don Guillermo Echavarría, miembros de este partido, podían ayudarle; también servían a su propósito las vinculaciones del señor Suárez Mujica, desde la elección de don Pedro Montt, en el mismo campo nacional y su influencia en el partido radical.

Desde las columnas de "La Nación" recogió la impresión de descontento con el gabinete y la idea de ensanchar los cuadros de la alianza. La opinión de un diario sostenido por cuatro senadores aliancistas, dirigido por el vicepresidente del partido liberal y órgano de la combinación de mayoría, no podía pasar inadvertida al gabinete.

La crisis. En vista de estas publicaciones, el gabinete se apresuró a presentar su renuncia con el objeto de dar ocasión a que se desarrollara el plan político esbozado por el señor Yáñez desde los editoriales de su diario.

El Presidente lamentó la renuncia del gabinete; se avenía con los ministros, había encontrado en ellos no sólo colaboradores, sino también amigos.

Impuesto del deseo de los liberales de que fuera radical el organizador del nuevo ministerio, confió esta misión a su ministro de Hacienda, don Luis Aníbal Barrios.

La gestión del señor Barrios. El señor Barrios puso en manos del comité aliancista la misión que le había confiado el Presidente. El señor Valderrama estableció en casa del señor Yáñez el centro de la organización ministerial. Allí se reunían diariamente las mesas de los tres partidos, asistidas por el señor Ales-

sandri y don Armando Jaramillo, elegido por turno, vicepresidente de la Cámara, en representación de los liberales. Los elementos liberales contrarios a los señores Alessandri y Yáñez no tenían representación alguna en el Sanedrín de la calle de San Antonio esquina de Esmeralda.

Cada mañana salía una fórmula ministerial que reemplazaba otra en la tarde, y era sustituida en la noche por una nueva. Ninguna lograba subir a la Moneda. Por cierto que la idea del ensanche de la alianza había sido abandonada desde el primer momento. También había desaparecido el señor Barrios como organizador. El señor Yáñez había reducido su papel al de correo de gabinete entre el Presidente y el comité.

Las intrigas se multiplicaban entre los propios gestores de la solución de la crisis y llevaban ya una semana ofreciendo al país el triste espectáculo de su impotencia.

Nosotros mirábamos desde el balcón, con pena, esta comedia ridícula que presentaba la alianza liberal, sin mezclarnos para nada en los sucesos.

Un día jueves, al llegar al comedor de la Cámara, el señor Rosselot se acercó a mí para decirme:

—Deme Ud. su secreto para organizar rápidamente ministerios. Esta situación no puede continuar. La alianza cae en el mayor desprestigio. En casa de Yáñez todo se vuelve planes e intrigas y no se logra organizar gabinete.

—El secreto es muy sencillo. Busque los hombres más capaces de la alianza, llámelos al gobierno y prescinda de todas las intrigas y cábalas.

Como el señor Rosselot insistiera en pedirme nombres e indicaciones sobre lo que yo haría, le contesté que mi propósito era no mezclarme; pero, si él deseaba que las cosas se apuraran, manifestara en la reunión que la crisis no podría prolongarse más allá del domingo. Si los jefes no daban gabinete ese día, entonces actuaría yo con mi gente.

Esta sola frase produjo alarma en el comité aliancista. Me creían muy capaz de burlarles todos sus planes y organizar de repente un gabinete. Se apresuraron por encontrar una fórmula y entenderse sobre las personas, pero no podían salvar las dificultades que entre ellos mismos se creaban. Por mi parte, yo no

tenía el menor plan ni la más remota intención de mezclarme en la crisis ministerial.

Con todo, mi frase, vivamente comentada, llegó hasta la Moneda y produjo un movimiento de los parlamentarios hacia mí, mirándome como un posible organizador que podía tomar en cuenta sus aspiraciones.

Llamado a la Moneda. Llegó el domingo sin que el comité aliancista diera gabinete. En la mañana recibí la visita de Luis Aníbal Barrios. La situación, a su juicio, era ridícula. No había nada más fácil que organizar gabinete. Los radicales estaban llanos a ceder tres carteras a los liberales. Los demócratas se conformaban con una. Pero Alessandri y Yáñez se disputaban los nombres y tendencias de los ministros, sin lograr ponerse de acuerdo. El señor Valderrama no lograba conciliarles ni imponer una resolución. Habían pensado en Quezada como organizador, pero al mismo tiempo le habían puesto trabas y obstáculos para que desistiera. El Presidente pensaba llamarme ese mismo día, y Barrios venía a pedirme que aceptara el ofrecimiento de la organización ministerial. No encontraría dificultades en los partidos y salvaría el prestigio de la alianza.

Barrios me acompañó a almorzar y en seguida recibí la visita de Carlos Balmaceda, que me traía la misma impresión del Presidente. Momentos más tarde llegó Luis Claro Solar a buscarme a nombre del Presidente.

Don Juan Luis me explicó la situación y me pidió que le diera gabinete, tomando a mi cargo la cartera de Interior. Me excusé terminantemente de entrar al gobierno, pero le aseguré al Presidente que esa misma tarde tendría ministerio si seguía mis indicaciones. Don Juan Luis se comprometió a ello.

Organización ministerial. En primer lugar, había que ponerse de acuerdo en que el señor Quezada sería el ministro del Interior. Era necesario llamarlo inmediatamente. Así se hizo.

Ahora bien, elegir el canciller entre los señores Luis Barros Borgoño, Guillermo Rivera y Luis Aldunate. El Presidente me pidió que aceptara yo la cartera. Ante mi negativa, eligió al señor Barros Borgoño. Inmediatamente se le llamó por teléfono.

El señor Claro Solar tomaría la cartera de Hacienda. Se llamaría al señor Bermúdez para la de Guerra. El Presidente me pidió que la tomara yo o buscara otro diputado. Le contesté que tendría que abandonar toda gestión si no satisfacía este anhelo de los diputados liberales. El Presidente accedió.

Para la cartera de Industria se llamaría inmediatamente al señor Vicente Adrián, recién elegido presidente del partido demócrata.

Al señor Quezada se le daría a elegir el ministerio de Justicia, entre los señores Luis Serrano o Luis Orrego. El Presidente prefirió a este último.

El Presidente convocaría a los señores Rosselot, Valderrama y Adrián y a los candidatos a ministros a una reunión en la Moneda a las seis de la tarde.

Luego llegó el señor Barros Borgoño y aceptó la cancillería. Una nueva gestión del Presidente para cambiar al señor Bermúdez fue enérgicamente rechazada por mi parte.

El gabinete debía quedar organizado ese mismo día.

Don Luis Claro y yo fuimos a prevenir al señor Valderrama. Le encontramos rodeado de Yáñez, Alessandri y los amigos de ambos, preocupados de las gestiones ministeriales, que continuarían al día siguiente. Nuestra llegada les sorprendió. Claro conversó privadamente con el señor Valderrama y tan pronto como terminó esta conversación nos retiramos. El señor Valderrama quedaba advertido de que sería llamado momentos más tarde a la Moneda.

El señor Valderrama estaba en malas relaciones con el señor Sanfuentes y deseaba excusarse; pero para todos los circunstantes era un peligro que las cosas pasaran en la Moneda en la ausencia del señor Valderrama y que se encontraran en presencia de un hecho consumado.

Volvimos a la Moneda a recibir a los ministros, y cuando ya había aceptado la cartera de Interior el señor Quezada, llegaron los señores Valderrama y Rosselot.

El Presidente les explicó la organización ministerial que había realizado y les pidió indicar un nombre para ministro de Instrucción. Fue llamado el señor Luis Orrego Luco, y con ello el gabinete quedó organizado. Los presidentes de la alianza agrade-

cieron al Presidente esta acción y se retiraron satisfechos, si bien con la tortura de no haber hallado ellos la solución.

El nuevo gabinete fue recibido con general satisfacción. Los órganos directivos dieron el pase reglamentario a los nuevos ministros. Y el ministerio de los *Luises* prestó el juramento de estilo. El señor Tocornal y yo asistimos a este acto.



Historia Política y Parlamentaria de Chile.

ADMINISTRACION JUAN LUIS SANFUENTES
(1915-1920).

Ministerio Quezada Acharán-Barros Borgoño (25 de noviembre de 1918-3 de mayo de 1919). Sentados, de izquierda a derecha: Armando Quezada Acharán, Interior; Juan Luis Sanfuentes, Presidente de la República; Luis Barros Borgoño, Relaciones Exteriores, Culto y Colonización. De pie, de izquierda a derecha: Vicente Adrián, Industrias y Obras Públicas; Enrique Bermúdez de la Paz, Guerra y Marina; Luis Claro Solar, Hacienda; Luis Orrego Luco, Justicia e Instrucción Pública.

CAPITULO X

Beyoglu-Istanbul.

Marzo, 1931.

DIEZ MESES DE GOBIERNO

LA ALIANZA LIBERAL

(Noviembre 1918-septiembre 1919)

SUMARIO.—Gabinete Quezada-Barros Borgoño.—Crisis parcial.—Labor legislativa.—El problema de la alimentación nacional.—Crisis ministerial.—Gabinete Hevia Riquelme-Barros Borgoño.—El gabinete ante el Congreso.—La crisis de los bomberos.—Gabinete Serrano-Barros Borgoño.—Crisis parcial.—La educación primaria obligatoria.—La agitación obrera.—En el partido liberal.—La convención liberal de 1919.—Fallecimiento del señor Castellón.—La convención radical de Concepción.—
Cuadro de la situación.

Gabinete Quezada-Barros Borgoño. El nuevo gabinete nacía rodeado de general prestigio. El señor Quezada era una personalidad de primera fila en el partido radical y merecía la confianza de la alianza y de la oposición. El señor Barros Borgoño llevaba 30 años no interrumpidos de activa vida pública y había prestado positivos servicios al país. Don Luis Claro Solar, subsecretario del ministerio del Interior en tiempos del gobierno de Balmaceda, abogado de la defensa fiscal, profesor de Derecho Civil de la Universidad de Chile, superintendente del Cuerpo de Bomberos, senador por Aconcagua, había demostrado su enorme capacidad de trabajo y una preparación jurídica y administrativa excepcional. Volvía ahora a desempeñar la cartera

que ocupara en el gabinete Alessandri. Los demás ministros, señores Orrego Luco, Bermúdez y Adrián, llegaban por primera vez al gobierno, pero eran ventajosamente conocidos por la opinión pública.

Crisis parcial. Las ambiciones que se agitaban en el seno del partido demócrata no se sintieron satisfechas ni aplacadas con la designación de su presidente, don Vicente Adrián, para la cartera de Industria y Obras Públicas. El directorio general le desautorizó y provocó de este modo su renuncia.

Inmediatamente me puse al habla con algunos dirigentes demócratas para informarme sobre la solución que podría darse a la crisis parcial. La diversidad de opiniones era tan considerable y las enemistades tan profundas, que, en general, preferían no tener representación directa en el gabinete.

El Presidente me consultó sobre el particular, y le propuse que llamara a otro radical para reemplazar al señor Adrián; le indiqué, al efecto, el nombre de don Luis Serrano Arrieta, diputado por Concepción. El Presidente, que en otras ocasiones le había resistido, le aceptó esta vez sin dificultad.

Quedó así constituido el gabinete bajo la fórmula de tres radicales y de tres liberales. Igual que el primer gabinete de alianza, este ministerio tenía su vida pendiente de la exigencia de una cartera para algún demócrata, tan pronto como este partido unificara su tendencia. El gabinete, con la entrada de don Luis Serrano, confirmaba su nombre de "ministerio de los Luises", cuatro de los seis ministros llevaban este nombre.

Labor legislativa. El gabinete pudo trabajar con éxito en el Congreso. El 5 de febrero promulgó la ley de presupuestos para 1919, con un total de 235 millones de pesos billetes y 67 millones de pesos oro. Obtuvo 89 millones de pesos para los ferrocarriles del Estado, la postergación de la ley de conversión metálica, la creación de la Caja Hipotecaria de Crédito Naval y la reforma de la ley de papel sellado, entre otras leyes de menor importancia.

El problema de la alimentación nacional. Desde el invierno venía diseñándose un movimiento obrero suscitado por la carestía de los artículos de primera necesidad. Se había constituido una asamblea de Alimentación Nacional, en la cual trabajaban juntos los representantes de las clases obreras y de la Asociación de Educación Nacional. Durante el primer ministerio del señor Claro Solar, se organizó una gran manifestación obrera a fin de pedir la intervención del gobierno en la fijación de los precios para evitar los abusos de la especulación y de los intermediarios. El gobierno en aquellos tiempos contestó que debía respetar la libertad de comercio y que los precios se regían por la ley de la oferta y de la demanda. Los obreros se retiraron descontentos y dispuestos a continuar su campaña.

La vuelta del señor Claro al gobierno les pareció una nueva postergación de sus aspiraciones y determinó una agitación en las clases trabajadoras. Los estudiantes fomentaban el movimiento de las clases obreras y se mostraban unidos para sostener sus reivindicaciones sociales. Los elementos comunistas aprovechaban la ocasión para ganar terreno en favor de sus doctrinas hasta el extremo de que los propios dirigentes llegaron a alarmarse y a pedir el concurso de los obreros católicos. Admitidos los artesanos, pertenecientes a congregaciones religiosas, en el seno de la Asamblea de Alimentación Nacional, se mostraron luego más descontentos con la situación que los más exaltados elementos.

La clase obrera se organizó en grupos de oficios. Los carri-lanos se agrupaban en el N.º 1; los empleados de tranvías urbanos en el número dos, y seguían los zapateros, los carpinteros, los empleados de diversas fábricas, etc. Las organizaciones del norte del país, las de Valparaíso, Concepción, Talcahuano, la región del carbón y Valdivia, representaban una fuerza enorme, capaz de conmover todo el país. Las huelgas estallaban casi diariamente y a veces en forma violenta. No se trataba ya sólo de adoptar determinadas medidas; la revolución social hervía en los hogares de los pobres, en las fábricas y talleres y en las asambleas populares.

Parecía que el pueblo se había retirado al *Monte Aventino* y que desde allí dictaría un día sus condiciones a la capital y a

la república. Por mi parte, conocía de cerca las necesidades populares y apreciaba la justicia de la mayor parte de sus reivindicaciones. Me propuse cambiar el ambiente desfavorable del parlamento.

Para los elementos productores, representados en el Congreso, la mejor solución era dictar pronto la ley de residencia, que permitiera impedir la entrada y arrojar del país a los elementos extranjeros subversivos; disolver a caballazos y golpes de sable las manifestaciones populares y hacer funcionar las ametralladoras disparando contra la masa, en caso de resistencia. La malla de intereses creados era muy amplia y resistente.

Recuerdo, hasta ahora, el escándalo que produjo entre mis colegas el hecho de que se introdujera al recinto del parlamento a una comisión de la Asamblea de Alimentación Nacional para conversar sobre las medidas legislativas que reclamaban, y las dificultades que encontré para que un diputado de cada partido se resolviera a escucharles.

Tomé en la Cámara la defensa de los intereses de los obreros. La tarea me produjo tal *surmenage* que los médicos me impusieron absoluto reposo. Desde el parque del Molino de la Compañía, en Graneros, seguía por los diarios el desarrollo de los debates, hasta que un día resolví interrumpir mi cura e ir a cumplir mi deber en la Cámara y en el Consejo de Estado.

Para reprimir una manifestación en Antofagasta, la autoridad desempeñada por un militar, había encerrado, sin forma alguna de proceso en el cuartel del Regimiento Esmeralda, a Luis E. Recabarren, Oscar Chunks y otros jefes obreros. Reclamé indignado contra esta medida y obtuve del gobierno las facilidades necesarias en favor de los afectados por las medidas dictadas durante el estado de sitio, que se decretó para cubrir el atropello cometido por la autoridad.

Mis esfuerzos para obtener en la Cámara el despacho de nuestro proyecto sobre la alimentación nacional, aparejado de otro sobre fomento de la producción, fueron a estrellarse contra una inmensa mayoría, formada por productores y representantes de los intereses comerciales. Sin embargo, se dictó una ley mutilada sobre artículos de primera necesidad, se facilitó la internación de ganado argentino y se adoptaron algunas medidas

administrativas para aliviar la situación. El gobierno obtuvo además el despacho de la ley de residencia.

Esta campaña me produjo la mayor desilusión política. Los intereses personales dominaban sobre las conveniencias generales. La división de clases se manifestaba en forma profunda. Agricultor yo mismo, trabajaba contra mis propios intereses y, los de mi gremio, me miraban como un tráfuga. Obraba al impulso de mis convicciones y de mis sentimientos, que nadie comprendía. Sentía el alma herida por honda decepción y me parecían igualmente despreciables gobierno y parlamento. Me propuse no mezclarme en las actividades políticas.

Crisis ministerial. A mi voluntario retiro llegaban constantemente las quejas contra el gabinete y la situación. La alianza decaía. En una elección de senador por Santiago, el candidato liberal, don Antonio Huneeus, había sido derrotado por el candidato conservador, señor Juan Enrique Concha Subercaseaux.

En las filas demócratas continuaban disputándose la expectativa de la cartera y, en consecuencia, no prestaban una adhesión sólida al ministerio. Los radicales se mostraban descontentos de sus ministros; la juventud les atacaba como representantes de la oligarquía más que del radicalismo. Los candidatos, señores Yáñez y Alessandri, fomentaban la crítica a los ministros y las ambiciones de los diputados.

Los diputados liberales, en cambio, apoyaban al gabinete y sostenían a sus ministros, señores Barros Borgoño, Claro Solar y Bermúdez, con entusiasmo y decisión.

Cerradas las Cámaras, el gabinete continuaba en su labor administrativa sin merecer críticas de la opinión, pero soportando los ataques de los radicales, que, finalmente, provocaron la crisis.

Gabinete Hevia Riquelme-Barros Borgoño. A fines de abril de 1919, se produjo la caída del gabinete. A la salida de una sesión del consejo de Estado, el Presidente me preguntó mi opinión y me invitó a entrar al gobierno. Le respondí que no deseaba mezclarme en la política, que los liberales estaban satisfechos de

sus ministros y que, quizás, valdría la pena esperar el período de sesiones ordinarias para solucionar la crisis.

No volvió a consultarme el Presidente y, el 3 de mayo, aceptó la renuncia de los tres ministros radicales. Los liberales habían declarado que deseaban mantener sus ministros. Los demócratas habían reclamado su cartera.

El Presidente ofreció la cartera del Interior a don Anselmo Hevia Riquelme, miembro del partido radical.

El señor Hevia, bombero, había representado en la Cámara de Diputados en varios períodos a la región de la Frontera. Miembro del Club de la Unión, amigo personal del Presidente Errázuriz, jefe de los trabajos electorales de la candidatura del señor Riesco, ministro de Industria y Obras Públicas, en alguna ocasión había salido del país como diplomático. Nombrado ministro en Méjico, le correspondió una actuación destacada en los graves sucesos que siguieron a la caída del Presidente Madero. Ministro más tarde en el Japón y en el Brasil, si mal no recuerdo, se había distinguido en la diplomacia como un hombre ponderado y representativo. Desde su regreso al país, se interesaba por la vida política, sin lograr en su partido la influencia a que aspiraba ni encontrar la oportunidad de intervenir activamente. Se le consideraba por algunos como un radical *pasteurizado* que podía servir en un momento dado y, esta misma modalidad le alejaba de sus correligionarios. En alguna ocasión se le había llamado a la Moneda para reemplazar a un ministro radical, pero antes de que prestara el juramento, sus correligionarios advirtieron que no se sentirían representados por él. Pero ahora, el señor Hevia Riquelme obtuvo el pase de la junta central.

Llevó como colega radical al ministerio de Justicia e Instrucción Pública al diputado Pablo Ramírez. Producto del seminario, Ramírez había abandonado su fervor religioso y convirtiéndose en un adalid de las ideas extremas; se distinguió en sus estudios en la Universidad y por su versación jurídica; en la Cámara había pronunciado interesantes discursos; era querido por la juventud radical; inquieto, intrigante y ambicioso, con su entrada al gobierno le libraba al ministerio, por lo menos, de sus propios ataques. Daba una tonalidad nueva al gobierno que despertaba cierta simpatía en la opinión.

Del partido demócrata, el organizador eligió como ministro de Industria al diputado don Manuel J. O'Ryan.

El gabinete ante el Congreso. La opinión no se manifestó satisfecha con este parche ministerial. La entrada del señor O'Ryan al gabinete fue duramente criticada, aún por sus propios correligionarios. El señor Hevia Riquelme no representaba a sus correligionarios y su colega el señor Ramírez no sentía, en modo alguno, la solidaridad ministerial; no estaba dispuesto a ligar su suerte a la del gabinete y, seguro de la catástrofe, tomaba disposiciones para salvarse. Sólo los liberales mantenían su adhesión al gabinete.

La oposición, que hasta entonces se había manifestado deferente y tranquila, no estaba dispuesta a salvar esta vez al gabinete aliancista de los ataques de sus propias filas.

No tardaron en oponerse dificultades a la marcha del gobierno y ellas se concretaron en los proyectos presentados por el más activo de sus ministros, el señor Claro Solar.

La crisis de los bomberos. El hecho de que los señores Hevia Riquelme y Claro Solar pertenecieran a la noble institución del Cuerpo de Bomberos, dio este nombre a la crisis que se proyectaba tomándoles como blanco de los ataques parlamentarios. Ninguna relación política tenía el Cuerpo de Bomberos. En su generosa y abnegada acción jamás se había mezclado el interés partidista y la enorme fuerza moral que representaba con sus elementos de selección nunca había participado en las luchas políticas y electorales.

El ataque y el descontento se concentraron en la demanda de reemplazar a los señores Hevia y Claro Solar, por otros políticos de la misma filiación.

Ya a fines de junio la situación era insostenible y la crisis inevitable.

Gabinete Serrano-Barros Borgoño. En los primeros días de julio, el Presidente me preguntó mi opinión sobre la situación y me ofreció la cartera de Hacienda en reemplazo del señor Claro Solar. Mi respuesta fue análoga a la anterior dada con

motivo del último cambio ministerial. Le recomendé al Presidente el nombre de Julio Philippi como ministro de Hacienda.

Representante de la tercera generación de una familia de sabios de origen alemán que había prestado grandes servicios a la ciencia en nuestro país, Philippi se había distinguido por la seriedad de sus estudios en la Universidad de Chile. Fue un colaborador entusiasta y eficiente de nuestra obra en favor de la educación popular desde la Sociedad escuelas nocturnas para obreros. En su viaje a Europa había perfeccionado sus estudios y dedicándose especialmente a las finanzas y a la economía; la Universidad le nombró profesor de Hacienda Pública. Aprovechamos sus servicios en la preparación de los proyectos financieros en nuestro gabinete de 1913 y le mirábamos como una persona excepcionalmente capacitada para el cargo de ministro de Hacienda. El Presidente conocía y estimaba, como yo, al señor Philippi y me agradeció esta indicación que coincidía con su deseo.

Luego, el Presidente me preguntó qué me parecería Luis Serrano Arrieta como ministro del Interior. Me sorprendió esta idea y me hizo pensar que no me hablaba en serio, pues recordaba que en otras ocasiones había resistido su nombre. Serrano era uno de mis mejores amigos en la Cámara y yo miraba con especial simpatía su vuelta al gobierno.

Pocos días después, recibí la visita de Luis Serrano. Venía de la Moneda, el Presidente le había ofrecido la cartera del Interior, y antes de dar paso alguno quería consultarme. No le oculté a mi amigo la sorpresa que me causaba esta actitud del Presidente, sin referirme a las reservas que antes había formulado sobre su persona. Le indiqué a Philippi como ministro de Hacienda, nombre que ya le había dado el Presidente, le aseguré el concurso de los liberales y le recomendé que, si le era posible, cambiara a los ministros Ramírez y O'Ryan. El mantenimiento de estos ministros no debía impedirle con todo aceptar el cargo.

El 9 de julio, si mis recuerdos no me engañan, prestaron el juramento de estilo los nuevos ministros señores Serrano y Philippi. El gabinete Quezada-Barros Borgoño, entraba así en su tercera faz; sólo quedaban de la organización de noviembre los señores Barros Borgoño y Bermúdez.

Crisis parcial. Esta vez el descontento con la nueva organización ministerial, se manifestó en las filas demócratas contra la persona de su representante, el señor O'Ryan, hasta llegar a determinar su salida del gabinete. A fin de darle solidez a la organización, se llamó para el ministerio de Industria y Obras Públicas, al senador demócrata, don Malaquías Concha, quien prestó el juramento de estilo el 21 de julio.

La educación primaria obligatoria. Hacía ya dos años que la Cámara de Diputados había despachado el proyecto de ley de educación primaria obligatoria y aún no obtenía la aprobación del Senado. El ministro Pablo Ramírez se preocupó de activar su despacho, pues deseaba suscribir tan importante ley.

Los conservadores oponían resistencias en el Senado y el ministro movía la opinión y agitaba a la asamblea radical y a los estudiantes contra la actitud de los senadores. El debate versaba sobre las modificaciones que debían introducirse en el texto de la ley para eliminar los puntos que habían sido objeto de la transacción celebrada en la Cámara de Diputados. Esta transacción no había ligado a los partidos ni se había extendido más allá de la votación en la Cámara, dejando en absoluta libertad la opinión de los senadores. El señor Barros Errázuriz, a nombre de su partido, pidió a don Ismael Tocornal, quien había mediado en la Cámara, que se votara el proyecto en los mismos términos en que esta rama del Congreso le había aprobado. El señor Tocornal respondió que el acuerdo se había limitado a aquella corporación y que los senadores votarían libremente. La obstrucción conservadora continuó en el Senado.

Un día recibí en casa la visita del ministro de Justicia e Instrucción Pública, Pablo Ramírez. En su vivo deseo de suscribir la ley de educación obligatoria iba a pedirme que gestionara una transacción con los conservadores, manteniendo la mayor parte de las concesiones hechas en la Cámara de Diputados. Una de las bases de aquella transacción era destinar al fomento de la educación el 20% de las rentas nacionales; esta disposición había sido combatida en el Senado por don Arturo Alessandri y los conservadores aceptaban su supresión. A mí me molestaba vivamente esta actitud. La obligación escolar, sin los fondos sufi-

cientes para su implantación, sería letra muerta. En el pliego que me presentaba el ministro no figuraba esta condición. Me negué a tomar intervención alguna en el despacho del proyecto en el Senado; el propio ministro podía gestionar directamente un acuerdo con los conservadores.

En una nueva visita, el ministro me pidió insistentemente que prestara este servicio al país y que hablara a los senadores conservadores sobre la fórmula. Después de consultar la opinión de algunos senadores liberales, el señor Tocornal y yo transmitimos a los conservadores el pliego de transacción que nos presentaba el ministro. Su texto fue luego divulgado. En una asamblea popular, celebrada esos días, los estudiantes protestaron de esta gestión, y el ministro Ramírez declaró que se trataba de imponerle una transacción que jamás aceptaría. Tal conducta me indignó y le increpé duramente en la Cámara en presencia de numerosos diputados. Ramírez reconoció su mal proceder, pidió perdón y declaró que aceptaba naturalmente todo lo que él mismo había propuesto; sólo quería tranquilizar la efervescencia de la manifestación estudiantil que él mismo había preparado. La ley fue despachada por el Senado.

Pocos días más tarde, el ministro Ramírez me vio de nuevo para informarme que se preparaba un gran banquete en su honor. Respondiendo a las críticas del senador radical don Enrique Mac-Iver, Ramírez había pronunciado un vibrante discurso contra este jefe y patriarca del radicalismo. Su situación entre los elementos serios había decaído enormemente. Ahora pretendía que don Ismael Tocornal y yo nos adhiriéramos al banquete en su honor. Yo me excusé; no quería tomar parte en la agitación política y profundamente molesto con la actitud de Ramírez en la gestión de la ley de educación obligatoria. El señor Tocornal, a su vez, no quería ofender al señor Mac-Iver, su amigo y colega en el Senado, con una adhesión a Ramírez, que le había injuriado en sus discursos. El ministro siguió buscando insistentemente nuestra adhesión. Nos decía que él era partidario de la candidatura de Tocornal a la Presidencia de la República y que nuestra abstención y la asistencia de Alessandri haría que éste ganara partidarios dentro de sus elementos. Por fin, el día mismo de la manifestación, nos encontró en un hall de la Cámara de Diputados y

obtuvo del señor Tocornal una carta de adhesión y yo seguí su ejemplo. Nos agradeció mucho este acto, y él mismo tomó las cartas para dar cuenta de ellas.

En el banquete, al leerse la carta del señor Tocornal, la juventud prorrumpió en denuestos en su contra. Lo mismo hizo al darse cuenta de la mía, sin que el ministro tuviera una palabra en defensa de nosotros. De nuevo reprendí esta actitud canallesca y de nuevo Ramírez se arrastró a pedir perdón por este acto.

Agitación obrera. El descontento de las clases populares continuaba en forma alarmante. Las medidas adoptadas no lograban disminuir la carestía de la vida. Había terminado la guerra europea y nuevos fenómenos económicos se desarrollaban en el país. Las organizaciones obreras prepararon una gran manifestación popular para el 29 de agosto.

Corrió el rumor de que el pueblo preparaba el saqueo de las casas comerciales. Era un signo fatídico la fecha elegida. El 29 de agosto de 1891, se conoció en Santiago la noticia del triunfo de la revolución, el gobierno provisional del general Baquedano no fue capaz de mantener el orden en la ciudad y el populacho saqueó las casas de los dictatoriales. Se temía que se repitieran los mismos actos contra las grandes casas de comercio. El joven intendente de Santiago, Francisco Subercaseaux, siguiendo las inspiraciones del Presidente, ordenó que la manifestación popular que debía verificarse al pie de las estatuas de San Martín y de O'Higgins, en la Alameda de las Delicias, se circunscribiera al espacio comprendido entre las calles del Dieciocho y del Estado, o sea, en una extensión de seis cuadras, y prohibió que pasara la columna frente a la Moneda y recorriera el centro comercial. Las observaciones de los directores del movimiento no lograron modificar la disposición de la autoridad.

El comité obrero fue a visitarme. La situación era para ellos sumamente grave. Las manifestaciones debían seguir el recorrido para disolverse; no era posible dejarlas estacionadas en un espacio de seis cuadras. El comité había elevado ocho tribunas y cuidadosamente seleccionó dos oradores para cada una de ellas. Una vez terminados los discursos, los manifestantes debían seguir a la

Moneda a presentar el pliego de peticiones. Si no se procedía así, las tribunas serían ocupadas por los elementos subversivos y los desórdenes resultarían inevitables. Las disposiciones de la autoridad podían ser objeto de los más violentos ataques. El comité se comprometía a que se observara el más perfecto orden si se modificaban las disposiciones del gobierno.

Les pregunté si estarían dispuestos a aceptar que la manifestación desfilara por frente a la Moneda y continuara sin pasar por el centro comercial para disolverse al pie del cerro San Lucía. Allí el comité comunicaría la respuesta del gobierno. Aceptaron sin vacilar esta modalidad.

Hice la gestión del caso ante el ministro del Interior, quien encontró resistencias de parte del Presidente. Recurrí a mis amigos Enrique Zañartu y Pedro Aguirre para convencer al señor Sanfuentes, arguyéndole que tanto ellos y el que esto escribe nos hacíamos responsables del orden y permaneceríamos al pie de la estatua de Portales durante toda la manifestación. El Presidente cedió, y autorizó el desfile de los obreros frente al palacio, dispuesto a recibir al comité, siempre que su discurso fuera respetuoso.

Aquella misma noche, el comité obrero se impuso con gran júbilo del resultado de mi gestión y espontáneamente me dio a conocer el discurso que pronunciarían ante el Presidente y el pliego de peticiones. El ministro del Interior llegó casualmente a casa y pudo imponerse personalmente de estos documentos; allí mismo les dio a conocer la respuesta que recibirían. Después de aquel día de zozobras e inquietudes, obreros y gobierno podían quedar tranquilos. Nada de anormal ocurriría al día siguiente.

El Presidente convocó extraordinariamente al Consejo de Estado para ese día. No había nada urgente ni que justificara esta medida. Al final de la sesión, se anunció que se aproximaban los manifestantes. Me levanté, diciéndole al Presidente: "Voy a ocupar mi puesto al pie de la estatua de Portales". El Presidente levantó la sesión del consejo y me expresó:

—Acompáñeme Ud. al balcón para ver el desfile.

El señor Sanfuentes estaba inquieto y temeroso. En cuanto salimos al balcón, el gremio de zapateros, el más violento que en esos momentos desfilaba, le vivó. Era la primera vez en su vida

que se sentía halagado por una manifestación popular. Las manifestaciones se repitieron por cada grupo. El Presidente se retiró del balcón para recibir al comité, escuchó el discurso pronunciado por Carlos Alberto Martínez, si mal no recuerdo, y luego leyó el suyo el ministro del Interior. Los estandartes de las asociaciones obreras flameaban en el salón de la Moneda. El Presidente salió al balcón acompañado de algunos miembros del comité y fue objeto de una aclamación popular.

Muy emocionado, el Presidente me estrechó la mano y me dijo:

—No sé cómo corresponder a este gran servicio que Ud. me ha prestado. ¿Tiene Ud. algo que pedirme? Será para mí una gran satisfacción acceder a su deseo.

Le contesté al Presidente que sólo le pedía que atendiera seriamente los intereses de las clases populares y se preocupara de sus reivindicaciones. Así lo prometió don Juan Luis.

Me invitó con insistencia a que le acompañara a tomar el té, y me sentó a su derecha. Muy afectuosamente me preguntó de nuevo si podía prestarme algún servicio personal, si tenía particular interés por algo que dependiera del gobierno. Me extrañó esta pregunta. Jamás, durante toda mi vida política, tuve interés alguno personal ligado a un acto de gobierno. Así le respondí al Presidente.

Don Juan Luis se quejó de las molestias y sinsabores del cargo, y me repitió que la de ese día constituía una de las pocas satisfacciones que había tenido durante su presidencia.

Por esos días preparé el texto de un nuevo decreto sobre las huelgas, que firmaron el Presidente y su ministro del Interior.

En el partido liberal. Desde la vuelta de las vacaciones se notaba cierta inquietud en el partido liberal. Se había acordado la celebración de una convención y se conocían los trabajos que un grupo de amigos del señor Alessandri desarrollaba en las asambleas departamentales para obtener la designación de delegados que le fueran favorables. En el mismo sentido se agitaban los partidarios del señor Yáñez. En general, y contrariamente a la verdad, se creía más fuerte esta candidatura y se estimaba algo extraña la aspiración del señor Alessandri. Yo pensaba todo lo

contrario. Un grupo de diputados liberales acordó constituirse para combartir ambas candidaturas y servir la del señor Tocornal o de algún otro personaje liberal.

En una primera reunión en casa del diputado don Pedro F. Iñíguez, se observó que la mesa directiva del partido, compuesta de los señores Valderrama, Yáñez y Aldunate no daba ninguna garantía de neutralidad en los trabajos preparatorios de la convención y era indispensable producir un cambio en la dirección del partido. Correspondía también reemplazar en la mesa de la Cámara de Diputados al vicepresidente señor Jaramillo, conforme al criterio establecido, pero su sucesor debía ser un diputado que representara una tendencia distinta de la de los señores Yáñez y Alessandri. A mi juicio, convenía nombrar una delegación que se pusiera al habla con el señor Valderrama acerca de la marcha del partido. Quedamos convenidos en buscar la adhesión de nuestros colegas para ensanchar el grupo, reunirnos nuevamente y celebrar el compromiso de cumplir religiosamente los acuerdos que se adoptaran por mayoría.

No pude asistir a la reunión siguiente y me comunicaron que en ella se había acordado proceder al reemplazo del señor Jaramillo en la mesa de la Cámara y manifestar al señor Valderrama el descontento de los diputados con la dirección del partido, para provocar su renuncia. Obtuve que se aplazara la aplicación de esta última medida y que se le diera a la otra el carácter de la rotativa sistemática en cada período de sesiones, a fin de tener el mayor número de nombres para el sorteo de los miembros de la comisión revisora de poderes.

El señor Valderrama era un hombre respetable, gran propietario en la provincia de Colchagua; había dejado la política activa y vuelto a ella en 1912, decidiéndose a librar la difícil campaña senatorial de Colchagua. El año 1896 había sido partidario de la candidatura de don Federico Errázuriz y se le había mirado desde entonces como elemento coalicionista, carácter que había confirmado su adhesión a la candidatura de don Fernando Lazcano en 1906. Sin embargo, su lucha con los conservadores a partir de 1912, le daba, en el momento a que nos referimos, un carácter representativo de los elementos avanzados. En 1912, había confiado al señor Yáñez la defensa de sus derechos a la se-

naduría de Colchagua y se sentía ligado a este político por vínculos de gratitud. Por otra parte, era amigo del señor Tocornal y podría, en el momento oportuno, contarse con su adhesión. Atacarle ahora era arrojarle decididamente al lado contrario. En cambio, podríamos aprovechar la influencia que ejercía sobre su ánimo su sobrino regalón, don Armando Jaramillo, para decirle en favor de nuestro grupo.

Desgraciadamente, resultó que el señor Jaramillo, desconociendo el sistema rotativo que habíamos adoptado unánimemente para la provisión del cargo de vicepresidente de la Cámara, estimó como un agravio personal la idea de reemplazarle y empezó a solicitar los sufragios de sus colegas para mantenerse en el puesto. La lucha se trabó entre su nombre y el de Jorge Errázuriz, si mal no recuerdo, sin que ni uno ni otro obtuvieran la mayoría de los sufragios. Al fin se llegó a una transacción y, si la memoria no me es infiel, fue elegido vicepresidente de la Cámara Ladislao Errázuriz, que figuraba en nuestro grupo.

Desde ese momento, el señor Jaramillo tomó fila entre los partidarios del señor Alessandri y atrajo a este político la adhesión decidida del señor Valderrama.

Todo propósito de conciliación con la mesa directiva quedaba excluido y se abría la lucha para derribarla. El grupo acordó que se solicitara una reunión de la junta ejecutiva. En ella el diputado señor Iñíguez propondría el nombramiento de asesores de la Presidencia, y yo sostendría esta tesis.

El anciano señor Valderrama no podía subir las escaleras del Club Liberal y convocó a la junta a su casa habitación. Los diputados se excusaron de asistir y una nueva reunión fue convocada en una sala del Senado, presidida por el señor Valderrama. El señor Alessandri tomó la defensa de la mesa directiva, y yo su ataque; en el curso de la discusión se diseñó una mayoría en favor de nuestra moción y el señor Valderrama prefirió renunciar en compañía de sus colegas.

La lucha se concretó a obtener la mayoría del directorio general del partido. Por nuestra parte, sin su anuencia, levantamos la candidatura de don Claudio Matte, como la de un servidor público, alejado de la política, de acentuadas ideas liberales, que podía servir de vínculo de unión entre todos los grupos.

Un nuevo factor entraba en juego por ese tiempo. La personalidad política del señor don Luis Barros Borgoño, había adquirido, desde el ministerio de Relaciones Exteriores, todos los relieves de un candidato a la Presidencia de la República. Había alejado del país al señor Yáñez confiándole una alta misión económica ante los Estados Unidos y los principales países de Europa, en compañía de los señores Juan Enrique Tocornal, Augusto Villanueva y algún otro. A esta misión debía agregarse, más tarde, el señor Agustín Edwards. La comisión se disolvió por desacuerdo entre sus miembros, desde Nueva York. El señor Yáñez siguió solo en el cumplimiento de su misión. Al señor Tocornal le había confiado el canciller la misión de corresponder la visita de Sir Burns, que había enviado el gobierno británico. De este modo quedaba el terreno despejado para los trabajos electorales de los amigos del señor Barros Borgoño. En cuanto al señor Alessandri, se seguía pensando que era difícil su candidatura, y que ésta no podía resistir el examen de la gente seria.

El grupo de amigos del señor Barros, en el seno del directorio, se confundía hasta entonces con el de los amigos del señor Tocornal. Con suma agilidad, el señor Alessandri buscó al señor Barros Borgoño para ofrecerle la designación de uno de sus amigos como presidente del partido. Al mismo tiempo nos ofrecía a nosotros las vicepresidencias. El señor Barros propuso como candidato a don Guillermo Rivera, enemigo personal del señor Alessandri, y éste lo aceptó para evitar el triunfo del señor Matte, candidato preconizado por nosotros. El grupo acordó mantener su posición. La defección de los partidarios del señor Barros en favor del señor Rivera nos privaba de la mayoría en el directorio general; pero preferíamos caer vencidos antes que ceder.

Producida la elección del señor Rivera, éste acudió en busca de los diputados liberales, pero nuestro grupo adoptó una actitud de reserva y de abstención. Se precipitaron los trabajos de organización de la convención y vimos venir la elección de un directorio general que sirviera los propósitos de los señores Alessandri y Yáñez. El señor Rivera se veía burlado en sus anhelos de armonía y serviría de elemento a ambiciones que deseaba combatir.

La convención liberal de 1919.

Todo aconsejaba postergar la convención que, en esos momentos, podía producir la división del partido. El problema presidencial lograría, por el contrario, unirnos más estrechamente en adelante. La cordura y el buen sentido impondrían soluciones de armonía. Los intereses del país y del liberalismo debían dominar sobre esa lucha de grupos que se desarrollaba en torno a las ambiciones presidenciales. El señor Rivera, seducido por la expectativa de presidir una gran asamblea y presionado por los agentes de los señores Alessandri y Yáñez, siguió adelante en su propósito.

Nuestro grupo acordó asistir a la convención. No discutiríamos en ella el programa del partido ni su rumbo aliancista. Defenderíamos sólo la elección de un directorio prestigioso que siguiera las tradiciones del partido. Ladislao Errázuriz fue encargado de reservar en el Club de la Unión un comedor para festejar, por cuenta del grupo, a los convencionales de provincia. Mientras tanto, un grupo de muchachos trabajaba en el Club Liberal y preparaba la renovación del directorio. Ellos mismos debían ocupar los puestos de antiguos servidores públicos. Estudiantes mediocres, vivos agentes electorales, comprometidos ya como instrumentos de algún candidato, pretendían el título de director, considerado hasta entonces como una distinción pública. La lucha en la convención se concretó al triunfo de una u otra lista.

Las influencias de la presidencia del partido y la adhesión del grupo de amigos del señor Barros Borgoño, nos habría dado seguramente el triunfo. El señor Rivera obtuvo que los jóvenes colocaran diez nombres de sus amigos en su propia lista y asegurar su triunfo.

La composición de la convención era numerosa. En 1907 habíamos reconocido personalidad a pequeños embriones de asambleas departamentales, sin organización alguna, con el ánimo de fomentarlas. Algunas de ellas se habían desarrollado y otras permanecían en su estado primitivo. Los muchachos habían preparado credenciales de éstas y otras asambleas inexistentes que no correspondían a una representación de fuerzas electorales. Sin embargo, todos los poderes fueron aprobados. El resultado de la elección fue desfavorable para nuestro grupo. Se pensó en ese

momento en tomar la actitud de desconocer el nuevo directorio y de aclarar la independencia de los diputados ligándose tan sólo a sus electores. Con todo, no nos pareció oportuno el momento. Sin producir la escisión del partido, los parlamentarios podíamos ejercer el control del nuevo directorio, como lo habíamos hecho en otras ocasiones.

La convención de 1919 daba un nuevo programa al partido, adoptado por unanimidad, pero marcaba la división entre la tendencia personalista de las ambiciones de los señores Yáñez y Alessandri y la tendencia tradicionalista que buscaba soluciones de armonía, velaba por el interés público y por el prestigio del partido.

Fallecimiento del señor Castellón. Por esos días dejó de existir el jefe radical, don Juan Castellón. Diputado, senador, ex ministro de Estado, presidente en varias ocasiones del partido radical, el patriarca Castellón desempeñaba el cargo de consejero de Estado, y en nombre de esta corporación, despedí sus restos en el cementerio.

Con el señor Castellón se iba un símbolo y un tipo de radical de noble estirpe, de sano entusiasmo, de claro y práctico concepto de la situación política, a veces algo optimista, pero siempre bien inspirado. Su desaparecimiento era una sensible pérdida para el radicalismo. Le faltaría en adelante su consejo sensato y reposado y aquel su caudal de experiencia y de recuerdos de tiempos mejores.

Como veremos luego, la Cámara eligió en su reemplazo como miembro del Consejo de Estado a don Enrique Mac-Iver, como una satisfacción a la actitud despectiva que contra esta otra reliquia del radicalismo había asumido el ministro de Instrucción, Pablo Ramírez.

La convención radical de Concepción. A la convención liberal de Santiago, siguió la convención radical de Concepción. El telégrafo no tardó en transmitirnos sus violentos debates. Los jóvenes convencionales atacaban a los parlamentarios radicales en los términos más descorteses, criticaban la dirección del partido

y la organización misma de la alianza liberal. Sus entusiasmos les llevaban a repudiar a sus propios aliados.

Durante los primeros días pareció posible dominar aquellas actitudes y algunos parlamentarios acudieron a Concepción para justificarse y defenderse. Cierta alarma se extendía por las filas aliancistas. ¿A dónde nos llevaba la convención de Concepción?

—No hay que alarmarse —nos decían nuestros aliados—; los radicales somos así. Gritamos, nos desahogamos, llegamos hasta mostrarnos los puños, pero no nos pegamos. Llega la calma, se impone la cordura, se adoptan soluciones de armonía y todos salimos, al fin, fraternalmente abrazados, como si nada hubiese ocurrido.

Mas, luego el telégrafo comenzó a comunicar los acuerdos adoptados por la convención. Esta vez no había llegado la hora de la cordura, ni se producía el abrazo fraternal. Un neorradicalismo había surgido, violento, batallador, agresivo. El triunfo de la alianza liberal no era su triunfo. El influjo que ejercía el partido radical en el gobierno no le era suficiente. La excesiva complacencia con que liberales y demócratas se habían inclinado ante todas sus exigencias, no tenían la menor importancia. El neorradicalismo quería destruir toda la construcción y empezar de nuevo. Renovación de valores, cambio de hombres, trastorno de las tendencias, recomenzar la lucha desde la oposición, tal era el ideal que allí se manifestaba en forma incomprensible para las generaciones que conservaban la dirección política del país.

Cuando estos acuerdos llegaron al extremo de declarar que el partido radical debía retirarse del gobierno, la impresión general entre los radicales dirigentes fue de que estaban locos los convencionales de Concepción. En la junta central se arreglarían las cosas. Mientras tanto, los ministros radicales se veían obligados a presentar su dimisión.

La cordialidad entre los partidos de la alianza había desaparecido. Era necesario pensar en una nueva organización política.

Cuadro de la situación. ¿Qué ráfaga pasaba por el país que producía, a nuestro juicio, esta desviación del buen criterio?

El país había sido gobernado, hasta esa época, por un grupo

selecto de hombres, pertenecientes a la misma clase social. La burguesía asomó un poco con la importancia política de los elementos burocráticos de la administración Balmaceda, que recogieron su herencia en la convención de Talca. El propio carácter, y la situación de estos políticos, les llevó a volver a las filas de la administración bajo el imperio de los regímenes coalicionistas y de la rosa de los vientos que seguía el señor Sanfuentes. El apellido democrático de la agrupación balmacedista no tuvo ningún significado y, al convertirse en sanfuentista, volvió a ser un grupo de gente selecta, amiga del caudillo y dispuesta a servir sus ambiciones.

La burguesía encontraba su representación en las filas radicales, donde se mezclaba el hombre de estudio con el agente electoral profesional y con el agitador popular. La juventud, producto de los liceos, seguía a sus maestros, a las logias; adquiría el concepto de su propio valer y de su eficiencia y miraba con desprecio a las generaciones anteriores. Los hombres dirigentes, educados en los Padres Franceses, en San Ignacio, en el Instituto o en el Seminario, eran productos inferiores, a sus ojos, incapaces e indignos de gobernar y dirigir.

Si se llegaba al fondo del problema, los principios que una y otra generación sostenían, eran los mismos; pero mientras una seguía la senda despaciosa, pero segura de la evolución y avanzaba poco a poco, la otra perseguía la revolución, la conquista violenta, más brillante, pero menos sólida. Podría decirse que se trataba de cambiar la etiqueta con que se ofrecía al público un producto. Sin embargo, esta observación tenía un valor superficial. El problema era más hondo: se querían cambiar los métodos mismos de producción y con ello el producto mismo se modificaría.

Naturalmente, las ambiciones de los jóvenes eran un factor determinante de esta situación, pero sería un error creer que era el único. Encontraban un ambiente preparado para cosas nuevas y la atmósfera que creaban les envolvía a ellos mismos hasta esfumar el núcleo inicial. Algo como una fuerza subconsciente hacía comprender a la nueva generación su incapacidad para gobernar y construir. El anhelo primario, era ser diputado, pero

diputado de oposición. Ya dentro del Congreso nacería la ambición ministerial.

El régimen democrático del partido radical, sus disciplinadas fuerzas electorales, abrían un campo favorable a la juventud y, en las asambleas, iban conquistando, uno a uno, los cargos políticos. En el partido liberal dominaba una masa tradicionalista; era el prestigio de los hombres o su fortuna lo que daba la situación. El radicalismo formaba a los radicales, los liberales formaban el liberalismo. La fundación del centro liberal, la organización de las asambleas liberales, eran los medios escogidos por mí para cambiar la idiosincrasia del partido y, en ellos, habían encontrado las nuevas generaciones las palancas para elevarse e imponerse. El liberalismo tomaba, en el momento a que nos referimos, una organización y un carácter análogo al del radicalismo y empezaban a formarse los hombres en su hogar político.

La juventud radical, especialmente, y en menor grado la liberal, se acercaban a las clases populares por medio de las organizaciones estudiantiles y recogían sus quejas para apoyarlas. La representación del partido demócrata en el parlamento, estaba lejos de ser el reflejo de la gran masa; había en ella valores más importantes que no habían podido llegar al Parlamento.

La cultura popular había avanzado considerablemente. En la Extensión Universitaria que presidí durante tres años, pude palpar este fenómeno. Procurando sintetizar, podemos decir que existía en el país un considerable grupo obrero que había alcanzado cierta preparación y que luchaba por defenderse de las ideas comunistas que propalaban los agitadores. Estos, en cambio, comprendían que para el logro de sus planes y el desarrollo de su propaganda, les convenía unirse a aquéllos, marcando el paso por el momento, y secundar todas las nuevas tendencias.

A esta situación de las clases populares se agregaba el alejamiento de la actividad política de los elementos docentes en los tres grados de la enseñanza, descontentos también de la situación. Y el cuadro se completaba con los elementos jóvenes que se agitaban en cada partido. Una línea común unía así a la clase media y a la popular, animada por la juventud; pero esta unidad de acción se mantenía hasta el momento de destruir y no continuaría en la obra de reconstrucción.

Quien tomara estas fuerzas tendría con ellas un enorme elemento para ganar la campaña presidencial. Yáñez se presentaba como el precursor de este movimiento social. Alessandri, se desprendía de toda su tradición, renegaba su pasado, quemaba lo que había adorado y dedicaba su verbo y su acción a conquistarse la simpatía popular.

Como elementos de reserva, sólo quedaban los tradicionalistas de los viejos partidos que formaban aún la mayoría de los elementos parlamentarios en las filas de la alianza, los elementos productores agrícolas e industriales, la burocracia y las organizaciones confesionales que servían al partido conservador.

Los acuerdos de la convención radical de Concepción rompían la alianza liberal. Y si ella continuaba viviendo, sus destinos y los del país quedarían entregados a la decisión de asambleas radicales locas, del directorio liberal espurio y el triángulo se cerraría con el directorio demócrata devorado, también, por ambiciones que no podía armonizar y que le obligaban a abstenerse del gobierno.

¿Qué hacer? Sería peor ir a la coalición. Las reivindicaciones obreras contaban con toda nuestra simpatía, comulgábamos con las aspiraciones doctrinarias de la alianza liberal, no nos alarmaba la nueva tendencia ni la agitación; pero sentíamos una fuerza que nos señalaba un gran peligro público, como si viéramos formarse sobre la cresta de los Andes una tormenta que habría de arrasar con las ciudades del valle y destruir los cimientos de nuestras instituciones republicanas. Como símbolos de este peligro veíamos la presidencia de Yáñez o de Alessandri, y como elementos salvadores las candidaturas de don Ismael Valdés Valdés, el mejor presidente; de don Ismael Tocornal, el mejor candidato y, en la ausencia de ambos, la de don Luis Barros Borgoño que, por su situación, podría servir como emblema de unión de todos los elementos liberales.

Agonizaba por esos días don Ramón Barros Luco, y yo recordaba sus palabras proféticas. No son homogéneos los elementos que forman la alianza liberal. Sin embargo, la situación aconsejaba ensancharla y buscar entre aquellas corrientes encontradas y desquiciadoras, sea en el sentido de la reacción o de la revolución, la buena vía que permitiera el progreso del país.

CAPITULO XI

Beyoglu-Istanbul.

Marzo, 1931.

LA UNION LIBERAL

SUMARIO.—Actitud de los diputados liberales.—Gestiones con nacionales y liberales democráticos.—Gabinete Bermúdez-Barros Borgoño.—¿Hacia la alianza o hacia la coalición?—Gabinete Valdés Cuevas-Huidobro.— Convención universal.—Cambio ministerial.

Actitud de los diputados liberales. El grupo formado en el otoño para combatir la candidatura Alessandri, aumentaba considerablemente; los dos Errázuriz, Jorge y Ladislao, se habían incorporado a él con entusiasmo. Alessandri, propiamente, sólo contaba con Aldunate y Jaramillo. Figuraban como partidarios de Yáñez, Tomás Ramírez, Francisco Garcés y algún otro. A todos les preocupaba la situación política y era general el descontento por la actitud de los aliados. Los acuerdos de la convención radical, herían en lo más vivo de sus sentimientos a los liberales.

Mis aprensiones patrióticas se concretaron, al fin, en un plan que consistía en unirnos con liberales democráticos y nacionales, formar con ellos un bloque, bajo el nombre de Unión Liberal, y reingresar más fuertes a la alianza liberal. El gobierno se haría por el concurso de estos dos bloques, alianza y unión. Al partido conservador se le reservaba la fiscalización. El gabinete se compondría de tres miembros de cada grupo: un radical, un liberal aliancista y un demócrata, representarían a la alianza; un

liberal unionista, un balmacedista y un nacional, a la unión liberal.

La tendencia de la unión sería hacia la alianza, donde encontraríamos a nuestros amigos radicales y demócratas. Una convención resolvería el problema presidencial. Liberales democráticos y nacionales debían renunciar desde luego a toda expectativa presidencial. El candidato de la convención debía ser un liberal.

Comuniqué mi plan el 19 de septiembre a Ladislao Errázuriz y a Alejandro Rengifo y, ese día, firmamos la bandera que me acompaña en mis viajes. Aceptada la idea, consultaron a los coreligionarios y no tardamos en celebrar una reunión de diputados en la cual se aceptó igualmente y se nombró un comité encargado de entenderse con liberales democráticos y nacionales.

Gestiones con nacionales y liberales democráticos. Nos pusimos al habla previamente con Carlos Balmaceda. Luego conversamos con Roberto Sánchez y, en casa de éste, celebramos una reunión con don Antonio Varas y otros dirigentes nacionales.

En esta reunión quedó convenido que los diputados nacionales, liberales democráticos y nosotros, uniríamos nuestra acción política y parlamentaria e iríamos juntos al gobierno con igual representación. En una convención elegiríamos a un liberal como candidato a la Presidencia. En la Cámara, votaríamos por una mesa que representara a los tres partidos y llegaríamos, en seguida, a una solución de armonía con la alianza, para constituir una mesa y un gabinete mixto. Nuestra tendencia sería reconstituir y reforzar la alianza.

Para dar término a esta gestión se esperaba la llegada de Enrique Zañartu, que estaba en su hacienda. En una cordial conversación con Enrique, nos pusimos de acuerdo en todo, con la única diferencia que, a juicio de él, no debíamos resolver por ahora un rumbo hacia la alianza o hacia la coalición. Por mi parte, yo sostenía que no podíamos ir a la coalición sin comprometer el resultado de la maniobra; los liberales no nos seguirían. Quedamos, por fin, de acuerdo en que no iríamos ni a una ni a otra combinación sin concertarnos previamente.

Impuestos los amigos del resultado de estas conversaciones aprobaron todo lo hecho, y nos dispusimos a actuar.

Gabinete Bermúdez-
Barros Borgoño.

El Presidente esperaba el resultado de las gestiones para proceder a la solución de la crisis ministerial. Llamado a la Moneda, expliqué al Presidente que por el momento podía proceder a la organización de un gabinete provisional. La unión liberal no podía tomar el poder hasta las sesiones extraordinarias y, una vez definida la fisonomía política del Congreso, habría que llegar a la organización de un gabinete de armonía con la alianza o de reconstitución de esta combinación sobre una base más amplia.

El Presidente me ofreció la organización de un ministerio de modo que yo mismo hiciera su modificación más tarde, si fuera necesario. Me excusé de aceptar esta misión y le indiqué que pasara al Ministerio del Interior al señor Bermúdez, conservara en sus carteras a los señores Barros Borgoño y Philippi; llamara a Julio Prado Amor, liberal democrático, a la cartera de Justicia e Instrucción Pública, y a Aníbal Rodríguez, nacional, a la de Guerra y Marina. Podíamos pedirle al señor Malaquías Concha que continuara en el ministerio y nos aportara el apoyo demócrata. Si se negaba, podíamos buscar otro demócrata en su reemplazo y, si no le encontrábamos, podíamos dar a los liberales democráticos, en la persona de Enrique Zañartu, esta cartera.

El ministro señor Concha, aceptó continuar en el gabinete y el ministerio se constituyó con el personal indicado.

¿Hacia la alianza o hacia la coalición? La división del partido liberal, que nos veíamos obligados a provocar, precisamente, los que más habíamos trabajado por su unión, tuvo su resonancia lógica y natural y dio lugar a toda suerte de críticas y ataques. Los radicales amigos nuestros, comprendían nuestro pensamiento y acción y lo justificaban, los demás veían en nuestra actitud una traición y nos execraban, olvidando que era su propia convención la causa del quebrantamiento de la alianza. Allí la habían declarado rota. Los demócratas se mantenían a la expectativa. En el campo liberal un numeroso grupo esperaba el desarrollo de los acontecimientos para tomar posición.

Las sesiones extraordinarias iban a despejar la incógnita parlamentaria. En las filas liberales del Senado se había formado

un grupo coalicionista, que constituían los señores Charme, Bulnes, Lazcano y Claro Solar. En el público se les llamaba *los Cuatro Evangelistas*. El señor Tocornal había partido a Europa en misión diplomática y el señor Lazcano le reemplazaba en la presidencia del Senado. Nuestro ideal era que la mesa del Senado se compusiera del señor Lazcano y del señor Quezada, aquél en representación de la unión liberal y éste en el de la alianza. En la Cámara de Diputados votaríamos separadamente y por mesas diferentes —aliancistas, unionistas y conservadores—, para llegar a la solución de una mesa presidida por un radical con un liberal democrático, como primer vice, y un demócrata como segundo.

Con gran sorpresa de mi parte, el Senado eligió como presidente al señor Lazcano y como vicepresidente al señor Abraham Ovalle, conservador. Se definía así en el Senado una mayoría francamente coalicionista. Este resultado me contrarió vivamente.

Debíamos contrarrestar su efecto con una actitud decidida en la Cámara en favor de la unión y de su tendencia aliancista. La elección de mesa directiva no produjo resultado. La alianza demostró que era el grupo más fuerte, que le seguía la unión y que el partido conservador podía decidir la mayoría. Nuestros nuevos aliados procuraban arrastrarnos a esta solución y era una obra de romanos procurar detener la corriente en este sentido.

La dificultad saltó a la prensa y entre Enrique Zañartu y yo, se trabó una polémica pública para determinar cuál era el rumbo de la nueva combinación política.

El gabinete Bermúdez-Barros Borgoño presentó su dimisión, y yo sostuve que debía organizarse un gabinete con tres aliancistas y tres unionistas, en contra de la opinión de Zañartu, que abogaba por un gabinete coalicionista.

La elección de mesa de la Cámara podía zanjar la dificultad y cortar el nudo. Procuré y obtuve el acuerdo para constituir una mesa, dejando la presidencia a los radicales, tomando nosotros una vicepresidencia y conservando a los demócratas en el tercer puesto.

Con todo, este acto no lograba resolver el problema ministerial porque el Senado exponía una mesa coalicionista. El Presidente desoyó mis consejos, se inclinó naturalmente a la opinión



Historia Política y Parlamentaria de Chile.

Tomo II.

Lámina 5.

Manuel Rivas Vicuña,
en 1920.

de Zañartu y tomó directamente en sus manos la organización ministerial.

Gabinete Valdés Cuevas-Huidobro. De nuevo el Presidente fue a buscar sus hombres a las filas liberales y recurrió al concurso de don José Florencio Valdés Cuevas. El señor Valdés, hermano político del Presidente Barros Luco e íntimo amigo del señor Barros Borgoño, era un hombre distinguido y justamente apreciado. Diputado en algunas ocasiones, había figurado varias veces como ministro de Estado y gozaba de general prestigio. Miembro del partido liberal, representaba genuinamente la más avanzada tendencia coalicionista.

Como ministro de Relaciones Exteriores llevó a don Alamiro Huidobro, quien ya había ejercido este cargo en el gabinete Zañartu. En el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, vemos aparecer por primera vez en la escena política a don José Bernales, ministro jubilado de la Corte Suprema y figura respetable del partido nacional. Vuelve al Ministerio de Hacienda en esta combinación, Guillermo Subercaseaux, profesor de Economía Política de la Universidad del Estado, quien había iniciado su vida política en las filas conservadoras, y después se había separado de ellas para fundar el partido nacionalista. Bajo esta bandera, se había presentado como candidato a senador por Santiago en 1918, y había sido derrotado.

Completaban el gabinete dos hombres jóvenes, que se destacaban en el foro: Germán Riesco, hijo del Presidente del mismo nombre, que tomaba la cartera de Guerra y Marina, y Oscar Dávila Izquierdo, llamado al Ministerio de Industria y Obras Públicas. La figura de Oscar Dávila era especialmente interesante. El y su hermano Rubén, eran modelos para la juventud. Hijos de un hombre de excepcionales condiciones, don Benjamín Dávila Larraín, muerto en la flor de la edad, habían heredado las virtudes de su padre. Después de brillantes estudios, Oscar había recibido su título de abogado, y Rubén, el de ingeniero. Ambos figuraban entre los fundadores de la Sociedad Escuelas Nocturnas para Obreros y eran miembros de la quinta Compañía de Bomberos. Oscar era profesor de Derecho Civil en la Universidad del Estado y abogado de sólida clientela.

El gabinete era simpático y eficiente y aunque no poseía ninguna tonalidad aliancista, encontraba favorable ambiente en el Congreso.

El ministro de Industria obtuvo el despacho de la ley de caminos. Se aprobaron las leyes de sueldos de los empleados de la Dirección General de Correos y Telégrafos y del Tribunal de Cuentas. Se creó la Caja de Crédito Popular. Se postergó la conversión metálica hasta el 30 de junio de 1920. El 14 de febrero se promulgó el presupuesto para el año con un total de 261 millones de pesos en billetes y 68 millones de pesos oro de 18 peniques.

Convención universal. Mientras el gabinete trabajaba, los políticos, forzosamente, tenían que preocuparse del problema presidencial que se les venía encima. La situación era favorable para llegar a un acuerdo general y patriótico. Se había quebrantado la tirantez de relaciones entre los grupos liberales que reconocían en el pasado la bandera de la alianza o de la coalición.

Los intereses liberales estaban resguardados. La inmensa mayoría del Congreso correspondía a esta tendencia, no había que temer ninguna reacción conservadora, ni ninguna reforma doctrinaria parecía urgente. El proyecto de ley de educación primaria obligatoria sería despachado totalmente en el período de sesiones ordinarias. La cuestión de la precedencia del matrimonio civil sobre el religioso sería arreglada por el nuevo arzobispo, monseñor Errázuriz, en una pastoral colectiva del episcopado nacional.

Una gran parte de la representación parlamentaria radical y de la demócrata era partidaria de una convención amplia en unión de los elementos liberales para designar un candidato a la Presidencia que evitara la lucha de los partidos.

Guillermo Rivera, quien continuaba en la presidencia del partido liberal, abrió gestiones para llegar a la celebración de un pacto a fin de elegir en una convención universal el candidato único a la Presidencia de la República.

Un accidente de automóvil, que me retuvo enfermo durante largo tiempo, me impidió tomar parte en estas gestiones. Recuerdo, sí, que aceptadas las bases por todos los partidos, incluso por

el radical, el señor Alessandri se alarmó vivamente y logró, por intermedio de los demócratas, destruir el plan convenido.

Una polémica se abrió entre el señor Alessandri y el señor Rivera, en forma tan violenta, que llegó a concertarse un duelo entre ambos. El encuentro debía verificarse en territorio argentino. Los amigos del señor Alessandri, en Los Andes, negaron los medios de locomoción al señor Rivera y sus padrinos y le obligaron a llegar atrasados al sitio convenido. El señor Alessandri y los suyos tomaron el camino de regreso y cuando se encontraron rehusaron el combate. La campaña presidencial comenzaba a envenenarse y sería apasionada y violenta.

Cambio ministerial. El fracaso de las gestiones para llegar a la celebración de una convención universal, produjo el acuerdo de liberales aliancistas, demócratas y radicales sobre las bases de una convención separada. Al mismo tiempo, los liberales unionistas se organizaron bajo la presidencia de don Luis Claro Solar y celebraron un compromiso con liberales, democráticos y nacionales.

Organizados así los bandos se provocó el cambio de ministerios y se volvió a la fórmula de análoga representación de la alianza y de la coalición que yo había preconizado en octubre.

Se abría la campaña presidencial.

CAPITULO XII

Kadikeuy (Moda).

Julio, 1931.

LAS CONVENCIONES PRESIDENCIALES

GABINETE MONTENEGRO-HUNEEUS

SUMARIO.— Larga crisis ministerial.—El gabinete Montenegro - Huneeus.—Las convenciones presidenciales.—El candidato de la alianza.—En la convención unionista.—En casa del presidente del partido conservador.—Gestiones de transacción.—El candidato de la unión liberal.—
Contrastes.

Larga crisis ministerial. El 30 de octubre de 1920 la Cámara de Diputados aprobó un proyecto de acuerdo concebido en los siguientes términos:

“La Cámara vería con agrado que se organizara un nuevo ministerio en que estuviera representada su actual mayoría de alianza liberal”.

El gabinete que presidía don José Florencio Valdés Cuevas presentó inmediatamente su renuncia.

En los últimos tres meses la situación había sufrido un cambio considerable. En octubre, los diputados aliancistas, por sí solos, no lograban reunir la mayoría necesaria para elegir la mesa directiva. Tampoco la tenían los unionistas, ni los conservadores separadamente; entre estos dos últimos grupos no se había formado una combinación política. La Cámara declaraba ahora que su mayoría era aliancista.

Una tercera tendencia se manifestaba en el seno del partido

liberal. Algunos diputados veían que la alianza marchaba hacia las candidaturas de Alessandri o de Yáñez y no deseaban ni una ni otra. Preferían esperar el resultado de la convención unionista para determinar su actitud en la lucha. Mientras tanto, y, sin comprometerse sobre la cuestión presidencial, creían oportuno que la alianza liberal estuviera representada en el gabinete y para ello afirmaban la existencia de una mayoría favorable a esta combinación.

La resolución de la Cámara no tenía el carácter de hostilidad al gabinete, sino que obedecía al deseo de aclarar la situación política y de evitar, por medio de la representación de todas las tendencias, las asperezas de la lucha, garantizando al mismo tiempo la libertad electoral. La Cámara no puso obstáculos a la labor del gabinete dimisionario y así pudo éste promulgar los presupuestos a fines de febrero, un mes después del voto que había producido su renuncia.

El Presidente inició sus consultas a los partidos sin mayor apuro, dando tiempo al tiempo, deseoso de que se produjera un acuerdo universal para evitar la lucha presidencial o que se modificara la situación en sentido favorable a los intereses de la unión liberal.

Después de algunos ensayos de organización ministerial, el 26 de marzo quedó formado un gabinete presidido por don Pedro N. Montenegro. El Presidente había recurrido a los servicios del más influyente y apasionado de sus consejeros y su presencia a la cabeza del gobierno no era precisamente un símbolo de cordialidad. Su indiscutible talento le facilitaría el desempeño de su misión.

Las incidencias personales que con motivo del ruidoso pleito Verdugo-Peffetti le separaron del señor Alessandri, habían terminado por una transacción que reanudó las relaciones personales de ambos políticos.

El señor Montenegro no olvidaba, con todo, las pasadas querellas y, al constituir su ministerio, buscó los elementos que podían parecer menos afectos a la candidatura Alessandri en el campo de la alianza. Así, en las filas del partido liberal aliancista ofreció la cartera de Relaciones Exteriores a don Antonio

Huneeus, que representaba la tendencia más moderada y que habría aun tenido este carácter en las filas unionistas; por disciplina había permanecido al lado de la alianza en el momento de la escisión. El apoyo que había recibido de Alessandri en su malograda campaña por la senaduría de Santiago, le ligaba con vínculos de gratitud a este candidato, sin que por ello deseara su éxito.

En el partido radical eligió el señor Montenegro a don Enrique Oyarzún, a quien hemos visto figurar durante toda la administración Barros Luco, y aún antes de ella, como uno de los partidarios del señor Sanfuentes. Esta su tendencia política le había merecido la censura de su partido allá en 1914 con motivo de su rápido paso por el Ministerio de Hacienda. Ahora se le creía más inclinado a la candidatura del señor Yáñez. Por último, llevó como representante demócrata a don Malaquías Concha, a quien también se suponía *yañizta* y cuya amistad con el señor Sanfuentes ya había producido algunos efectos en la política aliancista.

La representación unionista se completó con un liberal, Enrique Bermúdez, a quien se le confió la cartera de Justicia e Instrucción Pública. El señor Bermúdez había pasado a ser íntimo amigo del Presidente y uno de los sostenedores de su política. La cartera de Guerra y Marina fue ocupada por el senador nacional don Régulo Valenzuela.

Los nuevos ministros recibieron el pase reglamentario de los órganos directivos de las colectividades políticas que representaban, sin mayores dificultades. Los elementos alessandristas no miraban con simpatía al gabinete, pero el propio señor Alessandri, en su ardorosa campaña, declaraba que no necesitaba la influencia gubernativa; su campaña se basaba en el afecto popular, en los intereses de las clases trabajadoras y precisamente luchaba contra el gobierno y la oligarquía.

Las convenciones
presidenciales.

La alianza y la unión, ambas liberales, abrieron los registros de sus convenciones y se esforzaron en abrir sus puertas para que fueran representadas todas las influencias electorales. Las inscripciones pasaron de mil doscientas en cada registro. El partido conservador, excluido de

ambas combinaciones, aguardaba tranquilo el resultado sin darse la molestia de preparar por su parte una convención. Seguramente los acontecimientos le llevarían a apoyar al candidato unionista y podría aprovechar las circunstancias para imponer sus condiciones.

Un accidente de automóvil, a que he hecho referencia en el capítulo anterior, me mantuvo largo tiempo alejado del ajeteo político. A mi regreso a Santiago, después de las vacaciones, ya restablecido, volví a preocuparme de la situación que veía delicada y poco favorable para los intereses de la unión liberal. Era necesario reforzar sus elementos y buscar el candidato capaz de reunir mayor número de adhesiones.

Un día, a la salida del consejo de Estado, mi colega, señor Yáñez, me ofreció acompañarme hasta casa en atención a mi estado de convaleciente. Deseaba sobre todo conversar conmigo sobre la situación. A su juicio, los trabajos electorales de Alessandri avanzaban considerablemente. Había organizado en todo el país una propaganda activísima, no se detenía ante ninguna promesa y se había convertido en un agitador popular capaz de llevar al país a un abismo en aras de su ambición. El estaba dispuesto a cerrarle el camino y a hacerle frente en la convención. Esperaba triunfar, pero su situación podría ser más sólida e inexpugnable si todos los liberales acudían a la convención aliancista.

Le contesté que la convención aliancista no tenía otro candidato que Alessandri; su resultado era tan conocido como el de la convención del cerro Santa Lucía que, en 1896, proclamó la candidatura de don Federico Errázuriz, hijo. Alessandri, que había asistido a aquella convención, sabía cómo asegurar el resultado de la asamblea. Los liberales no acudiríamos a la reunión aliancista. Si el señor Yáñez quería evitar a Alessandri y le estimaba como un peligro nacional, debía plegarse con sus amigos a la unión liberal. No sería el candidato de esta combinación, pero, en cambio, ejercería una influencia enorme y haría al Presidente. La convención unionista, así reforzada, evitaba la lucha electoral por el enorme descontrapeso de las fuerzas en el país. De otro modo se vería ligado por la convención misma a apoyar a Alessandri contra toda su voluntad.

Sobre el mismo tema se desarrolló la conversación hasta llegar a mi casa, sin lograr convencerme el señor Yáñez que la cuestión presidencial se circunscribiría a estos términos: el único medio de escapar de la candidatura de Alessandri era apoyar la suya.

Precisamente uno de los objetivos de la unión liberal era escapar de uno y otro candidato.

Un grupo de diputados liberales se mantenía alejado de ambas convenciones, resistiendo a las sollicitaciones de los candidatos aliancistas. Una investigación de sus opiniones me permitió llegar a la conclusión de que apoyarían al candidato de la unión, siempre que fuera don Ismael Tocornal o don Ismael Valdés Valdés; no tenían la misma simpatía por don Luis Barros Borgoño, cuyo nombre aparecía como el del candidato de la Moneda.

Quise conocer la opinión del liberalismo de provincias, y escribí un centenar de cartas a las personas más influyentes de cada localidad, consultándoles los nombres de estos tres candidatos. A los tres les atribuía la competencia necesaria para dirigir los destinos del país; sin duda, Tocornal era el mejor como candidato, y Valdés Valdés sería mejor como Presidente. Don Luis Barros tenía a su favor el apoyo oficial, si de algo podía servir.

Las respuestas no tardaron en llegar; los antiguos políticos lugareños apreciaban con mucha exactitud la situación; se necesitaba, a juicio de ellos, un hombre que supiera unir a su gran prestigio condiciones de mucha actividad y de grande atracción. Todos reconocían que el campo estaba muy minado por la propaganda alessandrista y que la juventud manifestaba su simpatía entusiasta por este candidato, así como la clase popular. Para todos ellos el mejor candidato era don Ismael Tocornal; en subsidio, apoyarían a don Ismael Valdés Valdés; pero sólo una escasa proporción se pronunciaba en favor del señor Barros Borgoño; algunos se limitaban a expresar que la proclamación de esta candidatura determinaría a los indecisos en favor de Alessandri y la mayor parte declaraba, desde luego, su propósito de combatirlo.

La dirección de la Caja de Crédito Hipotecario, cargo que desempeñaba el señor Barros Borgoño, no satisfacía a los deu-

dores agricultores. Se había modificado la fecha de los pagos de los dividendos en forma que les obligaba a vender sus cosechas en *verde*, como se decía, o a pedir anticipos sobre ella en condiciones que les ligaban de antemano al comerciante o molinero; se había agregado el cobro de una comisión que aumentaba el servicio. En las regiones del Biobío al sur, la caja no hacía operaciones en espera de que se regularizaran los títulos de propiedad y de esta circunstancia, enteramente ajena a su voluntad, culpaban injustamente al señor Barros. No faltaba quien se quejara de que no había sido atendido en una demanda de empleo para su hijo, en momentos que otros, sin servicios políticos, colocaban a sus deudos en las Cajas de Ahorros. Los viajes que el señor Barros había hecho a las provincias con motivo de la inauguración de las nuevas instituciones de ahorro debidas a su iniciativa y las fiestas organizadas con este motivo, habían dado lugar a toda suerte de resentimientos por desatenciones sociales.

La unión liberal iba a un fracaso si no tenía un hombre que pidiera y contrajera compromisos. Era necesario orientar la campaña.

Inicié una correspondencia con don Ismael Valdés Valdés, quien se encontraba en su fundo San Gregorio de Cunaco, invitándole a presentar su candidatura. En sus respuestas, don Ismael se mostraba exento de ambiciones. Si la convención espontáneamente se inclinaba a él, haría el sacrificio de aceptar la candidatura, pero no podía autorizar ningún trabajo en su favor. En su modestia no se consideraba el hombre para una campaña ni para la Presidencia. Dedicaba toda su actividad y entusiasmo a la obra del Patronato de la Infancia, y a ella deseaba consagrarse por entero.

Don Ismael Tocornal estaba ausente del país. ¿En quién podría pensarse? Francisco Encina opinaba en favor de don Guillermo Subercaseaux, antiguo diputado conservador, separado más tarde de su partido, de clara tendencia liberal, fundador del partido nacionalista. Podía responder así al ansia de algo nuevo que se sentía en el país. Pero el candidato debía salir de las filas del liberalismo para contar con las fuerzas liberales independientes que decidirían en el Congreso y en las urnas la cuestión presidencial.

No faltaron quienes, desde entonces, pensarán en Ladislao Errázuriz, pero era demasiado joven y podía esperar.

En estas circunstancias se anunció el regreso de Europa de don Ismael Tocornal y tomaron alguna actividad los trabajos en su favor en el seno de la convención. Era siempre una incógnita la actitud que adoptaría a su llegada el antiguo jefe de la alianza liberal, el vencedor de la campaña contra la coalición y el gobierno de Sanfuentes, en 1918. Sin embargo, la mayor parte de las inscripciones liberales eran visiblemente favorables al señor Barros Borgoño.

La alianza liberal fijó para el 25 de abril la celebración de su convención; la unión liberal para el 2 de mayo. Los convencionales de una y otra presentaban características enteramente diferentes. La convención unionista, tan numerosa como la aliancista, estaba compuesta de los miembros del directorio general de los partidos liberal, liberal democrático y nacional, de los dirigentes de estas agrupaciones en provincias y de un gran número de empleados, especialmente de la Caja Hipotecaria. En cambio, la convención aliancista encerraba gran número de miembros del partido demócrata y del partido radical venidos de provincias.

Podría decirse que la unión representaba la aristocracia laica en compañía de una burguesía selecta y la alianza un conglomerado de burgueses y obreros.

La calidad de convencional había perdido toda su importancia. Podía ser cualquiera, el escribiente del señor Alessandri como el joven empleado inferior de la Caja de Ahorros.

El candidato de la alianza. En vísperas de la convención aliancista algunos empezaron a dudar del éxito del señor Alessandri. La campaña se intensificaba en favor del señor Yáñez. Mi vecino y amigo, don Eduardo Suárez Mujica, miembro influyente del partido radical y sostenedor de esta candidatura, me contaba que al fin el señor Yáñez se había decidido a hacer gastos. Había arrendado un hotel para alojar a los convencionales de provincia, especialmente a los demócratas. La candidatura Alessandri, a su juicio, era pura bulla y después del saludo a la bandera, en la segunda votación, se aclararía de tal modo la

situación, que no podía pasar del tercer escrutinio la proclamación del señor Yáñez. Había gente de coraje que iba a la convención dispuesta a impedir a toda costa la proclamación de Alessandri. Don Enrique Mac-Iver, y con él un prestigioso grupo de radicales, se opondrían tenazmente para evitar el fracaso de la alianza y el peligro nacional que encerraba la candidatura Alessandri.

Las informaciones de mi vecino no coincidían con las mías. Los convencionales de provincia alojarían en el hotel que había arrendado el señor Yáñez, pero votarían por Alessandri.

El resultado de la convención confirmó mis apreciaciones. Después de la primera votación los partidarios del señor Yáñez se reunieron para deliberar en la sala del Senado, del mismo modo que cinco años atrás se habían reunido los enemigos del señor Sanfuentes, durante la convención que debía proclamarle. Mientras tanto, en el salón de honor y en los pasillos del Congreso los convencionales vitoreaban al señor Alessandri y, en medio del barullo, comenzó la segunda votación.

No había tiempo que perder. Era necesario dar la orden de votar por el señor Yáñez, aunque algunos opinaban que valía la pena reservar su nombre para la transacción, ensayando antes los de otros candidatos: Mac-Iver, por ejemplo, o alguno que atrajera a los radicales. Los jefes de los partidos no podían contener a los convencionales.

El resultado de la segunda votación fue de 801 votos por el señor Alessandri y de sólo 261 por el señor Yáñez. La proclamación de don Arturo Alessandri Palma como candidato de la alianza liberal a la Presidencia de la República por el período constitucional de 1920 a 1925, se produjo inmediatamente.

El señor Alessandri ocupó la testera del salón de honor para pronunciar su fogoso discurso programa. El no diría como otros que no era amenaza para nadie y garantía para todos; al contrario, era amenaza para los elementos oligárquicos, contra los cuales lucharía. Y de esta actitud de combate su espíritu complejo pasaba al lema de su campaña: "El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo", frase que había tomado de una inscripción grabada en un banco en un jardín público de Iquique.

En el Club de la Unión, en los círculos bancarios, entre las

gentes graves y sesudas de la capital, la candidatura Alessandri era una locura; sería la última bullada aventura de tan discutido personaje. No tenía medios de fortuna para afrontar la campaña, no tenía la mayoría del Parlamento. Era, en una palabra, pura bulla.

La convención aliancista tenía, sin embargo, su significación. Se habían reunido allí elementos de otras clases sociales alejadas hasta entonces de la dirección efectiva de los negocios públicos y descontentas de su manejo. Era una nueva capa social que se elevaba y en la cual se confundían las reivindicaciones del proletariado con las aspiraciones de la clase media. El hombre que elegían no era quizás el más preparado y competente para realizar estos anhelos; pero tales elementos no habían tenido la facultad de elegir; seguían al caudillo que se ofrecía a dirigirles, que sabía interpretar con su palabra vigorosa sus anhelos y que tenía el talento de tocar la nota, que antes no llegara a su corazón, capaz de unir a elementos diversos y contrarios en un anhelo de renovación.

Dinero no habría de faltar al candidato. Su acaudalado hermano don José Pedro le prestaría la ayuda necesaria y él mismo sabría sacudir los bolsillos de sus partidarios para subvenir a los gastos de la elección con el mismo talento con que agitaba sus sentimientos.

No tenía la adhesión de los respetables estados mayores de los viejos partidos, pero especialmente contra ellos iba enderezada su acción. En medio de aquella su *chusma*, que antes no había conocido, recibía, con íntimo agrado, la adhesión de cualquiera persona reputada como decente y, con halagos o amenazas, buscaba el apoyo de las gentes que combatía desde el balcón de su casa.

De las filas de los partidos que formaban la unión liberal había logrado algunos elementos que la combinación contraria veía partir sin dolor. Don Belfor Fernández, del partido liberal democrático, y don Cornelio Saavedra, del partido nacional, precisamente, los mismos que al servicio de la candidatura Sanfuentes habían gestionado en 1914 la formación de la coalición, venían ahora seguidos de algunos amigos a apoyar la candidatura Alessandri, sin romper por ello sus vínculos con el Presi-

dente. Don Enrique Balmaceda, el hijo del Presidente, se había plegado también a la causa de Alessandri.

Los elementos de la unión se engañaban, a mi juicio, al apreciar como fácil la campaña. La victoria dependería absolutamente del acierto para designar el candidato.

En la convención unionista. La llegada al país de don Ismael Tocornal produjo una sensación de alivio en gran parte de la opinión. Su prestigio y su influencia política jugarían un gran papel en la solución de la cuestión presidencial. Mientras unos le aconsejaban que se reservara el papel de árbitro en las dificultades que se iban a producir y aguardara las posibilidades de una transacción en su favor, otros le impulsaban a lanzar su candidatura en el seno de la unión liberal.

El señor Tocornal se inscribió en la convención unionista. Los diputados liberales independientes que decidían la mayoría de la Cámara de Diputados, le ofrecieron su adhesión incondicional si la convención le proclamaba. Numerosos elementos radicales y demócratas le manifestaron también sus simpatías; unos les apoyarían directamente, otros se abstendrían de la lucha. Se decía que don José Pedro Alessandri había declarado que su hermano Arturo debía desistir si se le daba como contendor al señor Tocornal y que, en este caso, no le prestaría su ayuda económica. Era justificado estimar que Arturo desistiera para entregar el estandarte de la alianza en manos de su jefe, vencedor de la campaña de 1918.

La candidatura Tocornal era un peligro para las aspiraciones de Alessandri y lo era también para las del señor Barros Borgoño. ¿Lograría el buen sentido nacional imponerse sobre estas dos poderosas corrientes que se preparaban a combatir la candidatura Tocornal? ¿Se preferiría, en lugar de esta solución patriótica y de concordia, la lucha con todas sus exacerbaciones y peligros?

Las ambiciones de los hombres, una vez más, triunfarían sobre los claros intereses nacionales.

Luego se supo que el ministro del Interior, señor Pedro N. Montenegro, resentido contra el señor Tocornal, quien en 1918 había ido personalmente a combatirle en Biobío y le había in-

fringido la derrota de su candidatura senatorial, se disponía a combartirle ahora en el seno de la convención y, obedeciendo a este propósito, se incrementaban las inscripciones liberales democráticas.

Llegó de su fundo don Enrique Zañartu, dispuesto a lanzar su candidatura a la Presidencia en el seno de la convención unionista, y luego se hicieron públicos los trabajos en su favor. La unión liberal se había formado sobre la base convenida en 1919 de que el candidato a la Presidencia de la República saldría de las filas del partido liberal, renunciando a toda aspiración los liberales democráticos y los nacionales. La candidatura Zañartu contrariaba esta base del acuerdo.

Personalmente, tenía la mayor simpatía y estimación por Zañartu, pero su candidatura quebrantaría la unión liberal y aseguraría el triunfo de Alessandri. El joven candidato se dejaba halagar por la adhesión entusiasta que recibiría de los conservadores, por la influencia del gobierno en su favor y por esa simpatía general que sabía despertar con su carácter. Si sus aspiraciones podían contar con la cooperación decidida de los elementos de la derecha, desviaría, en cambio, como natural consecuencia, la adhesión de los elementos liberales independientes al señor Alessandri y la frialdad de los liberales de todo al país frente a una candidatura que tomaba los caracteres francos y abiertos de la coalición. Zañartu era, en ese momento, el símbolo de la antigua coalición.

Los liberales democráticos negaron la existencia del compromiso de septiembre de 1919, y declararon que continuarían sosteniendo la candidatura Zañartu. Provoqué una reunión del comité liberal unionista para manifestar la gravedad de la situación y la urgencia de obtener el desistimiento de la candidatura liberal democrática y asegurar el éxito de la convención. En esta reunión don Gonzalo Bulnes sosteniendo las ideas que dominaban en la Moneda, afirmó que el partido liberal democrático tenía pleno derecho a presentar candidato. Don Luis Barros Borgoño agregó que seguramente el resultado de la elección sería en favor de un liberal y no cabía alarma alguna por la candidatura Zañartu; los elementos liberales de la convención serían siempre suficientes para evitar su proclamación.

Por mi parte, insistí en que era necesario hacer una gestión con los liberales democráticos para decidirles a apoyar, después del saludo a la bandera, a un candidato liberal. Sobre la base del compromiso que dio origen a la unión liberal, habíamos dejado que nacionales y liberales democráticos formaran la mayoría de la convención. Ambos partidos unidos en favor de Zañartu podían llevarle a la proclamación y al fracaso de la campaña con su nombre. Era, a mi juicio, indispensable que la convención y, sobre todo los liberales unionistas, tuviéramos presente que el triunfo dependía de los correligionarios que no habían ido a la convención aliancista y que esperaban a la puerta de la nuestra, la elección de un candidato de sus simpatías, al cual prestarían su apoyo. En la misma situación se encontraban importantes elementos radicales. Seguramente la unión liberal contaría con el apoyo del partido conservador en la batalla de las urnas. Si disponía sólo de este concurso, la batalla era difícil y presentaría los caracteres de una nueva lucha entre alianza y coalición. Si, en cambio, el candidato se designaba en consideración a los elementos radicales y liberales a que me refería, la campaña tomaría un carácter nacional y el Presidente sería elegido sin necesidad de contraer compromisos con el partido conservador, lo que afectaba los intereses del liberalismo.

Mis ideas no encontraron acogida en el seno de la reunión. La mayoría de los presentes estaba ya comprometida para votar por el señor Barros Borgoño. Declaré que en estas circunstancias debería retirarme de la convención en compañía de mis amigos, que se habían inscrito a mis instancias con la promesa de que el candidato sería liberal. No podía dejarles expuestos a la eventualidad de encontrarse ligados a una candidatura extraña a nuestras filas y hacerles víctimas de un engaño.

En aquellos momentos se jugaba no sólo la suerte de la convención, sino también la del liberalismo y del país.

Me retiré a reunir a mis amigos y a redactar la presentación que haríamos al comité directivo de la convención, anunciando nuestro retiro.

Luego fue conocida mi actitud y divulgada en las filas de los aliados. Los partidarios de Zañartu afirmaban que era innecesario el apoyo de los liberales para triunfar. La Moneda y los

conservadores lo sostenían con entusiasmo en sus aspiraciones. Las protestas cundían en contra mía, sosteniendo que con mi actitud yo pretendía imponer la candidatura de Tocornal. El ministro del Interior, señor Montenegro se declaraba abiertamente adversario tenaz de esta candidatura y ponía en juego todas sus elementos para combatirla.

Tarde la noche recibí la visita de don Luis Claro Solar, presidente del partido liberal unionista y de la convención. Encontraba justificadas mis aprensiones y consideraba, como yo, que el mejor candidato era el señor Tocornal. Había trabajado todo el día en este sentido y me traía una solución para evitar nuestro retiro de la convención. Era necesario impedir una campanada que quebrantara la unión liberal y comprometiera el triunfo. Había llegado al siguiente compromiso: Zañartu mantenía su candidatura; si no tenía éxito en tres votaciones, lo que era fácil impedir, renunciaría en favor de Carlos Balmaceda, que pasaría sólo una votación para declarar, en seguida, que el candidato de la convención debía ser don Ismael Tocornal y ofrecerle el apoyo liberal democrático.

Toda esta operación me parecía extraña e innecesaria. Por lo demás era contraria a las informaciones que tenía sobre la actitud de los liberales democráticos, de los partidarios de Barros y principalmente de la Moneda. Deseaba desprenderme de la convención, cuyo resultado no me merecía confianza alguna.

Después de una larga discusión, a instancias de don Luis Claro, consentí en limitar mi actitud al envío de una carta con mi solo nombre, en términos generales, retirándome de la convención. Esta carta no sería conocida ni publicada hasta después de la proclamación del candidato. Deposité la carta convenida en manos del presidente de la convención y me abstuve de dar información alguna a la prensa.

Al día siguiente se comentaba con vehemencia esta carta cuyos términos no eran conocidos por nadie, diciendo que yo trataba de imponer al señor Tocornal y que en ella decía que si no se proclamaba esta candidatura yo me retiraría de la convención. Esta especie ha sido recogida como verdadera hasta en publicaciones recientes, por personas que sabían que mentaban aprovechando la imposibilidad de responderles desde el destierro.

La comentada carta fue publicada en la prensa después de la convención y en ella sólo decía que temía que el resultado de la asamblea no correspondiera a los propósitos que se habían tenido en vista al constituir la unión liberal.

La convención se inauguró el 2 de mayo. Después de la votación acostumbrada, saludo a la bandera, la lucha se trabó entre los candidatos Barros Borgoño, Tocornal y Zañartu. No tardaron en destacarse sólo estos dos últimos nombres y se vieron frustradas las expectativas del señor Barros Borgoño. Lejos de producirse el retiro de la candidatura Zañartu, como me lo había anunciado el señor Claro, se mantenía vigorosa y activa, dispuesta a luchar hasta el fin y a no ceder un palmo de terreno a su contendor.

El partido liberal adoptó como propia la candidatura del señor Tocornal y pidió para ella el apoyo de los demás partidos que constituían la convención. El partido nacional le acordó su cooperación; pero la votación siguiente en que debía manifestarse este apoyo, demostró que, si bien gracias a él, el nombre del señor Tocornal excedía con mucho la mayoría y no alcanzaba al *quorum* para la proclamación, en cambio la cifra de sufragios probaba que no todos los nacionales habían votado en su favor, o que algunos liberales habían desertado aguardando a que se produjera alguna evolución en favor del señor Barros Borgoño.

Los liberales democráticos que habían sido objeto de igual petición de parte de los liberales en favor del señor Tocornal, subordinaron su respuesta al resultado de una consulta que harían a sus correligionarios en una reunión que se verificaría en el "Club Balmaceda".

Difícilmente los amigos logramos contener a don Ismael Tocornal que a cada momento deseaba renunciar a su candidatura y que se sentía molesto con esta lucha alrededor de su nombre. Era necesario esperar el término de la primera serie de votaciones.

Veinticuatro horas habían pasado y ellas habían permitido a la gente reflexionar. Ahora, como hemos visto, Tocornal era el candidato de los liberales y tenía el apoyo del partido nacional y contaba además con numerosos amigos en el partido liberal democrático. Era necesario olvidar los resabios de la jornada elec-

toral de 1918 y venir a prestar ayuda al hombre que en ese momento podía encarnar mejor las aspiraciones nacionales, y no sólo asegurar la victoria, sino para evitar la lucha.

La aspiración de Zañartu quedaba descartada, los hechos le habían demostrado que no llegaría nunca a reunir el *quorum* reglamentario, pero quedaba vivo y palpitante el odio de Montenegro y la influencia de la Moneda. Esta tendencia había de encontrar una eficaz colaboración del campo contrario. La proclamación de Tocornal era una grande amenaza para la candidatura Alessandri. Sus más bulliciosos elementos se introdujeron en la reunión de los liberales democráticos y gritaron en contra de la candidatura Tocornal. En aquella confusión, que naturalmente se produce entre convencionales venidos de distintas regiones y que no se conocen entre ellos, era posible que se deslizaran estos elementos y más de algún muchacho radical se vanagloriaría más tarde de haber asistido, hablado y votado en esta reunión balmacedista.

En medio de una grande algarabía, la tumultuosa reunión se pronunció en contra de la candidatura Tocornal. Había triunfado en ella el ministro del Interior, señor Montenegro, con la colaboración del candidato de la alianza y los partidarios del señor Alessandri.

Rafael Gumucio, quien comprendía la situación con todas sus proyecciones, pensaba que aún era posible volver a la candidatura Tocornal y creía que una conversación mía con don Alberto González Errázuriz, presidente del partido conservador, facilitaría enormemente la solución.

En casa del presidente del partido conservador. Acudí a la casa del señor González a la hora que me fue fijada. Me recibió en su severo escritorio y luego entramos en materia. El señor González me preguntó con un aire de inquisidor español, por qué razón yo estimaba que Tocornal era el único candidato posible y la mejor solución nacional. Le expliqué todas las razones que tenía para pensar así.

En seguida, me interrogó sobre los motivos que me hacían pensar que la candidatura Barros nos llevaría a un fracaso. Ex-

plicándose, recalqué especialmente la importancia que atribuía al apoyo de los elementos aliancistas.

El señor González me declaró que era amigo de ambos personajes y que les estimaba mucho. Desde el punto de vista religioso estaba mucho más cerca de Tocornal, católico, y muy lejos de Barros Borgoño, reconocido como librepensador y ateo. Tocornal era, según su expresión, algo *veleidoso* y no sabía hasta qué punto llegarían sus compromisos con los radicales; en cambio, era natural prever que Barros Borgoño tomaría desde el gobierno los rumbos liberales avanzados que siempre había sostenido, aunque en los últimos tiempos, sobre todo después de la muerte de su tío, don Diego Barros Arana, se le había notado menos intransigente.

Los liberales, a juicio de don Alberto, cometían un grande error en separarse y repudiar a los conservadores. Pertenecían a la misma clase social. Sus doctrinas no les distanciaban mucho. A los conservadores les había correspondido la iniciativa de la ley de autonomía comunal, habían luchado junto con los liberales por las libertades públicas, en especial por la libertad electoral. La libertad de enseñanza que los conservadores sostenían debía lógicamente ser también bandera de los liberales. Sin embargo, siempre se avergonzaban los liberales de la compañía de los conservadores y ello era un error muy grave. En la campaña de 1915 hubieran preferido apoyar a un candidato liberal, pero esta circunstancia les llevó a sostener la postulación de Sanfuentes.

Ahora, habría sido su deseo mantener al partido alejado de la contienda, pero las modalidades de la situación le obligaban a intervenir y a apoyar al candidato que proclamara la convención unionista. Aún era tiempo de influir para que la convención proclamara a Tocornal, pero quería saber cuál sería la actitud de este candidato respecto del partido conservador.

—Nosotros sabemos bien —terminó el señor González— que Ismael es el hijo de uno de los más preclaros fundadores del partido conservador, don Manuel Antonio Tocornal, conocemos sus calidades de caballero y de estadista, pero desearíamos una palabra de su parte.

Respondí que seguramente el señor Tocornal sabría corres-

ponder al apoyo que le prestaran los partidos y que éstos, en especial el partido conservador, harían bien en confiar ampliamente en su lealtad nunca desmentida, sin exigirle compromisos previos.

El señor González no podía, a mi juicio, desconocer que la tendencia de la mayoría del país era liberal y contraria a toda reacción conservadora; la elección de 1918 así lo había demostrado. Sólo bajo el nombre del señor Tocornal y al amparo de su prestigio podía el liberalismo librar una batalla en unión con los conservadores, dándole a la campaña un carácter nacional de unión de todas las fuerzas para afrontar las consecuencias de la gran guerra que afectaba al país.

Don Alberto reconoció esta situación y me declaró que ellos no pretendían reacción alguna; deseaban, sí, ciertas garantías. No sólo no querían mezclarse en la enseñanza del Estado, sino que su anhelo era que ésta cayera absolutamente en manos de los liberales. Los conservadores les apoyarían en este sentido. Los liberales, por razones políticas, habían ido entregando poco a poco la enseñanza a los radicales, lo que constituía un grave daño. Los liberales podían contar con el apoyo incondicional de los conservadores para recuperar su influencia en la enseñanza oficial.

Era fácil responder a don Alberto que el fenómeno tenía una explicación enteramente distinta. No se trataba de que nosotros cediéramos influencias en la Universidad, sino que la juventud que se formaba en los liceos y en el Instituto Pedagógico, aún bajo la dirección de profesores liberales, resultaba radical y que este hecho era en parte la consecuencia del camino seguido por el liberalismo buscando alternativamente el apoyo de uno u otro extremo.

En esta conversación nos alejábamos de nuestro punto de partida mientras las votaciones continuaban en el salón de honor del Congreso.

—No seremos muy exigentes —me dijo el señor González—. Deseamos sólo que Tocornal entregue a un liberal la dirección de la educación primaria, cambiando a don Darío E. Salas, que estimamos muy sectario.

Yo tenía la mayor estimación por el señor Salas y le contesté que su competencia era por todos reconocida y que no valía

la pena enlazar a un problema tan grande como la cuestión presidencial, un pequeño detalle comparativamente inferior. El señor González tendría oportunidad de conversar con el señor Tocornal si era proclamado, pero yo no podía avanzar ningún compromiso en su nombre.

Me puse de pie para despedirme. En esos momentos resonaban los gritos de "Viva Alessandri", en la Alameda. El candidato aliancista habitaba justamente en la acera del frente. La *chusma*, desbordaba por la calle de Arturo Prat de vuelta de la fiesta que el candidato le había ofrecido en su quinta de La Cisterna. El señor Alessandri salió al balcón y pronunció uno de sus más vehementes discursos contra la oligarquía. Se refirió a la convención unionista y trató de mascarones a los candidatos, proclamándose a sí mismo el redentor del pueblo oprimido.

Señalé ese espectáculo a don Alberto y me despedí, diciéndole que nos enredábamos en telarañas en lugar de ir a la única solución que podía evitar el triunfo de Alessandri, o sea, la candidatura Tocornal.

—Aún es tiempo —me respondió don Alberto. Y nos separamos cordialmente.

Gestiones de transacción. Los sucesos de aquel día, en especial la actitud del partido liberal democrático, frustraron los esfuerzos de los amigos para detener el retiro del señor Tocornal. Don Ismael exigió perentoriamente de sus amigos que no insistieran en los trabajos que hacían contra su voluntad.

Podían considerarse eliminados los nombres de Zañartu, Tocornal y Barros Borgoño y era necesario buscar la solución patriótica, un candidato de transacción.

Un numeroso grupo de convencionales pensó en la posibilidad de la candidatura de don Ismael Valdés Valdés. Presionado por sus amigos, se logró al fin cambiar su persistente negativa por el aplazamiento de su decisión hasta la mañana siguiente. Vana esperanza.

Zañartu y algunos liberales iban esa misma noche a ofrecer su concurso a don Fernando Lazcano, y el viejo político se negaba en términos absolutos y decididos.

Luis Claro, el presidente de la convención, podía ser el can-

didato de armonía. Se pensaba en un candidato joven, vigoroso, capaz de atraer simpatías y entusiasmos. Se volvió a hablar entonces de don Guillermo Subercaseaux y de Ladislao Errázuriz. Las votaciones de la mañana en que figuraban ambos nombres, sólo tenían el carácter de un compás de espera. En la tarde se produciría seguramente el resultado final.

El candidato de la unión liberal. En las reuniones de aquella tarde el problema se presentaba despejado en sus líneas generales. Toda posibilidad de candidatura liberal democrática o nacional quedaba eliminada. ¿Con qué objeto se había perturbado a la convención con una pretensión distinta a este resultado lógico?

Sólo faltaba elegir el candidato liberal. Eliminado Tocornal por su propia voluntad y por el acuerdo liberal democrático, era necesario concentrar las fuerzas en un hombre que estuviera dispuesto a afrontar la lucha con expectativas de éxito. La reunión se orientó fácilmente en favor de don Luis Barros Borgoño, en torno a cuyo nombre también se agrupaban los liberales organizadores de la unión liberal y la convención unionista.

En la tercera votación de la segunda serie, don Luis Barros Borgoño fue proclamado candidato de la unión liberal a la Presidencia de la República por el período constitucional de 1920 a 1925, por 985 votos entre 1.112 votantes.

Fue aquella una tarde de júbilo en casa del señor Alessandri.

El candidato de la unión liberal era, con todo, un hombre de indiscutibles méritos y de grandes servicios públicos.

Alumno distinguido del Instituto Nacional y de la Universidad, cooperador entusiasta de las obras de la Liga Protectora de Estudiantes Pobres y de las Escuelas Nocturnas para Obremos desde sus primeros años, abogado de reconocida competencia, hombre de letras, orador en el Club de la Reforma, profesor de Estado, de historia en el Instituto y de Derecho Civil en la Universidad, autor de diversos textos de enseñanza, decano de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes, relator de los tribunales, secretario del partido liberal, fue llamado, siendo muy joven, por el Presidente Balmaceda a desempeñar la cartera

de Guerra y Marina, con el propósito de atraer a su causa a un elemento de tanta simpatía e influencia.

Después de la revolución del 91, desempeñó la fiscalía de la Caja de Crédito Hipotecario, fue uno de los consejeros íntimos del almirante Montt, a cuyo gobierno sirvió en diversas ocasiones como ministro de Estado, especialmente en la cartera de Relaciones Exteriores. El gobierno de Errázuriz Echaurren lo dejó en segundo plano, pero pronto recobró su antigua situación y apareció en la administración Riesco como uno de los hombres de mayor confianza del Presidente, y fue su ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores. Por este tiempo, entró a la vida de los negocios, en aquel período llamado del *resurgimiento*, y organizó y presidió numerosas sociedades anónimas, condenadas algunas al fracaso.

Ya desde entonces se destacaba como un hombre presidencialiable y siguiendo a su tío, don Ramón Barros Luco, asiste a la convención coalicionista de 1906, con alguna expectativa en su favor. La convención, como era de prever, proclamó a don Fernando Lazcano, y el señor Barros quedó así alejado de la Moneda durante toda la administración Montt.

Llegó en 1910 a la dirección de la Caja de Crédito Hipotecario y se dio de nuevo su nombre como posible solución de la cuestión presidencial. La proclamación de don Ramón Barros Luco le colocó al frente de sus trabajos electorales y le presentó como el hombre de mayor influencia de su gobierno. Ya hemos visto la actitud que le correspondió asumir desde esa fecha hasta el momento en que la unión liberal le proclamó como su candidato a la Presidencia.

Desde esa misma tarde empezaron las gestiones para obtener el apoyo del partido conservador.

El candidato expuso su programa en un atildado discurso que contrastó por su gravedad con el lenguaje fogoso de su contendor.

La cuestión presidencial quedó definida así entre los señores Arturo Alessandri Palma y Luis Barros Borgoño.

Contrastes. En sus primeros años, don Arturo Alessandri había estado bajo la tuición de don Luis Barros. Aquel alumno

distinguido de los Padres Franceses y presidente de la congregación, encontró agrado en la compañía del joven profesor que le inicia en el liberalismo y le hace nombrar examinador universitario. Este contacto se mantiene durante la revolución del 91, época en que Alessandri editó un periódico contra la dictadura, y continuó durante el ejercicio de la profesión de abogado que el joven Alessandri comparte con un puesto en la Biblioteca del Congreso.

El senador don Fernando Lazcano tomó bajo su protección a este joven inteligente, hijo de su amigo y vecino de su fundo en el Guaico, departamento de Curicó. Le enroló en la coalición de 1896 y le llevó como candidato a diputado en su campaña senatorial. Alessandri abandonó los clubes de propaganda liberal y los talleres masónicos para plegarse a la bandera coalicionista. Apareció en un gabinete presidido por el propio jefe de los conservadores, don Carlos Walker Martínez.

La vida de Barros Borgoño y de Alessandri siguieron rumbos diferentes; el primero permaneció siempre en las filas de la alianza, el segundo fue el portaestandarte de la coalición.

Diez años más tarde, ambos se encontraban en la convención coalicionista de 1906. Barros concurre con el fin de facilitar una solución que no recayese en las personas de Sanfuentes o Lazcano. Alessandri fue a sostener esta última candidatura con toda su vehemencia. Proclamado Lazcano, Barros se abstuvo en la lucha y Alessandri tomó la dirección de la campaña.

Ante el triunfo de Montt, Alessandri, desesperado, imaginó una transacción; podría contar quizá con el apoyo de los "jóvenes turcos" del partido radical para cambiar la mayoría del Congreso. El candidato de transacción de sus pensamientos fue don Luis Barros Borgoño. Pero esta candidatura tenía entre otras dificultades la circunstancia desfavorable de que los conservadores la considerarían demasiado teñida y preferían reconocer el triunfo de Montt.

Barros Borgoño regresó inmediatamente a las filas liberales; Alessandri se mantuvo aún en las filas coalicionistas durante la administración de don Pedro Montt, para virar en seguida, paulatinamente, hacia la alianza hasta afirmarse en ella después de su elección como senador por Tarapacá.

Apenas han pasado cinco años y Alessandri es el candidato de la alianza liberal, después de haber sido coalicionista. En cambio, Barros Borgoño, que apenas si ha tenido un desliz coalicionista en su larga carrera, es proclamado por la unión liberal, y se ve obligado a solicitar el apoyo del partido conservador, sin obtener el de los elementos independientes del liberalismo y del radicalismo, que no deseaban a Alessandri y preferían abstenerse en la campaña.

La historia de las democracias presenta sus contrastes; ninguno más violento que el que, en estas circunstancias, ofreció la democracia chilena.

Alessandri, el coalicionista, candidato de la alianza.

Barros Borgoño, el aliancista, candidato de la coalición.

Algunos elementos aliancistas querrían que Barros fuera el candidato de la alianza. Algunos coalicionistas preferirían que Alessandri fuera su propio candidato.

El país decidiría.

CAPITULO XIII

LA CONTIENDA ELECTORAL

GABINETE PUGA BORNE-HUNEEUS

SUMARIO.—La visita de don Luis Barros Borgoño.—La visita de Arturo Alessandri.—Los viajes de los candidatos.—Las cajas electorales.—Neutralidad de las autoridades.—El gabinete Puga Borne-Huneeus.—Trabajos electorales.—La jornada electoral.—Segunda visita de Alessandri.—Visita de los jefes unionistas.

La visita de don Luis Barros Borgoño. En la misma tarde de la proclamación de su candidatura, don Luis Barros Borgoño, escapándose por un instante de las felicitaciones de los convencionales y del vasto círculo de sus relaciones sociales, iba a mi modesta casa de la calle de Agustinas a hacerme una visita.

Mi acogida fue fría. No podía dominar, ni sabía disimular la impresión de desagrado que me producía el resultado de la convención. Aquel hombre que tenía frente a mí y que me tendía sus brazos, diciéndome que era mi candidato, me inspiraba admiración y simpatía. El roce que se había producido entre nosotros, allá en 1913, no dejó ningún rastro en mi espíritu. Pero no era el hombre capaz de vencer a Alessandri. Don Luis, a mi juicio, debió deponer sus aspiraciones en obsequio de la candidatura Tocornal y asegurar así el triunfo de la campaña.

Don Luis empezó por declararme que comprendía mis inquietudes ante el resultado de la convención. La candidatura Zañartu pudo llevarnos a un fracaso; en mi actitud reconocía

al hombre de fila del liberalismo. Posiblemente yo había ido demasiado lejos al retirarme de la convención. Desaparecida la causa de mi actitud con su proclamación, venía a pedirme no sólo mi apoyo, sino la dirección de los trabajos electorales. Nunca fue candidato anteriormente; no tenía experiencia alguna electoral y venía a poner la campaña absolutamente en mis manos.

Le contesté que, al retirarme de la convención, yo había tomado la resolución de alejarme también por completo de toda intervención política. Este mi antiguo propósito se había consolidado con los acontecimientos desarrollados antes de la convención y durante ella. Sentía mi salud delicada después del grave accidente que había sufrido en el verano y tenía necesidad de ocuparme de mis negocios y del porvenir de la familia. Había hecho el sacrificio de vender la casa de mis mayores y había tomado esa, mucho más modesta, en la sucesión de mi suegra, para dedicarme por completo a la explotación de mi chacra.

Don Luis quiso referirse a la candidatura Tocornal. Como yo, creía que don Ismael era la mejor solución, y le había acompañado con su voto. Pero era necesario reconocer que aún no se cicatrizaban las heridas de la campaña de 1918 y que eran precisamente los vencidos de aquella jornada los que debían elegir el candidato. No era humano exigirles que votaran por Tocornal, el vencedor. Era factible el éxito del otro de mis candidatos, don Ismael Valdés Valdés, pero yo sabía, mejor que nadie, su resistencia para entrar a la lucha. El mismo, que había ocupado el tercer lugar en mi propia terna fue proclamado. Tenía el derecho, en consecuencia, a exigirme que le apoyara y tomara la dirección de los trabajos. El no era menos amigo mío que los otros dos y mi situación en su gobierno sería seguramente de mucho mayor influencia que la que pudieran ofrecerme *los Ismaeles*. Todo lo cual lo hacía pensar en mí como jefe de su estado mayor y generalísimo en la campaña que se abría.

Se engañaba don Luis si creía que tras los nombres de *los Ismaeles* buscaba yo una situación personal; nunca me había preocupado de mi persona en la vida política y sólo me había inspirado el interés público. En ese mismo momento, en mi propia actitud de abstención y en el rechazo del honor que me ofrecía, debía ver el desinterés de todos mis actos.

Se había expresado mal o interpretaba yo de otro modo sus palabras. El quería que le comprendiera, que no me miraba como a un elector, ni como a un correligionario; tampoco como al antiguo alumno de la Universidad; yo era para él algo más que el compañero del directorio, de las asambleas, de las convenciones, algo más que el amigo que recibía en sus salones en las tertulias políticas; sentía hacia mí el reconocimiento por los servicios que había prestado al país y al partido a mis cortos años y, sobre todo, me miraba como a un hijo, dada la vieja e inalterable amistad que me ligaba a su único vástago, Luis Barros Valdés.

Don Luis hablaba con un acento de sinceridad que me conmovía. A poco más le habría abrazado y habría partido con él a empezar la organización de sus trabajos. Hice un esfuerzo para dominarme.

—Ud. cuenta —le dije— con la adhesión de todos mis amigos políticos. Desde mis padres para abajo, todos asistieron a la convención y están ligados a su candidatura. No tengo yo otro concurso que ofrecerle. No me pida que le dirija su elección. No le conviene a Ud. mismo; reflexione sobre el particular. Yo tengo para balmacedistas y nacionales el mismo defecto que para Tocornal; yo fui el jefe de estado mayor de la campaña de 1918, y me enorgullezco de ello. A Tocornal podrán perdonarle; a mí, nunca. Por otra parte, piense Ud., yo conozco los elementos electorales aliancistas y más o menos sé cómo debe manejárseles, pero no tengo la misma experiencia sobre los elementos coalicionistas. Si Ud. me permite darle un consejo, le indicaré que le confíe la dirección de la campaña a don Luis Claro Solar, quien es de una actividad extraordinaria y de una gran fuerza de organización, y que coloque a su lado a mis amigos Ladislao Errázuriz y Guillermo Edwards Matte, y si alguna ayuda desea de mi parte, transmítasela por medio de estos amigos. Déjeme libre de los azares de la campaña y entregado al cumplimiento de otros deberes que me son sagrados.

Don Luis insistió una vez más, pero concluyó por encontrarme razón. Me pidió sí que, desde luego, escribiera a determinadas personas en su favor y, esa misma tarde, le envié las cartas que había solicitado.

Lo más interesante para la campaña era, a mi juicio, obtener

el apoyo de los diputados liberales independientes. Yo había hecho lo posible por obtener la adhesión de la unión liberal, sin lograrla; era necesario que don Luis se preocupara de ella como también de algunos elementos radicales. Me habían prometido adherir a Tocornal si era proclamado por la convención, pero no sabía qué actitud adoptarían ahora frente a don Luis. A juzgar por sus opiniones anteriores, movidos por algunos de sus electores, era muy posible que se plegaran a Alessandri. Era urgente ocuparse de ellos. Por mi parte, yo me esforzaría en procurar que, por lo menos, se mantuvieran en el terreno de la neutralidad.

La actitud de los liberales independientes se determinaría, en gran parte, por la forma en que le prestaran su apoyo los conservadores. Comprendía que forzosamente tenía que llegar a pactar con la coalición; pero era necesario atenuarla lo más posible, dándole el carácter de un movimiento nacional, abriendo la puerta a los elementos aliancistas y confiriéndoles la debida representación.

Don Luis estaba preocupado de este problema. Los conservadores se mostraban exigentes. Don Luis pensaba, como yo, que era preciso dar a la campaña un carácter de movimiento de orden público y buscar la cooperación de los elementos de todos los partidos. Creía contar con las simpatías de Malaquías Concha, que en esos momentos formaba parte del gabinete, en representación del partido demócrata, una de las bases de la candidatura Alessandri.

La entrevista había sido más larga de lo que era permitido a un candidato recién proclamado. Se despidió agradecido y me anunció que más tarde enviaría a Errázuriz y a Edwards como correos de gabinete.

En efecto, aquella misma noche, conté a ambos amigos cómo había organizado la campaña presidencial de 1915 y el resultado de mis experiencias.

La visita de Arturo Alessandri.

Al día siguiente recibí numerosas visitas de amigos aliancistas. Se habían preparado para hacer renunciar al León en caso de haber sido proclamado don Ismael Tocornal. Ahora no había más solución que Alessan-

dri y le apoyaban con todo empeño. Comprendían ellos el sentido de mi política y, al verme partir de la alianza para fundar la unión liberal, aguardaban sólo mi regreso. Yo mismo lo había declarado públicamente en aquellos tiempos. No era dable ya que me embarcara en la candidatura de Barros Borgoño tomando posiciones en contra de ellos, mis amigos.

Seguramente la concurrencia de la coalición que pactaba en esos momentos con Barros Borgoño sería ominosa y sumamente perjudicial para los intereses liberales. Los conservadores no podían tener confianza en él. Siempre don Luis había estado en contra de ella, y los coalicionistas conocían la acentuación de sus ideas, sobre todo en materia educacional. Forzosamente le exigirían severas garantías.

Si el peligro para ellos se cifraba en el pacto con la coalición reconociendo el acendrado liberalismo de Barros Borgoño, constituía el mejor medio de evitar ese pacto ofreciéndole su concurso. Esta obra podían realizarla los radicales que conocían los quilates del liberalismo de Alessandri, a cuya candidatura se plegaban más que nada por la fascinación personal del candidato, sin ninguna reflexión y estudio.

Era demasiado tarde. La situación habría cambiado con Tocornal; no podía alterarse ya con el nombre de Barros Borgoño que aparecía, coronado con la aureola de la oligarquía bancaria y del sanfuentismo, como candidato oficial de la Moneda.

Pedro Aguirre, mi primo Pedro Rivas y otros, me hablaban de la amistad y estimación que me profesaba el León. Se expresaba de mí con el mayor cariño, recordaba los tiempos que habíamos estado juntos en el gobierno, comprendía los móviles que me habían guiado a combatirle y hasta los justificaba. Quería conversar conmigo. Nuestras relaciones personales estaban cortadas. Mi negativa fue terminante. No deseaba recibirle; no había variado, en lo más mínimo, el concepto que me merecía su candidatura.

Pedro Rivas me preguntó si yo pondría a la puerta al candidato Alessandri si llegaba a verme en su compañía. Naturalmente, le respondí que, en obsequio a él, le recibiría; pero que esa visita no obedecía a objeto alguno y que era mejor evitarla, porque podría ser desagradable para los tres.

Sin embargo, al día siguiente, cuando terminaba de almorzar, llegó a verme Pedro en compañía de Alessandri.

A mi fría recepción correspondió Arturo con una desbordante manifestación de afecto y elogio. ¿A qué continuar separados? Era él, sin duda, el más indigno soldado de nuestra causa para llevar su pabellón al combate, pero el favor popular así lo requería. Habría cedido esa bandera a Tocornal para formar en sus filas como una simple comparsa, rindiendo homenaje al gran patricio y al probado liberal.

Toda esa efusión me pareció extraña. Arturo no había hecho otra cosa, después del triunfo de la alianza, que combatir a Tocornal, luchando contra él aún en la reunión de los liberales democráticos durante la convención. Al expresárselo así al León, éste rió y tuvo que reconocer que era cierto.

Pero, en fin, la situación había cambiado. Ahora yo podía ver que mis mejores amigos estaban en la alianza, continuó arguyendo Arturo. Yo había prestado un gran servicio a liberales democráticos y a nacionales, invitándoles a entrar a la unión liberal, salvándoles de la situación de minoría en que se encontraban. No lograron comprenderme y, por odio a mí mismo, combatieron a Tocornal. No podía vacilar. Mi retiro de la convención había sido un gran gesto, pero yo no debía quedar en el limbo. La alianza, mi antiguo hogar, me esperaba con los brazos abiertos.

No era la alianza la mala, era su candidato, pensaba yo.

Alessandri comprendió que nada podría obtener de mí. Batiéndose en retirada, me pidió como único y gran servicio que no tomara a mi cargo la dirección de los trabajos de Barros Borgoño.

No necesitaba pedírmelo. Le conté que me había negado a aceptar tan honroso cargo; pero ello no impediría que, desde mi retiro, le prestara la cooperación necesaria.

Me iba a consagrar a mi chacra. Mi actividad política se reduciría a la escasa ayuda que pudiera prestar al candidato de la unión y a mi concurrencia ordinaria a las sesiones del Consejo de Estado. En cuanto a la Cámara, en resguardo de la libertad electoral, continuaría sosteniendo con mi voto la mesa compuesta

de dos aliancistas y un unionista, a fin de que ambas combinaciones estuvieran representadas en el gobierno.

—Algo es algo —exclamó Alessandri—. Pero si yo triunfo, Ud. tendrá que abandonar su retiro y venir a colaborar a mi gobierno.

No volví a encontrarme con Alessandri hasta la noche misma de la elección.

Al salir se encontró con Guillermo Edwards Matte, que no conseguía vencer su asombro.

—Ya ve Ud., Arturo, yo no lucho, pero preparo a otra generación para que le combata.

—De todos modos —me respondió—, yo triunfaré y Ud. tendrá que ayudarme a gobernar.

Los viajes de los candidatos. Faltaban poco más de 50 días para la elección y los candidatos se apresuraban a preparar sus viajes de propaganda por las provincias.

Alessandri partió primero. Sus hábiles agentes le habían preparado grandes manifestaciones a su paso. Para el pueblo era un taumaturgo, casi un Mesías. Obreros, mujeres y niños acudían en tropel a las estaciones a saludarle. Le atribuían el poder de curar enfermedades y hacer milagros.

Con su fogosa oratoria el candidato de la alianza exaltaba las pasiones populares; declaraba que adoraba a la chusma; que venía a redimir a los pobres y a castigar a los ricos, y por todas partes despertaba un entusiasmo delirante.

El candidato de la unión no podía producir el mismo efecto. No tenía el hábito de dirigirse a las multitudes. No se había empapado en la *Psicología* de Lebon. Sus discursos serios, graves, reposados, de corte académico, escapaban a la penetración de sus oyentes y no producían entusiasmo alguno. A su lado, Enrique Zañartu daba la nota simpática de la campaña, con sus alocuciones en estilo llano salpicadas de frases graciosas.

De vuelta de estos viajes, que les habían permitido apreciar la situación del país, dos preocupaciones dominaban a los dirigentes de ambos bandos. Una era común: la formación de una gran caja electoral. La otra era divergente: la unión nacio-

nal necesitaba el influjo de la autoridad en su favor, la alianza liberal exigía la neutralidad del gobierno.

Las cajas electorales. La propaganda de Alessandri, la exaltación popular que producía, aquel fanatismo, repetido en manifestaciones diarias bajo los balcones de su casa, donde la gente del pueblo se repartía el estuco de la balaustrada derribada para usarlo como medicamento, asustaba a las gentes pudientes sin conmover su generosidad para desprenderse de las sumas necesarias a los gastos de la elección.

—Alessandri no tiene medios.

Pero no era así. Alessandri tenía recursos mucho más abundantes de los que podía disponer el candidato de la unión.

Se creía que era un mito el millón de pesos ofrecido por su hermano José Pedro. Pero se sabía que éste continuamente giraba sobre su cuenta y multiplicaba los grandes billetes, reduciéndolos a sencillo. Reservaba su dinero para el momento decisivo, para el día de la elección, para el momento de la compra efectiva de sufragios y negábase a entregar sumas importantes para los gastos de propaganda.

El León gritaba su pobreza en todos los escenarios y en todas las chimeneas de las fábricas. Los agentes de Barros se dirigían discretamente a las gentes acaudaladas, a las señoras tímidas para obtener cantidades que siempre estimaban insuficientes.

Era sabido que el dinero cundía más en manos de los aliancistas. Los radicales, como los conservadores, luchaban por una doctrina o una aspiración; en el campo liberal, tan lleno de matices, pululaban los agentes profesionales, pescadores a río revuelto.

Alessandri inició un juicio contra el Banco de Chile por una enorme suma de dinero, sosteniendo haber liquidado años antes acciones de Llallaguas dadas en garantía por deudas que no había podido cubrir y que esta operación no se había realizado en forma legal.

Este proceso, que producía el escándalo entre las gentes de la banca, animaba el entusiasmo de sus adeptos. ¡Al fin surgía alguien que *le pusiera las peras a cuatro* a los banqueros explotadores!

Neutralidad de las autoridades. Las simpatías del gabinete se manifestaban claramente en favor de la candidatura Barros Borgoño y se reflejaban en la actitud de las autoridades en provincias.

La acción de los ministros aliancistas, Huneeus y Oyarzún, era débil, y la del ministro demócrata, don Malaquías Concha, había provocado las quejas de sus propios correligionarios.

Las Cámaras, abiertas el 1.º de junio, reflejaban la misma situación de antes; pero esta vez no se manifestaba una mayoría aliancista en la de diputados, pero tampoco a favor de la unión, y se mantenía la misma composición de la mesa directiva.

El 11 de junio, catorce días antes de la elección, el comité ejecutivo de la alianza liberal, con motivo de la remoción de algunos funcionarios, decretada por el ministro del Interior, señor Pedro N. Montenegro, declaró solemnemente que el jefe del gabinete no daba garantías de prescindencia electoral. Los ministros aliancistas, obligados por esta resolución, presentaron sus renunciaciones y luego se produjo la crisis total del gabinete.

¿Era el momento de prescindir de la colaboración de la alianza y organizar un gabinete que asegurara el triunfo del señor Barros Borgoño?

El señor Sanfuentes contaba con la mayoría del Senado. En la Cámara la situación era diversa. Faltaban algunos días para la elección y podría constituirse una mayoría que exigiera garantías de libertad electoral. No era aún el momento, como en 1917, de dejar el gobierno en manos de tres ministros coalicionistas.

La agitación popular era peligrosa.

El Presidente abrió las gestiones para solucionar la crisis y cinco días más tarde, el 16 de junio, nueve días antes de la elección, dio a conocer el nuevo gabinete.

El gabinete Puga Borne-Huneeus. De la noche a la mañana apareció constituido el gabinete Puga Borne-Huneeus, sin consulta a los partidos.

El nuevo ministro del Interior, antiguo senador por Ñuble, había sido íntimo amigo y compañero de jornadas políticas del señor Alessandri en su vida coalicionista. Don Fernando Lazca-

no y don Federico Puga Borne, eran los senadores coalicionistas; Arturo Alessandri y Julio Puga Borne, los diputados coalicionistas de varias legislaturas.

Las relaciones entre don Federico y Arturo se habían quebrantado desde que aquél ocupó la cartera de Relaciones Exteriores durante la administración de don Pedro Montt y partió a desempeñar la legación de Chile en París.

A su regreso, ya hemos visto a don Federico actuar como presunto organizador de un gabinete de garantías en vísperas de las elecciones generales de 1918, sin encontrar la confianza de la combinación liberal para el logro de su propósito. Ahora el Presidente recurría a sus servicios sin exponerle a consulta alguna. Para cierto público, poco al cabo de las cosas, el señor Puga Borne podía aparecer como un amigo personal de Alessandri, capaz de otorgarle garantías. Sin embargo, para los que estaban al tanto de las cosas, el doctor era tan encarnizado enemigo de la candidatura Alessandri, como el propio don Fernando Lazcano.

El organizador no introdujo grandes cambios entre los ministros aliancistas. Conservó en sus carteras a los señores Antonio Huneeus y Malaquías Concha y reemplazó al ministro radical, don Enrique Oyarzún, por don Javier Gandarillas, del mismo partido, nada afecto a la candidatura Alessandri, a quien le confió el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. En lugar del señor Montenegro, representante liberal democrático que ocupaba la jefatura, llevó al Ministerio de Guerra y Marina a don Pedro Opazo Letelier, íntimo amigo del Presidente. Don Régulo Valenzuela, nacional, que ocupaba esta cartera, fue reemplazado por el fogoso político del mismo partido, don Antonio Viera Gallo, ardoroso enemigo del señor Alessandri, en la cartera de Hacienda.

Tan pronto como se conoció este gabinete, la alianza levantó su airada protesta. Se había procedido sin consultarla. Los ministros no habían obtenido el pase reglamentario de los consejos directivos de sus partidos. El directorio del partido demócrata censuró a su representante don Malaquías Concha.

La lucha electoral viraba contra la Moneda. Las manifestaciones populares se repetían en diversos sitios de la ciudad, se

apelaba a la opinión de las provincias para organizar *meetings* de protesta y los discursos del candidato desde su ya famoso balcón eran cada vez más violentos contra la persona del Presidente y de los hombres del gobierno. "Esa polilla que barrería de la Moneda, llevado a ella por el pueblo soberano", decía.

El comité ejecutivo de la alianza ordenó el retiro de los ministros aliancistas y éstos, obedeciendo, abandonaron sus cargos.

El Presidente Sanfuentes, cediendo a las exigencias de la unión liberal, resolvió continuar hasta la elección con solo tres ministros y distribuyó entre los señores Puga Borne, Viera Gallo y Opazo las tres carteras vacantes.

Esta resolución iba a exacerbar más las pasiones en la lucha electoral.

Trabajos electorales. En varias ocasiones los amigos partidarios del señor Barros Borgoño llegaron a pedir mi ayuda para solucionar dificultades que se les presentaban en el campo electoral. Siempre les indiqué el camino que me parecía más conveniente para el mejor resultado; pero en dos señaladas ocasiones mi consejo no fue aceptado por el órgano directivo de la unión, inspirado por la peregrina idea de que yo pretendía hacer elegir, con fuerzas de agrupación, a candidatos que más tarde podían hacer valer su voto en favor del señor Tocornal e imponer una transacción si era dudoso el resultado de las urnas.

Bien comprendía yo, ahora como en 1915, y como lo probaba la experiencia de 1896, que una vez proclamados los candidatos por las convenciones no cabía transacción alguna y que era ocioso pensar en otra solución que la elección de uno u otro candidato.

La experiencia demostró la razón que me asistía. Rechazados los candidatos que yo había propuesto y que eran votos seguros para el señor Barros, los elementos aliancistas que habrían arrastrado por sus vinculaciones personales quedaron libres y fueron a apoyar a los candidatos alessandristas, produciendo la pérdida de dos votos para el candidato de la unión.

Esta actitud de desconfianza me libró de las molestias de toda intervención en la jornada y me permitió dedicarme por

entero a plantar un huerto en mi chacra y a organizar una lechería.

Mientras la unión se debatía en estas pequeñeces, la alianza organizaba la *Liga contra el cohecho* para impedir en el día de las elecciones el sufragio de los coalicionistas y asegurar su triunfo.

Un estado de excitación dominaba en todos los círculos.

La *jornada electoral*. Los electores aliancistas aprovecharon las primeras horas de la mañana para votar y se organizaron en seguida en bandas armadas de garrotes para velar por la corrección del sufragio, acusar a los adversarios de cohechados y cohechadores, asaltar las secretarías, amedrentar al público y producir desórdenes en diversos sitios de la ciudad, que la policía podía difícilmente contener.

En la misma o mayor escala que la unión, la alianza ejercía el cohecho, reservándose el privilegio de vociferar contra ese vicio y de recurrir a la violencia para evitar que sus adversarios lo aplicaran.

Desde las primeras horas de la noche comenzaron a conocerse los resultados de la elección en todo el país. Salvo en las contadas agrupaciones en que se había celebrado un arreglo electoral, en todas las demás la lucha había sido viva y violenta.

A la una de la mañana las informaciones particulares atribuían al señor Alessandri 179 electores de Presidente contra 175 de su contendor. Pero se llegaba a estas cifras merced a datos no confirmados oficialmente.

Los ministros se habían retirado de la Moneda negándose a dar a la prensa los últimos telegramas oficiales.

El pueblo, que esperaba las noticias en las oficinas de los diarios o frente a la casa de Alessandri, prorrumpió en vivas protestas y empezó a recorrer las calles, gritando que el gobierno quería robarle la elección a don Arturito; pero "pese a quien pese", ellos le llevarían a la Moneda.

Al retirarme a mi casa, muy tarde la noche, pasé un instante a la imprenta de "La Nación" a recoger las últimas informaciones. No tardó en llegar allí el propio candidato de la alianza a la cabeza de una turba.

—Me quieren robar la elección —gritaba desahogado—. No lo consienta Ud., que es un hombre honrado a carta cabal.

El gobierno había hecho mal en ocultar los telegramas; pero no había por qué enervarse; no tardaría en conocerse la verdad.

Alessandri me pidió con vivas instancias que le recibiera al día siguiente en mi casa, porque deseaba hablarme de la situación.

A las dos de la tarde estaría a mi disposición.

Segunda visita de Alessandri. A la hora indicada recibí en mi casa, al día siguiente, a Arturo Alessandri, acompañado de mis amigos Armando Quezada y Pedro Aguirre Cerda.

Después de tantos sufrimientos y sacrificios, me manifestó, llegaba triunfante al fin de su jornada y querían robarle la victoria. Había vivido un verdadero vía crucis. Le habían tratado de ladrón con motivo del pleito al Banco de Chile. Alessandri conocía mi impresión desfavorable sobre el particular y me ofrecía someterse al fallo jurídico que yo diera después de oír las exposiciones que me hicieran de su tesis sus abogados Horacio Fabres y Manuel Antonio Maira, y dos que designara el Banco. Después que yo había terminado mis estudios de derecho, una nueva jurisprudencia existía en los tribunales.

Alessandri me expuso el resultado de la elección y la absoluta seguridad de su triunfo. Al preguntarle por determinadas localidades, reconoció que sus amigos habían cometido alguna "diablura". Al mismo tiempo, me mostró telegramas que anunciaban fraudes coalicionistas.

A mi juicio, la campaña debía darse por terminada. Si él tenía la conciencia de su triunfo debería mantenerse sereno en espera de que le fuera reconocido y demostrar así que era un hombre de estado capaz de comprender las responsabilidades del cargo que deseaba asumir y sobre todo velar por los altos intereses del país.

Yo estudiaría la elección y sostendría en el Congreso la justicia que viera en cada reclamación sin mirar si favorecía a uno u otro candidato. Era necesario poner de una vez por todas término definitivo a todos los vicios electorales y aplicar sanciones eficaces a los fraudes cometidos. Se había frustrado la

reforma electoral que había impulsado con tanto celo y se volvía a falsear la voluntad popular.

Pero era necesario poner término también a la inútil agitación popular y no continuar fomentándola y llamando al pueblo a la revuelta desde los balcones de su casa. Esgrimía un arma de dos filos que se tornaría en su contra si llegaba al poder.

Era indispensable también facilitar la organización de un gabinete de concordia que permitiera al gobierno el despacho de leyes tan urgentes como la postergación de la conversión metálica, que terminaba en pocos días más.

—Si el pueblo le ha elegido, Arturo, yo seré el primero en reconocer su triunfo, como fui el primero en tocar la campana de alarma y oponerme a su candidatura.

Alessandri me agradeció mi franqueza y mi declaración. Confiaba en ella y me ilustraría sobre cada una de sus reclamaciones. Le pediría al pueblo que cesara en sus manifestaciones. Y desde luego aceptaba cualquier gabinete que yo formara o la situación que a mi juicio fuera conveniente para el servicio del país.

Visita de los jefes unionistas. Esa misma tarde recibí separadamente las visitas de don Luis Barros Borgoño, don Luis Claro Solar y don Fernando Lazcano. La elección había sido una serie de continuados atropellos de la "chusma" contra el orden público, coronados por fraudes inicuos.

El resultado aparente de la elección no correspondía a la realidad. Se imponía el examen de las reclamaciones y la revisión de los resultados por el Congreso. Esperaban contar con mi concurso en este sentido.

A cada uno de mis visitantes y a otros amigos de la unión y de la alianza repetí las mismas declaraciones que le había hecho al señor Alessandri. Idéntica actitud debía observar con el señor Barros en el Congreso.

Cuidé, sí, de observar a los dirigentes de la unión que si hubieran seguido mis consejos, en lugar de dejarse guiar por injustificadas y mal intencionadas desconfianzas, por lo menos hubieran tenido dos electores más y, aún aceptando todos los fraudes

que denunciaban, el resultado sería ahora un empate, como en 1915, y podrían esperar confiados la elección al Congreso.

Los amigos de la unión liberal, sin embargo, esperaban verme decidido a cerrar por todos los medios el camino al señor Alessandri y a propiciar en el Congreso una campaña para aceptar o rechazar reclamos con el solo objeto de llegar a la proclamación del señor Barros.

Mi actitud no les satisfacía en absoluto, pero se conformaban pensando que mis consejos al señor Alessandri podrían influir para poner término a las agitaciones populares.

La campaña presidencial no estaba terminada. Entraba solamente a una nueva etapa.

EL TRIBUNAL DE HONOR

CASO DE GARCÍA DE LA HUERTA ALDONATI

El Tribunal de Honor, establecido por el artículo 100 de la Constitución, tiene por objeto juzgar a los miembros del Poder Judicial, a los miembros del Poder Ejecutivo y a los miembros del Poder Legislativo, cuando éstos incurran en faltas que impliquen la pérdida de su cargo. El Tribunal está integrado por cinco miembros, designados por el Poder Judicial, el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo, y preside el mismo Poder Judicial.

El caso de García de la Huerta Aldonati se produjo en la ciudad de Lima. El señor Aldonati, quien era entonces ministro de Hacienda, fue acusado de haber cometido una falta que implicaba la pérdida de su cargo. El Tribunal de Honor se reunió para juzgarlo, y el señor Aldonati fue declarado culpable. Este caso fue muy discutido en la prensa y en el parlamento, y se consideró que el Tribunal de Honor había actuado con imparcialidad.

El jefe de las fuerzas, mencionado en la historia y acusado de haber cometido una falta, respondió que todo que le había pasado era debido a un malentendido.

CAPITULO XIV

EL TRIBUNAL DE HONOR

GABINETE GARCIA DE LA HUERTA-ALDUNATE

SUMARIO.—Gestiones ministeriales.—Conversación con el nuevo ministro del Interior.—Primeras gestiones sobre la formación del tribunal de honor.—La revolución en Bolivia.—La Federación de Estudiantes y los subversivos.—Actitud del señor Alessandri.—Los colegios provinciales.—Posiciones de ambos bandos.—El fraude de Chiloé.—Nuevas gestiones de conciliación.—Manifiesto liberal independiente.—Intervención electrolítica.—Hacia el acuerdo.—Nuevas dificultades.—La integración del tribunal.—Fallecimiento de don Fernando Lazcano.

Gestiones ministeriales. La agitación continuaba en la ciudad. El enorme público congregado aquella misma tarde frente a la casa de Alessandri para protestar contra el gobierno, había resistido las órdenes de despejar, impartidas por la policía. La fuerza de línea había llegado a reforzarla. Más de un centenar de revólveres habían salido de los bolsillos de los manifestantes y otros tantos disparos al aire habían resonado en la Alameda. Una ametralladora colocada en la esquina de la calle de Morandé permanecía inmóvil. El señor Alessandri, desde su balcón, atrajo con su voz potente al público, ofreció su sangre en holocausto de la causa popular y concluyó llamando al pueblo a la calma.

El jefe de las fuerzas, interrogado en la Moneda y acusado de no haber procedido con energía, respondió que temía que la tropa hiciera causa común con el pueblo amotinado.

Alessandri había evitado esta vez que la jornada fuera trágica.

Sanfuentes comprendió la situación. Era indispensable proceder a buscar la solución de la crisis ministerial. La coalición le aconsejaba la adopción de medidas fuertes. Se necesitaba un hombre enérgico, capaz de imponerse y de hacerse obedecer. Durante la jornada electoral una piedra había herido en la frente a Ladislao Errázuriz en los momentos en que iba a defender a un agente atacado por la "chusma". Su valentía personal revestía los caracteres del heroísmo. Sanfuentes le mandó ofrecer la organización del nuevo gabinete.

Ladislao guardaba cama. Aquella noche, después de la jornada electoral, me sentía muy resfriado y también permanecía en el lecho. Ladislao quiso consultarme sobre la situación y le respondí que un gabinete presidido por él, sin duda, no encontraría ambiente en la Cámara, pero que podría pensarse en un gabinete de conciliación de que él mismo formaría parte en otra cartera. Errázuriz se excusó de aceptar el encargo del Presidente en vista del estado de su salud.

El Presidente confió la organización ministerial al diputado nacional don Arturo Prat, quien encontró toda clase de dificultades para el cumplimiento de su misión. Las circunstancias urgían. La alianza se proponía obstruir en el Congreso el despacho de la ley que postergaba la conversión metálica para obligar al Presidente a ceder.

El señor Sanfuentes recurrió a un amigo común para conocer mi opinión. Le indiqué la formación de un gabinete presidido por Jorge Matte y Pedro García de la Huerta y compuesto además por otros dos unionistas, uno de los cuales podía ser Ladislao Errázuriz, de dos liberales aliancistas, genuinos representantes del León, tales como los señores Aldunate y Jaramillo y de un diputado liberal independiente. Yo procuraría obtener para esta combinación el apoyo de la alianza.

Pocos instantes más tarde, llegaron a verme los señores Alessandri, Aldunate y Jaramillo. El primero declinaba toda responsabilidad sobre lo que sucediera. Sanfuentes estaba jugando con fuego. El día que quisiera podía sacarlo encumbrado de la Moneda. Sólo por patriotismo había aceptado las gestiones de

Prat, pero venía a decirme que esa organización ministerial era imposible y que la alianza adoptaría una actitud de abierta obstrucción en la Cámara de Diputados y se produciría paralelamente una agitación general en el país.

La situación, a mi juicio, era difícil para todos. Cada combinación se componía de varios grupos y no había carteras suficientes para que todos estuvieran representados. Había que enfocar el problema presidencial como una cuestión entre liberales. A este partido pertenecían ambos candidatos. ¿Por qué no intentar la formación de un gabinete de liberales, exclusivamente, en el que los candidatos estuvieran genuinamente representados? Los liberales independientes también tendrían una cartera. Los dos ministros aliancistas podrían ser los amigos allí presentes. Alessandri sostuvo aún la necesidad de la entrada al gobierno, de radicales y demócratas. Pero, finalmente, convino conmigo en aceptar la organización que yo le recomendara y se comprometió a obtener el pase de la alianza.

Mientras tanto, el emisario del Presidente volvía a pedirme que tomara a mi cargo la organización de un gabinete en el cual estuvieran representados radicales y conservadores, un demócrata, un nacional, que sería Arturo Prat, y un liberal democrático.

Yo no deseaba volver al gobierno, ni podía asumir en un gabinete la representación de todos los grupos del partido liberal. El momento era muy delicado y no había tiempo que perder. Le pedí al emisario presidencial que llevara a la Moneda la lista del nuevo gabinete: Interior, Pedro García de la Huerta; Relaciones, Luis Aldunate; Hacienda, Francisco Garcés Gana; Guerra, Ladislao Errázuriz; Industria, Armando Jaramillo; Justicia, un diputado liberal unionista cuyo nombre también indicaba. Inmediatamente escribí a Errázuriz recomendándole esta combinación y pedí a mis amigos que trabajaran en su favor en el seno de la unión nacional.

Momentos más tarde recibí la visita de Arturo Prat. Venía de la Moneda. Había dado cuenta al Presidente de las dificultades que encontraba en su misión y el señor Sanfuentes le había pedido que me consultara antes de desistir. La repetí al señor Prat mi combinación, solicitándole que aconsejara al Presidente

proceder sin tardanza a la organización ministerial, la cual sería, así lo esperaba, el último gabinete de su administración. Era una lástima que el gabinete se compusiera sólo de liberales, pero no había otra forma de solucionar las múltiples dificultades que presentaba su organización en ese momento. El señor Prat volvió en la noche a darme las gracias a nombre del Presidente y a anunciarme que el señor García de la Huerta ya había sido llamado a la Moneda y que haría las consultas del caso.

A las dos de la mañana, Arturo Alessandri me telefoneó anunciándome que después de una larga discusión, la alianza le había otorgado amplios poderes para aceptar cualquier fórmula ministerial. El señor García de la Huerta podía proceder inmediatamente. La alianza aprobaría en la sesión de la mañana el proyecto que interesaba al gobierno.

La sesión que debía celebrar la Cámara se frustró. No se tenían noticias del organizador del gabinete, y se murmuraba que habiéndole sido imposible vencer las dificultades en la unión, probablemente habría desistido. Comprendí inmediatamente cuál podía ser la causa de la dificultad. Llamé por teléfono a los señores García de la Huerta y Claro Solar y, a uno y otro, les recomendé que no retardaran la organización ministerial. La unión podría designar a cualquier diputado de sus filas como ministro de Justicia e Instrucción Pública.

La dirección de la unión ofreció este cargo a don Lorenzo Montt, que se encontraba en Valparaíso. El ministerio quedó formado. El señor Montt prestaría juramento al día siguiente.

La organización ministerial venía a refrescar la atmósfera caldeada. La Cámara despachó el proyecto pendiente. Los adversarios de la víspera se tendían la mano en el gabinete y se disponían a colaborar en las tareas del gobierno.

Conversación con el nuevo ministro del Interior. Después del primer consejo de gabinete, Pedro García de la Huerta y Francisco Garcés Gana me hicieron una visita. Se hablaba de la representación de Chile en la Sociedad de las Naciones, y el Presidente y todos los ministros manifestaron su acuerdo para ofrecerme este cargo, en que yo jamás había pensado. Les agradecí mucho su atención, pero otros deberes me retenían en el país.

Además de la atención de mis negocios veía siempre con sobresalto la solución de la cuestión presidencial y la agitación obrera que se desarrollaba en el país. La situación en la zona carbonífera era sumamente delicada. El señor Alessandri era un símbolo del descontento popular. Una profunda cuestión social se agitada bajo la capa de la campaña electoral. La importancia de la situación de los candidatos desaparecía ante la consideración de este problema.

El gabinete debía ocuparse de buscar un acuerdo entre los partidos para llegar a una solución honrosa y justa del problema presidencial y al mismo tiempo estudiar detenidamente la cuestión social.

Don Eduardo Suárez Mujica había iniciado algunas gestiones para la formación de un tribunal de honor. Pero ellas no llevaban caracteres favorables. Una iniciativa del gabinete para que los partidos conversaran a fin de llegar a un acuerdo patriótico indispensable en tan difícil situación, sería acogida con favor por la opinión.

El señor García de la Huerta quedó de tomar esta iniciativa. Para apoyarla yo pediría un editorial de "El Mercurio", propiciando la idea.

Ambas combinaciones aceptaron la invitación del ministro del Interior, pero no tardó en verse que los puntos de vista estaban muy distantes.

Primeras gestiones sobre la formación del tribunal de honor.

Para la unión nacional este tribunal de honor no era necesario. No había por qué alterar el organismo creado por la Constitución para calificar la elección presidencial, ni por qué desconfiar de la corrección con que procedería el Congreso pleno. Sin embargo, no estaba distante de aceptar que una comisión respetable informara al Congreso sobre el valor de las reclamaciones. El estudio que los congresales hicieran podía o no coincidir con el juicio de esta comisión imparcial cuyo dictamen ejercería seguramente una influencia moral, pero no comprometería la resolución del Congreso soberano. Un acuerdo de los partidos no podía suplantar los organismos constitucionales.

La alianza liberal sostenía, por su parte, que el compromiso

de los partidos debía abarcar todo el problema presidencial hasta decidir cuál de los dos candidatos debía asumir la Presidencia de la República. No se trataba de suplantar la voluntad del Congreso. Los partidos y el Parlamento se confundían; los comités parlamentarios dependían de la dirección de los partidos; estos comités, en representación del Congreso, podían adoptar el método de examen de las reclamaciones electorales que estimaran conveniente y podían comprometerse a aceptar sus decisiones.

La unión nacional llegaba a aceptar la formación de un tribunal de honor en la misma forma que en 1896. El Congreso rectificaría el escrutinio de la elección presidencial, declarando las nulidades que estimara justas y, si ninguno de los candidatos quedaba con la mayoría absoluta de los electores, procedería, por sí mismo, a designar al Presidente de la República.

Para la alianza liberal este sistema era inaceptable. La experiencia demostraba los defectos del régimen electoral establecido para la designación del Presidente. La Constitución no preveía la repetición de una elección declarada nula y así privaba a toda una circunscripción electoral de su derecho de influir en la elección del candidato. El fraude cometido en una comuna de un departamento producía la nulidad total invalidando la elección correctamente verificada en las demás; de este modo se privaba a electores de Presidente bien elegidos del ejercicio de sus derechos, o se eliminaba sus votos del escrutinio general. En los casos de inhabilidad, ejemplo que se había presentado en la elección de 1915, una de las combinaciones en lucha, perdía un voto porque su candidato, a juicio del Congreso, era inhábil; su elección, sin embargo, había demostrado que aquella combinación tenía las fuerzas necesarias para triunfar; el Congreso no podía ordenar la repetición de la elección y por esta vía cambiaba el resultado de la manifestación de la voluntad popular.

El examen de la elección se hacía después de la reunión de los colegios provinciales en que emitían sus sufragios los electores de Presidente y la Constitución no preveía una nueva reunión de dichos colegios, sino que entregaba el examen del escrutinio al Congreso. Hasta entonces la revisión del escrutinio se había reducido a eliminar sufragios estimados nulos. Era indispensable reaccionar en el sentido de reemplazar estos sufragios por los que

se podían producir de no haber existido la nulidad. Esta función no era propia del Congreso; pero los partidos podrían confiarla a un tribunal de honor que pronunciara su veredicto, no sólo restando, sino reemplazando y sumando sufragios hasta establecer a quién correspondía la Presidencia de la República.

La nueva tesis sostenida por la alianza liberal, moralmente justa y abiertamente inconstitucional, merecía toda suerte de críticas de parte de la unión nacional; pero no podía menos que reconocerse que el régimen para la elección presidencial y la calificación de su resultado no consultaba el resguardo de la manifestación de la voluntad popular.

En el fondo, a la unión nacional le bastaba que las nulidades declaradas privaran a ambos candidatos de la mayoría absoluta para que correspondiera al Congreso la elección, y en este caso era seguro el triunfo del señor Barros Borgoño, que contaba con la mayoría del Senado y la mitad menos uno de la Cámara de Diputados. Naturalmente, esta misma situación determinaba la posición de la alianza que no estaba dispuesta a entregarse a un fallo, seguramente adverso, del Congreso.

La revolución en Bolivia. El 12 de julio estalló una revolución en Bolivia. El Presidente Gutiérrez Guerra, amigo de Chile, fue derrocado y reemplazado en el gobierno de aquel país por el caudillo del partido republicano don Bautista Saavedra. El nuevo jefe del gobierno de Bolivia acababa de regresar de un viaje a Lima, donde había sido objeto de los agasajos de las autoridades y de la sociedad peruanas. El Dr. Escalier, jefe del partido Republicano, a la primera noticia del movimiento revolucionario en su país, declaró en Buenos Aires: "Si la revolución triunfa, ella producirá un cambio considerable en la política internacional sudamericana, dejando sin efecto el reciente acuerdo celebrado entre Bolivia y Chile, con relación a las aspiraciones bolivianas de obtener una salida al Pacífico y creando una nueva situación en la controversia sobre Tacna y Arica".

Las informaciones del Estado Mayor, el tono de la prensa de Lima y las declaraciones bolivianas en el sentido de reivindicar el litoral de Antofagasta, todo hacía pensar que se había concertado un plan entre los gobiernos de Perú y de Bolivia;

gracias a una acción conjunta, el primero recuperaría las provincias de Tacna y Tarapacá y, el segundo, la de Antofagasta, aprovechando las circunstancias de la agitación y división profunda de las opiniones producida en Chile con motivo de la lucha presidencial.

Considerada la cuestión internacional en consejo de gabinete, se acordó decretar la movilización, y el activo ministro de Guerra, don Ladislao Errázuriz, dispuso una serie de medidas encaminadas a engrosar las guarniciones del norte, obtuvo los fondos necesarios del Congreso para encargar nuevos armamentos y despertó la fibra patriótica como si se tratara de combatir a un enemigo ya cerca de la frontera, preparar un asalto al puerto del Callao o trepar al Altiplano. Nadie podía dudar de la sinceridad con que procedía el Ministro de Guerra.

Ante esta situación se suspendieron las conversaciones sobre la solución del problema presidencial y la atención pública se concentró en los aprestos militares.

La Federación de estudiantes y los subversivos. Dos de los más importantes elementos que habían acompañado al señor Alessandri en su campaña adoptaron una actitud contraria a las resoluciones del gobierno, viendo en ellas sólo un recurso político tendiente a asegurar el triunfo del señor Barros Borgoño.

La Federación de estudiantes se pronunció abiertamente contra las medidas adoptadas por el gobierno y la publicación "Numen" las atacó con violencia.

La juventud unionista, que había sufrido durante la elección los actos de la Liga contra el cohecho y había soportado las tumultuosas manifestaciones populares en favor de Alessandri, recobró bríos, animada por el sentimiento patriótico, organizó sus huestes y, como se dijo entonces, con la complicidad de elementos de la policía, asaltó la imprenta "Numen", atropelló en la calle a su director, don Santiago Labarca, y saqueó el Club de la Federación de Estudiantes, ubicado entonces en el centro de la ciudad.

En la masa obrera, la idea de la movilización era considerada también como una maniobra política encaminada a arrebatarse el triunfo del señor Alessandri. La Asociación I. W. W., conside-

rada como un núcleo anarquista, adoptó resoluciones no menos violentas que las de la Federación de Estudiantes.

A los disturbios callejeros siguió la acción de la autoridad. Se inició un proceso contra los subversivos, que llevó a la cárcel a los dirigentes obreros reputados como anarquistas y a los directores del movimiento universitario.

Las protestas por estos sucesos no tenían eco en aquella atmósfera caldeada por el sentimiento patriótico.

Actitud del señor Alessandri. La posición del candidato de la alianza era difícil. Sus amigos, sus más fogosos partidarios, sufrían persecuciones y la prisión misma por defender su causa. ¿Tomaría su defensa y afrontaría la ola patriótera?

Psicólogo profundo, el señor Alessandri apreció la situación y declaró a la prensa:

"Mi opinión bien arraigada es que estamos en presencia de un problema más diplomático que militar. La medida gubernativa de reforzar nuestras guarniciones del norte, ha sido prudente y necesaria. El país debe estar preparado para cualquier evento, sin perjuicio de que las medidas que tienden a conseguirlo, no se adopten en condiciones que, sin que sea estrictamente necesario, impongan sacrificios considerables al Estado".

El candidato separaba la cuestión presidencial del conflicto internacional, mientras ayudaba discretamente a las víctimas de los sucesos.

Las aprensiones patrióticas no tardaron en disiparse. Ni el Perú ni Bolivia habían respondido con medidas análogas a la movilización decretada en Chile. Ambos gobiernos comprendían que les sería de nuevo fatal una guerra. El mundo acababa de salir de la gran conflagración y había creado un organismo para resolver las cuestiones internacionales: la Sociedad de las Naciones. El candidato tenía razón: el problema era más diplomático que militar.

Los gobiernos de Lima y de La Paz se concertarían para hacer una presentación conjunta ante la Sociedad de las Naciones sobre el problema del Pacífico.

Se acercaba la fecha en que debían reunirse los colegios provinciales para proceder a la elección de Presidente de la Re-

pública. La opinión pública, ya tranquila sobre la cuestión internacional, volvió a preocuparse del grave problema interno.

Los colegios provinciales. Se esperaba que alguna sorpresa ocurriera en el resultado de los colegios provinciales. Se temía que algún elector de Presidente fuera secuestrado o cohechado, que una poblada impidiera el funcionamiento del colegio en alguna provincia favorable a Alessandri o a Barros Borgoño.

El gobierno tomaba todas las medidas necesarias para garantizar el orden público y ambas combinaciones convocaban a sus adeptos para vigilar el acto electoral.

Hubo incidentes en algunas localidades, pero los colegios funcionaron correctamente y el resultado de sus actas daba la mayoría al señor Alessandri. Sus partidarios le consideraron, desde ese momento, como el Presidente electo.

En cambio, en los sufragios de primer grado, el triunfo correspondía al señor Barros Borgoño. Si el sistema electoral hubiera sido el de la elección directa por el pueblo, el señor Barros habría quedado elegido como Presidente de la República en la primera jornada, o sea, el 25 de junio. Gracias al sistema de elección en dos grados y al mejor aprovechamiento de sus fuerzas por la alianza, aparecía triunfando con el sufragio de los electores de Presidente, el señor Alessandri.

La calificación de las elecciones por el Congreso como forma de llegar a la designación del Presidente por este alto cuerpo, honor que seguramente correspondería al señor Barros, aparecería como completamente justificada, pues tendía a consagrar el resultado de la elección de primer grado, o sea, de la manifestación directa de la voluntad popular.

Posiciones de ambos bandos. Los partidarios del señor Alessandri mantenían la agitación popular. Cada día, desde su balcón, el candidato gritaba al pueblo que "pese a quien pese" llegaría a la Presidencia de la República, y cada día reiteraba sus promesas en favor de las clases populares, declarando la guerra a la oligarquía y a los ricos. Los pobres creían que se procedería a un reparto de bienes; miraban al León como a un mesías, creían que hacía milagros y constantemente grupos de hombres y muje-

res del pueblo pasaban estacionados en los escaños de la Alameda, frente a su casa, para verle salir o acudir a defenderle de cualquier ataque.

En medio de este ambiente, el candidato había cambiado por completo de aspecto. Aquel diputado de 1897, alto y delgado como una varilla, con el tiempo había engrosado y tenía un andar pesado, con sus espaldas ligeramente cargadas; violento siempre, es ahora irascible y usaba un fuerte lenguaje. Parecía un poseído capaz de todos los actos de coraje que se desarmaba hasta la amabilidad al acercarse a alguno de los pobres. Sentía que una fuerza secreta guiaba su destino como el apóstol de una gran causa, el elegido para guiar la suerte de su pueblo. Tenía absoluta fe en su triunfo y sabía comunicarla, encendida y ardientemente, a la masa popular. En nombre de ella exigía a sus electores toda clase de sacrificios, los que, fascinados, se mostraban dispuestos a rendir por él su vida.

Nada le detenía. El motín, el golpe de estado, la revolución sangrienta, todos los medios eran posibles y aceptables. *Pese a quien pese*, llegaría a la Presidencia de la República y se cumplirían los vaticinios de los augures, que supersticiosamente consultaba.

Alessandri era una gran fuerza en acción. El cadejo de cabello que caía sobre su frente en rebelde onda, la posición en que espontáneamente colocaba a veces la mano en su pecho, hacían recordar a Bonaparte.

La alianza se preparaba para la acción y se disponía a recurrir hasta a las armas para asegurar el triunfo de su candidato. Su actitud era mucho más subversiva del orden público que la de los estudiantes y obreros, víctimas del proceso entablado contra ellos por la manifestación de sus opiniones.

La causa contra los subversivos había servido para sobreexcitar a estudiantes y obreros. No defendían tanto a las personas de los caídos como la libertad de opinión afectada por tan severas medidas.

¿Qué delito habían cometido al pensar que la movilización era un arma política? A pesar de la declaración del propio candidato de la alianza en favor de esta medida, los hechos habían demostrado que ella, sin duda sinceramente decretada por el mi-

nistro de Guerra, no correspondía a una necesidad real, sino a una alarma exagerada.

Sin embargo, ahora se hablaba públicamente de la revolución, de desconocer el fallo del Congreso, de arrojar del templo de las leyes a los mercaderes usurpadores de la voluntad popular, de tomar las armas y derramar hasta la última gota de sangre en servicio de la causa y estas actitudes no eran consideradas como actos de subversión ni determinaban la formación de un proceso.

Mientras la alianza públicamente predicaba la acción, la unión liberal se preocupaba de preparar la reunión del Congreso. Su candidato, el señor Barros Borgoño, no había perdido un momento su mesura y corrección; no se había alterado su paso solemne y reposado, con una mano en la espalda, mientras la otra sostenía su bastón de empuñadura de oro y sus guantes. No se desbordaba en su lenguaje y, como alguien decía, parecía saborear la frase y le halagaba oír el eco de su voz bien timbrada. Hacía pensar en los Luises de Francia.

Todo debía transcurrir dentro del orden constitucional más perfecto. No había que alarmarse por los voceríos del pueblo. El Congreso soberano era el legítimo representante de la soberanía nacional, a quien la Constitución confiaba la resolución del problema presidencial. Recomendaba a sus partidarios la calma, el orden, el respeto a las instituciones, sin perjuicio de acudir a su defensa enérgica si las circunstancias lo exigían.

Este lenguaje tranquilo no despertaba el entusiasmo de sus correligionarios que le miraban como un hombre frío y le tachaban de egoísta.

Para la unión liberal un primer y grave problema se presentaba: era indispensable asegurar el funcionamiento de la herramienta en que basaba su triunfo. Disponía de la mayoría del Senado, pero sólo de la mitad menos uno de los miembros de la Cámara de Diputados, y la Constitución exigía la presencia de la mayoría absoluta de cada una de las ramas del Parlamento para que pudiera funcionar el Congreso pleno encargado de calificar la elección presidencial. Circulaba el rumor de que los diputados liberales independientes no asistirían al Congreso para imponer con esta actitud la formación de un tribunal de honor.

Se revisaba la lista de diputados y se llegaba a la conclusión de que sólo con el regreso de los ausentes, en viaje de paseo por Europa, se podría obtener el *quorum* constitucional. No había tiempo de que volvieran; pero la reunión del Congreso podría aplazarse, no era una fecha fatal el 30 de agosto, y así tendrían tiempo de llegar. No era segura, por otra parte, la actitud de los diputados liberales independientes. Tampoco podía pensarse que se atrevieran a frustrar con su ausencia el funcionamiento del más alto cuerpo del Estado, sin estar ligados a uno u otro candidato. Esta actitud sería subversiva, colocándoles desde ese momento en las filas de los adversarios, desprovistos de la neutralidad de que blasonaban. La prensa unionista atacó a los independientes, al grupo *electrolítico*, liberales químicamente puros, como se les designaba.

El gabinete reanudó sus gestiones para llegar a un acuerdo entre los partidos a fin de solucionar el problema presidencial. Dos hechos harían posible estas gestiones.

El fraude de Chiloé. Los resultados de los colegios provinciales correspondían a los datos ya conocidos y publicados oficialmente sobre el resultado de la elección del 25 de junio. Sin embargo, empezó a correr en las filas de la unión el rumor de que no era verdad el triunfo de Alessandri y que pronto se encontraría con una sorpresa. Se guardaba el mayor misterio sobre el hecho que llenaba de regocijo a los unionistas y que ellos mismos ignoraban.

Se sabía que habían fracasado las gestiones hechas para que volvieran del extranjero los diputados ausentes y, en consecuencia, la unión no podía contar con el funcionamiento del Congreso. Sin embargo, el rumor cundía y se concentraba en la idea de que alguno de los electores de Alessandri habría votado por Barros. Las informaciones del resultado de los colegios provinciales desmentían esta especie.

No tardó en empezar a descubrirse el secreto. El sobre que contenía los instrumentos electorales del colegio de Ancud había llegado en forma extraña al correo, y una investigación se abrió sobre el particular. El presidente del Senado, señor Lazcano, y el jefe de los trabajos unionistas, señor Claro, descendieron a la

bóveda a examinar la forma externa de los documentos recibidos. El propio señor Alessandri efectuó personalmente la revisión y se dio por satisfecho. Todo era una broma de mal gusto. No tenía ninguna base el rumor que alegraba a la unión.

Un amigo mío de las filas unionistas que había presenciado la elección de Chiloé, de regreso de Ancud pasó a verme y me contó que se habían producido algunos fraudes en la elección del 25 de junio, pero que el colegio provincial del 25 de julio había funcionado correctamente y se habían extendido todas las actas del caso, las que encerradas en los sobres correspondientes fueron depositadas en las oficinas del correo. Esa misma tarde un agente unionista se instaló en este sitio, abrió cuidadosamente los sobres, falsificó las actas y las cédulas con que habían votado los electores de Presidente, las que arrojaban ahora la totalidad de los sufragios en favor del señor Barros Borgoño. El día que en el Congreso pleno se abrieran las actas de los colegios provinciales, se vería así que el señor Barros tenía la mayoría de los electores de Presidente.

La falsificación era demasiado burda para que aún la más abyecta mayoría del Parlamento se atreviera a sostenerla. Ella debía producir indignación aun en las filas mismas de la unión. Divulgado así el fraude de Chiloé, el padre del atolondrado y audaz autor de semejante hecho, imploró la clemencia para que no se revelara este fraude y cayera la ignominia sobre el nombre de su hijo. Los dos bandos convinieron en no abrir el sobre del colegio provincial de Ancud y considerar como resultado de la elección el ya conocido, sin perjuicio del examen de las reclamaciones de nulidad sobre el acto electoral del 25 de junio.

La unión se mostró más asequible para estudiar una forma de solución del problema presidencial.

Nuevas gestiones de conciliación. El ministro del Interior, señor García de la Huerta, provocó una nueva reunión de los elementos directivos de ambos bandos y obtuvo que de cada parte se nombrara un comité de tres o cinco miembros que estudiara el problema presidencial y la forma de solucionarlo. Estos comités se reunirían en el Senado. Ambas combinaciones designaron sus representantes y las reuniones eran presididas virtualmente por

don Antonio Huneeus que figuraba en la delegación aliancista. El comité general así formado, tenía una curiosa característica. No faltaba algún miembro del comité aliancista, que allá en el fondo de su espíritu pensara que el objeto de estas reuniones era buscar una salida honrosa para Alessandri y facilitar el triunfo de Barros sin el encono que produciría una resolución partidista del Congreso. Y a la inversa, no faltaba algún miembro del comité unionista que creyera que se trataba de dar la consagración constitucional a la popularidad de Alessandri y eliminar en forma correcta la candidatura de Barros. Así, desde las primeras conversaciones, pudo verse que una y otra delegación carecían de una rígida unidad y que, en lugar del rechazo decisivo de las sugerencias que se formulaban, ellas eran objeto de estudio y modificaciones, y en ocasiones la discusión era más viva entre los miembros de una misma delegación que entre los propios adversarios.

Aceptada en principio la idea de confiar el problema a un tribunal de honor, quedaban dos puntos principales como base de discusión: ¿Cuáles serían las facultades del tribunal? ¿Cuál sería su composición?

Intimamente ligadas estas dos cuestiones, la fuerza de las cosas las llevaba a una discusión conjunta.

Los delegados unionistas propusieron como tribunal la propia Corte Suprema de Justicia. La mayoría de sus miembros simpatizaba con la candidatura Barros. El fallo de la Corte sería en derecho y la mayoría unionista del Congreso se comprometía a acatarlo.

La delegación aliancista sostenía que el problema no sólo era jurídico, tenía un alto significado político y que no convenía al interés público mezclar a la magistratura judicial en la lucha de los partidos. Un fallo jurídico, por otra parte, permitía la revisión y no la rectificación de la elección. Era necesario no sólo declarar nulidades, sino determinar cuál habría sido el resultado de la elección si no hubiera mediado el fraude.

De la composición del tribunal se volvía al estudio de sus facultades.

Sobre la misma base de la magistratura surgió una proposición transaccional. Podría confiarse la tarea, no a la Corte Su-

prema como tal, sino a un tribunal *ad hoc*, compuesto de magistrados de esta Corte y de la de Apelaciones, elegidos por ambos bandos de común acuerdo, o bien, podría recurrirse a magistrados jubilados.

La delegación unionista declaraba que respecto de todo tribunal distinto de la Corte Suprema, no podía admitir otra facultad que la de informar sobre las reclamaciones, reservándose la mayoría del Congreso la aceptación o rechazo del informe.

En éstas y otras gestiones pasaron varios días, sin que se viera la posibilidad de llegar a un acuerdo, si bien podía notarse el deseo de importantes círculos de ambos bandos y de algunos miembros del comité, de llegar a un resultado efectivo.

Manifiesto liberal-independiente. Se acercaba la fecha en que debía reunirse el Congreso pleno, el 30 de agosto, y era necesario llegar a una solución.

Me dominaba una angustia patriótica que me incitaba a actuar. La elección de Barros por el Congreso, dejaría en el país la impresión de que se había dado a la cuestión un fallo político, que atropellaba la voluntad popular, y que un usurpador llegaba a la Moneda. En 1896, el fallo del tribunal de honor había suavizado las asperezas del gobierno de Errázuriz. En 1915, sin el fallo del tribunal, Sanfuentes, constitucionalmente elegido, subió al poder y tuvo que afrontar la impopularidad manifestada en las elecciones de 1918.

La llegada de Alessandri a la Moneda por un golpe de estado, o de un acto revolucionario, era aún más grave. No sólo se interrumpiría nuestra honrosa tradición de un pueblo respetuoso de sus instituciones, ejemplo en América Latina y en el mundo, sino que se abriría una era de perniciosos trastornos.

Si ambos candidatos tenían la conciencia de su triunfo, no debían vacilar en confiar su examen y resolución a un tribunal de honor. Si, en virtud de su decisión, el Congreso elegía al señor Barros Borgoño, que había obtenido la mayoría de los sufragios de primer grado, subiría a la Presidencia sin la sospecha siquiera de que se había cometido una irregularidad y podría contar en su gobierno no sólo con el respeto, sino con la colaboración de sus adversarios. La misma situación se produciría si el

Congreso, a pesar de que su mayoría era adversa al señor Alessandri, procedía a elegirle en virtud de una resolución del tribunal de honor, confirmando su triunfo, por lo menos aparente, obtenido en los comicios del 25 de julio.

Provoqué una reunión de los diputados liberales independientes y les propuso lanzar un manifiesto a ambas combinaciones políticas llamándoles a la concordia y haciéndoles comprender que estábamos dispuestos a no asistir al Congreso si no llegaban a un acuerdo que garantizara la corrección de la calificación de la elección.

Siete diputados firmamos este manifiesto, que fue publicado en la prensa. Nuestra actitud fue mal interpretada en la unión y de nuevo comenzaron los ataques de los diarios coalicionistas a los diputados *electrolíticos*, dirigidos especialmente en mi contra. Pasaría sobre todas estas miserias para rendir al país el servicio que me proponía, sin que mis simpatías o afecciones me llevaran del lado de uno u otro candidato.

En cambio, en las filas de la alianza nuestra declaración produjo júbilo y, esa misma tarde, recibí la visita de Alessandri, acompañado de algunos de sus amigos, que iba a declararme que firmaría, a ojos cerrados, el pacto de constitución de un tribunal de honor que yo aceptara.

Estaba lejos de mi ánimo pretender intervenir entre ambas combinaciones en otra forma que la adoptada de un llamado a la cordura. Eran las propias combinaciones y sus candidatos quienes debían llegar a un acuerdo. Nosotros nos habíamos limitado a definir nuestra actitud y a subordinar nuestra asistencia al Congreso al acuerdo de los dos bandos. Ello dependería de la apreciación que nos mereciera el fracaso de la gestión misma. Si la alianza oponía obstáculos, injustificados a nuestro juicio, para la solución del problema, asistiríamos al Congreso. Si los obstáculos provenían del lado de la unión, nos abstendríamos. Ambas partes deberían apreciar esta situación y resolver por sí mismas, sin nuestra intervención su actitud, y convenir la forma y facultades del tribunal de honor, idea ya aceptada en principio.

No queríamos nosotros que más tarde uno de los dos contrincantes dijera que los liberales les habíamos impuesto una solución y que, ante ella, debieron sacrificar sus derechos. No.

Ambas combinaciones estaban obligadas a entenderse sin nuestra intervención y a asumir las responsabilidades del acuerdo o del fracaso.

Alessandri abundó en la expresión de sus anhelos de concordia y para mostrarme su buena disposición de ánimo, siguiendo quizás las inspiraciones de algún augur, me declaró que inmediatamente aceptaría confiar la resolución del problema a los señores Ismael Tocornal y Emiliano Figueroa, ex Vicepresidente de la República, quienes no eran sus partidarios, pero en cuya rectitud confiaba. Me pedía que transmitiera esta proposición a la unión liberal. Me negué a aceptar tal comisión que podía confiar a sus representantes en el comité encargado de estudiar la cuestión.

La primera impresión desfavorable en el campo unionista, se desvaneció, y no tardé en recibir la visita de los señores Fernando Lazcano y Luis Claro Solar. Iban en nombre del señor Barros Borgoño, a pedirme que estudiara por mí mismo las reclamaciones unionistas. Tenían la mayor fe en mi rectitud y en mi conocimiento de la ley de elecciones, que era mi obra, como en mi experiencia electoral. Si los diputados liberales independientes tenían el temor de que la mayoría del Congreso aceptara reclamaciones infundadas, la unión las sometía previamente a mi examen y sostendría sólo aquellas que yo considerara justificadas. Desde luego la unión estaba llana a reconocer todas las reclamaciones fundadas deducidas por la alianza. Las garantías que buscábamos estaban así obtenidas y no era necesario buscar un tribunal de honor, contrario a la Constitución, ni tratar de imponerlo con una amenaza, hasta cierto punto subversiva, de frustrar el funcionamiento de los poderes públicos con una injustificada abstención.

Explicué a mis distinguidos amigos el carácter de nuestra actitud y les expuse las razones que me asistían para no aceptar su honrosa sugestión. La impresión pública no cambiaría en nada si, por este medio, la resolución del Congreso dependía de mi voto. Mi actitud, contraria a la candidatura Alessandri desde sus comienzos, produciría, por muy impecables que fueran mis resoluciones, el mismo efecto que yo trataba de evitar por medio del tribunal de honor. Les expliqué todo el fondo de mi pensa-

miento enteramente extraño al interés de uno u otro candidato e inspirado sólo en el interés público. Les pedí que, lejos de oponerse, facilitaran el acuerdo, repitiéndoles las mismas declaraciones que había hecho a Alessandri.

Los señores Lazcano y Claro se manifestaron disgustados de mi actitud, pero llegaban a un punto del cual no podían escapar. Si están seguros de su triunfo, ¿por qué temían el fallo de un tribunal de honor?

Continuaron las reuniones del comité de ambos bandos, pero luego habría de imponerse una nueva intervención de los diputados independientes.

Intervención electrolítica. El rigor del invierno evitaba las manifestaciones populares callejeras. La agitación del pueblo se concentraba en las reuniones de sus clubes. Sólo inquietaba en la región del carbón y en la pampa salitrera, sitios demasiado distantes de los círculos políticos de la capital, para que lograra preocuparles. En esta atmósfera de aparente calma para la unión, no era necesario el recurso a un tribunal de honor y quizá la alianza, al aceptarlo, descansaba sobre el rechazo del otro bando. Para muchos aliancistas la idea de someterse a la decisión de un tribunal de honor, era una locura, era caer en las redes que yo tendía al señor Alessandri, a quien tanto había combatido, para cerrarle el camino de la Presidencia. ¿Acaso el tribunal de honor se atrevería a declarar algo que obligara al Congreso a elegir un Presidente contra la opinión de la mayoría de sus miembros? Se trataba cínicamente de rodear de cierto prestigio la resolución política que el Congreso adoptaría en favor del señor Barros Borgoño.

Las reuniones del comité mixto llegaron a un punto tal que, en lugar de ser convenientes, esterilizaron su acción, y fue necesario declarar terminada su gestión y acordar una reunión final al día siguiente con el solo objeto de firmar un acta dejando testimonio de su desacuerdo.

Los diputados independientes nos reunimos a deliberar y acordamos pedir al ministro de Hacienda, don Francisco Garcés Gana, que, en nuestro nombre, concurriera a la reunión última del comité mixto. El señor Garcés debía llamar a ambos ban-

dos a la concordia, lograr fórmulas de solución u ofrecerlas en caso necesario. De todas maneras debía impedir que esa tarde se firmara el acta de ruptura e imponer la continuación de las negociaciones.

El comité recibió con sorpresa y desagrado la intervención del parlamentario liberal; pero el señor Garcés supo hacerles comprender la gravedad de la situación y la posición delicada ante la opinión pública en que se encontrarían los miembros del comité si rechazaban su intervención. En efecto, ¿qué podrían estampar en el acta? Que no habían llegado, a pesar de sus abnegados esfuerzos, a encontrar una fórmula de acuerdo. ¿Cómo podrían explicar en seguida, que rechazaban la intervención de un miembro del gobierno que, a nombre de los siete diputados, ejes que decidían del *quorum* constitucional y la mayoría de la Cámara, venía patrióticamente a ofrecerles fórmulas de arreglo?

El comité tuvo que inclinarse. El señor Garcés encontró apoyo en algunos de sus miembros y se convino que al día siguiente se reunirían de nuevo para oír las proposiciones de los diputados independientes.

Desde esa misma tarde, mi casa se vio concurrida por amigos aliancistas y unionistas y personalidades independientes. Cada cual llevaba una solución. Don Fulano de Tal o don Mengano de Cuál era el hombre indicado para resolver la cuestión. La frase discutida del proyecto de convenio podría modificarse en tal sentido o reemplazarse por tal otra fórmula. Todo esto me mostraba que la idea del tribunal correspondía al pensamiento de la gente sensata y patriota.

Los amigos liberales independientes me habían confiado la redacción de las soluciones que debíamos proponer; nos reuniríamos en casa a las once de la mañana del día siguiente y, a las cinco de la tarde, debía entregarlas el señor Garcés Gana al comité. Recuerdo que sólo a las 2 de la mañana pude dedicarme a escribirlas.

—¿No han encontrado Uds. una solución? —habíamos dicho—. Nosotros les ofreceremos más de veinte.

Esta declaración, que parecía una fanfarronada, tendía a evitar, como alguien pensaba, que nosotros tuviéramos la idea de

imponer una fórmula. Al contrario, procurábamos sólo facilitar el acuerdo de los partidos.

Las visitas, con su charla e insinuaciones, habían facilitado enormemente la tarea que me confiaron mis amigos. Debía formular por lo menos 21 proposiciones.

No olvidaba la sugerencia de Alessandri. Así, en el N.º 11, justamente al medio, coloqué su fórmula, modificándola en el sentido de que los señores Figueroa y Tocornal nombrarían el tercer árbitro para constituirse en tribunal. Pensé que no era conveniente formular proposición alguna sobre las facultades del tribunal. El acuerdo sobre su composición podía facilitar esta tarea.

En nuestra reunión los amigos aceptaron mi proyecto y convinimos guardarlo, en la mayor reserva, hasta el momento de su presentación. El Presidente de la República se lo había pedido a su ministro de Hacienda, pero éste podía contestarle que no lo tenía en sus manos y expresarle que sería la primera persona en conocerle. Personalmente escribí a máquina las copias necesarias, las que entregué a nuestros parlamentarios momentos antes de la reunión. El primer ejemplar fue depositado en manos del Presidente.

Nuestro pliego produjo pésima impresión. Aparecía demasiadas veces el nombre del señor Tocornal como árbitro. Algunas de las proposiciones eran las mismas rechazadas sin que las modificaciones introducidas alteraran el valor de las objeciones ya formuladas. El rechazo alcanzaba el tono de la indignación al considerar aquella que confiaba a la mesa de ambas Cámaras el fallo de la cuestión presidencial. La mesa del Senado se componía de dos unionistas, la de la Cámara de dos aliancistas y se integraba con un diputado liberal unionista, muy amigo mío, don Vidal Antonio Arellano.

El problema más grave, la elección de Presidente, se iba a confiar al diputado por Cauquenes, que por primera vez llegaba a la Cámara. ¿Era una burla?

Alguien observaba que esta proposición tenía el N.º 13.

No había por qué acalorarse. Las dos combinaciones tendrían tiempo de elegir la fórmula que prefirieran; pero si la alianza li-

beral rechazaba nuestras soluciones, asistiríamos al Congreso. Si el rechazo provenía de la unión, nos abstendríamos.

Más que las fórmulas mismas, lo que molestaba, era la intervención de los *electrolíticos*; algunos miembros del comité unionista tentaron a Alessandri con una sugestión para entenderse directamente, que fue rechazada.

Mientras tanto otros llegaron a mi casa con el fin de procurar un acuerdo.

Hacia el acuerdo. Al día siguiente se reunieron en mi domicilio algunos miembros de ambos comités, partidarios de la solución. La unión liberal, elegía como base la fórmula N.º 11, precisamente, la única insinuada por Alessandri. La alianza la resistió.

Para facilitar el acuerdo propuse otra sobre las facultades del tribunal de honor, en la cual se consideraba la de anular y reemplazar votos hasta decidir cuál de los dos candidatos tenía *mejor derecho* a la Presidencia de la República, en vista del resultado de la elección, exento de vicios. Con ligeras modificaciones este texto figuró en el acuerdo.

Además, propuse que la base de la fórmula 11 fuera ampliada, agregando a los señores Emiliano Figueroa e Ismael Tocornal, los presidentes de ambas Cámaras, señores Fernando Lazcano y Ramón Briones Luco; los cuatro, por acuerdo unánime, debían designar el quinto miembro del tribunal.

Consultada esta solución a ambos candidatos, fue aceptada. En seguida me propuse que se modificara elevando a tres el número de árbitros a elegir por los cuatro, de manera que el tribunal se compusiera de siete miembros. También aceptaron los candidatos esta modificación.

El comité mixto fue a reunirse en el Senado para sellar el acuerdo.

Veía así, con profunda satisfacción, el feliz término de mis esfuerzos por llevar a los dos bandos a la conciliación. Cualquiera que fuera la resolución del tribunal de honor, podía considerarse desde luego asegurada la tranquilidad de la república y lograda una atmósfera de colaboración en torno del nuevo gobierno.

Nuevas dificultades. Esperaba tranquilamente en el comedor de la Cámara el resultado de la reunión que en esos momentos se celebraba en la secretaría del Senado, cuando Cornelio Saavedra, miembro de la delegación aliancista, llegó a comunicarme que había recibido orden de la casa de Alessandri de no llegar al acuerdo y me pidió que interviniera personalmente para decidirlo en favor del tribunal.

Hacía años que yo no pisaba la casa del señor Alessandri. Fui, sin embargo, a ella. Mi visita causó sorpresa y, cerrando puertas y ventanas a mi paso, me condujeron a su escritorio privado, no sin que yo alcanzara a percibir, en uno de los salones interiores, un numeroso grupo de militares uniformados.

Nuestra entrevista fue corta. ¿Quería el candidato de la alianza recurrir a las armas? Nosotros nos reuniríamos para defender las instituciones civiles. Aquello sería una locura. Alessandri declaró que deseaba la solución del problema por medio del tribunal, que mantenía su compromiso y que lo reiteraba inmediatamente por teléfono. A veces no lograba contener las inquietudes de sus amigos, pero él deseaba la solución pacífica del problema presidencial, comprendiendo la trascendencia que tendría un movimiento armado.

Al día siguiente era el candidato de la unión quien manifestaba su disgusto por los acuerdos celebrados por el comité, declarando que abandonaban su causa sus propios amigos. Y esta vez los miembros del comité unionista exigían de su parte la aceptación de los compromisos que habían contraído.

Por fin quedó firmado el compromiso entre la alianza y la unión.

El país daba un nuevo ejemplo de cordura, único, quizás, en la historia del mundo.

La integración del tribunal. Los señores Fernando Lazcano, Ismael Tocornal, Emiliano Figueroa y Ramón Briones Luco, se reunieron en el Senado para desempeñar la honrosa tarea que les confiaba el pacto del tribunal de honor. Su primer deber era elegir por unanimidad los otros tres miembros del tribunal.

La primera reunión no produjo resultado. El señor Lazcano sostenía que el tribunal debía integrarse con miembros de la Cor-

te Suprema de Justicia o con personas que hubieran desempeñado tan alta magistratura judicial; fuera de este terreno no era posible un acuerdo unánime y tampoco lo era dentro de él llegar a la designación de las personas.

Una nueva reunión daría tiempo para reflexionar. Pero al día siguiente, la situación se mantenía igual y no era posible obtener el asentimiento unánime, debido a la actitud del señor Lazcano, que, mal de su grado, había aceptado la constitución del tribunal.

El señor Alessandri, en una entrevista con el señor Lazcano, su antiguo jefe en largas campañas políticas, su amigo íntimo, le había enrostrado su actitud tenaz en su contra, diciéndole:

—Ud., don Fernando, no podrá votar en contra mía. Se caerá muerto antes de votar en mi contra.

La lluvia de aquel día no lograba calmar los ánimos.

El comité directivo de la alianza liberal, convocando rápidamente a la presidencia de la Cámara, se reunió para deliberar y oír de labios del señor Briones lo sucedido en la sesión preparatoria para constituir el tribunal.

Después de larga deliberación, el señor Alessandri me pidió que concurriera a la reunión del comité aliancista para que oye-
ra, por mí mismo, la impresión de sus amigos. Los más fogosos partidarios del señor Alessandri declararon que no era aceptable la proposición formulada por el señor Lazcano, ni su actitud de resistencia y rechazo perentorio de toda persona que ofreciera garantías de imparcialidad; había llegado el momento de poner término a toda esta gestión y de hacer caer sobre la unión la responsabilidad del fracaso. A la opinión de los más fogosos seguía la de los más tranquilos y serenos que llegaban a la misma conclusión.

Llamado a opinar dije que para mí sólo cabía considerar en ese momento el interés público; los intereses de las combinaciones y de los candidatos eran subalternos. El acuerdo realizado tenía una alta significación patriótica y no podía frustrarse. Por el momento, no se trataba de buscar un responsable del fracaso, sino de evitar el fracaso mismo asegurando una solución tranquila y honrosa del problema presidencial. No podía desconocer que la actitud del señor Lazcano parecía de una intransigencia

exagerada, pero no faltarían fórmulas para lograr la conciliación.

Estamos cansados de fórmulas, exclamó alguno con impertinencia.

Por mi parte, contesté tranquilo que seguramente la violencia era una solución más rápida, pero que nadie podía medir toda la extensión de sus fatales consecuencias.

Alessandri se manifestó más prudente que todos sus partidarios y, después de exponer sus anhelos de paz, me preguntó si, a mi juicio, había alguna esperanza de llegar a un acuerdo unánime para integrar el tribunal.

Le respondí que no me parecía imposible. El propio señor Alessandri podría formar una lista de personas dignas de la confianza general entre las cuales pudieran elegirse los tres árbitros que faltaban.

En ese momento entró a la sala don José Pedro Alessandri, hermano del candidato y senador por Aconcagua. Yo vi en su llegada un poderoso auxilio a las soluciones pacíficas. Pero, impuesto de lo que ocurría, en forma violenta se declaró contrario al tribunal y sostuvo que debía aprovecharse la oportunidad para echar sobre los hombros de la unión, gracias a la actitud de don Fernando, la responsabilidad del fracaso. Su hermano tenía la Presidencia en la mano y no podía entregarla a los azares de la decisión de siete señores. Acababa de hablar con tales y cuales jefes de la guarnición. No habría necesidad de derramar una sola gota de sangre.

Consideré prudente retirarme de la reunión. Reiteré una vez más que los diputados liberales no deseábamos influir en los acuerdos de las combinaciones políticas. Nos habíamos limitado a declarar nuestra actitud y sus consecuencias, y reservábamos el juicio acerca de la responsabilidad del fracaso. Pero el intento de recurso por la fuerza sería decisivo para determinar nuestra actitud. El comité de la alianza podía aceptar la proposición que mejor conviniera a sus intereses.

Me retiré de aquella reunión con el alma oprimida. Esa misma noche podía quedar roto el tribunal de honor.

La alarma corrió por los diversos círculos políticos y amigos personales de todos ellos concurren a aquella noche a mi casa en busca de informaciones.

Se encontraban allí bajo el techo de teja de mi modesta casa, enconados enemigos de la víspera que se distribuían en grupos entre el escritorio y las salas de recibo y ocupaban para sus cuchicheos y gestiones mi propio dormitorio y la sala de estudio de mis hijos. Cada cual quería hacer algo y, los que llegaban a concebir un plan, consultaban aquí y allá sus lucubraciones.

A las 11 y media, se anunció la visita de Alessandri. Llegó en compañía de algunos de los jefes de su campaña y pidió conversar reservadamente con Tocornal y conmigo. Tuvimos que reunirnos en un dormitorio. Alessandri expuso que la jornada le había sido muy difícil. Por fin, había logrado obtener que sus partidarios le autorizaran para continuar adelante con el tribunal de honor. Venía a decirle al señor Tocornal que, por su parte, aceptaba los nombres que él mismo propusiera, sin ninguna restricción.

Don Ismael le pidió que le indicara algunos nombres. Alessandri le rogó que le diera un compañero radical a Briones Luco, como Armando Quezada, por ejemplo. Le declaró que aceptaba a don Luis Barriga, antiguo ministro de la Corte Suprema, propuesto por el señor Lazcano, y que el tercer nombre lo dejaba enteramente a su apreciación, como los otros, indicando de paso varios que merecían general confianza.

Tan pronto como Alessandri se retiró, don Ismael pasó de sala en sala y de círculo en círculo, proponiendo listas de jurados integrantes, hasta llegar a formarse la convicción de que los nombres de don Luis Barriga, don Guillermo Subercaseaux y don Armando Quezada, contaban con la aceptación general. Los amigos unionistas partieron esa misma noche a obtener la aceptación de don Fernando Lazcano y del candidato don Luis Barros Borgoño.

Al día siguiente, el tribunal de honor quedaba constituido con las personas indicadas.

Fallecimiento de don Fernando Lazcano. El tribunal de honor se instaló en la secretaría del Senado y celebró una sesión preparatoria para designar el personal auxiliar y fijar el plan de su labor.

A la hora en que el tribunal debía comenzar propiamente sus funciones, al día siguiente, al penetrar al recinto del Senado, cayó súbitamente muerto su presidente, don Fernando Lazcano, víctima de un ataque al corazón.

Padecía don Fernando de una grave afección cardíaca; con frecuencia le venían ataques que remediaba inclinándose profundamente para regularizar la circulación; no le prestaba mayor atención a su enfermedad, y contra las previsiones de los médicos que le habían anunciado que podía caer muerto en la calle, hacía mucho ejercicio andando. En esta ocasión volvía de la casa de una de sus amistades, situada un poco distante del centro de la ciudad.

La noticia de esta desgracia se difundió rápidamente. Mantengo viva la impresión de aquellas escenas dolorosas.

Sobre la mesa de trabajo preparada para el tribunal de honor, quedó extendido el cadáver de don Fernando. La muerte súbita, sin dolor, no había perturbado la tranquilidad de su rostro, en el cual apenas se dibujaba una contracción de sus labios, como el último símbolo de un gran carácter.

Su figura imponente estaba envuelta en la majestad de la muerte. Había merecido en vida el respeto general y amigos y adversarios, le rendían homenaje ante sus despojos.

La justicia histórica empezaba para este gran ciudadano combatido y criticado.

Todos reconocían su honradez acrisolada. Jamás, ni la más leve sombra de un peculado había ensombrecido el prestigio de aquel hombre que, en muchas ocasiones, dispuso, sin contrapeso, de toda la influencia del gobierno.

Durante treinta años había compartido su vida entre el Senado y las atenciones de su fundo en Curicó, sus funciones de miembro del consejo de Estado, del consejo de la Caja de Crédito Hipotecario y de presidente del Banco Español de Chile.

El Senado, que tantas veces había presidido, era como su casa. No podía decirse que caía fuera de su hogar. Moría en su puesto, precisamente cuando se preparaba a librar la última batalla de su vida.

Leal amigo, leal adversario. En las luchas políticas se le había comparado con algún provincial jesuita o un inquisidor me-

dieval, sin que el sentido que vulgarmente se da a estas expresiones pudiera afectarle. Don Fernando tenía el talento del primero y la energía del segundo. Pero era franco y decidido. Ponía el valor en sus opiniones y las sostenía sin temor a la crítica. Era apasionado sin ser violento. Sabía guardar un rencor, pero era incapaz de hacer un mal. Bajo aquel aspecto frío, latía un corazón generoso e hidalgo.

Amigo de sus amigos, les ayudaba con desinterés y con una lealtad a toda prueba; comprometido en una situación, la servía con denuedo y, a su consejo, agregaba su acción decidida; fiscalizaba y combatía de frente y la cultura exquisita de su lenguaje no disminuía, sino que hacía brillar el acero de su frase; combatía de frente y sabía asumir la responsabilidad de sus actos.

Era todo un gran señor, sin farsas ni boatos; era un guerrero de los tiempos caballerescos. No era un tribuno de la plebe; pero sí, un senador romano, capaz de esperar rígido en su curul la invasión de los bárbaros, cuando ya era inútil combatirles en el campo de batalla.

No despertaba los entusiasmos de las masas, pero le rodeaba una atmósfera de estimación y de respeto que se manifestaba ahora unánime en torno de su cadáver.

Me correspondió presenciar la llegada del candidato de la alianza a la cámara mortuoria. Una honda y sincera emoción embargaba a Arturo Alessandri; las lágrimas corrían abundantes e incontenibles por sus mejillas. Se acercó al cadáver de aquel hombre que había sido su iniciador en la vida política, su jefe, su amigo, a quien había mirado como a un padre. Durante más de veinte años lució en el combate el escudo de su amigo, contrariando a veces sus propias convicciones. Ahora, cuando campeaba por sus propios fueros, le halló como su adversario. Todo aquel pasado se elevaba al mismo tiempo que el presente; la amistad estrecha, la lucha tenaz y aquellos sentimientos contradictorios caían de un solo golpe ante la muerte, para dejar lugar sólo a los afectos íntimos del corazón, superiores en sus fuerzas a las vicisitudes de la vida política, que juega con los hombres y les une hoy para separarles mañana.

Ante aquella separación eterna, antes que la esperada re-

conciliación interviniera, sin duda, Alessandri recibía un duro golpe. Le vi acercarse al cadáver y estrechar la mano aún tibia de su amigo. No era posible que partiera así, sin decirle siquiera adiós. Alessandri le había anunciado la muerte antes que se le presentara la ocasión de votar en su contra, y esta triste predicción acababa de cumplirse.

Al ver la mano de Alessandri estrechando con afecto y reteniendo un rato la de aquel cadáver, pensaba para mí si algo restaba allí del espíritu de don Fernando en ese momento. le haría sentir que toda separación entre ellos terminaba en el umbral de la muerte; que los afectos de toda una vida no se rompen fácilmente y se reanudan y solidifican a la luz eterna, que en esos mismos momentos un sacerdote invocaba para el difunto arrojando agua bendita sobre sus despojos.

No faltó alguien que comentara cruelmente:

—¡Qué suerte para Alessandri! ¡La muerte le ha librado de su más formidable enemigo en el tribunal de honor!

Sin duda, esta expresión no correspondía al profundo sentimiento de Arturo Alessandri ante el cadáver de don Fernando.

Aquella misma tarde se completó el tribunal de honor, con el reemplazo de don Fernando por el vicepresidente del senado, don Abraham Ovalle, miembro del partido conservador.

CAPITULO XV

Caledonia.

Julio, 1931.

HACIA LA SOLUCION

SUMARIO.—La situación.—La ley de educación primaria obligatoria.—Misión al extranjero.—Visitas a los candidatos. Con el señor Barros Borgoño.—Con el señor Alessandri.—Dificultades en el tribunal de honor.—Preocupaciones patrióticas.—La carta de despedida.—El fallo.—Entrevista de Sanfuentes y Alessandri.—La elección por el Congreso.

La situación. El Congreso se había constituido el 30 de agosto, conforme a lo prescrito en la Constitución, para ocuparse de la calificación de la elección presidencial; se habían distribuido en grupos las reclamaciones y, por sorteo, se designaron las comisiones que debían informar. Los expedientes pasaron al tribunal de honor y ante este órgano, constituido por el acuerdo de los partidos políticos, cada una de las combinaciones alegaría su derecho, exponiendo sus razones en pro o en contra de la nulidad de las elecciones.

Terminaba la inquietud y la zozobra en el público. En el Parlamento renacía la cordialidad de las relaciones entre los hombres de diversos grupos. El gabinete García de la Huerta no había encontrado dificultades para su labor y esta atmósfera predominaba en la sala, aún en la época en que la agitación reinaba en los pasillos con motivo de las gestiones para la formación del tribunal de honor.

Era necesario aprovechar las circunstancias para obtener el despacho de algunas leyes importantes.

La ley de educación obligatoria. Tres años iban ya a cumplirse a partir de la fecha en que la Cámara de Diputados, en virtud de la transacción que gestioné había aprobado el proyecto de ley de Educación Primaria Obligatoria. Su examen por el Senado no había alterado fundamentalmente el proyecto. El triunfo de la alianza liberal en las elecciones de 1918, no había modificado la situación. La reforma del reglamento de la Cámara de Diputados, con todas sus ventajosas medidas, no permitía una reforma integral. Era el momento de realizar *el bien posible* y me fue fácil obtener el concurso de voluntades de todos los grupos para que aquel proyecto, tan censurado, se convirtiera en ley de la república.

La promulgación de la ley de Educación Primaria Obligatoria y la aprobación por la Cámara de Diputados de un proyecto que largamente había gestionado sobre mejoramiento de la situación económica del profesorado secundario y universitario, fueron dos notas de alto interés y de simpatía, que contribuyeron a serenar la atmósfera.

El profesorado organizó un gran desfile patriótico para celebrar el acontecimiento nacional, y en esta ocasión tuve el agrado de recibir el reconocimiento de mis esfuerzos y la sanción a la vía crucis que había sufrido, soportando las críticas por mi actitud al provocar la transacción de 1917. Los comités parlamentarios me confiaron la respuesta al discurso de los manifestantes, en representación del Parlamento. Sólo recuerdo que la emoción me impedía hablar y que me limité a pronunciar algunas frases en el atrio de la puerta de la calle de la Compañía del edificio del Congreso Nacional.

Misión al extranjero. El Presidente me retuvo a la salida de una sesión del consejo de Estado, a principios de septiembre, para reiterarme el ofrecimiento del gobierno del cargo de delegado de Chile a la Asamblea de la Sociedad de las Naciones.

El Presidente Wilson había convocado la Asamblea para el mes de noviembre; era necesario que Chile preparara la delegación que debía representarle. Habría sido económico para el gobierno confiar estos cargos a sus representantes diplomáticos en Europa, pero cada uno de ellos se sentiría en cierto modo

ligado a la actitud política del país en que ejercía sus funciones. Era preferible, a juicio del Presidente, enviar otra gente y había pensado de preferencia en ofrecerme este cargo. Esperaba que no mantuviera mis excusas del mes de julio, en razón a que ya el problema presidencial se hallaba encauzado por las vías normales del orden y nada había que temer.

Le agradecí efusivamente al Presidente su distinción; pero le pedí que me excusara de aceptar el cargo. No me sentía preparado para la vida diplomática y, por otra parte, no era capaz de someterme a la disciplina necesaria a un funcionario del Estado: era demasiado independiente para acatar las órdenes del gobierno.

El señor Sanfuentes, muy afablemente, me contestó que comprendía perfectamente esta razón, pero que era su pensamiento darle a la delegación chilena cierta jurisdicción sobre el personal diplomático en el extranjero y que podía contar que durante su administración no fuera simplemente un concepto, sino un hecho la calidad de plenipotenciario que me otorgaría. Los otros delegados serían personas de mi agrado con quienes podría entenderme; me adelantó que pensaba en don Federico Puga Borne y en don Antonio Huneeus.

En cuanto a las facultades diplomáticas, bastaba la forma como había conducido las gestiones del tribunal de honor para reconocérmelas. No es la forma, le rectificué, sino el arma del *quorum* del Congreso lo que ha servido.

Con todo, a mi juicio, no estaba aún terminado el problema presidencial y tenía en manos el ofrecimiento de mis amigos de la candidatura senatorial de Curicó, en reemplazo del señor Lazcano. Le pedí al Presidente que me diera algunos días para reflexionar si no quería aceptar desde luego mi respuesta negativa.

En la sesión siguiente del consejo de Estado, el Presidente me pidió de nuevo una respuesta. Yo había reflexionado sobre la materia y deseaba continuar en mi cargo de diputado hasta el término de mi período; no había aceptado la candidatura senatorial por Curicó, ni deseaba tampoco el cargo de delegado a la Liga de las Naciones.

El Presidente me observó que la situación de Chile sería difícil en Ginebra y que necesitaba allá de mis servicios.

—Yo seguí su consejo —agregó—, manteniendo la neutralidad de Chile en el conflicto mundial. El Perú y Bolivia se declararon por los aliados y tienen una situación muy superior a la nuestra en los consejos del mundo. Sé que ambos gobiernos se conciertan para obrar de común acuerdo en Ginebra y aún para atacarnos. Es necesario que Ud. vaya a defendernos.

Seguramente había en el país muchas personas capaces y dignas de desempeñar tan alta misión y rogué al Presidente que buscara otra persona. El señor Sanfuentes me dijo que mi negativa le haría pensar en la idea de abstenerse de concurrir a Ginebra y seguir en este terreno la política impuesta por el Senado americano al Presidente Wilson. Le observé que esa actitud nos presentaría como una de las tantas estrellas del pabellón americano a los ojos del mundo, que todo ataque del Perú o de Bolivia no sería justificado y podríamos ventajosamente rechazarlo.

Después de algunos momentos de conversación en que pude comprobar que mi pensamiento sobre la actitud que Chile debía asumir correspondía en absoluto con el plan de política internacional, le manifesté:

—Pero Ud. se va y yo no sé quién será su sucesor. Yo no puedo movilizar toda mi familia, interrumpir los estudios de mis hijos, para verme obligado después de la Asamblea a volver a Chile por un desacuerdo con el futuro gobierno sobre el programa de nuestra política internacional. Hasta aquí nuestro rumbo ha sido acercarnos a Bolivia y buscar en ella un apoyo contra el Perú. Mientras tanto, nuestros problemas con Bolivia están absolutamente liquidados y sólo tenemos una cuestión pendiente con el Perú. A mi juicio, convenía entenderse con el Perú y luego considerar la situación de Bolivia para ayudar a su desarrollo. Tal era el rumbo de la política internacional de Barros Luco, representado en el protocolo Huneeus-Varela. A esta misma política correspondía el viaje que acababa de hacer el señor Puga Borne a Lima y que había suscitado tantas críticas.

¿Cuál sería el rumbo del gobierno de mañana? El señor Barros Borgoño representaba la política boliviana, tal había sido su clara tendencia en el gobierno del almirante Montt y del Presidente Riesco, hasta llegar a la celebración del Tratado de Paz.

El señor Alessandri había sido un formidable ariete contra el protocolo Huneeus-Varela de 1912. ¿Qué confianza podía yo tener en los rumbos internacionales del nuevo gobierno?

En conclusión, le pedí al Presidente que me permitiera aplazar mi respuesta hasta que me informara del pensamiento de los dos candidatos a la Presidencia de la República.

Francamente expuse a uno y otro candidato la situación en que me encontraba y las dudas que me asistían para deferir al deseo del Presidente.

El señor Barros Borgoño me explicó su política internacional. Al paso que Chile había celebrado un tratado de paz con el Perú, su situación con Bolivia continuaba bajo el régimen del pacto de tregua celebrado durante el gobierno del almirante Montt. En ese momento se cumplía el plazo fijado por el Tratado de Ancón para la celebración del plebiscito que debía decidir de la suerte de Tacna y Arica. La acción del gobierno del almirante Montt tendía al mismo tiempo a obtener la posesión definitiva de ese territorio por medio de un acuerdo con el Perú y a entenderse con Bolivia, teniendo ya en mano los elementos que podían satisfacer sus aspiraciones. La terquedad de la cancillería del Rímac impidió esta solución y el gobierno pactó con Bolivia, subordinando el cumplimiento de sus promesas al resultado del arreglo con el Perú. Tal era el carácter del Tratado de Ancón de 1894, que fue desechado por Bolivia, aun cuando le era enormemente favorable. Las diversas tentativas posteriores para entenderse con el Perú no dieron mejor resultado; ante su porfiada actitud, no quedaba otro camino que entenderse con Bolivia, y a ello obedeció el Tratado celebrado diez años más tarde, durante la administración Riesco.

A juicio del señor Barros, el nudo del problema estaba en nuestras relaciones con el Perú: durante su gobierno seguiría la tendencia de solucionar el problema de Tacna y Arica con este país, saldadas ya las cuestiones con Bolivia en forma satisfactoria.

El señor Barros celebraba que el Presidente hubiera pensado en confiarme esta misión y me ofrecía toda su cooperación si

a él le correspondía asumir el gobierno. La duración de la delegación era transitoria; se había creado sólo por dos años, y pensaba que por razones de economía sería conveniente, a poco andar, unir sus funciones a las de alguna legación en el viejo continente, una vez que se precisaran las corrientes de opinión de la política europea. No tenía compromiso alguno sobre la provisión de las legaciones y me pedía desde luego que le indicara cuál preferiría para asegurar mi nombramiento.

Le contesté que no tenía mayor deseo de entrar a la carrera diplomática, pero que me parecía que uno de los cargos de delegado debía estar unido a la legación en uno de los países neutrales durante la guerra, España o Suiza, donde residiría la propia Asamblea.

Celebré la exposición que me había hecho sobre su programa de política internacional, que coincidía con mi apreciación personal del problema.

Con el señor Alessandri. Alessandri, por su parte, en su verba fogosa y abundante —se había habituado a hablar en discurso popular— criticó acerbamente la política de acercamiento a Bolivia, dejando de un lado al Perú. Era un error fundamental de los anteriores gobiernos oligárquicos cuya tradición representaba su contendor. No, no era posible que esta situación continuara; él solucionaría el problema por medio de un arreglo con el Perú y aunque el Presidente Leguía fuera nuestro enemigo por su propia voluntad u obligado por las circunstancias para mantenerse en el poder al servicio de una política de odio a Chile, sabría obligarle a considerar el problema y llegar a un acuerdo. La Sociedad de las Naciones era una gran herramienta para asegurar la paz del mundo, y allí, ante la faz del universo entero, podríamos exponer el problema e imponer una solución de justicia.

Miraba con agrado el ofrecimiento del gobierno, pero creía, al mismo tiempo, que yo haría falta en la política interna. Si yo deseaba entrar a la carrera diplomática me ofrecía, desde luego, una legación en Europa, exceptuaba sólo las de Londres y París. Quería conservar en la primera a don Agustín Edwards y creía que era un error del gobierno no nombrarle como delegado ante la Sociedad de las Naciones, idea en la que yo coinci-

día absolutamente. Tenía comprometida la legación en París para don Luis Aldunate, por entonces ministro de Relaciones Exteriores. Desde luego, me ofrecía las legaciones en Italia, España o Alemania.

Le contesté, como a don Luis, que no tenía interés en entrar a la carrera diplomática y que creía que el puesto de delegado debía estar unido a nuestra legación en un país neutral.

Le recordé a Alessandri su actitud contra el protocolo Huneeus-Varela. No era exacto que siempre el gobierno de Chile hubiera seguido la misma política; cuando había reaccionado encontró su propia oposición. Alessandri reconoció paladinamente su error y me recordó, a su vez, que durante su presencia a mi lado en el gobierno, como ministro de Hacienda, en 1913, apoyó con entusiasmo mi plan de política internacional, el programa del A. B. C. y el propósito de forzar al Perú a llegar a una solución por medio de la acción conjunta de las naciones amigas del continente americano. Desde esa época sus ideas no habían variado.

La situación política del mundo, en cambio, había cambiado por completo con la victoria de los aliados y la organización de la Sociedad de las Naciones. Pregunté al señor Alessandri cuál era su pensamiento. ¿Estimaba que podríamos someter el problema a la Sociedad de las Naciones para su solución en alguna de sus instancias, o debíamos solamente manifestar en ella nuestro propósito de entendernos directamente dándole al problema un carácter americano? Alessandri divagó un poco sobre el particular y me contestó que la apreciación que yo hiciera sobre el ambiente que predominaba en Ginebra serviría para orientar una política aconsejable. En todo caso, me autorizaba, desde luego, para que me acercara a la delegación peruana en busca de una solución.

Le pregunté, por último, si creía que la opinión de la alianza coincidiría con la suya y colaboraría con la política que acababa de esbozar. La reciente visita a Lima del señor Puga Borne y su misión oficiosa, habían despertado las iras de la alianza y podían denotar un rumbo político contrario a su actual pensamiento.

Alessandri me contestó que había sido un error de Sanfuen-

tes confiar al doctor Puga esa misión e intentar la solución del problema al fin de su administración. El señor Puga se había enajenado la voluntad de la alianza con motivo de su acción en el ministerio durante las elecciones y, a pesar de su innegable talento, no era la persona adecuada para dichas circunstancias. Me observó que se había esforzado por detener los ataques y que no había condenado públicamente la gestión, porque en el fondo deseaba el arreglo con el Perú.

Al despedirme, Alessandri recobró su vigoroso lenguaje para celebrar en la forma más encomiástica mi designación, vituperar la política del gobierno boliviano de Saavedra y proclamar sus anhelos de paz universal y de confraternidad con el Perú.

Las conversaciones con los candidatos me dejaban tranquilo sobre el rumbo de la política internacional de Chile en el nuevo gobierno, cualquiera que fuera el elegido.

Dificultades en el Tribunal de Honor. Una circunstancia imprevista había de retardar, sin embargo, mi respuesta definitiva al Presidente. El señor Subercaseaux había renunciado su cargo de miembro del tribunal de honor y le había seguido en esta actitud el señor Tocornal.

¿Qué ocurriría?

El tribunal funcionaba con una corrección digna de todo elogio; estudiaba detenidamente las reclamaciones y oía los alegatos de los abogados aliancistas y unionistas. Desde el primer momento, la defensa aliancista se había presentado como más fuerte y mejor preparada; en ella se distinguían los dos jóvenes abogados, hijos del candidato, Arturo y Fernando Alessandri. Había llegado el momento de dictar algunos fallos.

Entre las primeras sentencias emitidas por el tribunal de honor figuraban algunas que no eran favorables a los intereses de la unión y respecto de las cuales se había formado una mayoría sobre la base de los señores Quezada y Briones, con el concurso de los señores Barriga, Tocornal o Subercaseaux. Estas sentencias dejaban la impresión de que el resultado podía ser favorable a Alessandri.

La unión se alarmó y sus dirigentes hicieron cargos al señor Subercaseaux por su actitud. Subercaseaux, a juicio de ella,

representaba los intereses de la unión dentro del tribunal y no podía votar en su contra sin cometer una traición.

Naturalmente, Subercaseaux pensaba que no era este su papel, debía fallar sobre las reclamaciones como hombre de honor. Con igual criterio habría actuado si fuera miembro del Parlamento y jamás habría aceptado un cargo que le desligara del dictado de su conciencia. Si el carácter de su misión era el que los unionistas le atribuían, prefería renunciar para aclarar la situación. El señor Tocornal le acompañó en su renuncia.

Ese mismo día debía dar mi respuesta al Presidente y tuve que decirle que la situación producida me impedía aceptar el cargo, explicándole las consecuencias graves que podía generar la ruptura del tribunal. El Presidente compartió mi opinión y me dijo que haría uso de las escasas influencias que le quedaban para arreglar las cosas a fin de que el tribunal reanudara sus labores. Temía encontrar serias dificultades; la unión contaba con la esperanza de reunir el *quorum* constitucional en el Congreso, si no inmediatamente, antes del término del período presidencial, a fin de alcanzar la calificación de la elección dentro de su mandato.

Una gestión, en la que intervino principalmente Antonio Huneeus, permitió arreglar la dificultad, mediante una declaración hecha a nombre del comité mixto, que facilitó el retiro de las renunciaciones presentadas.

Preocupaciones patrióticas. Durante todo aquel mes, el señor Alessandri frecuentaba mi casa, donde encontraba siempre amigos de uno y otro bando y principalmente al señor Tocornal, ante quien se esforzaba en probar lo bien fundado de sus derechos.

Las actitudes, declaraciones y promesas hechas en público por el señor Alessandri, eran suficientemente graves para alarmar a la gente tranquila y sensata y sus procedimientos, a veces atolondrados, propios de su carácter impulsivo, no daban mayor confianza sobre la futura marcha de los negocios del Estado bajo su dirección.

Con frecuencia le tachaba directamente de loco y le decía que no estaba maduro para desempeñar la Presidencia; le agregaba que si por azar la resolución del tribunal le era favorable,

sería necesario exigirle algunas declaraciones de orden público antes de consagrarle. Alessandri se manifestaba dispuesto a todo, no sin expresar el temor de que fueran demasiado duras o humillantes las condiciones que se le impusieran.

A veces defendía su locura y exclamaba:

—Sólo los locos han hecho grandes cosas en el mundo.

Una vez, indignado, me dijo:

—¿Acaso Ud. es menos loco que yo?

—Sin duda —le respondí—, porque no me enoja cuando me lo dicen, sólo me río porque no es cierto. Ud. se enoja porque siente que es la verdad.

Medio en broma, medio en serio, un día le pedí a don Ismael que si él veía al tribunal inclinarse en favor de Alessandri, se lo advirtiera, a fin de obtener del candidato algunas declaraciones de orden público que contribuyeran a la tranquilidad de la opinión y sirvieran de garantía a su gestión de gobernante. Análoga petición hice a Guillermo Subercaseaux. Ambos me prometieron informarme sobre el particular.

Los miembros del tribunal de honor guardaban la más absoluta reserva sobre sus intenciones y aun su opinión sobre los casos particulares sólo era conocida al dictarse la sentencia.

Un día don Ismael me avisó por teléfono que venía a almorzar conmigo. De sobremesa me explicó la situación. Estaba perfectamente satisfecho de los trabajos del tribunal. Figueroa y Ovalle formaban un grupo cerrado en favor de Barros, y Quezada y Briones, en favor de Alessandri. Barriga, Subercaseaux y él mismo resultaban los verdaderos árbitros. A veces se había encontrado en la minoría con uno u otro grupo y lo mismo le ocurría a sus amigos neutrales. La minoría que, en algunos casos se producía, sosteniendo sus ideas, no podía dejar de reconocer las razones que asistían a la mayoría. De este modo, sus fallos, aun aquellos a los cuales no concurrían con su voto, no podían ser tachados como parciales, contando con la adhesión de Barriga y de Subercaseaux, fuese plegándose a la tesis aliancista o a la unionista. El trabajo realizado hasta ese momento era favorable a Alessandri. Faltaban algunas reclamaciones por resolver. Era posible, pero no probable, que el resultado se alterara,

pero creía que el tribunal terminaría por declarar el mejor derecho de Alessandri a la Presidencia de la República.

Compartía mis preocupaciones patrióticas sobre el rumbo del nuevo gobierno y me adelantaba su impresión sobre el resultado de la calificación, para que yo, si lo creía necesario, gestionara una declaración tranquilizadora de parte de Alessandri. Ella no influiría en su decisión; el país, y no él, era el responsable del resultado de la elección; su papel era sancionar solamente la verdad de la manifestación de la voluntad popular. Pero calmaría su conciencia el saber que aquella resolución que su propia conciencia le dictaba, no iba a ocasionar un daño a la nación.

Las garantías en que yo pensaba en las conversaciones que el mismo señor Tocornal había participado, eran de orden público. A mi juicio, se hacía necesario que Alessandri se comprometiera a respetar la libertad electoral y el régimen parlamentario y a buscar soluciones de armonía en los conflictos entre el capital y el trabajo. Yo era el primero en reconocer la justicia de la mayor parte de las reivindicaciones obreras y me había esforzado por satisfacerlas. La opinión no podía desconocer la existencia de un problema social en el país y lo único que podíamos pedir era que su solución correspondiera a un propósito de armonía.

El señor Tocornal declaró que se sentiría satisfecho con estos tres principios. Faltaba determinar en qué forma obtendríamos una declaración de Alessandri sobre el particular. Este había ofrecido comprometerse por escritura pública a todo lo que Tocornal le pidiera, en la forma más solemne, y sin ninguna restricción. La declaración que se trataba de obtener de él en nada afectaba la conciencia ya formada por el señor Tocornal sobre el problema presidencial y no había lugar a gestión alguna de su parte. No la exigía tampoco, pero le sería agradable saber que sobre estos puntos podía mirar tranquilo el porvenir del país. Por otra parte no era absolutamente seguro que el fallo del tribunal favoreciera a Alessandri.

Tan pronto como partió don Ismael fui a buscar a Subercaseaux para informarme de su opinión, sin lograr encontrarle. El Senado había despachado los mensajes autorizando los nombramientos de don Federico Puga Borne, don Antonio Huneeus

y el mío, como delegados de Chile a la Sociedad de las Naciones. Fui a dar las gracias al Presidente y aproveché la oportunidad para exponerle mis preocupaciones patrióticas.

Le referí al Presidente los tres puntos sobre los cuales esperaba obtener una resolución favorable del candidato aliancista y le pregunté si, según experiencia en los negocios públicos, habría otro punto que tocar.

Don Juan Luis me dijo que estimaba como altamente patriótica mi actitud, que no tenía ningún tópicos que agregar, pero que estimaba que el resultado del tribunal no podría ser favorable a Alessandri. Según sus informaciones se llegaría a declarar el empate y se dejaría la elección al Congreso.

Aquella tarde los trabajos del tribunal avanzaron considerablemente y se veía ya próximo el final de su labor. No tardaría más de un día en dictarse la sentencia definitiva.

Sólo unos minutos antes de la hora de comida pude encontrar a Subercaseaux en su casa; según pude informarme había vuelto muy preocupado y había ido a la iglesia de San Ignacio. Efectivamente, Guillermo parecía sumido en una honda meditación.

—¿Qué hay? —le dije—. ¿Tienes ya formada una opinión sobre la cuestión presidencial? No olvides que te he pedido que me informes acerca del resultado en caso de ser favorable a Alessandri, a fin de obtener de él algunas declaraciones de orden público.

—Estoy profundamente preocupado —me contestó—. Yo no puedo avanzarte ninguna impresión, no por la reserva que hemos convenido en guardar y que no rige contigo, sino porque yo mismo no sé cuál será el resultado. Quedan aún algunas reclamaciones por fallar que me ofrecen serias dudas; hay fuertes razones en pro y en contra; yo analizo cada una de ellas porque deseo que la sentencia final o, por lo menos, cada uno de mis votos, sean tan justos que pueda sostenerlos a la luz del día y no se presten a la menor duda o crítica de la imparcialidad y justicia con que obro. Sin embargo, si veo que el resultado puede ser favorable a Alessandri, no dejaré de avisártelo.

La conversación con Subercaseaux me dejó en la incertidum-

bre, pero el fin se acercaba y había que proceder al abrigo de toda eventualidad.

Aquella misma noche, don Ismael Tocornal me informó que las resoluciones tomadas por el tribunal en la tarde, definían la situación en favor de Alessandri; no creía que los casos pendientes pudieran alterar esta situación ni llevar el resultado a un empate, la única solución en favor de Barros Borgoño, que buscaban con empeño Ovalle y Figueroa. Creía don Ismael que don Luis Barriga compartía esta impresión, pero no sabía el pensamiento de Subercaseaux.

A las once de la noche me dirigí a casa de Alessandri. Había ido a un *meeting* demócrata, pero volvía antes de medianoche.

La carta de despedida. Le pedí a sus hijos que me proporcionaran algunas hojas de papel sin membrete para escribirle una carta. En los momentos en que debía abandonar el país para servir sus intereses en el extranjero, ante la eventualidad de que le correspondiera presidir los destinos de la República, me permitía darle algunos consejos.

Le recordaba en esa carta cuánto habíamos sufrido con la sola amenaza de intervención electoral; le señalaba la libertad del sufragio y su corrección como el único medio de representar la opinión pública. En el libre sufragio popular, el Presidente de la República, ya colocado sobre los partidos, debía inspirarse para marcar el rumbo de su administración.

Le hablaba, en seguida, de las ventajas del régimen parlamentario de gobierno y de la necesidad de conservarle sin perjuicio de mejorar su funcionamiento.

Me refería a la cuestión social y a la necesidad de satisfacer las justas reivindicaciones populares y de buscar soluciones de armonía en los conflictos entre el capital y el trabajo. Las reformas deberían aplicarse con presteza para evitar la revolución social y asegurar el resultado de una rápida evolución.

Concluía haciendo votos por la felicidad de su gobierno.

Depositó esta carta en manos de uno de sus hijos, con el encargo de que obtuviera una respuesta de su padre a la mañana siguiente.

En el momento que me retiraba, regresaba Alessandri. Me

hizo volver y, encerrados ambos en su escritorio, leyó aquella carta escrita al correr de la pluma, pero que reflejaba todo mi sentimiento y todas mis patrióticas angustias. Veía dibujarse en su rostro la impresión que cada párrafo le producía. Cuando terminó la lectura y levantó la vista, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Esto es todo? —me preguntó.

—Todo —le respondí—, y nada más...

Me estrechó entre sus brazos. El había imaginado que le iba a pedir algo humillante, algo contrario a sus declaraciones. Aquella carta le revelaba toda la pureza de mi patriotismo. Lo que yo le aconsejaba era su pensamiento.

Sí, él me juraba, por la memoria de sus padres, por la vida de sus hijos, por lo más santo y más sagrado que hubiera en el cielo o en la tierra, que respetaría las libertades públicas, que mantendría el régimen parlamentario y que buscaría soluciones de armonía entre el capital y el trabajo.

Y lo haría sin la menor dificultad, con el mayor agrado, porque ese era su credo, su sentimiento, su alma. Si alguna vez una palabra se hubiera escapado de sus labios que pudiera despertar la menor sombra de duda sobre este particular, había sido en un arranque del entusiasmo de una improvisación.

Yo no debía dudar un momento. No sólo me escribiría una respuesta confirmando esta declaración, sino que la haría pública en los diarios inmediatamente.

—Bien —le respondí—, publíquela como una declaración espontánea de su parte, sin referirse jamás a esta gestión. Yo sólo deseo que nunca dentro de su gobierno, se me presente la ocasión de referirme a esta carta.

A la mañana siguiente recibí una hermosa respuesta de Alessandri concebida en términos ampliamente satisfactorios y, tan pronto como la leí, se la envié al señor Tocornal.

El fallo. Ya para nadie era un misterio que ese día el tribunal de honor pronunciaría su veredicto. Desde la mañana sus miembros se encontraban reunidos en el Senado y nada se vislumbraba de lo que ocurría entre ellos. Emiliano Figueroa había pasado, cerrado como una esfinge, por la Cámara de Diputados

para un asunto urgente de su oficina. Ante las preguntas de sus amigos, había respondido con el más absoluto silencio, pero en un movimiento de los pies que había hecho en ese momento, creían ver que el resultado era un empate.

No tardó en divulgarse esta noticia por la ciudad. Era claro. No podía ser de otro modo, repetían las gentes, siempre informadas sobre lo que sucede y lo que no sucede. El público se agolpaba frente al edificio del Congreso en la plazuela Montt-Varas, como en la Plaza del Vaticano, esperando la columna de humo de la chimenea de la capilla Sixtina.

En la tarde visité en su casa a Alessandri para agradecerle su respuesta de la mañana. Tenía una fe ciega en su triunfo y calmaba las inquietudes de sus amigos, que, nerviosos y preocupados, hablaban de revuelta contra el fallo del tribunal, si les era adverso. Me miraban con ojos sombríos. Yo sería el responsable de aquello. Yo había colocado a la alianza en aquella trampa del tribunal de honor para frustrar su victoria. Ni un momento había dejado de ser para ellos el formidable enemigo de don Arturo. Hubieran preferido tenerme al frente, como adversario, y no al centro, como mediador. Veía reflejados todos estos sentimientos en sus semblantes y se traslucían en sus reprimidas expresiones.

No tardó en anunciar el teléfono que el tribunal de honor había reconocido el mejor derecho de Alessandri a la Presidencia de la República. Le felicité y, estrechándome en sus brazos, declaró a los presentes que me debía el reconocimiento de su victoria constitucional.

No me acogí a los brazos que me tendían, ni estreché las manos de los que tan mal me habían juzgado. Me retiré solo, entregado a mis meditaciones sobre el porvenir de la patria. Sentía una íntima satisfacción en mi conciencia.

Por las calles de Morandé y de la Bandera desbordaba el público reunido al frente del Congreso. Una muchedumbre se agolpaba para felicitar al candidato triunfante. Me contaron que antes de salir al balcón, Arturo me buscó para presentarse en mi compañía. No pudieron encontrarme, yo había desaparecido.

Al día siguiente, por la mañana, aún no me vestía cuando el Presidente electo llegó a mi casa.

—Mi primera visita como Presidente electo —me dijo— ha sido a la tumba de mis padres, la segunda es para Ud., como testimonio de mi reconocimiento por el gran servicio que ha prestado a la república.

Momentos más tarde llegaba Cornelio Saavedra a pedirme que le acompañara a la Moneda para conversar con el Presidente sobre el cambio de visitas oficiales. Al mismo tiempo me llamaba don Juan Luis por teléfono.

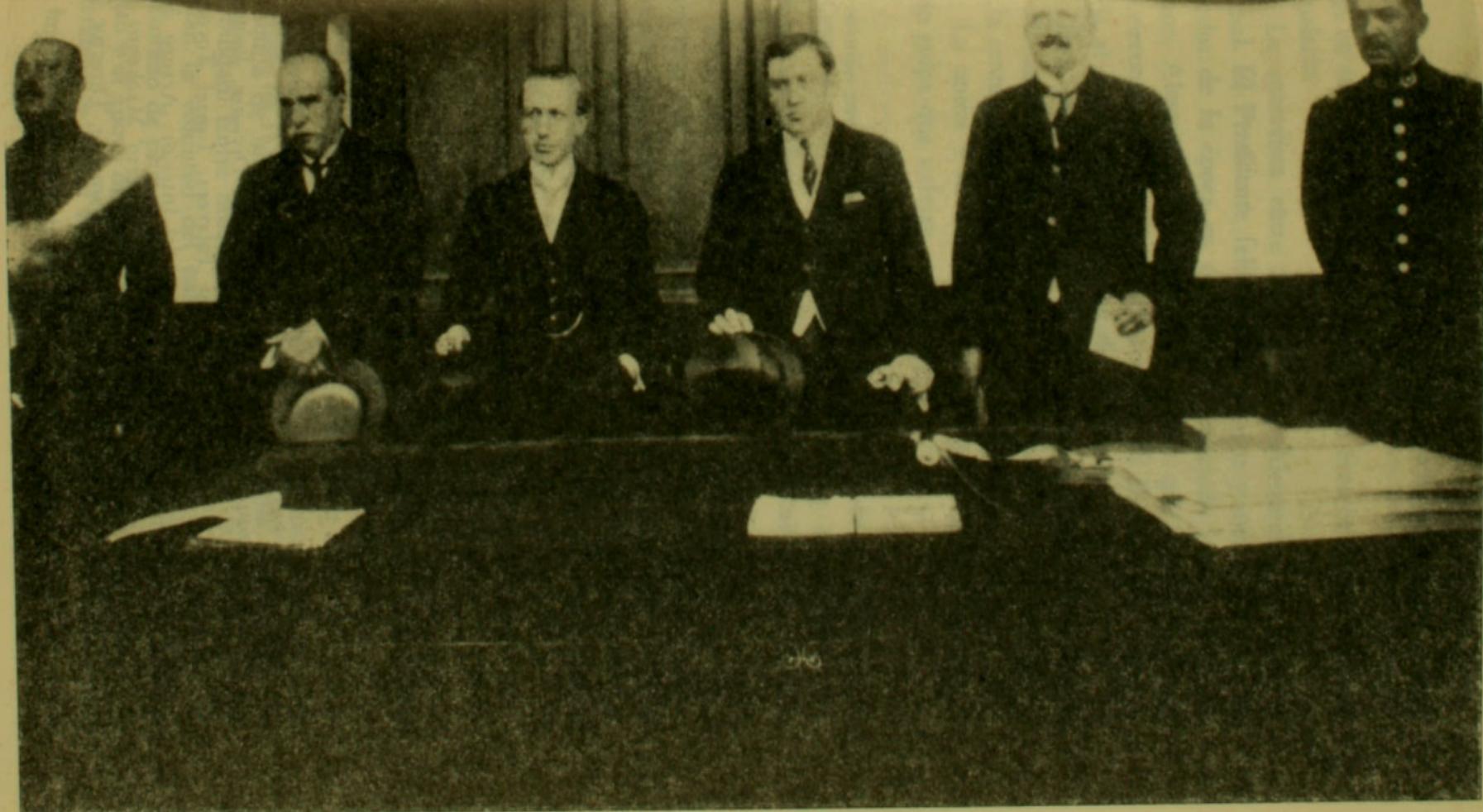
Entrevista de Sanfuentes y Alessandri. Don Juan Luis nos explicó a ambos la situación en que se encontraba; sus relaciones personales con Alessandri estaban cortadas y no sabía cómo cumplir las prácticas protocolares, temeroso de que se produjera alguna incidencia desagradable. ¿Debería esperar la proclamación por el Congreso pleno? ¿Convendría proceder desde luego?

Por aquellos días se hablaba de una misión diplomática a los países del Atlántico. El Presidente podría invitar desde luego, al señor Alessandri para cumplir esta misión antes de asumir el mando. En todo caso, ello serviría de pretexto para la primera entrevista y se confundiría con la visita oficial.

Saavedra y yo convinimos con Alessandri y Sanfuentes que la visita tendría lugar aquella misma tarde en la Moneda.

Para algunos del círculo que le rodeaba, Alessandri no debía ir a la Moneda y el ofrecimiento de Sanfuentes era una celada. Tanto les cegaba la pasión.

Minutos antes de la hora fijada para la entrevista, Alessandri acompañado por Saavedra y por mí, se dirigió en automóvil a la Moneda. Luego encontramos en nuestro camino el cortejo de los funerales del estudiante Gómez Rojas, perseguido como subversivo y muerto en la prisión, según creía el pueblo, a consecuencia de los malos tratamientos que sufrió. Su cadáver debía pasar frente a la Moneda en señal de protesta. Inmediatamente cambiamos rumbo y recorrimos toda la Avenida Vicuña Mackenna, dando tiempo para que terminara aquel largo desfile. A nuestro regreso aún continuaba y tuvimos que entrar a la Moneda por la puerta de la calle de Morandé para evitar el contacto del candidato popular con sus entusiastas electores que acompañaban a la tumba a uno de los suyos y que habrían pen-



Historia Política y Parlamentaria de Chile.

La Pascua en homenaje a la Policía de Santiago (25 de diciembre de 1922). De izquierda a derecha: General de División, Inspector General del Ejército, Luis Altamirano Talavera; Ismael Tocornal, senador; Manuel Rivas Vicuña, Ministro del Interior; Arturo Alessandri Palma, Presidente de la República; Alberto Mackenna Subercaseaux, Intendente de Santiago; Julio Bustamante, Director General de Policías.

sado en una traición, al verle entrar en esos precisos momentos al palacio.

La entrevista entre Sanfuentes y Alessandri fue breve y cordial. El Presidente felicitó a su sucesor y ambos hicieron recuerdos de la época en que habían trabajado juntos en el gobierno. Alessandri le agradeció la misión que le ofrecía y que las circunstancias le impedían aceptar. El Presidente correspondería al día siguiente la visita de su sucesor.

Esta entrevista era el reconocimiento oficial de la elección de Alessandri y tendía a evitar toda dificultad en la aplicación de la sentencia del tribunal.

La unión y su candidato supieron soportar con entereza el rudo golpe que sufrían.

La elección por el Congreso. Los miembros del comité mixto, impuestos del fallo del tribunal de honor, se declararon naturalmente conformes con su resolución y consideraron la forma de cumplirla.

Para ello se convino en declarar las nulidades necesarias para que ambos candidatos quedaran sin la mayoría constitucional y una vez producido este resultado se procedería a la elección de Presidente de la República por el Congreso pleno. Los congresales unionistas, con abstenciones o con sus votos, darían la mayoría al señor Alessandri.

Así fue elegido don Arturo Alessandri, Presidente de la República por el período constitucional de 1920-1925.

El presidente del Senado, don Luis Claro Solar, director de los trabajos electorales de la candidatura de don Luis Barros Borgoño, con toda entereza, proclamó este resultado.

Chile había dado un nuevo ejemplo de su alta cultura política llegando, dentro del respeto a las instituciones, a la solución tranquila de un delicado problema que podía comprometer su estabilidad. Entre dos formidables corrientes de opinión que dividían la voluntad del país, una contaba con la mayoría del electorado de primer grado, con la mayoría indiscutible del Congreso y el apoyo oficial, la otra con la mayoría de los electores de Presidente y con el fanático entusiasmo del pueblo. Sobre ambas se imponía la renuncia de las ventajas y medios de triunfo, para

entregar la solución al juicio de siete personas constituidas en tribunal de honor.

El veredicto del jurado era contrario al pensar y al sentir de la mayoría del Congreso que debía aplicarlo. Esta, sin ninguna vacilación, hizo honor a su compromiso y reconoció el triunfo de aquel a quien había combatido y de quien había recibido los más duros ataques.

El buen sentido nacional se imponía una vez más en nuestro país. Las tradiciones caballerescas se mantenían intactas. El amor a la patria predominaba sobre todo sentimiento partidista y en su altar se rendía homenaje a la expresión de la voluntad popular severamente purificada.

Las críticas apasionadas de unos pocos a la actitud asumida por algunos miembros del tribunal de honor, se perdían en su propia injusticia. Los fallos del tribunal eran impecables.

"El Diario Ilustrado" publicó un reportaje al señor Alessandri que era la reproducción fiel de los conceptos contenidos en la carta a que hemos hecho referencia. Encontré mi carta sobre su mesa y pude guardármela.

Chile había dado un alto ejemplo de civismo que podía registrar con orgullo en su historia y entregar a la admiración de otros pueblos.

El señor Barros Borgoño, rodeado del respeto de sus conciudadanos volvía a sus funciones de director de la Caja de Crédito Hipotecario. El señor Alessandri se preparaba para asumir la Presidencia de la República.

CAPITULO XVI

ULTIMA ETAPA DEL GOBIERNO DE SANFUENTES

SUMARIO.—Impresiones del Presidente.—Ministros de la administración Sanfuentes.—El problema de la zona carbonífera.—Ultima entrevista con el Presidente.—En la Casa Rosada.—La primera asamblea de la Sociedad de las Naciones.—La transmisión del mando.

Impresiones del Presidente. A causa de la preparación de nuestra misión a Europa, tuve muchas oportunidades de conversar con don Juan Luis. Parecía haber vuelto aquella cordialidad que existió entre nosotros desde 1912 hasta 1914.

Solucionada la cuestión presidencial, don Juan Luis se sintió tranquilo y se dedicó a liquidar los asuntos de su administración. Estaba contento con su gabinete.

Un día me dijo con cierta amargura:

—Yo temía no alcanzar a terminar mi período. A Ud. le debo la formación de este gabinete que me facilita el término de mi administración.

Me pareció que aquella tarde de primavera el Presidente tenía ganas de conversar y me propuse hacerle hablar. De suyo era reservado, a pesar del aspecto franco y abierto de su rostro.

Nadie le creería, pero aseguraba que era la verdad. Había llegado a la Presidencia sin ambicionarla. Aspiraba a ella en 1906, pero la situación se le tornó desfavorable y prefirió que Lazcano afrontara la lucha con mayores expectativas de éxito, pues creía que podía atraer mayor número de adhesiones liberales. La convención de 1910 le pareció su momento. Contaba en ese entonces con adhesiones de todos los partidos. Como

muchas veces me lo había dicho, los acontecimientos, más que su propio deseo, le llevaron a la campaña de 1915. Recordaba que había autorizado a los nacionales para gestionar en la convención aliancista la candidatura de Edwards. La campaña le gastó y, desde antes de asumir el poder, comprendió que la Presidencia sería un vía crucis para él.

Nosotros le combatíamos con denuedo en el Congreso, pero a veces le molestaban más las exigencias de sus amigos que los ataques de sus adversarios. Creyó que, pasado el primer gabinete de compromiso, podía atraer a la alianza y encontrar en ella la colaboración que necesitaba para solucionar los graves problemas creados con motivo de la guerra europea. La buscó lealmente en el gabinete Ibáñez, le salvó de los ataques de sus adversarios y aun de la embestida formidable de abril de 1916; pero los conservadores le hicieron caer por el nombramiento de una directora de liceo.

En seguida, buscó siempre la cooperación de los liberales en los gabinetes de Izquierdo y de Zañartu y, por último, se rodeó de todos los jefes de partido y aquel ministerio, que parecía el más fuerte, fue uno de los más breves de su administración. Fue una desgracia su caída.

Interrumpí el curso de su relación para observarle que sus tres primeros gabinetes denotaban intención de dividir la alianza, contra la cual debíamos levantarnos. El gabinete Zañartu, que no presentaba esta característica, obtuvo toda clase de facilidades en el Congreso y fue el más largo de su administración. Fue una verdadera desgracia su choque con Tocornal.

No había sido su intención dividir a los liberales; era sí la de sus amigos que temían verse abandonados y le exigían, en nombre de la lealtad, su apoyo para adoptar ese procedimiento. La coalición no comprendía la colaboración con la alianza; creía que debía desmembrar la alianza para robustecer su situación. En otras épocas, este plan pudo haber resultado, pero durante su gobierno había chocado con la disciplina aliancista. A la cuenta de sus amigos debía cargar las caídas del gabinete Ibáñez y del gabinete Tocornal.

—Si Ud. hubiera seguido la política de don Ismael, Presidente, a él y no a Arturo le entregaría ahora la banda y el

país no habría sufrido esta campaña electoral. Pero, en cambio, Ud. apareció como contrario a su candidatura, aún en el seno de la convención unionista.

—Los liberales democráticos y los nacionales no podían perdonarle la campaña de 1918 —me contestó—. Para ellos y para los conservadores era evidente que Tocornal volvería a formar la alianza liberal en condiciones más sólidas.

—Pero no hay duda, Presidente, que esa alianza era mucho mejor que la que va a gobernar ahora. Por evitar lo bueno, han caído en lo peor.

—Así son los errores en la política, mi amigo. Ud. mismo cometió uno muy grande al no aceptar los arreglos que insistentemente le hice proponer para evitar la batalla de 1918. Cada una de esas proposiciones era el resultado de una lucha con los amigos coalicionistas que se creían seguros del triunfo. El rechazo de Uds. produjo la caída del ministerio Yáñez. Con el *maestro* yo habría llegado a un arreglo electoral. Los coalicionistas quisieron un ministerio que les ayudara; tarde se convencieron. Y yo organicé un gabinete de garantías para acallar el griterío de Uds. en defensa de la libertad electoral que no pensaba atacar.

Ministros de la adm- —Mire Ud. esta lista de mis gabinetes que
nistración Sanfuentes. me trajo el otro día un amigo. En cinco
años, he tenido 17 gabinetes y 78 ministros. ¿Cuántos tuvo don
Ramón?

—Don Ramón tuvo 55 ministros y 13 gabinetes, contando tres que duraron poco más de una semana cada uno.

—Ya ve Ud. Don Ramón tuvo su ayuda y la mía. Y yo...
Vea Ud. una cosa curiosa en esta lista. He tenido 29 ministros liberales, 14 radicales y 5 demócratas, en total 48 sobre 78. El saldo de 30, se descompone así: 13 nacionales, 11 liberales democráticos y sólo 6 conservadores. Sin embargo, Ud. ve: todos critican mi administración como obra de la coalición.

El Presidente se mostraba abatido y desilusionado y yo no quise seguir discutiendo su administración.

—Hace bien, mi amigo, en irse a Europa. Allá respirará otro ambiente. Yo quisiera seguirle, pero desgraciadamente ahora no puedo. No faltan malvados que dicen que he aprovechado de

la Presidencia en especulaciones bursátiles y que salgo enormemente rico. Al contrario, tengo que trabajar para reconstituir mi fortuna abandonada durante este tiempo.

Logré arreglar las finanzas del Estado. Era ello mi mayor anhelo y ya ve Ud., los fenómenos económicos producidos por la paz han desbaratado mi obra, y a la crisis financiera se agrega hoy una aguda situación de la industria salitrera que producirá serios quebrantos al Estado. El país conserva su energía económica y puede salvarse si tiene una administración severa y correcta. ¿Qué hará la ola que llega?

La gestión de las finanzas había sido feliz durante la administración Sanfuentes. Con habilidad y experiencia había dirigido los negocios del estado en medio de la difícil situación creada por la guerra mundial, sacando provecho de las circunstancias.

—Aún me quedan problemas por resolver —continuó el Presidente—, y en uno de ellos puede Ud. prestarme considerable ayuda.

El problema de la zona carbonífera. La situación en la región del carbón era insostenible. Se había buscado la solución de las dificultades entre patronos y obreros en un arbitraje confiado a don Luis Antonio Vergara. El laudo no había sido respetado ni por unos ni por otros y se imponía un nuevo arreglo. Los industriales habían visitado esa mañana al Presidente y le habían pedido que aprovechara la tranquilidad producida por la solución de la cuestión presidencial para procurar un arreglo que permitiera continuar las labores. El Presidente me pidió que antes de partir interviniera entre patronos y obreros para zanjar las dificultades.

Tenía los días contados para preparar mi viaje a Europa. El grave estado de la salud de mi padre aumentaba mis preocupaciones. Sin embargo, acepté la misión que me confiaba el Presidente y en una sala del Ministerio de Industria, que puso a mi disposición Armando Jaramillo, abrí las negociaciones.

Desde luego los industriales no quisieron conversar con los representantes de los huelguistas en Santiago, sino con los obreros de sus propias minas. Cada faena envió sus delegados a la

capital. Tampoco quisieron tener una reunión común, sino entenderse por mi intermedio mediante el cambio de memoriales.

Aparte de las líneas generales del problema, obraban en el conflicto numerosos detalles que asumían, a los ojos de los interesados, enormes proporciones.

Después de una larga serie de conferencias separadas con uno y otro grupo, logré ponerles de acuerdo en el texto de un acta que ambos debían firmar, que no sólo ponía término a las dificultades del momento, sino que adoptaba medidas de previsión para el porvenir. Este documento sería puesto en manos del Presidente de la República, del Presidente electo y del ministro de Industria, quienes tendrían la obligación de darle cumplimiento.

Patrones y obreros solos se reunieron para leer y firmar el texto definitivo. La aceptación por ambos bandos de la solución que yo les proponía me colmó de satisfacción. Unos y otros me expresaron sus cordiales agradecimientos y, antes de mi partida, me informaron que se habían renovado normalmente las faenas en la zona carbonífera.

Ultima entrevista con el Presidente.

Las manifestaciones de despedida de los amigos, la declaración hecha en mi honor por la Cámara de Diputados, el banquete que me ofreció en la Quinta Normal el magisterio, todo me impresionaba profundamente. El día mismo de mi partida deposité en manos del Presidente el acta firmada por los patrones y obreros de la región del carbón y no podía contener mi emoción.

El Presidente me agradeció muy afectuosamente este servicio.

Era la última vez que le veía en la Moneda. Quizás sería la última vez que le vería también vivo.

Desaparecía ante mis ojos el caudillo que había combatido, el gobernante que había fiscalizado, para considerar sólo al ciudadano y al hombre.

Sanfuentes había servido sus inspiraciones patrióticas. De distinto modo habíamos apreciado, en diversas ocasiones, el interés público y el rumbo de la política. Sanfuentes había cumplido con sus deberes de ciudadano.

Recordaba su última conversación. Sin duda en varias oportunidades, había sabido dominar sus propias pasiones. Más de uno de sus actos que censuramos no eran quizás la obra de su propia iniciativa, sino el fruto de la influencia exigente de sus amigos. Le miraba como hombre, desnudo de las insignias del poder, y sentía por él profunda adhesión.

Había procurado servir a su país y no le reconocían ni siquiera sus esfuerzos. Sus actividades dejaban un considerable saldo a su favor que no aprovechaba.

Aquel hombre era una de las tantas víctimas de la democracia.

Estreché la mano que cordialmente me tendía y le dije que esperaba verle en Europa.

—Feliz Ud., mi amigo, que se va. En cuanto a mí, no veo las horas de dejar este cargo para ir a encerrarme a Camarico y no mezclarme más en política. Vaya, luche, triunfe en Ginebra, y cuando vuelva a Chile no se mezcle en la política en la que sólo se cosechan amarguras, ingratitudes y desengaños.

Alguna palabra aún para confortar su ánimo y de allí ir a abrazar a mi padre en su lecho y correr al tren.

Esa noche oí las cariñosas manifestaciones de mis antiguos amigos y electores de Los Andes. Después, mientras el tren remontaba la cordillera sentí, como un autómatas, que dejaba el alma unida a mi patria y el corazón al lado del lecho de mi padre moribundo.

En la Casa Rosada. Atravesé indiferente la dilatada pampa argentina y sólo al llegar a Buenos Aires salí de mi abstracción.

Quedábamos dos delegados. Don Federico Puga Borne había renunciado el cargo.

El embajador Izquierdo, la colonia chilena y la sociedad argentina, nos rodearon de atenciones. Apenas permaneceríamos un día en Buenos Aires. El Presidente Irigoyen vino a la ciudad para recibirnos. Su ministro de Relaciones Exteriores, don Honorio Pueyrredón, había partido ya a Ginebra.

La audiencia del Presidente me dejó una impresión imborrable. Era una gran figura. Clavó en nosotros sus ojos penetrantes y empezó un largo discurso sobre política internacional.

Su fraseología abundante, ampulosa y a veces elocuente, no permitía precisar sus conceptos. Se refería principalmente a la actitud de los Estados Unidos, mezclando frases que parecían comprenderla y apoyarla con otras que podían significar una abierta censura. Hablaba de las instrucciones impartidas a su ministro de Relaciones Exteriores y las revestía de los más elevados anhelos de humanidad, concordia, democracia, armonía, solidaridad, etc. De pronto parecía pequeña a sus ojos la Sociedad de las Naciones, para considerarla en seguida como la vasta y sólida construcción capaz de asegurar la estabilidad y la paz del mundo.

Del problema general pasaba al continente para manifestarnos sus fervorosas simpatías por Chile, su actitud de neutralidad amistosa en nuestro conflicto con el Perú y su anhelo de ver solucionado el problema en condiciones satisfactorias que permitieran a ambos países dedicarse al desarrollo progresivo y eficiente de sus fuerzas culturales y productoras llamadas a asegurarles, en el concierto armónico del mundo, el papel preponderante que les correspondía como partes integrantes e influyentes del alma americana que reside en el continente de Colón y que sirve de control al mundo y de instrumento de su equilibrio y progreso, dentro de los nuevos regímenes que se imponen a la humanidad tras los dolores y errores de la guerra.

De allí pasó, como fatigado de estos largos y confusos períodos de su discurso, a ocuparse de la situación interna; se expresó violentamente contra sus enemigos y nos impuso de detalles de politiquería lugareña.

Aquel hombre, ¿era un genio o era un loco?

Desde Río de Janeiro, mi colega Huneeus y yo enviamos informes divergentes al gobierno sobre nuestras impresiones respecto de la actitud que asumiría la Argentina en Ginebra. Para mi colega, la adhesión de Irigoyen a la Sociedad de las Naciones era definitiva e inalterable; para mí, era transitoria y condicionada. El pacto de Versalles no había sido ratificado. No sería raro que la delegación argentina se retirara de Ginebra y, desde luego, pedía instrucciones sobre la actitud que nos correspondía adoptar.

Mi colega pensaba que la Argentina estaría de nuestro lado

en cualquier dificultad con el Perú o Bolivia; yo sostenía que su actitud se encuadraría en la neutralidad.

El tiempo me daría la razón.

La primera asamblea de la Sociedad de las Naciones.

Llegaba a un medio que me era absolutamente desconocido. De todos los delegados sólo conocía al señor Pueyrredón, que había pasado por Chile, y en el tumulto de una recepción organizada en "France-Amerique", en honor de las delegaciones americanas, había conocido al señor Hanotau.

En "Le Temps" y otros diarios de París se publicaban artículos contra Chile y en favor de las demandas presentadas por el Perú y Bolivia en contra nuestra, pidiendo la revisión de los tratados. Estas demandas eran apoyadas por un informe jurídico de Mr. Poincaré que acababa de dejar la Presidencia de la República.

Toda esta atmósfera demostraba la deficiencia de nuestra representación diplomática en París, confiada a don Maximiliano Ibáñez.

Chile era el único país demandado y nuestra situación era por este solo hecho molesta en el grupo americano y en el conjunto de la Asamblea. Felizmente, nada más infundado que las acusaciones de nuestros enemigos. Pero, con todo, había necesidad de formar un ambiente favorable y de proceder con decisión y energía.

El mismo día de nuestra llegada, conversamos con el señor Pueyrredón. El secretariado le había consultado sobre las demandas en contra nuestra y le había declarado que la actitud de la Argentina, al respecto, era de amistosa neutralidad entre los litigantes.

Mi información al gobierno sobre este punto parecía confirmada, pero no así la otra sobre el probable retiro de la Argentina. El señor Pueyrredón confirmaba la firmeza de su adhesión; quería sí que la organización de la Sociedad se modificara en el sentido de dar en todos sus organismos igual representación a todos los estados.

Nuestra conversación con el señor Rodrigo Octavio, tuvo un carácter enteramente diferente. El presidente de la delegación

brasileña y subsecretario de estado, nos informó que había increpado a las delegaciones del Perú y de Bolivia por su actitud. No era posible que la América trajera a Ginebra sus pequeñas querellas, y gestionaba con ambas el retiro de sus demandas. Estaba seguro de obtenerlo de parte del Perú, pero los bolivianos se resistían. Nos ofreció su franco apoyo en estas circunstancias.

Nosotros no teníamos nada que pedir. Deseábamos sólo informarnos de la opinión de nuestros amigos y nos disponíamos a responder a tan extraña actitud de parte de nuestros vecinos del norte. Rodrigo Octavio nos preguntó si tendríamos inconveniente para celebrar una entrevista con el señor Cornejo, ministro del Perú en París y, hasta ese momento, presidente de la delegación peruana. Le contestamos que acogeríamos cualquiera iniciativa del Brasil.

Mientras tanto, era necesario trabajar en el seno de los órganos directivos de la Liga y en el personal de las delegaciones americanas. Recomendado especialmente por una carta de Agustín Edwards a la atención de Sir Eric Drummond, hablé a éste con la más absoluta franqueza sobre la posición de Chile. Tomó parte en nuestra conversación el Excmo. señor Quiñones de León, a quien conocí en esa oportunidad. Concluí sugiriéndoles la idea de que se otorgara alguna distinción a la delegación chilena, en el momento de constituir el organismo directivo de la Asamblea. Esa misma tarde los señores Drummond y Quiñones me comunicaron que pensaban confiarme la presidencia de la cuarta comisión. Les pedí que este honor fuera otorgado a mi colega, y se convino, por último, en que se le propondría como presidente de la quinta comisión. Mientras tanto, había preparado en nuestro favor la opinión de las demás delegaciones americanas a las cuales había presentado mis más cordiales saludos, aunque no conocía a ninguno de sus miembros.

Mientras celebrábamos este primer éxito, nos sorprendió un cablegrama del gobierno. La legación en París, sin ninguna información de nuestra parte, había acogido y transmitido a Chile la noticia de origen peruano, para preparar una retirada, de que nosotros solicitábamos el aplazamiento de su demanda. Tal información no correspondía en absoluto a la verdad.

En los documentos diplomáticos de la época se encontrará

la historia de la actuación que correspondió a cada delegado en la tramitación y solución de este asunto hasta producir el retiro de la demanda del Perú y el rechazo de la demanda de Bolivia.

Al término de la Asamblea, la situación de Chile había cambiado por completo. Acompañamos con nuestras simpatías a la Argentina en su retiro y continuamos colaborando a la obra de la paz universal en Ginebra.

Salvo los debates acerca de los sucesos que se desarrollaban en la Liga y que ocuparon algunas sesiones secretas del Senado en las cuales quedó perfectamente justificada la actitud asumida por la delegación, nada inquietó a la opinión pública y el país aguardó tranquilo la transmisión del mando supremo, que debía verificarse el 23 de diciembre de 1920.

La transmisión del mando Un amigo me informó sobre los detalles de este acto.

"Malos días se nos esperan, me decía. Fue horriblemente penoso para don Juan Luis el trayecto de la Moneda al Congreso. La tropa era apenas suficiente para contener las turbas que le insultaban groseramente y arrojaban porquerías al carruaje presidencial. Las mismas manifestaciones se repitieron cuando se retiró en compañía del nuevo ministro del Interior, Pedro Aguirre, y atravesó la calle para ocupar la casa que de nuevo ha arrendado frente al Congreso. Todo esto ha sido sumamente triste. Aun cuando haya cometido algunos errores, prestó grandes servicios y no merece tanta ingratitud. El propio Alessandri deplora estos actos de *su adorada chusma*.

"En el salón de honor, Sanfuentes vio compensados los gritos de la galería en su contra con las manifestaciones de los diplomáticos y de la gente bien, que le rendía homenaje. El León tardó poco en llegar. El pueblo rodeaba el carruaje presidencial en que le conducía Pedro García de la Huerta, y habría deseado llevarle en sus brazos al Congreso. No te imaginas entusiasmo igual.

"En el acto de la transmisión ocurrió un incidente que afectó profundamente el espíritu supersticioso de Alessandri, quien se puso intensamente pálido. Luis Claro, que presidía la reunión del Congreso, con la misma serenidad con que proclamó como

Presidente a su enemigo, le pasó la banda presidencial. Pero en el momento de ponérsela Alessandri, se desprendió la estrella de esmalte rojo que sirve de broche a la insignia y cayó al suelo.

"Mal augurio".

CAPITULO IV

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE BALSAPORTE

CONCLUSION

El presente libro narra los últimos años de una vida pública y política de un hombre que ha sido uno de los más importantes de Chile. Su vida ha sido una constante lucha por la justicia y la libertad.

En sus últimos años, como lo habrá dicho, el Presidente se retiró de la vida pública y se dedicó a su familia y a sus intereses personales. Su vida se cerró con un legado de honra y de amor a su patria.

La despedida llegó en forma silenciosa a horas profundas de la noche. El mundo se detuvo un momento en su memoria.

Una gran multitud se reunió en su honor en el momento de su partida. Su vida fue una constante lucha por la justicia y la libertad.

Cuando regresó a Chile, dos días más tarde, volvió a Chile y de una vez en cuando cambió su nombre de Alessandri por el de Alessandri. Su vida fue una constante lucha por la justicia y la libertad.

Siempre una constante lucha por la justicia y la libertad. Su vida fue una constante lucha por la justicia y la libertad. Su vida fue una constante lucha por la justicia y la libertad.

Siempre una constante lucha por la justicia y la libertad. Su vida fue una constante lucha por la justicia y la libertad.

CAPITULO XVII

LOS ULTIMOS AÑOS DE SANFUENTES

CONCLUSION

SUMARIO.—Los últimos años de don Juan Luis.—Juicio.—Régimen político.—Los partidos extremos.—El liberalismo.—La democracia.—Las tendencias en la lucha.—La alianza liberal.—El unionismo.—Resultado.—El porvenir.

Los últimos años de don Juan Luis. Como lo había dicho, el ex Presidente se alejó en absoluto de toda actividad política y social. Su nombre no sonó más. Se consagró por completo a la atención de sus intereses y de su familia.

La desgracia llegó en diversas ocasiones a herir profundamente su hogar; contratiempos económicos afectaron su fortuna.

Los graves acontecimientos que se desarrollaron en el país no merecieron ninguna intervención de su parte.

Cuando regresé a Chile, dos años más tarde, recibí su saludo y de vez en cuando cambiamos tarjetas de cortesía. Pero jamás le encontré ni supe de él en los círculos políticos y en las reuniones sociales.

Sólo en una circunstancia, en mi último paso por el gobierno, allá en enero de 1927, al salir de la Moneda, le encontré en la esquina de la calle de Teatinos y le acompañé algunas cuerdas. Los años habían producido su efecto, pero en general se conservaba vigoroso.

Se sentía bien, había sufrido mucho, pero logró reconstituir

en parte apreciable su fortuna. Estaba en un buen momento. Se sentía feliz lejos de la política y de los hombres.

—Y Ud., mi amigo —me dijo—, de nuevo en la máquina. Lo está haciendo bien, muy bien, siga así. Desde mi retiro yo lo aplaudo. Tenga cuidado: que la máquina no lo aplaste. Es muy traicionera.

Pocos días más tarde éstas, las últimas palabras que habría de oírle en la vida, tomaban un sentido profético.

En el destierro supe la muerte de su esposa. Comprendí todo el dolor que debía embargarle y le escribí una carta acompañándole en su pena. No tardó en llegarme su afectuosa respuesta.

No había de tardar mucho en seguirle a la tumba.

Diez años sobrevivió al tormento de la Presidencia, en la cual decía haber tenido muy escasos momentos de agrado.

Juicio. ¿Será ya el momento de formar un juicio sobre la administración Sanfuentes?

Diez años han pasado y los cambios sobrevenidos en el país distancian y elevan su administración.

Su noble retiro, primero sus desgracias y su muerte en seguida, han extinguido todos los odios y rencores. Las brasas de la pasión, el tiempo y su propio ardor las han convertido en cenizas y otros vientos las han dispersado.

La administración Sanfuentes parece hoy tan lejana como los anteriores períodos de la historia.

Podríamos decir de ella que es la pieza que completa un cuadro, sin descartarse. Fue una etapa más de una evolución política en la cual su gestión no desempeñó el papel que le correspondía. Las circunstancias le fueron desfavorables. El medio que le rodeaba era quizás contrario a su propio pensar y sentir.

Uno de sus íntimos me refería que el día que asumió el poder, después del Tedeum en la Iglesia Catedral, al ver la nave llena de diplomáticos, funcionarios, amigos y, sobre todo, de gran número de congresales, se acercó al Presidente para sugerirle que hiciera a pie el camino a la Moneda, como antes era su costumbre. El cortejo sería muy lucido. El Presidente le respondió:

—Sí, ahora será muy lucido. Cada año irá disminuyendo y el último, regresaré casi solo. Prefiero ir en carruaje.

Desde el primer momento preveía con profundo pesimismo la suerte de su administración.

Al fin de ella, mientras comenzaban a extinguirse las pasiones y los odios en su contra en el campo de sus adversarios, en las filas de sus amigos se sentía súbitamente aquella impresión de frío que se experimenta en el momento en que se oculta el sol en el horizonte. La mayor parte de sus amigos desaparecieron de su lado como por encanto. Durante algún tiempo, antes de pasar definitivamente al olvido, ellos, sus propios amigos, le recordaban sólo para criticarle.

Sanfuentes era, para ellos también, el culpable de todo. No había tenido energía. No había sabido gobernar. "Don Juan Luis, resultó en la Presidencia un don Juan Lanús", decían.

La historia, si procede con justicia, no recogerá un juicio tan severo para inscribirle en sus páginas.

Régimen político. Recordemos brevemente la situación en que Sanfuentes subió al poder. Dos combinaciones políticas se disputaban el favor popular, la alianza y la coalición. La primera formada por los partidos radical, liberal y demócrata, representaba la tendencia laica del estado; la segunda, se apoyaba en los elementos católicos cobijados bajo la bandera del partido conservador. Esta primera diferencia tenía más un carácter teórico que práctico.

Era mucho más interesante y efectiva la diferencia de clases sociales entre ambas combinaciones.

Las antiguas fortunas, restos algunas de los feudos coloniales, formadas la mayor parte en las minas y destinadas después a desarrollar los campos, los banqueros y capitalistas, integraban las filas de la coalición, sustentando en ella una bandera de orden, capaz de asegurar la estabilidad de sus intereses. En cambio, las fortunas recién formadas en el salitre o en la región ganadera, por el reconocimiento judicial de un título dudoso, por la mensura arbitraria de una estaca o por la venta de una concesión colonizadora, se plegaban a la alianza en busca de una influencia política, si no habían logrado incorporarse ya a la coalición.

Cuentan que don José Victorino Lastarria, el gran filósofo

y estadista chileno, al ver llegar a un puerto del norte las carretas cargadas de metal, había exclamado:

—Allí vienen los futuros senadores de la república.

Y aquella predicción se había cumplido. La fortuna era un elemento indispensable para actuar en la política.

Al abrigo de su organización democrática, el radicalismo había llevado a la Cámara a algunos profesionales que se distinguían en sus asambleas, mientras el liberalismo conservaba y renovaba su antigua *élite* intelectual. Pero ambos partidos habían tenido que acoger a los afortunados para hacer frente al esfuerzo del dinero de los demás partidos y vencerles en la compra de los sufragios populares. La necesidad de asegurar la victoria imponía así el sacrificio de ambiciones legítimas que germinaban en los círculos de provincias y obligaban a ceder posiciones políticas o electorales, largo tiempo cultivadas, en favor de personas que no conocían, pero que aportaban el dinero necesario para ganar la batalla.

La coalición, siempre preocupada de atrapar el gobierno y disponer de sus influencias en vísperas de una elección, buscaba en el favor oficial el medio de completar sus fuerzas electorales y de asignar algunos puestos a la burguesía, a los elementos burocráticos, que formaban la base de los grupos liberal democrático y nacional. Desde los primeros años en que nos preocupamos de la marcha política del país, vimos reproducirse este fenómeno. En 1903, en 1906, en 1909, la coalición procuraba convertirse en mayoría y adueñarse del poder en vísperas de las elecciones; lo hemos visto también a través de estas páginas en 1912, 1915 y 1918.

Sintetizando podría decirse que la acción política era la lucha de tres elementos: la fuerza y el dinero, contra la libre y espontánea manifestación de la voluntad popular.

Los partidos extremos. ¿A quién correspondería el favor del pueblo en un elección correcta? ¿Cuál habría sido la voluntad de Chile al elegir sus parlamentarios y sus gobernantes?

El partido conservador, desplegando el estandarte de la cruz, habría reunido a los elementos católicos y, dentro de ellos, habría tenido que reconocer personería a los elementos popula-

res agrupados en torno al socialismo cristiano e inspirado en las doctrinas de la encíclica *Rerum novarum*. Al apoyo de estos elementos sumaría la gran fuerza de sus propietarios agrícolas y de sus ricos señores y, con ellos, se habría convertido en un conglomerado cuyo único punto de unión era la religión y la defensa de los derechos e intereses de la Iglesia Católica, pero que en el terreno práctico, especialmente en el económico, se disgregaría siguiendo el rumbo diverso de sus afiliados. Aquellos de los suyos que tenían su fortuna saneada, serían partidarios de la moneda estable, en cambio, los deudores, preferirían aprovechar las ventajas del papel moneda. Unos seguirían las antiguas corrientes de la escuela económica liberal, sus obreros y una parte de su juventud, dedicada a la labor de los *patronatos*, serviría al socialismo cristiano. El temor al radicalismo, la defensa de la fe, les uniría con sólido vínculo en las campañas electorales.

El partido radical, por su parte, generalmente excluido del gobierno, abría su hogar a los descontentos de todos los grupos o clases sociales. La masonería reemplazaba en sus cuadros la fuerza que la Iglesia representaba en las filas conservadoras. Su tendencia económica librecambista, sostenida constantemente por los profesionales que asumían su representación en el Congreso, desaparecía con Mac-Iver y el socialismo de Estado conquistaba los espíritus en favor de su doctrina. Quien penetrara un poco en el estudio de esta entidad política, podría notar que existía en ella un fenómeno curioso, tan exacto como difícil de comprender. Los elementos políticos que actuaban en nombre del radicalismo no le representaban. La representación parlamentaria no era el estado mayor que dirige una campaña, la masa iba más allá que ellos, contra ellos.

Una confirmación de este fenómeno la encontrará quien busque en los anales parlamentarios la obra de propaganda o de acción efectiva de los congresales radicales; encontrará algún proyecto presentado y no sostenido, algún discurso académico generalmente sobre una incidencia política, pero no verá la acción positiva del grupo como tal, sino más bien su colaboración a alguna iniciativa de sus vecinos liberales.

El alma radical de las asambleas era distinta a la representación radical en el Congreso; esta diferencia no nacía sólo de su

situación y papel, sino que era de fondo. Podría decirse que la tonalidad parlamentaria del radicalismo llegaba al extremo de dejar al país sometido a la evolución espontánea, mientras que las asambleas querrían llegar hasta la acción revolucionaria.

El liberalismo. Entre estas dos corrientes extremas de opinión, radicales y conservadores, el antiguo liberalismo se diluía en todos sus matices y el partido demócrata procuraba organizar las fuerzas populares laicas.

Desde mediados del siglo XIX, el grupo nacional mantenía sus vínculos. Su antiguo influjo como sucesor del montt-varismo había desaparecido después de brillar, por última vez, en la elección de don Pedro Montt, en 1906. Continuaba siendo un conjunto de *Mi Señor Don*, nombre que se daba a los ancianos depositarios de la tradición, de los *Señores Dones*, título con que se distinguía a los jefes, de *los dones*, distintivo de los correligionarios de cierta influencia. Y terminaba en los *itos*, o sea, en los diminutivos de los nombres de la nueva generación que llevaban los nombres de sus mayores. Antiguas influencias electorales, considerables en determinadas regiones, y pequeños saldos en otras susceptibles de compensaciones y arreglos, permitían vivir a esta entidad al amparo de su tradición y al influjo de alguna personalidad brillante y distinguida de la nueva generación.

Los otros dos grupos liberales, separados por la revolución de 1891, mostraron en su principio características diferentes. Unos representaban el régimen presidencial caído, otros el régimen parlamentario triunfante. En el orden económico, entre aquéllos, dominaba la tendencia papelera, mientras los otros deseaban la conversión. Los primeros habían combatido contra los conservadores, los segundos, en compañía de éstos, les habían vencido en Concón y La Placilla.

Los liberales, asegurado el principio del régimen parlamentario, quisieron liquidar la revolución y sostener su credo doctrinario frente a los conservadores. Para la primera campaña de 1896, no pudieron juntar toda su fila, pero llenaron los vacíos con los que se llamaban liberales democráticos. No tardarían mucho en aprender también los vencidos el camino de la coali-

ción y de acomodarse más en sus tiendas que en las de sus antiguos correligionarios.

El liberalismo democrático representó en un principio la burocracia caída con su tendencia hacia la burguesía. Esta tendencia, cubriéndose a veces con el estandarte doctrinario, luchó contra los elementos aristocráticos o asimilados a ellos; pero, poco a poco, fue perdiendo terreno a influjo de la acción del propio señor Sanfuentes, quien logró formar un grupo parlamentario que se rozaba en los mismos salones con la aristocracia liberal y conservadora. El mártir Balmaceda y su programa era para ellos apenas un recuerdo histórico. El liberalismo democrático parlamentario, tampoco representaba la opinión balmacedista del país.

Los liberales por su lado presentaban toda la gama del iris político, desde el que oía misa todas las mañanas, arrodillado y con devocionario, hasta el que por las noches, *mallet* en mano, abría en nombre del Gran Arquitecto del Universo los trabajos de una logia masónica. Los esfuerzos de Ismael Valdés Valdés por formar la unidad del partido, los ensayos de organización democrática, la dictación de un programa y de un estatuto orgánico, chocaban con aquella independencia de los liberales en cuyo cielo figuraban astros de primera magnitud incapaces de convertirse en satélites de otros dentro de un sistema sideral. Cada cual campeaba por sus propios fueros y, como en ninguna otra colectividad, sentía que daba algo de sí mismo, rendía un favor y hacía un sacrificio, cuando las circunstancias o sus propios planes le obligaban o inducían a rendir homenaje a la disciplina.

Una sola idea tenía la fuerza capaz de unirlos: la Presidencia de la República. Ese sí, el Presidente, debía ser liberal.

La democracia. No eran más afortunados los dirigentes demócratas en su anhelo de unir y representar los elementos populares. La gran masa se escapaba de su acción. El vino que encontraban abundante y gratis, aunque de mala calidad en la secretaría de los partidos, y los billetes y empanadas que les distribuían en el día de la elección en pago de sus sufragios, halagaban más al roto que el discurso de los oradores populares.

Cuando el pueblo empezó a despertar, cuando la necesidad

económica se hizo sentir y las ideas penetraron en su cerebro, no encontró la satisfacción de sus anhelos en la representación democrática. Las clases populares prefirieron organizarse en sus gremios, formar grupos separados, seguir el socialismo, primera etapa del programa de Recabarren, para caer en seguida en el comunismo e inscribirse más tarde en la I. W. W. El partido democrata no controlaba la masa popular.

Las tendencias en lucha. La convención de la alianza liberal de 1915, demostró este divorcio entre dirigentes y dirigidos. Los jefes conservaban su prestigio, pero no su autoridad. La designación de don Javier A. Figueroa, como candidato a la Presidencia, fue el producto del cansancio, de la necesidad de concluir antes que se produjera la anarquía, del mismo modo que cinco años atrás la designación de don Ramón Barros Luco había sido la fórmula de aplazamiento de la cuestión presidencial.

Las fuerzas coalicionistas habían visto en Sanfuentes al hombre que no se avergonzaba de unirse con los conservadores y que en esos momentos disponía de una situación formada por su talento o por las circunstancias que le permitían aspirar al triunfo.

Elegido Presidente de la República, el candidato de la coalición debía servir sus intereses y ellos radicaban, en primer término, en la necesidad de detener la nueva ola de opiniones que se levantaba desde la masa popular, se sometía a la dirección de la clase media, enrolaba a la juventud y amenazaba con destruir las situaciones adquiridas y los privilegios conquistados.

La teoría de la *renovación de valores* era un gran peligro para los elementos sociales que componían el núcleo de la coalición. Falta de medios de propaganda, convencida de que su tendencia no alcanzaría jamás el favor popular, buscaba en la coalición la fuerza en la posesión del gobierno y tenía su instrumento en el Presidente de la República.

Se ve así consecuente, a través del tiempo, su acción. Quebrantar la mayoría del Senado poniendo a prueba la lealtad política y la amistad de don Fernando Lazcano, fue el programa del primer gabinete. El Presidente hubiera deseado llamar desde luego a todos los partidos a su lado. La coalición no se lo permi-

tió. Las circunstancias le obligaron a ceder y la alianza liberal le prestó su concurso para la organización de un gabinete universal y para el despacho de leyes urgentes e indispensables para la marcha del gobierno. Cumplido este programa, la alianza quiso alejarse del poder, el Presidente pudo retenerla, pero, pocos días después, era la coalición la que derribaba el gabinete.

Dos ministerios de centro ensayó el Presidente. El primero no tardó en chocar con el Parlamento y el segundo se dedicó a trabajar con la colaboración de la alianza en ambas Cámaras.

Se acercó la renovación del Congreso y la alianza pidió garantías de libertad electoral. El Presidente llegó a la formación de un gabinete, único en la historia, compuesto de todos los jefes de los partidos políticos. La coalición defendió a funcionarios sospechosos de actos de intervención, derribó al ministerio y aconsejó al Presidente a resistir conservando sólo los tres ministros coalicionistas.

Una vez más se planteaba la cuestión del régimen de gobierno. ¿Es el Parlamento o el Presidente quien debe gobernar? La coalición no quería quebrantar el régimen parlamentario, pero pretendió que el Presidente se impusiera sobre el Congreso. El Presidente encontró entonces una fórmula conciliadora. Intentó un gabinete, al empezar su administración, para atraer algunos elementos de la oposición. Ahora buscará uno, que por su composición, sea capaz de quebrantar la unidad de la alianza en otro sentido, de modo que la oposición se muestra a poco andar, descontenta de la propia representación que le ha atribuido. La alianza afronta, invulnerable, toda asechanza y continúa preparando los trabajos electorales que le han de dar el triunfo en los comicios de marzo de 1918.

El Presidente comprende la situación. Va a ser vencido. No puede luchar. No desea manchar su administración con actos de intervención electoral. Los amigos le acusan de cobarde. El Presidente se empeña en buscar candidatos que puedan afrontar la lucha en cada provincia contra las sólidas posiciones de la alianza; recurre a sus amigos y parientes que no le han de negar este servicio; ayuda con su influencia a la formación de las cajas electorales. El Presidente ha tomado una vía peligrosa que puede comprometerle definitivamente.

Logra convencer a la coalición de las dificultades del momento y, personalmente, se preocupa de obtener un arreglo electoral. Aprovecha a los ministros aliancistas para gestionar una alianza grande, con el ingreso de nacionales y balmacedistas a ella, garantizando las posiciones conservadoras. La alianza rechaza toda gestión de arreglo. La coalición derriba el gabinete universal, dando ocasión al Presidente para que organice un ministerio que sirva a sus intereses. Bajo la amenaza de una organización ministerial adversa, se renuevan las gestiones de arreglo. La alianza permanece impertérrita en sus posiciones. El Presidente cede y organiza un gabinete de garantías; compensará la neutralidad de las autoridades con la ayuda de su esfuerzo personal.

La alianza liberal. El triunfo de la alianza le ha colocado en una situación difícil. ¿Dimitir, resistir, entregarse? Sus amigos le exigen que no renuncie. No tiene fuerzas para resistir. Se entrega, pero en esta entrega incondicional se reserva el derecho de proceder con la intención aconsejada por sus amigos: quebrantar la unidad de la alianza. No opondrá resistencia alguna a los actos del gabinete Alessandri, afrontará abnegadamente las críticas de sus partidarios y sacrificará de su propia mano a sus amigos. Esperará el desarrollo de los acontecimientos. La mina que ha colocado tarda en estallar, pone la mecha en manos de los adversarios del gabinete, pero no logra quebrantar la alianza y de aquella maniobra surge a la luz pública la candidatura de Alessandri.

La alianza victoriosa tiene su programa y se prepara para aplicarlo. Partidaria del régimen parlamentario, quiere introducir en su organización las reformas que la hagan eficiente. Debe empezar por modificar el reglamento de las Cámaras estableciendo la clausura de los debates por simple mayoría. Opone tenaz resistencia a la obstrucción conservadora. El partido demócrata no la acompaña y termina la batalla en una transacción que mejora considerablemente el régimen sin llegar a perfeccionarlo.

Quiere levantar el pendón doctrinario con la cuestión de la precedencia del matrimonio civil al religioso y cada uno de los grupos que la forman presenta un proyecto. El episcopado na-

cional, bajo la hábil dirección del nuevo arzobispo, lanza una pastoral colectiva para resolver el problema.

En el orden administrativo, reemplaza a los funcionarios coalicionistas por sus adeptos; busca, en general, la competencia más que el favor, pero las direcciones de algunos servicios públicos, confiadas a radicales, alarman y suscitan protestas en el campo liberal, provocando desconfianzas y recelos en las filas.

Las ambiciones presidenciales que surgen en la alianza la despedazan. El segundo gabinete dura poco tiempo; los órganos directivos no atinan a organizar el tercero. Es el propio Presidente quien le organiza e interpreta el sentir general de los elementos parlamentarios aliancistas, dejando a un lado las influencias de los candidatos.

El partido liberal forma guardia de honor a sus ministros. El partido radical se agita en sus anhelos de rotativa ministerial. La primera crisis sólo afecta a los radicales integrantes del ministerio; ya en la segunda cae uno de los ministros liberales. Los gabinetes se sucederán rápidamente.

La crisis económica afecta a las clases populares. Las reivindicaciones sociales surgen y se abre la lucha entre el capital y el trabajo. El Presidente no conoce el problema. La idea de orden le domina más que la de una justicia que no concibe. Sus amigos le recomiendan energía, mano firme, el recurso de la ametralladora apuntada contra la masa y capaz de disparar. El problema es mucho más hondo, el descontento se transforma en agitación violenta. Al abrigo de la indiferencia gubernativa por los intereses obreros, las más extremas doctrinas encuentran adeptos.

Entonces Alessandri se constituye en portaestandarte de las aspiraciones populares.

Allá en la convención Radical de Concepción, el alma de las asambleas se ha revelado contra los elementos directivos del partido. El radicalismo sólo debe ir al poder para alcanzar la realización integral de su programa y debe preparar a sus hombres para esta tarea. Mientras tanto toda concomitancia o colaboración con liberales es casi tan censurable como la coalición misma tachada de nefasta en el lenguaje de *choclón*. Alessandri y Yáñez se disputan la dirección de esta tendencia.

El unionismo. Un grupo liberal se desprende transitoriamente de la alianza para ir en busca de liberales democráticos y nacionales y reforzarla en seguida con estos nuevos elementos. El destino lo llevará a formar la coalición, contrariando el propósito de sus propios fundadores. Es la unión liberal.

El presidente se encuentra colocado en la situación que había deseado desde el principio de su gobierno. Sus amigos vuelven a la Moneda. Cree que ha recobrado su antigua influencia y que puede imponer la persona de su sucesor. Se deja cegar por este espejismo y, en lugar de inclinarse a la candidatura Tocornal, quien, rodeado aún del nimbo de la victoria, habría sabido concentrar a su favor los mejores elementos del país, prefiere apoyar la candidatura de don Luis Barros Borgoño, quien aparece ante la opinión como el prototipo de la oligarquía que se trata de combatir.

Los fuegos de la campaña convergen contra el Presidente. Mientras unos le acusan de interventor, otros se quejan de su falta de energía. El Presidente ha perdido todo influjo. No ha logrado contentar a nadie.

El partido liberal llega a acompañarle en los últimos meses de su gobierno, en un gabinete en que están representadas todas sus tendencias. Cubierto por este ministerio, termina su administración.

Resultado. La ola renovadora que se levantaba desde los bajos fondos sociales, ha triunfado con el señor Alessandri.

Durante los cinco años de Sanfuentes nos abrigaba el temor de que se atropellara la libertad electoral y que se desplomara el régimen parlamentario. Ambos se han sostenido. Sanfuentes ha respetado estas dos conquistas del liberalismo. Alessandri acaba de comprometerse a mantenerlas también durante su gobierno.

El problema social debe tener una solución. El nuevo Presidente la buscará en nombre de la justicia y dentro de la armonía de intereses que solidariamente deben trabajar por el bien público.

Van a cumplirse 30 años de vigencia del régimen parlamentario. A él se le atribuyen muchos males. Sin duda, adolece de

considerables defectos. Hemos hecho lo posible por remediarlos. Las Cámaras disponen ahora de mejores reglamentos que pueden hacer eficaz su acción. La experiencia demuestra que los gabinetes compuestos de hombres preparados, movidos por un espíritu patriótico, encuentran toda suerte de facilidades en el Parlamento.

La rotativa ministerial es un gran mal del sistema. Ella permite, sin embargo, que las tendencias se manifiesten sin trastorno. Si la opinión pública no tuviera la válvula de escape de la crisis ministerial, cada movimiento tendría que transformarse en una revolución o tendría que sufrir la opresión contra la libertad.

El porvenir. No era merecida la impopularidad con que descendía Sanfuentes de la Moneda. ¿Lo era la popularidad con que subía Alessandri?

Jamás un Presidente había subido en condiciones más favorables para realizar el bien público.

Satisfechas ya sus ambiciones personales, teníamos confianza en la acción de su gobierno.

No adornaban al señor Sanfuentes todas las dotes necesarias a un estadista, sin embargo, es indudable que le alentaba propósitos de bien público. Había podido realizar algunos bienes, su gestión diplomática, su gestión financiera habían sido felices y bien inspiradas en momentos de graves dificultades. Sus propios deseos habían sido contrariados por las exigencias de sus amigos, más que por la oposición de sus adversarios.

¿Se frustrarán también los patrióticos anhelos del nuevo Presidente?

Los acontecimientos darán la respuesta.

En aquel momento, lejos de la patria, al servicio de sus altos intereses en la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, mis simpatías acompañaban a dos hombres que había combatido: a Sanfuentes, en su retiro, rindiéndole justicia; a Alessandri, en su elevación al poder, haciendo votos porque sepa labrar la felicidad de la patria.